



EL INTERCAMBIO

No dejes las llaves de tu casa a cualquiera

REBECCA FLEET

de

Lectulandia

Cuando Caroline y Francis reciben una oferta para intercambiar su casa no lo dudan. Se están esforzando en recomponer su matrimonio y una semana a solas puede ser justo lo que necesitan.

Al abrir la puerta se encuentran con un lugar algo siniestro y casi vacío. Resulta difícil imaginar quién podría vivir allí. Sin embargo, gradualmente, Caroline comienza a descubrir algunos rastros de vida..., de su propia vida. Las flores del baño o la elección de los CD de música podrían parecer inocentes a los ojos de su marido pero para ella son justo lo contrario: son pistas. Es como si la persona con la que han intercambiado vivienda fuera alguien a quien ella conoce, alguien a quien quiere olvidar. Pero esa persona ahora está en su casa...

Lectulandia

Rebecca Fleet

El intercambio

ePub r1.0

Titivillus 11-03-2019

Título original: *The House Swap*
Rebecca Fleet, 2018
Traducción: María del Mar López Gil

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

La llave se desliza y gira en la cerradura, suave y resbaladiza como un pececillo de plata. Anoche, en la cama, con la mente absorta en las sombras oscilantes de las ramas que arañaban la ventana y anticipando este momento, pensé que me resultaría más difícil. Imaginé crujidos metálicos. Una resistencia chirriante. Después de todo lo que me ha traído aquí, me da la sensación de que debería hacerme más cuesta arriba. Pero es fácil..., casi un anticlímax. Una cáscara de huevo que se quiebra en la mano y se desecha.

La puerta se abre y las tablas de madera de pino del recibidor, relucientes y brillantadas, se despliegan ante mí. Justo en la entrada, tías ramas verdes salpicadas de llamativos brotes que parecen de plástico asoman de un jarrón ornamental. Alcanzo a ver una hilera de fotografías enmarcadas en la pared del fondo reflejada en el espejo. Entro, cierro la puerta con suavidad y cruzo el pasillo rápidamente de espaldas a la pared. No quiero verlas, aún no. En breve.

La cocina de estilo rústico, curiosamente fuera de lugar en este piso de ciudad en una tercera planta: decorada en verde pálido, con sartenes y ramilletes de hierbas secas colgados con gusto. Sobre la mesa de roble yace un pedazo de papel arrancado, con oscuros garabatos de tinta. «¡Bienvenidos! —reza—. Las instrucciones de todos los aparatos están en la carpeta verde de la cocina. El pan, la leche, etc., en la nevera: podéis serviros. Llamad si necesitáis algo. ¡Disfrutad de la estancia, estáis en casa! Caroline». Me quedo mirando su nombre durante un rato. La seguridad que refleja el trazo de la «C», el borrón de tinta al correrse el punto de la «i». Toco la mancha con la yema del pulgar, medio esperando borrarla con mi piel, pero obviamente hace tiempo que se ha secado.

Finalmente, me levanto y me preparo una taza de café. Aceptaré la invitación de Caroline. Me sentiré como en casa. Me lo tomo en la mesa, imaginando las habitaciones que quedan por descubrir. Los secretos que podrían esconder en su interior, puestos a buen recaudo entre sus pertenencias y listos para ser sacados a la luz. Recuerdo el zorro que vi agazapado en el arcén, hurgando en un cadáver inidentificable, al pasar con el coche esta mañana; el fuerte destello de plata ensangrentada entre sus

zarpas mientras desgarraba lo que deseaba. Esto será así. Sucio, desagradable. Así es como tiene que ser. Como yo quiero que sea. Es la única manera de llegar al fondo.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Al torcer para meternos en la calle, mi primera impresión es que todas las casas de por aquí parecen idénticas. Pulcros rectángulos encalados con pequeñas ventanas saledizas y tejados inclinados. Prácticamente todas tienen jardineras en las ventanas también: alineadas en los alféizares y cuajadas uniformemente de pensamientos blancos y morados, como si se ciñeran a una especie de patrón. Calculo que habrá unas treinta casas, todas construidas en serie con gusto.

—Bienvenida a los barrios residenciales —dice Francis, entrecerrando los ojos por el sol del atardecer que se refleja en el parabrisas mientras conduce por la calle—. Espero que estés contenta. —Lo dice bromeando con patente socarronería.

—No está tan mal —respondo automáticamente, antes de pararme a considerar si lo digo o no en serio. Últimamente este tipo de conversaciones improvisadas son habituales entre nosotros, pullas recíprocas, un ten con ten. Antagónicas, pero inocuas, como entre dos niños que mantienen un leve rifirrafe en el parque infantil. Francis me mira de reojo y hace una mueca.

Me quedo mirando por la ventanilla, contemplando de nuevo la hilera de casas mientras avanzamos lentamente por la estrecha calle. Ahora que me fijo con más atención, reparo en los pequeños toques personales que algunos de los propietarios han tratado de imprimirles. Una puerta de garaje pintada de color chillón por aquí, una elegante placa dorada con el número por allí. Una de las casas, el número 14, se encuentra algo más deslucida que el resto; sus paredes tienen una ligera capa de suciedad, el césped está más crecido y poblado, entremezclado con malas hierbas.

—La están descuidando —comento, señalando por la ventanilla—. La patrulla del barrio les va a dar un toque. —Francis, algo distraído, esboza una sonrisa.

—La 21, ¿verdad? —pregunta, metiendo ya el coche por el camino de entrada. Inspecciono la casa buscando detalles singulares, pero no hay ninguno. El césped está segado con meticulosidad, y las ventanas están enmarcadas con cortinillas, blancas e impecables. Las luces del interior están apagadas y, por un momento, vislumbro el reflejo del coche en la ventana de la planta baja con el resplandor de los faros, el contorno oscuro de nuestras sombras perfiladas juntas en el interior. Por alguna razón, la imagen me produce una sacudida de desasosiego: un leve e irracional escalofrío que pasa tan pronto como ha aparecido.

—Tiene buena pinta —digo; me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta del coche. Fuera hace más frío de lo que imaginaba, el viento me eriza el vello de la nuca. Francis sale del asiento del conductor renqueando con exageración. El trayecto desde Leeds ha durado poco más de cuatro horas; no ha estado mal, pero ha sido lo bastante largo como para crear esa sensación de modorra y letargo por haber permanecido demasiado tiempo confinados e inmóviles. En los viejos tiempos nos habríamos turnado al volante, pero cuando dejé de ofrecerme no tardó en dejar de pedírmelo.

—Sí, dentro de lo que cabe. Un par de horas más y podríamos haber llegado a París —comenta Francis en tono quejumbroso, sonriéndome con malicia—. Paseos románticos por los Campos Elíseos. Una agradable taza de *café au lait* y un cruasán habría sido un puntazo ahora mismo.

—Ya lo sé —reconozco—, pero me parecía demasiado engorroso, y un poco lejos, para dejar a Eddie y todo lo demás. Tómatelo como una prueba en esta ocasión, a ver qué tal. A lo mejor el año que viene.

Este es un terreno trillado. Desde el principio, los planes de Francis para esta semana habían sido más ambiciosos que los míos. De todos modos, su entusiasmo había brotado con ímpetu de la nada cuando le lancé la sutil indirecta de un intercambio de casa; había pasado de la apatía a una energía delirante en cuestión de segundos. Respondió tan de buen grado a mi propuesta que yo me acobardé y no le dije la verdad: que me había registrado en un impulso tonto en la página web de intercambio de casas hacía meses y lo había olvidado. Vi el mensaje con la notificación de pura casualidad, al revisar mi carpeta de *spam* buscando un correo de una amiga. «¡Alguien quiere intercambiar su casa contigo!». Era un gancho intrigante que me incitó a seguir adelante. Pinché en el enlace y ahí estaba: un mensaje amable e impersonal de alguien que firmaba como S. Kennedy y mostraba interés en nuestro piso del centro de Leeds a cambio de su casa en Chiswick, si las fechas cuadraban.

Yo había echado un vistazo a las fotos del número 21 de Everdene Avenue —a la decoración anodina y las frías paredes en tono pálido, al coqueto jardín delantero—, pero lo cierto es que apenas me había fijado. Lo único que pensé fue que cabía la posibilidad de cambiar de aires por un coste mínimo, una semana fuera los dos solos, si mi madre se quedaba a cargo de Eddie. Lo bastante cerca de Londres como para hacer recorridos turísticos de un día, lo bastante lejos del centro como para tener la sensación de escapar del ajetreo urbano. Meses antes habíamos sopesado la idea de unas vacaciones en España y la habíamos descartado. Demasiado gasto y demasiado esfuerzo, o al menos eso es lo que nos habíamos dicho el uno al otro. Tal vez en su fuero interno, Francis también se había sentido amilanado por las implicaciones de una habitación de hotel en un entorno cálido y noches a la luz de las velas en una terraza con aroma a mimosas.

Francis se pone a hurgar debajo de las macetas y localiza la llave.

—Prepárate —dice, blandiéndola—. Ahora es cuando descubrimos que han dejado un montón de cadáveres putrefactos en la cocina.

Pongo los ojos en blanco, ignorando el fuerte escalofrío que me recorre la espalda de arriba abajo. Por muy ridículo que sea su comentario, no puedo evitar tener la sensación de que la situación es extraña, ocupar una casa ajena. Recuerdo un programa que vi hace meses: un chalado de esos merodeando en una casa supuestamente embrujada, divagando acerca de cómo las tragedias del pasado estaban incrustadas en las paredes. Me había parecido una chorrada, pero aquella noche había soñado que caminaba por habitaciones silenciosas y pasillos fríos y oscuros, respirando el aire cargado y viciado.

Francis abre la puerta y permanecemos en silencio durante unos instantes en el umbral.

—Bueno —comenta finalmente—, no había por qué preocuparse. Los polis ya han estado aquí y lo han limpiado todo.

Esbozo una media sonrisa, concentrada en observar a mi alrededor. En mi vida he visto una casa tan vacía. Paredes desnudas, ni un mísero espejo. Suelos claros de madera de pino y puertas lisas abiertas de par en par en habitaciones prácticamente sin amueblar. Una sala de estar con un sofá de piel negro austero y monolítico, y una estantería con escasos libros. Atisbo la cocina al fondo del pasillo: la mesa de madera de pino despejada y un reluciente horno que da la impresión de que acaba de ser instalado.

—¿Es esto... normal? —pregunta Francis, y acto seguido avanza con cautela por el pasillo, se asoma a las habitaciones una por una y me sigue escaleras arriba—. O sea, no es muy...

—Acogedora —apunto, al llegar al dormitorio. Es como una exposición de una feria de arte moderno. La cama de matrimonio está cubierta con un pulcro edredón marrón chocolate y dos almohadas, y hay una cómoda junto a ella y un armario grande en el rincón de la habitación, pero está tan desprovisto de efectos personales como las restantes habitaciones.

Sobre una de las almohadas yace una hoja de papel blanco, perfectamente doblada por la mitad. Cruzo la habitación y la abro; está escrita a máquina, en una fuente pequeña, centrada. «Querida Caroline —reza—, espero que disfrutes de la estancia. La información está en una carpeta en la cocina. Por favor, sírvete cualquier cosa que encuentres. S.».

Le leo la nota a Francis, que rompe a carcajadas incluso antes de terminar de leerla.

—¿Qué? —digo con irritación—. ¿De qué te ríes?

Francis se toma un momento para recobrar la compostura.

—¿Por dónde empiezo? —contesta—. Su manera de dirigirse únicamente a ti, como si yo no existiera. La idea de que te sirvas un poco de una puta nada, que es lo único que hay, por lo que veo. El hecho de que la haya dejado encima de la cama, como una especie de carta de amor, solo que es la nota menos romántica que jamás he tenido el placer de recibir, aunque sea de manera indirecta. Toda esta historia es...

—Vale, vale. —Hago una bola con la nota, se la lanzo y me río a mi pesar—. Estoy segura de que lo hizo con buena intención. Y, sí, es un pelín austera, pero tampoco es que tengamos que pasar todo el tiempo aquí, ¿no? Podemos ir a Londres, salir a cenar. Esa era la idea, ¿no?

Francis se encoge de hombros.

—Sí, supongo que sí. Bueno, una de las ideas.

Lo observo desde el otro lado de la habitación y, de buenas a primeras, el ambiente se enrarece, nuestra risa se diluye en el espacio que nos separa. El silencio se alarga un poco más de lo normal, y dejo que se prolongue, me apoyo contra la pared de la habitación y vuelvo la vista hacia el frío brillo del sol que se filtra por la claraboya. No me hace falta mirarle para ver la expresión de su rostro: perdida y ausente, una extraña mezcla de rebeldía y arrepentimiento.

—Bueno... —digo, por decir algo, al tiempo que noto que el pánico comienza a apoderarse de mí. Ya echo de menos a Eddie, y el puente que tiende entre nosotros, el amor compartido y la atención que podemos centrar en él. Ahora no hay más que el repentino terror y la claustrofobia de estar atrapada en una casa ajena con mi marido, durante siete días enteros, con la

sensación de que cada hora será como una potencial mina terrestre que tendremos que sortear de puntillas, evitando cualquier cosa que pueda romper la precaria tregua que nos hemos dado a lo largo de los dos últimos años. Curiosamente, parece oportuno que esta casa esté tan vacía: pelada, sin lugar donde esconderse. Y esa era la idea, claro. Ambos estamos cansados de escondernos. Tarde o temprano, deberemos ponernos al descubierto, plantearnos lo que tenemos y averiguar si es suficiente o no. Al frotarme la cara con la palma de la mano, la noto húmeda.

—¡A deshacer la maleta! —exclama Francis en tono jovial y desenfadado. Abre la cremallera de nuestra maleta, encima de la cama, y se afana en sacar la ropa y estirla—. Habrá que ponerse manos a la obra. —Sonríe, sus ojos llenos de calidez, pero creo que puedo leer el mensaje que se esconde tras la sonrisa. Hora de seguir adelante y enterrar el momento.

—Voy al baño —digo—, a la vuelta te ayudo. —Necesito unos momentos para tranquilizarme; tengo los nervios de punta. Con el corazón acelerado, cruzo el pasillo en dirección al baño. Me sorprende lo fuerte que suenan mis pasos sobre los suelos de madera abrillantados, sonidos secos que retumban y rompen el silencio, y me da por apurar el paso. Por un momento, curiosamente me recuerdan a cómo solía cruzar correteando el pasillo entre la habitación de mis padres y la mía; la sensación vagamente sobrenatural de que no estaba sola.

Aparto el recuerdo de mi memoria y empujo la puerta del baño. Es otro espacio impoluto y reluciente, pulido hasta la perfección: superficies de mármol y accesorios metálicos. Han dejado la ventana abierta unos milímetros. Por la rendija entran ligeras ráfagas de aire que hacen aletear el cuello de mi camisa.

Quiero moverme, pero me he quedado petrificada en el umbral, absorta en el jarrón de la repisa de la ventana. Tiene un ramo de rosas de color rosa, arregladas con esmero y a punto de abrirse. Trato de desechar mis pensamientos, pero se suceden demasiado rápido para mí. Un latido de desesperación me atraviesa el cuerpo: la milésima de segundo de inevitabilidad previa al golpe y la explosión del recuerdo, demasiado vívido para ignorarlo. Todos estos meses de contención y negación conscientes, y basta con ver unos pétalos rosas ondulados. Sin más, de repente, vuelves a mi mente.

En casa

Caroline, diciembre de 2012

Me despierto sola de nuevo. Durante la noche, he abierto y estirado las piernas, invadiendo su lado de la cama. Las sábanas están ligeramente frías. No logro recordar si comenzamos la noche acostados juntos o separados.

El reloj de la mesilla de noche marca las siete menos cuarto y una luz plomiza se filtra por las cortinas e impregna la habitación. Me quedo tumbada cinco o diez minutos, escuchando los sonidos del silencio. Nada. Lentamente, salgo de la cama y me pongo la bata. Noto un dolor incipiente en las sienes y cojo el vaso de agua que tengo en la mesilla de noche, pero está vacío. Aun así, busco a tientas el pequeño paquete de analgésicos. Me trago dos y hago una mueca por el roce áspero de la película contra el fondo de mi garganta. La visión de mi propia cara, vislumbrada fugazmente en el espejo inclinado que hay junto a la puerta, me produce un golpe de vértigo. La tez pálida, los ojos embadurnados de tiznajos de rímel. A estas alturas rara vez me molesto en desmaquillarme antes de acostarme. Como tantas otras cosas, parece que ya no tiene sentido, se ha diluido en el esfuerzo de existir.

Salgo con sigilo al pasillo. Ahora oigo las incesantes ondas de sonido metálico procedentes de la sala de estar: música dramática, murmullos entrecortados. Empujo la puerta y me asomo al interior. La luz del ordenador ilumina tenuemente la oscuridad. Está ahí sentado, con la cabeza apoyada en una mano, el codo descansando sobre el brazo del sofá. Con la mirada clavada en la pantalla. Una de esas series policiacas escandinavas: mobiliario crema y beis, hombres demacrados de uniforme hablando en un idioma extranjero en tono apocopado y monótono.

—Francis —digo, pero no reacciona.

Me estremezco al sentarme en el borde del sofá.

—No te has acostado —señalo. Es una suposición, pero no lo niega; se encoge de hombros de manera casi imperceptible.

—Me quedé dormido aquí —responde por fin—. Luego me desperté. — Tiene la mirada lánguida y vidriosa, sigue concentrado en la pantalla. Últimamente, da la impresión de que hace poca cosa salvo dormir, y sin embargo al mirarle me recuerda nada más y nada menos que a las fotos en blanco y negro que he visto de víctimas de tortura a las que sus secuestradores han mantenido despiertas durante interminables días.

—Vaya —digo por decir. Si algo le despierta de repente en mitad de la noche, no tengo ni idea de lo que es. Ha dejado de ser un libro abierto como lo fue en su día. Yo era capaz de interpretarlo con tanta facilidad como respirar; leer y palpar la cualidad de sus pensamientos como si se tratase de los míos. Ahora, se ha cerrado en banda. Me paso el tiempo tanteando a ciegas en la oscuridad en busca de una llave que no encuentro.

Termina el episodio del ordenador. Pasan los títulos de crédito, pequeños y borrosos contra un fondo gris. Un sonido estridente suena débilmente por detrás, el tipo de música siniestra y machacona que me provoca una sensación de asfixia. Noto que tengo la piel caliente. Por un momento, creo que voy a desmayarme. Parpadeo con fuerza y me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—¿Vas a trabajar hoy? —pregunto—. ¿Alguna cita? —Al preguntar, caigo en la cuenta de que no recuerdo la última vez que fue a la clínica. Trato de imaginar al hombre que hay junto a mí sentado en su sillón de terapeuta, escuchando a sus pacientes. Me cuesta horrores.

Francis parece algo hastiado, como si le hubiera recordado algo desagradable.

—No.

—Vale. —Vacilo, a sabiendas de que no debería continuar. Es demasiado tarde; las palabras emergen a la superficie y me salen a borbotones—. Entonces ¿qué vas a hacer? ¿Algún plan?

Cierra el portátil de golpe, con lo cual la habitación se queda a oscuras repentinamente y nos sumimos en la penumbra.

—No —repite tras unos instantes. Observo su perfil durante unos minutos, instándole a volver la cabeza y mirarme, pero no se mueve, y al final me levanto y me marcho sin más.

En el baño, me quito el maquillaje de la noche anterior y me maquillo para el día que tengo por delante. Me concentro en mi cara por partes, frotando y retocando una pequeña zona tras otra a conciencia. Me embadurno la piel con base de maquillaje, me aplico sombra de ojos con cuidado sobre los párpados, me perfilo los ojos con lápiz negro hasta las comisuras. Por

último, elijo una barra de labios rosa oscuro, la extendiendo despacio por mi boca y pego los labios para fijar el color. Solo entonces me aparto y me miro al espejo. Tengo buen aspecto. Mejor del que debería. Aun así, no me gusta observarme fijamente. Temo ver algo que no deseo transmitir. Desencanto, tal vez, o tristeza. Cualquiera cosa.

—¡Mami! ¡Mami! —La voz de Eddie se deja sentir desde el fondo del pasillo, en tono jovial con un deje lastimero. Echo un vistazo a mi reloj. Las siete y media ya, y solo disponemos de una hora para arreglarnos y salir de la casa. Después el trayecto a la guardería con la lengua fuera, el autobús de vuelta al centro para ir a la oficina, ocho horas sentada a mi mesa, dándole vueltas a la imagen de Francis solo en la casa y preguntándome qué estará haciendo, en qué estará pensando. El mero hecho de planteármelo me resulta extenuante.

«Podría volver a acostarme». La idea se me pasa por la cabeza, clara y dulce como el agua, mientras cruzo el pasillo y abro la puerta del dormitorio de Eddie. Llamar al trabajo con la excusa de que estoy enferma, taparme hasta la cabeza y dormir otras ocho o nueve horas. Pero no voy a hacerlo.

—¡Buenos días! —canturreo, y descorro las cortinas. Me agacho sobre su cama y lo cojo en brazos; noto cómo sus deditos tibios se aferran a mi cuello.

Comienzo la rutina. Ropa, desayuno, cepillado de dientes. Primero una cosa, luego la otra. Así es como se sobrevive en la vida. Así va la cosa.

—Hoy, guardería —le digo a Eddie—. ¿Qué crees que vas a hacer?

Él inclina la cabeza hacia un lado, con ademán pensativo.

—No sé —responde despacio—. Jugar, creo.

—Me parece que has acertado —comento risueña, y él me sonríe de oreja a oreja, en cierto modo consciente de que ha hecho una gracia—. Bueno, pásatelo bien, ¿eh? —añado.

A las ocho y media cepillo con cuidado su pelo rubio veinte veces, contando mentalmente cada pasada. Él está murmurando para sus adentros, moviendo dos animales de plástico sobre su regazo en algún juego enrevesado.

—¿Qué están haciendo? —pregunto, pero no contesta; vuelve sus ojos grises hacia mí y los entrecierra con aire receloso. A veces, sus expresiones me resultan de una madurez inaudita, propias de mucha más edad que los dos años y medio que han tenido para formarse en su cara.

Termino de cepillarle y le estiro la camiseta.

—Ve a despedirte de papá —digo, y se va correteando con entusiasmo a la sala de estar. Oigo la voz de Francis, elogiándolo por lo guapo que está,

advirtiéndole que se porte bien y deseándole un buen día. Parece estar de buen talante, incluso cariñoso. De lo más normal. La idea me levanta el ánimo, y cruzo el pasillo apresuradamente para ir a su encuentro. Como es natural, está sonriente, acariciándole la coronilla a Eddie con la palma de la mano—. Bueno, nos vamos —anuncio. Eddie, que se conoce la rutina, se escabulle y enfila ruidosamente el pasillo hacia la puerta para esperarme. En cuanto se va, el ambiente se enfría y enrarece. Francis vuelve a sentarse, levanta la tapa del ordenador de un tirón y se concentra atentamente en la pantalla.

—Vale —responde.

—No te olvidarás de recoger a Eddie, ¿verdad? Tengo la fiesta esa del trabajo, ¿te acuerdas? —pregunto.

Él alza la vista, con un fugaz gesto de irritación.

—Ya lo sé —replica molesto—. Ya me lo has dicho. Tres o cuatro veces.

Me muerdo la lengua para contener la respuesta que aflora en mis labios: el reproche de que lo que recuerda últimamente parece ser totalmente arbitrario, una criba a través de un sistema invisible mediante el cual puede aferrarse durante años a la apreciación de un mínimo desliz o palabra dicha sin pensar, y en cambio dejar fechas, horas y citas flotando a la deriva como delicadas nubes de algodón de azúcar.

—Muy bien —digo, a sabiendas de mi tono seco y desabrido—. Bueno, no me esperes levantado. —La trillada frase está de más entre nosotros.

Francis se reclina en el asiento y suelta un breve suspiro de hastío que me eriza el vello de la nuca.

—Hasta luego —contesta con desgana y, de repente, me da por pensar en tocarlo, por preguntarme en qué medida cambiaría las cosas si me acercara, me pusiera de rodillas delante de él, posara las manos sobre su frente y le atusara el pelo y lo besara en los labios. Curiosamente, la idea me seduce, pero no muevo un dedo.

Me despido de él y busco algo más que decir, pero no hay nada.

En el bar, cuyas paredes están decoradas con luces de Navidad parpadeantes, hace calor y está oscuro. Al mirar la hora, compruebo que ya son casi las diez. Llevo días amedrentada con esta fiesta, incapaz de imaginarme con el menor espíritu festivo, pero ahora que ha llegado el momento siento un tremendo alivio. Últimamente, da la impresión de que he limitado mis movimientos a ir de casa a la oficina como un hámster en una rueda, un ciclo interrumpido

únicamente por alguna que otra cena aburrida con una amiga, llena de tópicos y mentiras que termina antes de las nueve. Llevo mucho tiempo sin salir en grupo con el vestido corto brillante que he traído para cambiarme.

Bajo la vista, tiro hacia abajo de su borde para taparme los muslos, observo su brillo y, no sé por qué, me entra una risita nerviosa. Me sorprende que esté tan borracha ya. Tengo una agradable sensación de mareo y embotamiento. Al otro lado de la mesa, Steven está alzando la voz haciendo un vago intento de imponer su autoridad, explayándose en un brindis. «Todos hemos trabajado mucho...», capto. «Es hora de celebrar y dirigirnos con ímpetu hacia otro año de...».

Sea lo que sea hacia donde nos tenemos que dirigir queda sofocado en un clamor general de asentimientos a coro y tintineo de copas. En cualquier caso, tampoco importa tanto; en el mundo de las agencias de medios, no nos puede ir mucho mejor. Cojo mi copa con ímpetu y me uno al brindis, sin que me moleste que el líquido se derrame por mi mano. Apuro el resto y hago una mueca por la quemazón del alcohol. Últimamente no bebo mucho. La cabeza me da vueltas, y decido ir al baño. Le doy un codazo a Julie, sentada a mi lado en el banco, para indicarle que quiero salir, y al apartarse casi se cae sobre el regazo de uno de los comerciales *junior*, que no parece molesto en absoluto.

—Tómate tu tiempo —exclama ella, guiñándome un ojo. Le hago una mueca con gesto cómplice, pero no puedo evitar sentir una fugaz punzada de algo similar a la envidia.

Me abro camino a través del bar. Aunque la música resuena a todo volumen a mi alrededor, en mi cabeza consigo oír el repiqueteo de mis zapatos de tacón alto, definido y rítmico, sobre el suelo pulido, la vibración de cada sonido a través de mi cuerpo. Los focos emiten destellos sobre mí, se reflejan y difuminan sobre la reluciente barra metálica. Conforme me acerco, veo que Carl está esperando ahí, apretujado entre el gentío. Está mirando su teléfono, con la cabeza gacha, aguzando la vista frente a la pantalla iluminada.

—Así no te van a servir en la vida —comento al pasar; él alza la mirada y se ríe, se guarda el teléfono en el bolsillo y vuelve la vista hacia la barra.

—Ya —responde—. Me he distraído. Están tardando un siglo. Ni siquiera me acuerdo de lo que quiere cada uno.

—Pues pide unas cuantas limonadas. —Me encojo de hombros con una sonrisa pícaro.

—No es mala idea —dice—. Todos están tan pedos que de todas formas ni se darían cuenta.

—Tú no —replico.

—Ni tú. Nosotros somos los sensatos —contesta.

—Efectivamente. —Resulta fácil entablar este tipo de charla trivial con Carl, es pan comido. En dieciocho meses moviéndonos por el mismo trozo de moqueta cinco días a la semana se ha forjado una amistad entre nosotros que he aprendido a valorar. Aunque es casi diez años menor que yo, compartimos la misma filosofía hacia el trabajo que desempeñamos: la misma mezcla de tedio, frustración con nuestros compañeros y momentos puntuales de emoción e interés.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunta, al tiempo que se aparta de la barra para volverse hacia mí, desistiendo en su intento de llamar la atención del camarero.

—Sí..., genial —respondo, inclinándome hacia delante con gesto sincero para darle énfasis, y al hacerlo se me tuerce el tacón, trastabillo ligeramente y me estampo sobre él; la manga de su americana roza mi piel desnuda.

—Quieta. —Me endereza; sus oscuros ojos, divertidos, resplandecen bajo los haces de luz que iluminan la barra.

—Perdona —digo entre risas—. No..., hum, no era mi propósito abalanzarme sobre ti de esta manera. —Se supone que es una broma, el tipo de comentarios ligeramente insinuantes que tan acostumbrados estamos a hacer en la oficina, pero en cierto modo en este lugar (el ambiente oscuro impregnado de perfume, los focos tintados de rojo y la gente apiñada a nuestro alrededor) suena distinto. Cargado de intenciones. Súbitamente muerta de vergüenza, me da por mirarle fijamente a los ojos, y tengo un segundo o dos para percibir algo extraño en este mutuo silencio antes de que él se encoja de hombros y sonría.

—No pasa nada —contesta—. Serán todas estas limonadas. —De repente se aparta de mí, hace una seña al camarero y recita una retahíla de bebidas, aparentemente al azar. Respiro hondo unas cuantas veces para recobrar la compostura—. Bueno —dice al terminar—, ¿cómo te va?

—Eh... Ahí voy. —La pregunta es tan vaga que no merece la pena entrar en detalles—. Al borde de una crisis nerviosa —explico brevemente—. Es broma —añado un momento después, aunque en realidad no lo es.

Carl se apoya contra la barra con los brazos cruzados.

—¿Las cosas siguen mal en casa? —pregunta.

Me encojo de hombros. La referencia implícita a Francis me provoca una desagradable punzada, y caigo en la cuenta de que prácticamente no he pensado en él en toda la noche. Una súbita imagen me viene a la cabeza: su

cuerpo apoltronado con apatía en el sofá, dormido como un tronco o en el limbo, la lámpara encendida en el rincón de la habitación fría y gris..., y después desaparece.

—No muy allá —admito. Sopeso la posibilidad de dar más explicaciones, pero la verdad es que no encuentro las palabras. Carl está más al corriente de mi situación familiar que la mayoría y siempre se nos ha dado bien mantener un equilibrio entre la intimidad que entraña nuestra amistad y una respetuosa distancia, pero esta noche no confío en poder encontrar ese equilibrio. Tengo la ligera e inquietante sensación de que, si me pusiera a hablar, no lograría parar.

Aunque me está observando con atención, adopta un tono ligero al decir:

—Bueno, si necesitas un hombro sobre el que llorar, ya sabes que aquí me tienes.

Asiento. Me consta que debería decir algo, pero de repente me he quedado en blanco.

—Será mejor que vaya al baño —contesto, y me giro en redondo, consciente de que me tiemblan las piernas.

En el baño me enjuago la cara con agua fría y me miro al espejo mientras las gotas resbalan por mi piel. Mis ojos, resplandecientes con el destello de la luz roja, parecen muy abiertos y penetrantes. Ladeo la cabeza ligeramente, observándome de perfil, examinándome desde un ángulo y otro. La habitación gira a mi alrededor y parpadeo con fuerza para intentar volver a la realidad. Una copa más y me voy a casa.

Paso la siguiente hora apretujada en el pequeño círculo de mis compañeros, escuchando el murmullo de las conversaciones a mi alrededor, prácticamente ausente. Cuando me levanto para despedirme, Carl se acerca a mí para desearme feliz Navidad.

—Nos vemos en Año Nuevo —comenta—. Que te diviertas. —Su abrazo es cálido, ligeramente afectuoso. Dura unos dos segundos, y sin embargo me produce una extraña sacudida, algo que se desvanece sin poder identificarlo y definirlo del todo.

—Y tú —digo—. Bueno, adiós. —Y acto seguido me escabullo del bar, con el corazón acelerado de nuevo, y el aire gélido me cala los huesos bajo mi fina chaqueta al salir.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa, esos escasos minutos en el bar se reproducen sin ton ni son en mi mente. Apoyo la cabeza contra la ventana del autobús, empañada. Jamás había pensado en Carl de este modo —no realmente, no seriamente—, pero ahora mismo no puedo quitármelo de la

cabeza. Una mera fantasía inocente, me digo para mis adentros. Nadie podría echármelo en cara. Y de buenas a primeras doy rienda suelta a mi imaginación y me pregunto cómo sería besarle..., besar a quien sea, después de tanto tiempo. Es una ocurrencia rara que me abruma. Aprieto las yemas de los dedos contra mi frente, que ya me duele. Mañana voy a estar en pésimas condiciones para ser la esposa y madre perfecta.

Al llegar a casa, abro la puerta silenciosamente y, nada más hacerlo, oigo los ronquidos de Francis. Camino de puntillas hasta la puerta de la sala de estar, entornada, y lo veo despatarrado en el sofá, vestido de pies a cabeza, completamente dormido. En silencio, me doy la vuelta, me dirijo al dormitorio y cierro la puerta al entrar. Me quito mi corto vestido plateado, notando cómo las lentejuelas arañan mi piel, dejo caer al suelo mi ropa interior y me quedo de pie desnuda delante de la ventana. Las cortinas están descorridas, y titubeo durante unos segundos antes de cerrarlas, mientras un oscuro pensamiento latente va adquiriendo forma en los recovecos de mi mente: un súbito deseo libertino de ser observada, de ser vista.

Me desplomo sobre la cama, alargo la mano para coger el bolso, saco el teléfono e inmediatamente veo parpadear la luz de un nuevo mensaje. Con una corazonada, se me eriza el vello y, efectivamente, el nombre que aparece en la pantalla es el de Carl.

«Me he alegrado de verte —reza el mensaje—. Te gustará saber que decidí irme a casa poco después de que te marcharas. Hay que mantener la sensatez, ¿no?».

Intento pensar en algo que responder, pero los pensamientos se me escapan y no consigo retener lo que quiero decir. Dejo caer el teléfono encima de la mesilla de noche, me giro para apagar la lamparita y, al tumbarme boca arriba y cerrar los ojos, la cabeza me da vueltas. Solemos mandarnos mensajes, pero rara vez a estas horas de la noche. En vista de mis fantasías durante el trayecto de vuelta a casa, me parece significativo. Pero, por supuesto, no lo es. No cambia nada. De todas formas, mientras sigo tumbada en la oscuridad pensando en él, hago algo que no he hecho desde hace muchísimo tiempo y, al despertarme horas más tarde, amodorrada por sueños que prácticamente no recuerdo pero que me han dejado cachonda, frustrada y confusa, vuelvo a hacerlo.

No miro las fotografías del pasillo hasta un día y medio después. Son tal y como esperaba: instantáneas estudiadas de idílicas escenas conyugales y familiares. Caroline riendo con Eddie en brazos contra un fondo de nieve resplandeciente, ambos con gorros y guantes de lana; Caroline y Francis paseando agarrados de la mano por la arena de la playa con gesto risueño y encandilados por el atardecer, en una foto tomada seguramente por algún curioso al que abordaron; los tres sentados entre el batiburrillo de lo que probablemente sea la mañana del día de Navidad, rodeados por un revoltijo de papel de regalo y lazos de múltiples colores. Todas muestran diferentes situaciones, diferentes escenas, pero tienen una cosa en común: da la impresión de que todas se han hecho a lo largo del año pasado. No hay progresión, no dan la impresión de contar una historia. Todo lo acontecido anteriormente es una página en blanco.

No les dedico tanto tiempo como había creído. Ahora que lo pienso, no son más que fotos. Tampoco me duele tanto contemplarlas como había imaginado. Su felicidad parece ficticia, y está claro que quienquiera que dijera que la cámara nunca miente no ha pisado este lugar.

Vuelvo arriba a su dormitorio y echo un vistazo al desorden que he creado. No se le podría reprochar a cualquiera que entrase aquí que pensara que se ha producido un atraco sin sentido: efectos personales desperdigados por el suelo sin orden ni concierto, armarios y cajones saqueados y destrozados. No me he molestado en poner orden después, pero he hecho un trabajo concienzudo. Hasta el más tonto sabe que, si una mujer desea poner un secreto a buen recaudo, lo esconde donde duerme. De momento no he encontrado gran cosa, pero tiempo al tiempo. Tengo la seguridad de que Caroline no es de las que pasa página, pese a la imagen que intenta proyectar. No es de las que toman decisiones. No quiere renunciar a nada.

Quiere nadar y guardar la ropa. Curiosa expresión. Pero real. No puedes tenerlo todo. No puedes aferrarte a algo y a la vez destruirlo. Desear mantener vivos tus recuerdos y al mismo tiempo desear despertarte una mañana para descubrir que se han borrado de tu cabeza... Desear cuidar lo que has conseguido, y al mismo tiempo querer prender la mecha y apartarte

para contemplar cómo arde y explota... Sí. Eso es algo con lo que tanto Caroline como yo nos identificamos.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Madrugo y preparo el desayuno en la reluciente cocina. Su desnudez me resulta asombrosamente relajante; en casa, apenas puedo moverme entre los cachivaches. A veces, fantaseo con hacer lo que leo de cuando en cuando en las revistas, tirar todas nuestras pertenencias, hacer borrón y cuenta nueva. La gente que deja constancia de ello comentando este tipo de cosas siempre parece liberada hasta un punto demencial: sonrisa desencajada, ojos muy abiertos y mirada iluminada. A la hora de la verdad, sin embargo, no concibo hacerlo. Francis acumula de todo, y yo ni siquiera sabría por dónde empezar.

Hay huevos y leche en la nevera, aunque poco más, y al echar un rápido vistazo a los armarios de la minimalista cocina encuentro un paquete de harina, así que preparo masa para tortitas y pongo a calentar una sartén en la placa de vitrocerámica. Aunque me mantengo ocupada, mientras remuevo y vierto no me quito de la cabeza las flores de la repisa de la ventana del baño. La imagen permanece ahí como una mota en el ojo, emitiendo un tenue brillo rosáceo en los recodos de mi mente.

Al principio este tipo de cosas me sucedían a menudo. Me quedaba atrapada cada dos por tres por la canción que sonaba en una tienda o por un comentario espontáneo de un desconocido. Todo me recordaba a ti, porque me resultaba muy fácil establecer las conexiones: te tenía en mente, a todas horas. Del mismo modo, cuando Francis y yo nos prometimos, dondequiera que fuera me daba por fijarme en otras mujeres que acababan de prometerse. No me costaba identificarlas, porque llevaban un único anillo en ese dedo, y, como a menudo les quedaba un pelín grande o apretado, lo manoseaban. Así era, solo que la sensación no era agradable. Era de lo más ingrata.

Yo pensaba que lo había superado. Me figuro que será porque me ha cogido desprevenida. Mientras pincho los bordes de la masa en la sartén, observando cómo burbujea y se endurece, me pongo a pensar en aquella tarde

en el mercado, en cómo cogiste las rosas de aquel puesto, diciendo que querías regalármelas, aun cuando no podía quedarme con ellas. La sensación del roce de los pétalos sobre las yemas de mis dedos. Fresca y suave. Y su aroma impregnado en mi piel, mucho después de dejarlas en el andén de la estación para coger el tren de regreso a casa.

Continúo mirando absorta la sartén, dándole vueltas al recuerdo en mi cabeza, cuando siento un escalofrío en la nuca: una advertencia muda. Miro a mi alrededor, observo las superficies desnudas, sin tacha, los focos separados por espacios simétricos. Aquí no hay nada por lo que deba sobresaltarme, pero no consigo librarme del presentimiento de que estoy siendo observada; es una corazonada apremiante y poderosa, al igual que podría percibirse la presencia de un extraño en la casa por la noche, incluso con los ojos cerrados.

«Fuera». Me giro en redondo para mirar por la ventana, y pasa en apenas una milésima de segundo: el leve atisbo de una sombra, algo vislumbrado fugazmente. Podría tratarse de una ilusión óptica, pero me basta. Me asomo, buscando algo, cualquier cosa. No hay un alma en el primoroso cuadradito de césped, pero me parece ver un aleteo de las hojas del fondo prácticamente imperceptible, uno de esos movimientos trémulos que podrían deberse al paso de alguien.

—¡Iba a hacerlo yo! —Doy un respingo al oír a Francis. Ha aparecido detrás de mí de repente; pone los brazos alrededor de mi cintura y me besa en la nuca—. No quiero que te pases toda la semana como una esclava entre fogones.

—Lo sé —digo—. No te preocupes. Es que me he despertado y, como no podía volver a conciliar el sueño, me ha dado por ahí.

—¿Te ronda algo la cabeza? —Su gesto es vehemente, solícito—. Pareces un pelín nerviosa.

Poso la mirada distraídamente en la ventana de la cocina. El jardín está vacío y ya no se mueven las hojas. Niego con la cabeza.

—No. Estoy bien.

—Bueno —contesta—. Si tú lo dices... Oye, ¿nos tomamos esto y después, cuando estemos listos, nos acercamos a Londres un rato? Se me ha ocurrido que igual podíamos ir a un museo o algo, comer por ahí y luego..., no sé, hacer otra cosa. ¿Qué te apetece?

—Pues no sé... Lo pensaré. —Incluso después de un año, es una novedad escucharle haciendo planes y propuestas. Surte un curioso efecto en mí, me dan ganas de liberarme de toda responsabilidad y dejarme llevar por su arrebatado de entusiasmo. Ahora no tengo necesidad de llevar la batuta y

controlar nuestros días. No tengo ganas de decidir qué hacemos o dónde lo hacemos.

Nos comemos las tortitas sentados a la mesa de madera, bromeando sobre cómo Eddie se las adjudicaría todas si estuviera aquí. Echo de menos oír su voz, y se me ocurre llamar a mi madre para asegurarme de que el niño se encuentra bien. Lo haré esta tarde; al fin y al cabo, ahora estará en la guardería, y se supone que yo debería estar relajándome y disfrutando.

—Yo también lo echo de menos —comenta Francis, leyendo mi silencio—. Pero estará fenomenal. Para cuando regresemos, lo más probable es que quiera quedarse a vivir con tus padres para siempre.

—Ya —reconozco, y me echo hacia delante para besarle. Dura más de lo que pretendía, y me pregunto si deberíamos volver a la cama. Con el cansancio del viaje y el sobresalto al ver las flores, anoche no tenía ganas de sexo, pero ahora mismo la idea se me antoja interesante, factible. Vacilo un poco más de la cuenta, y pasa el momento. Francis recoge los platos y los mete en el lavavajillas mientras habla sobre una exposición de luz y sonido de la que ha oído hablar y que según él podría gustarme. La verdad es que tiene buena pinta: el tipo de cosas que solía hacer por mi cuenta a los veintitantos, vestida tras elegir con sumo cuidado mi atuendo más bohemio con el fin de encajar en el ambiente. También tiene pinta de ser del tipo de cosas que Francis consideraría una auténtica pérdida de tiempo.

—Podríamos hacer algo que te apetezca a ti también —sugiero.

Se ríe.

—Lo que te apetezca a ti, por mí estupendo —contesta—. Eso es lo que me apetece.

Me quedo a la espera por si añade algo, pero se limita a observarme fijamente con aire expectante.

—Pues vale —digo al fin—. Genial. —Por un momento, experimento un extraño conato de angustia, la sensación de que una capa se quiebra. ¿Quién es este don Perfecto que se ocupa de la limpieza y el orden, que me da coba para llevarme a ver exposiciones? Mi marido no, o al menos no el que yo pensaba que tenía.

Respiro hondo para tranquilizarme, esperando que se me pase, y así es.

—Voy a acercarme a esa tienda que vimos en la calle —digo—. A comprar el periódico y un par de cosas mientras te das una ducha, ¿vale?

—Claro —responde en tono despreocupado, para alivio mío. Necesito salir unos minutos para despejarme. Quiero disfrutar de esta semana y, para

hacerlo, necesito aclararme las ideas. Todavía me cuesta, no es automático. No estoy segura de si algún día lo será.

Como sé que Francis aún seguirá arreglándose, me tomo mi tiempo para volver de la tienda. Al torcer por Everdene Avenue, camino tranquilamente por la acera, echando un vistazo a las casas conforme paso. Son discretos cubículos dispuestos en primorosos tramos, adosados de tres en tres a lo largo de la calle. De tanto en tanto, las sombras de sus ocupantes cruzan por delante de las ventanas, aparecen y desaparecen fugazmente como peces en acuarios tenuemente iluminados. Si me apartara un poco de la calzada, conseguiría ver sus salas de estar. En el alto y estrecho bloque de viviendas donde vivimos ahora, estamos suspendidos en el aire. Más allá de algún que otro estruendo de música y ruido que traspasa el techo y el suelo, lo mismo podríamos estar viviendo solos en el edificio. Me resulta extraño tener las vidas de otras personas tan cerca que casi puedo alargar la mano y tocarlas.

A medida que me aproximo al número 14, me da por aminorar el paso aún más. Esta es la casa que me llamó la atención ayer: la del jardín delantero relativamente descuidado, la de las huellas de suciedad y polvo formando finas líneas en los muros exteriores. Al acercarme, veo que hay una campana de viento plateada colgada en el porche que tintinea suavemente con la brisa, con un sonido delicado y nítido, casi inquietante. Por un momento me recuerda a algo, un fugaz y leve retazo de una desagradable vivencia que enseguida se disipa.

La puerta se abre y aparece una mujer que se asoma a la calle. Ronda los veintitantos años, lleva un vestido caqui oscuro y una larga y enmarañada melena rubia le cae sobre la holgada rebeca negra.

—¿Eres Heather? —me pregunta a voces de repente.

—¿Yo?... No. —Violenta, sonrío y niego con la cabeza, al tiempo que noto que me pongo colorada—. Lo siento —añado.

La mujer se ríe, se apoya contra el marco de la puerta y se cruza de brazos.

—Bueno, no es culpa tuya —dice—. Estoy esperando que alguien de la iglesia de St. Mary se pase por aquí para el evento de recaudación de fondos. Pensé que podías ser tú.

—Ah —respondo, y reanudo el paso—. No pasa nada.

—De hecho —prosigue la mujer cuando ya estoy de espaldas a ella y su voz me insta a detenerme—, me parece que te vi llegar ayer. Fuiste al número

21, ¿verdad? —En un momento dado, se ha alejado del umbral y ha avanzado en dirección a mí hasta plantarse descalza en medio del jardín. Tiene un aire agradable e inocente, y sin embargo percibo una expresión ladina y cómplice en sus grandes ojos verdes, como si las dos supiéramos que su pregunta inicial era un pretexto.

Típico de los barrios residenciales, pienso, echando una ojeada a la calle. Parece un poco joven para fisgar entre las cortinas, pero supongo que este entorno es un caldo de cultivo. Me imagino una línea directa de señales radiofónicas codificadas sintonizadas en la calle bajo cuerda y transmitiéndose de vivienda en vivienda. —«¡Alerta! ¡Una recién llegada!»— y no puedo evitar sonreír.

—Sí —respondo en tono amable—. A pasar una semana. Para cuidar de la casa. —Una especie de oscuro reparo me hace llamarlo «cuidar de la casa» en vez de «intercambio de casa». No sé absolutamente nada de la persona en cuyo hogar nos alojamos, no tengo ni idea de si le parecería bien que sus vecinos se enterasen de sus movimientos y decisiones.

La mujer se sienta en el borde del murete de ladrillo que rodea el jardín delantero, al tiempo que hurga en el bolsillo de su vestido. Con el movimiento, el tejido se tensa momentáneamente sobre sus pechos y, cuando gira la cabeza, veo la curva de sus largas pestañas y el contorno de sus pómulos. Es de una belleza singular.

Saca un paquete de cigarrillos y me lo tiende, al tiempo que enarca las cejas con gesto interrogante. Cohibida, me río.

—No, gracias. —La mujer, aparentemente impasible, se lleva uno a los labios y agacha la cabeza para encenderlo.

Como parece una forma natural de poner fin al encuentro, hago amago de reanudar mi camino, pero ella levanta la vista.

—Bueno, si por casualidad no tienes mucho que hacer —comenta—, la verdad es que yo tampoco estoy muy ocupada esta semana. Si te apetece un café o algo... En fin, dos mujeres solas, ya sabes.

Lo dice en un tono algo sardónico; por un momento, curiosamente me pregunto si estará coqueteando conmigo. Su proposición es un tanto desconcertante: directa al grano, una invitación al juego. La miro; la manera en la que está sentada en el muro con las rodillas pegadas al pecho, la inclinación de su cabeza con ademán inquisitivo. Me recuerda algo, o a alguien. No logro discernirlo del todo, pero el regusto que deja destila significado. Es la misma sensación de *déjà vu* que experimenté al ver la fachada de la casa, y me desagrade.

—En realidad he venido con mi marido —señalo, en un tono algo más áspero de lo que pretendía—. Pero gracias. Será mejor que me vaya.

La mujer esboza una media sonrisa. Baja del muro, se estira el vestido y acto seguido da media vuelta y se dirige a la casa en silencio. Observo cómo entra sin volver la vista y cierra la puerta. Comienzo a notar un hormigueo de remordimiento en la piel. He sido un poco maleducada; ella solo pretendía ser amable, por raro que parezca, teniendo en cuenta que no nos conocemos. Una vaga idea comienza a tomar forma en mi cabeza —meter por debajo de la puerta una nota de disculpa, una propuesta conciliatoria para quedar con ella—, pero me digo para mis adentros que es una estupidez. Solo vamos a estar aquí una semana, y hemos venido a pasar tiempo juntos, no a hacer amigos.

Ensimismada, me doy cuenta de que ya estoy en la puerta y de que he metido la llave en la cerradura con tanta naturalidad como si se tratase de mi propia casa. Nada más abrir noto que algo no encaja; una instantánea e instintiva sensación de rechazo antes siquiera de oír la primera nota. La música se deja sentir por la escalera. Tardo unos segundos en identificar la canción, pero mi cuerpo la reconoce antes que yo. Salgo súbitamente de mi ensimismamiento; el corazón me aporrea el pecho y noto que los miembros se me aflojan y derriten.

No había oído esta canción desde la última vez que te vi. No obstante, recuerdo el atestado bar donde la escuché contigo por primera vez; aquella sensación mágica de que todo encajaba, de que era una banda sonora creada especialmente para lo que estaba sucediendo en el exiguo espacio del local donde estábamos de pie a escasos milímetros de distancia, tus manos aproximándose con delicadeza a mi cintura para tirar de mí.

Francis aparece en el descansillo de la escalera, secándose el pelo con una toalla.

—¿Qué pasa? —pregunta en el acto.

—Nada —contesto con esfuerzo—. ¿Por qué has puesto eso?

—¿La música? —Mira hacia atrás con aire interrogante—. Es que he encontrado unos cuantos CD en el dormitorio, detrás del equipo de música, y este estaba encima del montón. Se me ha ocurrido ponerlo mientras me arreglaba. Me ha dado hasta un subidón, ¿sabes? ¡Hay cosas! ¡Efectos personales! Si seguimos buscando, a lo mejor hasta encontramos algún que otro libro.

—Vale... —No estoy de humor para bromas. Subo rápidamente por las escaleras y voy derecha al dormitorio. Solo ha sonado la mitad de la canción y

me choca lo mucho que me cuesta acercarme a apagar el equipo de música. Al hacerlo, me desgarran una tremenda sensación de pérdida.

Francis está de pie detrás de mí, con expresión ansiosa y alerta.

—¿Qué sucede? ¿He hecho algo malo? ¿Es por...? —No continúa, pero sé lo que está pensando.

—No —respondo, pero mientras lo digo pienso que seguro que sabe que esta canción está cargada de significado para mí. Seguro que lo he mencionado en las largas y profundas conversaciones que llevamos meses manteniendo, cuando me embarga el ánimo de confesar y su deseo de torturarse se equipara con mi propia obsesión irrefrenable de desterrar estos detalles de mi cabeza. ¿Acaso lo habrá olvidado?—. Es que... —añado por decir algo, observándolo ahí plantado, imperturbable, a la espera de que continúe—. No es nada —digo por fin. Nos quedamos callados unos instantes, le rodeo el cuello con mis brazos y permanezco así, con la cara pegada a su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Al apartarme, noto que tengo los ojos llorosos, pero no parpadeo y, poco después, siento que las lágrimas contenidas se disuelven—. Voy al baño y salimos ahora, ¿vale? Cogemos el metro al centro para ir a esa exposición. —Veo que se le relaja el gesto con una sonrisa, e intento que me sirva de cierto consuelo. Las pequeñas cosas pueden permanecer tal cual. No hay necesidad de magnificarlas hasta que ahoguen hasta el último resquicio de vida de la habitación.

Con más entereza, le doy un último apretón y a continuación me despego con suavidad y me dirijo al baño. Quitó las flores esta mañana, aduciendo para mis adentros que estaban empezando a ponerse mustias y rizarse por los bordes, de modo que la repisa de la ventana presenta una desnudez absoluta. Me acerco a la ventana y empujo para abrirla. Me asomo y me quedo mirando la calle, con su hilera de casas idénticas encajonadas. Me llama la atención un leve sonido y movimiento —la sensación del portazo de una puerta o ventana— e instintivamente me da por mirar al número 14, pero, para cuando poso la vista en la casa, reinan el silencio y la quietud.

En casa

Caroline, febrero de 2013

Voy caminando por la orilla del río con las ráfagas de lluvia azotándome la cara, aplastándome el pelo contra el cuero cabelludo. Tengo los dedos blanquecinos asidos a las empuñaduras de la sillita mientras empujo hacia delante. Eddie se está rebullendo inquieto bajo la cubierta para la lluvia y atisbo su perfil oscurecido a través del plástico cuando levanta la cabeza y se queda mirando el reguero de agua que se desliza por la capota. Francis, a nuestro lado, camina con aire taciturno. Tiene el gesto ceñudo y hosco, la mirada clavada al frente. Lleva las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, y el viento le remueve los faldones de la camisa atrás y adelante en el frío ambiente.

—Debes de estar helado —digo, por segunda o tercera vez. No quiso coger un abrigo al salir de casa; masculló algo así como que no le hacía falta. Yo insistí, pero con eso solo conseguí que se atrincherara en su postura. Habíamos caminado hasta la parada del autobús en un silencio que cortaba el aire, rehuyéndonos la mirada. Enseguida, antes incluso de dejar atrás nuestra calle, supe que la salida había sido un despropósito.

—No —replica, mirándome con recelo, como si sospechara que mi preocupación esconde algún motivo turbio—. No me des más la lata, ¿vale?

—Qué agradable —contesto con tono cortante, al tiempo que apuro el paso, aunque me consta que no se molestará en mantener mi ritmo. Conforme camino con brío por la ribera, trato de imbuir en mis pasos la suficiente indignación justificada para entrar en calor. No funciona. A pesar de llevar puesto mi abrigo largo estoy tiritando, y la lluvia está empezando a calarme, a formar una película húmeda adherida a mi piel. Anoche, cuando se me ocurrió esta idea, imaginé que pasearíamos abrazados por la orilla del río al sol del frío invierno, una oportunidad para airearnos. Pongo en práctica este tipo de estrategias cada dos semanas o así. La mitad de las veces me sale bien

la jugada. La otra mitad, me quedo con la sensación de que estoy intentando mover una marioneta reticente, haciendo contorsiones con sus miembros para darle un soplo de vida.

Al rato, reparo en que Francis ni siquiera está caminando. Miro hacia atrás y veo que está apoyado en la barandilla de hierro, contemplando el turbulento río. Durante un fugaz y nauseabundo instante lo observo como si se tratara de un desconocido: el pelo y la ropa desaliñados, la expresión extraña e indescifrable. Empujo la sillita para ir rápidamente a su encuentro y extendiendo la mano para tocar la manga de su camisa, empapada.

—¿Qué te pasa? —pregunto. Mi intención era adoptar un tono preocupado, pero suena brusco y acusatorio.

Se encoge de hombros, sin apartar la mirada del vaivén ascendente y descendente del agua turbia con el soplo del viento.

—Me parece que me voy a casa —dice—. Estoy hecho polvo. Y, de todas formas, esto tampoco tiene mucho sentido, ¿no?

Pese a que no puedo discutirse, me enfurezco ante la perspectiva de echar a perder el día que había planeado. Lanzo una mirada asesina a Francis, mientras me debato entre la rabia y la inquietud. Y, cubriéndolo todo, el manto del agotamiento se va asentando. Es un cúmulo de cosas: las noches en vela, los momentos de mal humor, su mirada distante, el vacío. Tuvimos unas cuantas semanas buenas, pero últimamente cada vez está más claro que en realidad nada ha cambiado.

Él ha vuelto a las pastillas. La idea me revuelve las vísceras. He intentado hacer la vista gorda, pero es imposible ignorarlo. Hemos vuelto al mismo bucle cansino de siempre. Sus absurdas negativas y el creciente descontrol. La renuencia a admitir que todo esto sigue sucediendo. Mis lágrimas y recriminaciones y súplicas, que no sirven una mierda, porque intentar razonar con un adicto es como intentar contener la marea con la palma de la mano.

—Oye —digo—, igual deberías volver al médico. A lo mejor..., a lo mejor puede ayudarte. —Percibo la ironía de mis propias palabras. Así es como empezó, hace unos tres años: conmigo aconsejándole con buena intención que fuera al médico, que tal vez le recetara algo para ayudarle a sobrellevar unas cuantas semanas duras en el trabajo. Su imagen al volver a casa al día siguiente, tan campante ondeando una pequeña receta. «¡He conseguido unas pastillas para la felicidad!»—. O sea, mandarte algún tratamiento —matizo con tacto—. No un simple apaño para salir del paso.

Francis me lanza una mirada de patente desdén.

—Vete a la mierda —dice con hastío.

Me quedo boquiabierta de asombro. No por las palabras en sí, sino porque da la impresión de que las tenía en la punta de la lengua, preparadas para soltármelas.

—¿Que me vaya a la mierda? —repito—. Lo creas o no, Francis, estoy intentando ayudarte.

—Cómo te gusta esa palabra —señala—. Ayudar. No necesito ninguna ayuda, joder. ¿Vale?

—Sí que la necesitas —replico en tono rotundo, al tiempo que trato por todos los medios de no perder los estribos—. Vaya que sí. Pasas la mayor parte del tiempo como un puñetero zombi, y estoy harta. Estoy harta de fingir que no me entero... —Me callo al ver a una pareja de mediana edad paseando tranquilamente en dirección a nosotros.

Francis me sigue la mirada, y sus labios se retuercen de un modo desagradable en un amago de sonrisa.

—Ustedes, ni caso —exclama, con la mirada clavada en la pareja—. Si les parece, incluso podemos hablar más alto, por si sienten curiosidad.

—Francis —susurro—. Cállate. —Me muero de vergüenza, me arden las mejillas, me pica el roce de la ropa húmeda contra la piel. La pareja se queda mirándonos, medio compadeciéndose, medio escandalizada, y se aleja a toda prisa entre cuchicheos inaudibles.

—Putos mirones —comenta Francis, volviéndose hacia mí con las cejas enarcadas, y con cierto asombro caigo en la cuenta de que piensa que estamos del mismo lado, que somos cómplices. No se entera de nada en absoluto.

—Ya no aguanto más —digo—. Estoy harta de que me pongas en evidencia, y estoy harta de vivir así. ¿Qué harías tú en mi lugar, Francis? En serio, ¿qué co...? —No sé cómo, he perdido el control de mi tono de voz y estoy gritando en el espacio que media entre nosotros, que crece a pasos agigantados. Lo observo mientras se aleja caminando cabizbajo y sin prisa, tras perder el interés en la conversación, y se abre paso entre la multitud de turistas en dirección a Dios sabe dónde. Me echo a llorar; las lágrimas que resbalan por mis mejillas se mezclan con la lluvia, mientras con la mano izquierda aún sigo meciendo la sillita como una autómata. Al bajar la vista veo que Eddie está distraído, con el puño en la boca, y que los ojos comienzan a ponerse vidriosos debido al cansancio.

Tardo casi una hora en llevarlo a casa, y ya sé, por las nueve veces que le he llamado al móvil inútilmente, que Francis no estará allí. Como era de esperar, la entrada está oscura y fría, y ni siquiera me molesto en gritar su nombre para comprobarlo. Al fijarme en Eddie, veo que está dormido. Está

hecho un ovillo, con las rodillas dobladas contra el pecho, y la cabeza le cae lánguidamente hacia un lado, su pelo rubio alborotado contra el tejido de la sillita. Cuando está durmiendo se parece tanto a Francis que me provoca una perturbadora punzada de amor y anhelo, congoja y pérdida.

Dejo la sillita en la entrada, y a continuación subo la calefacción y me quito la ropa, empapada. Me pongo mi bata de felpa, enciendo las velas de la sala de estar para imprimirle un ambiente acogedor, y me preparo un chocolate caliente. Me lo bebo despacio, arrebujada en una manta, sintiendo cómo entro en calor gradualmente.

Al apoyar la cabeza en el cojín algo me llama la atención: un sobre blanco alargado que asoma en la cesta que hay al lado del sofá. Hay algo en él, la manera en que parece haber sido escondido, que me impulsa a estirar el brazo y sacarlo. Es más voluminoso de lo que esperaba, y en el interior hay varios blísteres metálicos, cada uno de los cuales contiene diez pastillitas azules. Sin receta, sin matasellos oficial. Origen desconocido.

Calibro el peso del sobre en la mano, y no es asombro lo que siento, nada tan palpable como eso, sino el rítmico golpe seco de las náuseas contra el fondo de mi garganta. «No, no, no». Lo sabía desde hace semanas, me lo olía, y a pesar de ello es duro enfrentarse a la realidad.

Sopeso la idea de tirar las pastillas a la basura, de encararme con él, pero al final dejo el sobre bruscamente donde estaba. A estas alturas sé que no sirve de nada tirarlas; siempre habrá más. Además, si él no sabe que he descubierto que el sobre está ahí, puedo controlarlo. Ver lo que tardan en desaparecer.

Me obligo a no pensar, a dejar la mente en blanco, y veo que una luz verde parpadea en mi móvil sobre el sofá. De primeras pienso que puede que Francis me haya mandado un mensaje, y se me tensa la mano al cogerlo y tocar la pantalla, pero es un wasap de Carl. «Hola, ¿el fin de semana bien? ¿Deseando que llegue mañana? Bs».

Me quedo mirando el mensaje, sin saber exactamente qué es lo que me produce zozobra, y acto seguido mis ojos se posan en el beso de despedida. Deslizo hacia atrás la pantalla a través de nuestra conversación y confirmo lo que ya sé. Es la primera vez que alguno de los dos termina un mensaje así. Por absurdo que parezca, noto que se me acelera el pulso ligeramente, una reacción instintiva de quinceañera. Me consta que no debería sentirme así. Me recuerda a los primeros tiempos con Francis, cuando daba la impresión de que siempre estaba en vilo, a la espera de que se pusiera en contacto conmigo. Me

acuerdo de aquella época, y el recuerdo, agrisado, está impregnado de remordimiento y tristeza.

Lentamente, escribo la respuesta: «Un fin de semana penoso, la verdad. He tenido una bronca con F y me siento como una mierda. Pero sí, ¡estoy deseando que llegue! Tiene buena pinta». Grant, de la oficina, tiene un bolo con su grupo en un pub del barrio a la salida del trabajo, y Carl y yo le hemos prometido que iremos a apoyarle. Tras unos instantes de vacilación, tecleo: «Bs». Mi dedo permanece oscilante sobre el botón de «enviar» al tiempo que observo el beso de despedida, con la duda de si estaré haciendo lo correcto, con la duda de qué mensaje le estoy transmitiendo exactamente. Cuando estoy a punto de borrarlo, oigo la llave en la cerradura, la puerta principal abriéndose, y, presa del pánico, lo envío y acto seguido escondo el teléfono en el bolsillo de mi bata y me pongo de pie.

Me preparo, me recompongo y me planto en medio de la sala, a la espera de ver la expresión de Francis. Él aparece en el umbral con gesto avergonzado y aturdido.

—Lo siento —murmura.

—No pasa nada —me da por decir. No me sirve de consuelo, pero algo es algo. Lo suficiente como para provocarme una punzada de remordimiento por el mensaje que acabo de enviar, y para que me entren ganas de intentar recuperar la normalidad de este día. Me acerco a él, poso la mano sobre la suya, y así empieza.

A la mañana siguiente en la oficina, Grant, hecho un manojito de nervios y derrochando energía, no para de hablar sobre su bolo y sus temores por la acogida que tendrán sus nuevos temas. Confirma más de una vez que Carl y yo seguimos con la idea de asistir, y le aseguramos que allí estaremos. Como es natural, me muero de ganas, sobre todo porque Eddie va a pasar la noche en casa de mis padres. No tengo necesidad de preocuparme por nada ni por nadie; hoy no. La idea me resulta seductoramente estimulante y liberadora.

No logro concentrarme en el trabajo y, cuando el reloj marca las doce, decido salir antes de tiempo a comer algo. Me escabullo con disimulo y apuro el paso por la calle principal, arrebujada en mi chaqueta para no enfriarme y con la cabeza gacha mientras caen las primeras gotas de lluvia. Cuando estoy parada en el semáforo, tiritando, noto la presión de unas manos alrededor de mi cintura, un rápido y fuerte apretón antes de soltarme.

—¡Bu!

Me giro bruscamente y me topo con Carl, sonriéndome con malicia.

—Cabrón —digo—. Me has asustado. —Pero me río a mi pesar.

—Perdona —responde, aunque no parece muy arrepentido—. Te he visto saliendo con disimulo y se me ha ocurrido seguirte. He pensado que igual te apetecía tomar un sándwich.

—Sí, vale. —Nos dirigimos hacia el café de las inmediaciones. Aún noto la sensación de sus manos en mi cintura, la descarga eléctrica que me ha provocado. En las semanas transcurridas desde aquella noche en el bar, es como si se hubiera activado un resorte. Nos tocamos más a menudo, roces puntuales y juguetones que, de tratarse de otra persona, no consideraría que van más allá de la amistad. Me digo en mi fuero interno que estoy haciendo el tonto. Soy una madre casada, ocho años mayor que él: difícilmente puedo ser objeto de sus fantasías. Por mi parte, no es la primera vez que me encapricho de alguien, y Carl encaja con mi prototipo; al estar casada con un hombre que me saca ocho años, seguramente no es de extrañar que sienta atracción por la novedad de hombres jóvenes y sin complicaciones. Estos caprichos siempre son pasajeros. No hay motivos para considerarlo más peligroso que los anteriores.

Entramos en el café, pedimos y pagamos los sándwiches, y a continuación nos sentamos a una mesa junto a la ventana, desde donde vemos que la lluvia arrecia paulatinamente.

—Qué maravilla de tiempo —comenta Carl—. La verdad es que levanta el ánimo, ¿verdad?

—Sí, no se me ocurre ningún otro lugar mejor donde preferiría estar. —Normalmente hacemos comentarios sarcásticos de esta índole, pero me choca que, justo ahora, al amparo de la lluvia en esta acogedora burbuja, pasando el rato con alguien con quien todo resulta tan fácil, en mis palabras haya un patente trasfondo de verdad.

—Me preocupa un poco lo de esta noche —dice Carl mientras ataca su sándwich—. La verdad es que no sé si habrás oído alguna vez la música de Grant, pero no es del estilo de la gente de por aquí.

—O sea, que es una mierda —afirmo.

—No. —Frunce el ceño fingiendo que se ha molestado—. Ni mucho menos. Es solo que es un pelín..., en fin, un pelín alternativa. —Nos miramos a los ojos y rompemos a reír a carcajadas, encorvándonos sobre la mesa por el ataque de risa sin sentido. La descarga me deja el cuerpo dolorido.

—Por el amor de Dios —digo, y me seco los ojos al tiempo que me enderezo—, ahora no voy a ser capaz de ponerme seria. Vamos, come.

Deberíamos volver, tengo mogollón de trabajo.

Vamos paseando tranquilamente hacia la oficina, y al llegar algo me impulsa a decir que antes voy a ir al baño, y lo dejo entrar solo. Me resisto a reconocerlo, pero no quiero que nadie nos vea entrar juntos. En el baño, me miro de frente en el espejo, me pongo derecha, me digo a mí misma que basta de tonterías. De todas formas, a nadie le daría que pensar si se enterasen de que Carl y yo hemos comido juntos. Somos amigos. Amigos.

De vuelta a mi mesa, la tarde transcurre lentamente. Trabajo con el piloto automático, pensando en las musarañas: ensimismada, cavilando. Hasta prácticamente las cuatro no levanto la vista y miro hacia su mesa. Él me está observando y, al cruzarnos la mirada, no la aparta. No sonrío.

Grant deja dos pintas de cerveza y una copa de vino blanco encima de la mesa y se sienta en la silla que hay frente a mí. Está colorado por el esfuerzo que acaba de hacer, la frente le brilla de sudor.

—Vaya —dice—, esta no ha estado nada mal. Creo que a la gente le ha gustado, ¿a que sí?

—Eso parece —corroboro. Noto el fugaz roce de la rodilla de Carl contra la mía por debajo de la mesa y al girar la cabeza hacia él veo que está mirando su pinta con una sonrisita de suficiencia. Diez minutos antes, habíamos estado riéndonos por el hecho de que nunca habíamos visto un público tan perplejo ante lo que estaba aconteciendo. Como Carl había anticipado, el grupo de Grant es una apuesta bastante radical con respecto a la clientela campechana y tranquila que por lo general frecuenta este local: un montón de gritos incomprensibles, un montón de acordes discordantes de guitarra y estallidos de percusión aparentemente aleatorios—. Igual que a nosotros —añado.

—Desde luego que sí —tercia Carl—. ¿Cuándo es el siguiente? Tenemos que reservar las entradas.

—Oh, no hace falta reservar —dice Grant modestamente—. Basta con presentarse. De hecho, me parece que tocamos en Kentish Town el próximo viernes. Y luego...

Se pone a recitar su agenda, contando las fechas y los locales con los dedos, y hasta hace un resumen de las expectativas de cada noche y describe a grandes rasgos los demás grupos que posiblemente actúen. Hago un sumo esfuerzo por concentrarme, pero estoy totalmente absorta en la súbita sensación de tibieza corporal del borde de mi mano izquierda, posada en el banco que hay bajo la mesa. Carl tiene la mano junto a la mía, a escasos

milímetros, y acto seguido, no sé cómo, hay un movimiento —no tengo ni idea de quién lo hace— y nuestros dedos se rozan ligeramente.

El contacto me produce una breve e intensa sacudida en todo el cuerpo. Esta vez no ha sido como las demás. Lo miro de nuevo. Se está rascando distraídamente la sien con la otra mano, alborotándose el pelo oscuro. Da la impresión de que tiene toda su atención puesta en Grant; está asintiendo con la cabeza, haciendo las típicas interjecciones humorísticas puntuales. Las palabras me pasan por encima como una corriente de agua. En lo único que puedo pensar es en el minúsculo círculo de aire caliente donde mi mano roza la suya, y de repente soy consciente, con una certeza apabullante, de que esto podría suceder de verdad. Podría suceder esta noche.

Trato de analizar la sensación que eso me provoca. Trato de pensar en Francis, y en el hogar que compartimos con nuestro hijo. Pero las imágenes de felicidad que pretendo visualizar se me antojan muy lejanas, y en lo único en que puedo pensar ahora es en la creciente congoja que siento en el pecho cada vez que entro en casa; en el caos que ninguno de los dos tiene la claridad mental para resolver; en nuestros nervios de punta, que nos empujan a enzarzarnos cada vez que coincidimos en el mismo sitio más de unos cuantos minutos, y en el muro infranqueable que las pastillas están levantando entre nosotros.

Yo había dado por supuesto que, si esta situación con alguien como Carl se me fuera de las manos alguna vez, daría un paso atrás como si nada. Ahora que ha llegado el momento, me veo incapaz. Me fijo en Carl, y él me lanza una fugaz mirada tan intensa que me corta la respiración, y soy consciente de que me estoy metiendo en un lío y siento que las olas se ciernen sobre mí y me arrastran, y me resulta imposible nadar a contracorriente.

Grant recoge sus cosas y empieza a ponerse el abrigo trabajosamente.

—Oye, perdonad —dicen en tono amable—. Estoy dale que te pego con este rollo. Seguramente estaréis aburridos como ostras. Tengo que marcharme; es que mañana me espera un día movidito. ¿Os venís?

Vacilo.

—Sí, la verdad es que debería irme —contesto—. Carl, ¿tú qué dices?

Carl se encoge de hombros y apura su pinta de cerveza.

—Bueno —responde—, no me importaría tomarme otra, si te apetece. Automáticamente me da por asentir con ademán desenfadado.

—Claro.

—Vale. Bueno, entonces me voy —dice Grant. Se abrocha el abrigo y se cuelga la guitarra a la espalda—. Muchas gracias por venir, chicos. Nos

vemos en la oficina. —Y acto seguido se marcha.

Permanecemos en silencio unos instantes. A pesar de lo dicho, ninguno de los dos hace amago de ir a la barra. Siento los latidos de mi corazón, el leve e insistente martilleo contra mi piel. Ha extendido la mano por completo sobre la mía y nuestros dedos están ligeramente entrelazados. Es la caricia más inocente que podríamos estar compartiendo, pero me resulta abrumadora, casi obscena. No recuerdo haber sido tan consciente de tocar a alguien, de la desnudez de mi piel, en mi vida.

—Bueno —comenta al fin—, esto resulta interesante.

Asiento, con la mirada clavada en el tablero de la mesa. Atisbo la sombra de su reflejo en el cristal empañado, el contorno de sus hombros y su perfil mientras me mira.

—Interesante —me muestro de acuerdo—, y no muy sensato, ¿eh?

—Bueno, si no quieres, lo dejamos —señala.

—¿Tú quieres? —suelto.

Suspira, al tiempo que reclina la cabeza contra el respaldo del banco.

—Oh, Caro —dice—. ¿A ti qué te parece? Ya sabes que yo... —Se calla con toda la intención, dejando que el eco de las palabras flote en el aire. Y, mientras habla, pienso que por supuesto que lo sé, que ya llevo semanas engañándome a mí misma. Su tono espontáneo se contradice con la humedad de su mano en la mía, con el atisbo de incertidumbre que reflejan sus ojos mientras calibra mi reacción. Me doy cuenta de que él tampoco sabe a ciencia cierta lo que está ocurriendo aquí ni cómo se desarrollará.

—No sé qué hacer —digo en voz baja, y lo digo en serio, por muy patético que suene.

—Yo tampoco —contesta en tono apagado y tierno, casi afligido, y me sorprende que esto también le resulte difícil a él.

Cada vez que he intentado quitarme estos pensamientos de la cabeza en las últimas semanas, me he dicho a mí misma que no es más que un depredador sexual joven con ganas de apuntarse otro tanto, pero, justo aquí y ahora, nada parece más lejos de la realidad. Le importo, creo; le gusto. La idea es así de simple y contundente. Un golpe de calor estalla en mi interior; me ruborizo y me siento mareada. Da la impresión de que la música que emana desde detrás de la barra suena más fuerte y retumba en las paredes.

—No puedo concentrarme con tanto ruido —digo—. Vámonos.

Caminamos uno al lado del otro en dirección a la parada de metro. Me cruzo de brazos, tiritando con el aire de la noche. De tanto en tanto, charlamos sobre Grant y su grupo, nos reímos por alguna anécdota de esta semana en el

trabajo. Es como si la conversación del pub no se hubiera producido, y estoy plenamente convencida de que esto no es lo que deseo. Deseo recuperar ese momento. Deseo esa intimidad, esa corriente llena de significado que ha fluido entre nosotros cuando su mano estaba posada en la mía en silencio. Soy incapaz de pasarlo por alto, soy incapaz de quitármelo de la cabeza. Me obsesiona hasta tal punto que apenas puedo pensar.

Nos detenemos en la boca del metro y, por un momento, nos observamos en silencio.

—¿Vienes? —pregunta finalmente.

Niego con la cabeza.

—Voy a ir caminando hasta la siguiente, para coger la línea Northern. — Nos quedamos mirándonos en el frío ambiente, el viento sopla entre nosotros. El deseo me sobrepasa, y el mundo se nubla ante mis ojos. Él dice algo que no consigo oír, pero sé que es una pregunta y asiento, me adelanto hacia sus brazos y levanto la cabeza. Mis dedos acarician su pelo mientras me aprieta contra él. Tiene los labios fríos. Nos besamos durante unos veinte segundos. Una pandilla de adolescentes, dando bandazos por las copas, nos vitorea a voz en grito al pasar por nuestro lado.

Al soltarme, alzo la vista para mirarle a los ojos fugazmente.

—No te sientas demasiado culpable —dice en voz baja.

—Lo intentaré. —Apenas puedo formar las palabras en mi cabeza, y mucho menos pronunciarlas. Me despido tartamudeando, doy media vuelta y echo a andar por la calle. Todavía estoy temblando por la adrenalina. Le doy vueltas y vueltas a esos segundos en mi cabeza, tratando de analizar lo que siento. Un extraño sentimiento de decepción se apodera de mí. Fuera lo que fuera lo que ha sucedido, no ha sido suficiente. Y ya ha pasado.

Cuando doy con él, se halla en un sitio tan obvio que ni siquiera me había molestado en mirar ahí al principio: un cuaderno rojo oscuro sin inscripciones en el lomo, embutido entre dos novelas en la estantería del dormitorio. Escondido a plena vista: muy propio de ella. Debería haberme esforzado más en pensar como ella, pero me cuesta.

Me siento en su cama y lo hojeo hacia atrás, fijándome en cómo van las fechas de los encabezamientos retrocediendo en el tiempo hasta que llego a enero, y a continuación leo cada página de lo que ha escrito durante los seis meses posteriores. Las palabras están apretujadas, casi superpuestas las unas sobre las otras, como si le hubiera resultado difícil volcar sus pensamientos en las exiguas líneas. Escribe con el corazón en la mano, sin guardarse nada. Y, sin embargo, mi primera sensación al llegar al final es una tremenda decepción. Es ramplón, de cabo a rabo. Ella es una mujer inteligente y tiene labia, pero en lo tocante a las emociones está claro que Caroline se guía por clichés. Algunas de las frases que utiliza resultan tan manidas y corrientes que me pregunto si en algún momento se habrá planteado que este diario podría haber sido escrito por prácticamente cualquier mujer del país. «Pienso en él a todas horas. Tengo ganas de estar con él hasta cuando acaba de marcharse. No puedo pensar en otra cosa, ni siquiera tomar distancia para entender lo que estoy haciendo o por qué. Me vuelve loca y me da miedo». Cosas por el estilo. Expresadas con ligeras variaciones, con alternancia de giros, como una cantinela, durante seis meses.

Tal y como esperaba, el último texto es del 8 de julio, y a partir de ahí nada. Solo espacio en blanco. Lo releo todo y a continuación hago lo que ella debería haber hecho hace mucho tiempo: encender una cerilla y prender una página tras otra junto a la ventana abierta del dormitorio, contemplar cómo los pedacitos negros carbonizados caen aleteando en la acera bajo el bloque y se desvanecen en la nada. Tardo un buen rato. Cuando estoy a medias, me remuerde la conciencia porque no va conmigo destruir algo importante para otra persona, aunque se trate de ella. Sin embargo, me sobrepongo.

Al terminar, me quedo ahí un rato, pensando de nuevo en las palabras que acabo de quemar y en su prosaica simplicidad, en lo desatinadas que son con respecto a lo verdaderamente importante. Supongo que no debería extrañarme. En última instancia, el tema sobre el que escribe es irrelevante. No es cuestión de vida o muerte. Es amor sin más.

Allí

Caroline, mayo de 2015

La veo venir desde la otra punta de la calle; una figura alta y esbelta paseando en vaqueros y un top de deporte azul eléctrico, las manos en los bolsillos con aire desenfadado. Yo vengo de comprar el periódico en la tienda. Es obvio que caminamos en dirección la una a la otra, que es imposible no cruzarnos en nuestro camino.

Decido mantener la cabeza gacha y pasar rápidamente como el que no quiere la cosa. Noto la sensación resbaladiza de la bolsa en la mano y que me arden las mejillas. Es absurdo; ni siquiera conozco a esa mujer. Qué más da si opina que soy la persona más grosera que jamás ha conocido, o si envía un comunicado a todos los vecinos aconsejándoles que cierren las escotillas y me hagan el vacío. Solo voy a pasar una semana aquí.

—Hola. ¿Qué tal? —Oigo las palabras salir de mi boca con cierta incredulidad e indiferencia, incapaz de discernir exactamente qué patrón de buenos modales me ha obligado a pronunciarlas.

Ella me sonrío radiante, aparentemente encantada.

—Bien, gracias —responde, y como se para en seco delante de mí me resulta imposible asentir con la cabeza y seguir mi camino deprisa—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien —contesto, y de repente, consciente de lo que voy a hacer, y viendo que no tiene sentido postergarlo, suelto de carrerilla—: Oye, perdona si ayer fui un poco brusca. No estoy acostumbrada a que los desconocidos me aborden. —Me río con la intención de darle una connotación autocrítica, aunque, en mi opinión, suena como si estuviera totalmente pirada—. Vivo en una ciudad, ¿sabes?; no hay mucha relación entre los vecinos.

La mujer asiente, y veo que me escruta sutil y fugazmente, extrañada.

—No pasa nada —dice—. Entiendo que pudiera parecer un poco raro. Si te soy sincera, me aburro. No conozco mucha gente por aquí, y en este

momento no estoy trabajando. Al ver una cara nueva, en fin, me dejé llevar por el entusiasmo. —Suelta una corta risotada sin gracia.

—Ya —respondo, para romper el silencio. Me da por fijarme en sus pequeños pendientes de diamantes y en el pintalabios rosa pálido que lleva. Yo suelo utilizar un tono parecido, pero dudo que me favorezca tanto. Destila personalidad con esa especie de elegancia innata tan poco común como estudiada, como si acabara de salir de una foto a doble página de una revista de moda exclusiva. No es de la clase de personas que a simple vista parezca que se encuentran solas.

—Me has pillado de camino a una cafetería —dice, devolviéndome a la realidad—. No te apetecerá un café, ¿verdad?

Tal y como sucedió ayer, me quedo cortada: su invitación sin tapujos, lo extraño de la situación. Al verme en la tesitura por segunda vez, me encuentro entre la espada y la pared. Pienso en Francis, esperando en la casa, pero cuando salí seguía acostado, no estaba listo ni mucho menos para la excursión a Greenwich que habíamos planeado. Podría mandarle un rápido mensaje desde la cafetería, avisarle de que tardaré un poco.

—Vale —contesto.

La mujer ya ha echado a andar con paso resuelto, obviamente esperando que la siga.

—Genial —dice, volviendo la cabeza mientras yo aprieto el paso para alcanzarla—. No está lejos. Por cierto, soy Amber.

—Caroline —me presento—. Encantada de conocerte —añado débilmente.

Caigo en la cuenta de que parte de la razón por la que esto me desconcierta tanto es porque no estoy acostumbrada a entablar amistad. Ese proceso de someter a juicio mis manías y debilidades y comprobar si se aceptan o no es algo menos habitual en la madurez. Solo recuerdo haberlo hecho en una ocasión en los últimos años. Cuando se me pasa este pensamiento por la cabeza, me avergüenzo y me clavo las uñas en las palmas de las manos para intentar desterrarlo, pero sin darme tiempo a cerrar la puerta de un portazo me encuentro de nuevo tumbada contigo en tu dormitorio, contemplando con el corazón en un puño cómo me observas, y esa mirada en tus ojos que me dice que puedes verme. Que me conoces.

Sigo a Amber a ciegas, sin idea de adónde nos dirigimos. Torcemos por una coqueta calle principal: una serie de pequeños comercios y tiendas de beneficencia, y una cafetería con la fachada verde a la que Amber se aproxima; al llegar, empuja la puerta y se abre paso en el interior con el codo.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Oh, ya lo pido... —comienzo a decir, pero ella niega con la cabeza.

—No seas tonta —me interrumpe—. Te invito yo; yo pago. Ya me invitarás tú en otra ocasión. —Me mira con picardía, casi con coquetería. Desprende un carisma indefinible que me resulta irresistible, quizá más si cabe por su ligero punto de locura.

—Vale, gracias. Entonces, solo un café americano —digo, y me acomodo en uno de los sillones colocados junto a la ventana mientras ella se dirige al mostrador. Mientras pide, hurgo en mi bolso y se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que me he dejado el móvil en la casa. A Francis no le hará gracia que no lo avise; siento una punzada de remordimiento que me hace plantearme si debería disculparme y marcharme.

Sin darme tiempo a decidirme, Amber trae los cafés, los deja sobre la mesa con un ademán exagerado y señala hacia el intrincado motivo en volutas de la espuma blanca, dispuesta en una espiral geométrica.

—Bonito, ¿eh? —comenta—. Esos pequeños detalles, ¿verdad? —Su ojo izquierdo se entorna en lo que podría ser un fugaz guiño, pero tan deprisa que no me da tiempo a reaccionar—. Bueno —continúa, al tiempo que se sienta frente a mí—, ¿qué te trae por aquí? Parece un destino de vacaciones un poco raro.

—Bueno... —Titubeo, sin estar segura de hasta dónde explicarle, o incluso qué responder. Escojo las palabras con cuidado, sopesándolas—. Supongo que, en cierto modo, es raro —digo—. Es que queríamos pasar una semana fuera, sin el engorro y el gasto de viajar al extranjero. No es que yo conociera esta zona en concreto, pero se encuentra bastante cerca del centro de Londres y, en fin..., se presentó la oportunidad.

—Claro —comenta Amber, encogiéndose de hombros—. Por qué no. Y la verdad es que esta zona es agradable, ya lo creo. Lo que pasa es que la mayor parte del tiempo estoy tan acostumbrada a ella que se me pasa por alto.

—¿Llevas viviendo aquí mucho tiempo? —pregunto.

Levanta la vista hacia la izquierda como suele hacer la gente al hacer memoria de algo lejano.

—Unos... diez meses. Así que la verdad es que no —responde sonriendo—. Se me ha hecho más largo. —Se echa hacia delante, baja la voz para evitar que nos escuchen y cuchichea en tono confidencial—: Es una especie de condena.

Me consta que debería reírme, pero las palabras me llegan al alma y me limito a asentir con la cabeza, sin atreverme a hablar.

—Seguro que no es para tanto —comento finalmente.

Ella niega con la cabeza y se echa hacia delante para apoyar los codos sobre la mesa.

—No, claro que no —dice—. En general, no está mal. Es que a veces es... un poco agobiante. Es curioso, cuando te paras a pensarlo. Viviendo aquí, enseguida conoces a todo el mundo de vista. Veo las mismas caras a todas horas, y nos sonreímos y saludamos, y acabas preguntándote qué concepto tendrán de ti. Porque, como es natural, no los conoces realmente, ni ellos te conocen realmente. Lo único que sabes es lo que ves. Pequeñas pinceladas de las mismas cosas. Ya sabes: madres a la carrera de camino a los colegios, ancianas arrancando malas hierbas en los jardines delanteros, maridos lavando los coches el domingo. Retazos de vidas ajenas. Y a veces me pregunto qué retazos verán de la mía y lo que opinarán. Eso es todo. —Se reclina en el asiento y sopla con cuidado el café. La espuma se extiende rápidamente y se disuelve en la taza.

—Ya —respondo, para romper el silencio. A saber por qué, se me eriza el vello de los brazos y me da un escalofrío por la espalda—. Entonces, ¿no tienes por costumbre invitar a un café a la gente con la que te cruzas por la calle? —pregunto, tratando de distender el ambiente.

Ella, algo incómoda, sonrío.

—No. No suelo hacerlo. A lo mejor estoy al borde de la desesperación.

—¿Y la gente que vive en la casa donde me alojo, la número 21? ¿Los conoces? —pregunto. De repente, parece una locura que esté ocupando la casa de los Kennedy, con lo poco que sé de ellos.

Amber me mira rápidamente y en su perfecto entrecejo se forma un frunce.

—Ah, ¿tú no? —pregunta a su vez.

Demasiado tarde, recuerdo haberle dicho que estoy cuidando de la casa, lo cual sugiere implícitamente que se trata de un favor a un amigo.

—No exactamente —respondo con evasivas—. Más bien somos amigos de unos amigos en común. —Conforme hablo soy consciente de que no ha respondido a la pregunta, así que esta vez dejo que el silencio se prolongue adrede.

—Ah —contesta Amber con tono inexpresivo, por fin—. Bueno, no. La verdad es que no. Como te he comentado, te cruzas con gente. Pero de ahí no pasa. —Se cruza de brazos y se queda mirando por la ventana, observando los coches que circulan despacio con tanta concentración que parece desproporcionado. Es curiosa su manera de hablar a trompicones, como si

midiera las palabras. La miro con las cejas ligeramente arqueadas, una sonrisa en mis labios. Ella me sostiene la mirada, impertérrita, pero no dice nada.

Me sorprende que tenga semejante aplomo; está claro que no siente la urgencia por romper el silencio que en este momento me invade. Tal vez debería admirarla, pero no puedo evitar que me resulte extraño. Solo tardeo unos segundos más en hablar.

—Ya —digo alegremente—, claro... —Y reconduzco la conversación a un terreno más seguro.

Charlamos un rato sobre las mejores cosas que hacer en el barrio, comentamos el evento de recaudación de fondos de la iglesia en el que se ha visto en el compromiso de participar y, al cabo de unos minutos, considero justificado echar un vistazo a mi reloj y decir que debería volver con mi marido. Amber recibe la noticia con ecuanimidad, apura su café y se levanta sin darme tiempo a ponerme la chaqueta. Me dedica otra de sus sonrisas mientras salimos a la soleada calle.

—Gracias por venir —dice—. He roto mi rutina. Igual nos volvemos a ver por aquí antes de que te vayas, ¿no?

Por un momento, me siento desilusionada como una niña; su comentario ha sido impreciso y sin compromiso, sin verdadera intención.

—Sí —digo—. Estaría bien.

—Vale. —Echa a andar, al tiempo que señala hacia la calle—. Voy a seguir por aquí para hacer unos recados. ¡Nos vemos! —Levanta la mano lánguidamente, mueve los dedos y acto seguido se da la vuelta y echa a andar a buen paso por la calle, su melena rubia ondeando con aire desenfadado con la brisa. La observo conforme se aleja: la naturalidad de su seductor porte al caminar, la reacción en cadena de los hombres girando la cabeza. Y de pronto detecto algo que me resulta familiar.

Vuelvo caminando despacio hasta Everdene Avenue, haciendo memoria para averiguar a quién me recuerda. No caigo en la cuenta hasta que estoy prácticamente en la casa, y al hacerlo suelto una leve exclamación de sorpresa. Es a mí misma. Nuestro tono de piel y peinado son similares, aunque dudo haber derrochado alguna vez tanto glamur y personalidad, ni siquiera cuando tenía su edad. Pero es algo que va más allá de las apariencias; su manera de moverse despide una energía, una seguridad natural, que me recuerda a cómo era yo cuando rebosaba de chispa al estar contigo y la irradiaba dondequiera que fuera. Es una luz que se apagó hace casi dos años, pero recuerdo con nitidez la sensación. Si pudiera colarme en su cuerpo, podría revivir a aquella Caroline.

La idea me seduce y entristece. Los últimos veintidós meses han sido un periodo de reorganización, de reestabilización, pero también de ocultación. Perdí mi antiguo yo —la mujer con una confianza innata en sí misma, con la convicción de que el porvenir iba a ser halagüeño— la última noche que te vi. A partir de ahí, dejé de estar a la altura.

Me topo con Francis en cuanto abro la puerta, vestido de pies a cabeza y visiblemente alterado, blandiendo mi móvil como un arma. Se me cae el mundo encima, y siento ese angustioso presentimiento inminente de que me han pillado. Tardo unos segundos en recordar que no tengo nada que ocultar.

—¿Dónde estabas? —pregunta a bocajarro—. Te has dejado aquí el teléfono, y has tardado un siglo. Me tenías en vilo.

—Lo siento —contesto, deslizándome en el interior y desembarazándome de la chaqueta—. Me he encontrado con la mujer que vive más arriba, la que te mencioné ayer. Hemos ido un momento a tomar un café. Sé que suena un poco raro, pero... —Se me apaga la voz, consciente de que en realidad no hay nada más que decir.

Al mirarle a los ojos, intuyo la pregunta latente en ellos: la que por lo visto no es capaz de dejar de formular, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Me invade una tremenda sensación de agotamiento que me chupa la energía. A lo mejor es una actitud irracional, pero no puedo evitar sentirme molesta. Enojada, incluso. Es como si se diera por hecho que, en el momento menos pensado, en cuanto nos separamos unos minutos, me dedicara a pasar el rato follando con otro. Al principio, yo intentaba rebatírsele negándolo. «Se ha acabado. Se ha acabado». Lo repetía hasta la saciedad, y cada vez sonaba menos convincente, aunque no podía ser más cierto. A veces, me daban ganas de darle explicaciones —de decir las palabras que harían que me creyera—, pero, siempre que abría la boca para intentarlo, pensaba en el gesto que pondría, en cómo me miraría y se daría cuenta de lo que yo era. Y esas palabras nunca fueron pronunciadas.

Ahora, lo miro de frente y digo claro y en voz baja:

—No hay por qué preocuparse. Me he tropezado con esa mujer. Hemos ido a tomar un café. Punto. —Dejo espacios intercalados entre mis palabras, con cuidado de no dar demasiadas explicaciones.

Francis, con el gesto hosco por lo difícil que le resulta creerme, asiente.

—Lo sé —dice.

—Bueno, gracias por el voto de confianza. —Lo suelto sin querer, un comentario mezquino e inoportuno que se materializa desde esa pequeña y díscola parte de mí que por lo visto se resiste a dejar de rebelarse. En cuanto oigo el desagradable deje de mi voz, me dan ganas de tragarme las palabras.

—Caroline, ¿a qué viene esto? —pregunta, con gesto dolido y desconcertado—. No te he echado nada en cara. Solo estaba preocupado. He venido aquí para pasarlo bien contigo. Para divertirnos. ¿Acaso es pedir demasiado?

—Claro que no —respondo, tratando de atemperar mi tono.

Estamos de pie en la entrada, muy cerca el uno del otro, casi rozándonos las caras. Le rodeo el cuello con mis brazos y hundo la cara en el hueco, respirando, tranquilizándome. Es lógico que todavía desconfíe, y que eso le provoque ansiedad y dependencia. Aun cuando lo que hice estuviese justificado, fue imperdonable. No puedo pretender que las consecuencias desaparezcan de la noche a la mañana.

—No pasa nada —dice—. Lo siento. —Se echa hacia atrás ligeramente y me sonrío con esa boca que beso desde hace quince años. Ahora, me cuesta recordar el rictus hosco que a veces todavía adopta. Esa boca pertenece a otro.

—Yo también lo siento —murmuro, tratando de mitigar la irracional e intempestiva quemazón de mi pecho. A veces, cuanto mejor se encuentra él, más rabia siento yo.

Nos quedamos ahí abrazados durante otro minuto entero, ligeramente pegados, sintiendo el ritmo de nuestra respiración. Su corazón late deprisa y con fuerza contra el mío. La cercanía surte efecto y me tranquiliza lentamente. Apoyo la cabeza en su hombro, y observo la pared de enfrente con la mirada perdida.

Hay un pequeño hueco en la pared que se abre justo al lado de la puerta principal. Parece diseñado para un perchero que no está ahí. Ahora solo hay una imagen no muy grande enmarcada, colgada en medio de la pared encalada. Una exquisita fotografía de un parque, un río que discurre en diagonal por el contorno del marco y al fondo el borde de un jardín ornamental. La observo fijamente durante lo que se me antojan horas, hasta que caigo en la cuenta de lo que estoy contemplando y, al hacerlo, noto una sacudida. Es Hyde Park, la orilla del lago Serpentine en un punto cercano a Kensington Gardens, el tramo que fui a ver contigo una vez. Es imposible no imaginarnos allí, tumbados en ese tramo de la fotografía. Siento la caricia del césped contra mis brazos desnudos. El calor del sol cayendo a plomo sobre

mis párpados, y la sensación de tu sombra encima, alterando la cualidad de la luz.

Se me revuelve el estómago, y me vienen a la cabeza las flores del cuarto de baño, y la música que Francis estaba escuchando ayer cuando llegué. Llevo meses sorteando este tipo de recuerdos, estos sencillos y pequeños cables trampa a los que únicamente les encontraríamos sentido tú y yo. Ahora se me amontonan hasta tal punto que apenas puedo pensar. No me explico la relación que guardan entre sí, ni por qué me asaltan ahora, en este lugar desconocido. Se supone que esta casa iba a ser una escapada: una salida para evadirme de mi vida. Pero, más que una salida, me parece una entrada a un lugar que deseo borrar de mi memoria.

«No quiero estar aquí». El pensamiento, irracional y rotundo, me pilla desprevenida.

—¿Caro? —Francis, alertado por algún cambio en mi respiración, se despega de mí—. ¿Estás bien?

Lo miro fijamente, y no consigo discernir si su expresión revela conocimiento o ingenuidad. Veo la fotografía colgada de reojo. No me explico cómo no he reparado en ella hasta ahora.

—Sí —respondo lentamente, tragándome el nudo que atenaza mi garganta—. Sí, muy bien.

En casa

Francis, marzo de 2013

Todos los días comienzan igual. Me despierto sobresaltado de mi supuesto descanso, echo un vistazo a los números que brillan en naranja en el reloj de la mesilla de noche, y compruebo que son las cuatro de la madrugada. Minuto arriba, minuto abajo, qué más da. El ambiente cargado con el descanso del resto de la gente y el eco de mis perturbadores sueños.

Noto un martilleo en la cabeza que se extiende hasta mi pecho. Al principio, es mudo; un palpito visceral, primitivo y virulento. Después se diluye y aclara. Siempre es igual. La sensación insidiosa e indefinida de que se acerca algo espantoso... o de que tal vez ya haya sucedido y simplemente lo ignoro. Cada mañana me despierto anticipando el golpe. Aún no lo he recibido. Pero solo es cuestión de tiempo. Me quedo tendido a oscuras durante un par de minutos, reuniendo estos pensamientos y tratando de empujarlos hacia el fondo de mi mente, pero se empeñan en saltar a la superficie una y otra vez, como si estuvieran suspendidos sobre muelles firmemente comprimidos.

Esta mañana concretamente, retiro el edredón con dificultad y me dirijo a la sala de estar para encender el ordenador. Hago un repaso de unos cuantos canales con programas matinales de televisión, sin importarme realmente por cuál decantarme. Trato de concentrarme, porque es la única manera de evadirme de esos pensamientos, pero me cuesta horrores. Da la impresión de que cada frase se transmite en un misterioso lenguaje codificado que exige un sumo esfuerzo para ser interpretado y descifrado, de modo que, para cuando mi cerebro asimila el significado, voy rezagado y la secuencia ha cambiado en la pantalla.

De vez en cuando, miro la hora en la esquina de la pantalla: 04:46, 04:59, 05:23, 06:32. La última hora ha pasado rápido. Igual me he quedado traspuesto, pero es difícil saberlo. Los límites son borrosos, y cada vez más.

De pequeño, era sonámbulo. Recuerdo la surrealista y confusa sensación de percibir la habitación a mi alrededor mientras me movía, de reconocer las siluetas de los objetos que me resultaban familiares sin distinguirlos del todo. Llevaba años sin pensar en ello, pero desde hace meses lo tengo en mente la mayor parte del tiempo. El recuerdo es químico. Muscular. Lo siento filtrarse en mis huesos cada día.

Noto tirantez y tensión en las sienes, y una fina capa de sudor humedeciéndome la nuca. Al estirar el brazo para secármelo, me tiemblan los dedos. Sería fácil aplacar el temblor, pero como hoy tengo un paciente a las once, necesito estar espabilado. No me queda otra que aguantarme. Ya son las siete y pico y está amaneciendo; los graciosos ruiditos incomprensibles que Eddie suele hacer más o menos a esta hora se dejan sentir desde el otro lado de la pared. Sopeso la posibilidad de ir a levantarlo, de hacer el esfuerzo de alargar la mano para pulsar el botón de pausa en la pantalla de mi ordenador, pero en ese momento oigo que se abre la puerta del dormitorio y los pasos de Caroline cruzando el pasillo deprisa. De modo que no me queda otra que hundirme aún más en el asiento y esperar. Los oigo, a los dos, a mi mujer y a mi hijo, trajinar en las habitaciones contiguas. Aunque se hallan a escasos metros de mí, lo mismo daría que estuvieran al otro lado del planeta.

Justo antes de que ella entre, me levanto y me miro en el espejo que hay colgado sobre la repisa de la chimenea. No sé a quién esperaba ver. No a este hombre con la tez macilenta e hinchada y profundas arrugas de preocupación en las comisuras de los ojos; su cara me resulta familiar y a la vez extraña, como una caricatura de mí mismo. Durante un fugaz instante, me imagino dando golpecitos en el espejo. Metiendo las manos para sacar al hombre y examinarlo a la luz, averiguar quién es. Lo observo del mismo modo que los demás parecen observarlo. Amigos con gesto desconcertado, intentando averiguar lo que pasa precisamente cuando todo empezó a importarme una mierda. «Tío, ¿estás bien? Da la impresión de que hace tiempo...». Mis compañeros terapeutas en la clínica esquivándome con disimulo por los pasillos para evitar la clase de cháchara ociosa por la que aparentemente se desvivían. Mi hermano Greg, la última vez que vino de visita. «Francis, prácticamente no te reconozco. ¿Qué has hecho con mi hermano?». De tanto en tanto echando un vistazo por la ventana a su Porsche de banquero gilipollas, reluciente y ostentoso en la calzada, como si le preocupara que alguien fuera a rayárselo. Rebuscando en su atestada cartera, desplegando en abanico sus tarjetas de crédito de platino como un mago. «¿Cómo te va?».

Mi ira se enciende y apaga, una vieja antorcha gastada que a estas alturas prácticamente me trae al paio. Vuelvo a sentarme, y la puerta se abre bruscamente. Caroline entra en la habitación y se detiene en el sitio donde yo estaba hace un instante, se retoca el maquillaje y se estira el vestido entallado. La falda es ceñida y le llega a la mitad de los muslos. Veo cómo la tela se estira y se le ajusta a la piel; siento una breve y absurda punzada de deseo.

—Me voy enseguida —dice, mirando hacia mi reflejo en el espejo. Últimamente, da la impresión de que gran parte de nuestras conversaciones se desarrollan de esta manera. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, pero ni siquiera se digna girarse hacia mí—. Voy a dejar a Eddie en la guardería. Lo recogeré para la hora de la cena y luego saldré, ¿vale?

—¿Dónde has dicho que vas? —pregunto, pero la verdad es que me da igual la respuesta, y a los cinco minutos se me olvida.

A las diez y veinte salgo a la calle, donde hace un frío de muerte, y se me ocurre volver a entrar a por un jersey más grueso o un abrigo, pero se me antoja demasiado esfuerzo y, sin decidirme, me da por echar a andar calle abajo en dirección a la estación. Todo me deslumbra. La silueta cortante de los árboles perfilada contra la línea del horizonte me crispa y los edificios apiñados a mi alrededor despiden una claridad enfermiza. Prácticamente percibo su sabor, amargo y metálico. En días así, parece que la suerte está echada. Solo tienes que aguantar el tipo.

El trayecto en tren normalmente solo dura diez minutos, pero hay algún problema en la línea y avanza a paso de tortuga, dando sacudidas hasta pararse en seco cada cierto tiempo. Enfrente de mí, una joven con auriculares de peluche tararea no sé qué canción que está sonando a todo volumen en sus oídos. Tiene la boca roja, pringosa de brillo de labios. Es un tanto repulsivo. Ella alza la mirada un par de veces y me examina con cautela con los ojos entrecerrados. Me consta que no estoy sonriendo. Podría aliviar la tensión, apartar la mirada, o al menos suavizar el frunce que arruga mi entrecejo, pero me trae sin cuidado. Hoy no tengo ganas de dar muestras de urbanidad.

En la parada anterior a la mía, coge su bolso y sale del vagón con aire altivo, mascullando algo para sí misma. La vieja que hay en la siguiente fila de asientos le lanza una fugaz mirada de complicidad, y a continuación me observa inquisitivamente durante unos segundos y se rebulle en el asiento. Últimamente, cada vez es más patente que la marea de la opinión pública se vuelve en mi contra sin que yo pronuncie una palabra siquiera. En cierto

modo, tiene su gracia. Desde luego, no es algo por lo que esté dispuesto a discutir. De hecho, a veces me da por seguir el juego.

Recuerdo haber oído en una ocasión un comentario sobre una famosa —si no recuerdo mal era Madonna— que al parecer tenía la habilidad de permitir que los transeúntes la reconocieran o no a su antojo cuando caminaba por la calle, mezclándose entre el gentío en un momento dado, y al siguiente irradiando un halo indefinible de superestrella que hace que la gente se enderece y preste atención. En mi caso ocurre lo mismo, salvo que lo que yo irradio no es estrellato, sino una especie de desencanto agobiante y quisquilloso con el mundo que tira molestando de los faldones traseros del abrigo de la gente y hace que se dé la vuelta para echar otra ojeada. Ahora mismo, ese halo brilla a toda potencia.

—Buenos días, Francis —me dice en tono cantarín Sara cuando entro, prácticamente sin apartar la vista de sus notas. Es una de las terapeutas que pasan consulta habitualmente en este centro, y a veces observo sus penetrantes ojos de hurón y me pregunto hasta qué punto me calará bajo la máscara que me coloco cada vez que vengo aquí. Prefiero no pensarlo.

—Buenos días —contesto por encima del hombro, de camino a mi sala de consulta. Busco mis notas, trato de centrarme en lo que me dispongo a hacer. Es un nuevo paciente, un hombre de cuarenta y pocos años. Los apuntes de su valoración bailan delante de mis ojos y no consigo distinguir las palabras. Me doy por vencido y los dejo a un lado. Comenzaré de cero. Mejor así.

Las manos me tiemblan de nuevo; me sirvo un vaso de agua y maldigo cuando salpica la mesa, junto a mi sillón. Hora de recomponerse. Esto es pan comido para mí. Antes me encantaba. Ahora le encuentro menos aliciente que antes. Ahora que he reducido tanto mis compromisos, el sueldo de Caroline es tres o cuatro veces superior al mío. En comparación con las suyas, mis nóminas apenas valen el papel en el que están impresas.

Estos pensamientos son como pequeñas agujas que me dan molestos pinchazos en la piel. Solo hay una manera de mitigarlos, y todavía no puedo hacerlo. Me centro.

Está en la puerta con aire vacilante: un hombrecillo apocado con entradas y gafas de montura color ámbar. De cara bastante agradable, pero a diez pasos veo que metafóricamente lo han pisoteado con unos tacones de aguja. Me incorporo y me acerco a él tendiéndole la mano.

—¿Mark? Adelante. —Mi tono es mesurado, autoritario. Tengo la suficiente experiencia como para saber emplear el tono adecuado cuando es necesario.

La primera sesión con frecuencia se limita a poco más que escuchar y dar pie a hablar, y esta no es una excepción. Es un alivio enfrascarme en ella, desconectar del resto. Es taciturno, a menudo se para en mitad de la frase o se rasca un lado de la cara con reparo, pero, una vez que se lanza, suelta una rápida retahíla de palabras, un torrente de insatisfacción a media voz. En general, es la típica historia: un trabajo mediocre, falta de actividad social, relaciones familiares insatisfactorias. No menciona a su mujer hasta treinta minutos después, a pesar de que hace girar la alianza que lleva en el dedo cada dos por tres mientras habla. Al hacerlo, al principio titubea, se va por las ramas, matizando todo lo que dice con advertencias y conjeturas.

—Da la impresión de que no desea pasar tiempo conmigo. —Sus ojos parpadean rápida y erráticamente tras las gafas, como si la idea le provocase una pequeña descarga eléctrica—. O sea, no sé. Ella tiene un trabajo estresante, trabaja hasta tarde muy a menudo. Supongo que es lógico que solo le apetezca relajarse. Pero a veces me pregunto si hay algo más. Otro motivo. Es probable que me equivoque.

Pasan otros diez minutos hasta que la verdad sale a relucir: los mensajes que ella recibe en el móvil bien entrada la noche, la ropa nueva que él ha visto en el armario y que parece que ella nunca se pone en casa, el creciente desinterés por el sexo o la intimidad. Da la impresión de que cada nuevo detalle lo sume paulatinamente en un pozo en el que no desea meterse, pero continúan surgiendo. Es como si estuviera reuniendo las pruebas, a la espera del veredicto. Cuando termina, extiende las manos con las palmas hacia arriba con gesto de impotencia. Tiene las yemas de los dedos muy suaves y rosas, como las de un niño.

—No sé —dice—. ¿Cree que tiene una aventura?

La respuesta está cantada. Pero no me corresponde contestar, y en vez de eso pregunto:

—¿Y usted? —Y observo cómo analiza introspectivamente su certidumbre frente a la realidad que creará si lo expresa en voz alta.

—Sí —dice, por fin. Da la impresión de que no desea añadir nada.

Yo podría meter baza en este momento, intentar sonsacarle. Pero a veces lo que funciona es el silencio y, además, tengo un zumbido en la cabeza, mis propios pensamientos están tratando de aflorar a la superficie. Estoy pensando en Caroline frente al espejo esta mañana, girándose a un lado y a otro, examinando su aspecto con el vestido corto ceñido. Estoy pensando en lo curioso que resulta que sea capaz de analizar las relaciones de otras personas con suma perspicacia, incluso ahora, y sin embargo, en lo tocante a la mía,

mantenga tal hermetismo que ni siquiera puedo reconocer las cosas que me consta que son ciertas.

Médico, cúrate a ti mismo. No sabría ni por dónde empezar.

—Supongo que lo sé desde hace mucho tiempo —comenta al cabo de unos minutos—, pero la verdad es que me resistía a admitirlo. Ahora he de tomar una determinación, y no sé cómo hacer lo correcto.

Asiento, y nos cruzamos la mirada, un fugaz instante de complicidad que desbarata la farsa que me mantiene sentado en este sillón y a él pagándome por mi presencia.

—Bueno —digo con tacto—. A veces es conveniente dejar pasar cierto tiempo.

—Eso es lo que pensaba —responde con vehemencia, agarrándose al salvavidas. Ya sé cómo se va a desarrollar todo. Habrá entre cinco y diez sesiones de angustia y sospechas alimentadas sin cesar que él intentará enterrar con esperanza y negaciones, después alguna revelación o punto álgido que le obligará a aceptar la realidad de la situación, y luego no tendremos más remedio que partir de cero. A veces conviene hacer la vista gorda para conservar la cordura.

—Yo la quiero —dice al levantarse para marcharse—. La quiero de verdad. —Su tono posee un deje orgulloso, casi desafiante. Me dan ganas de decirle que querer a alguien no tiene nada de nobleza. Se quiere, o no se quiere. Sucede, o no sucede. Y empeñarse en ello o en lo contrario por lo general es tan absurdo como matar moscas a cañonazos. Pero, en vez de eso, con un solemne y respetuoso asentimiento de cabeza me despido de él hasta la semana que viene.

Cuando se ha ido, permanezco junto a la ventana durante unos instantes y Caroline me viene de nuevo a la cabeza. Esta vez, aparece tal y como la vi anoche mientras estaba amodorrado en el sofá: forcejeando para bajar la cremallera de sus botas, apoyada contra la pared para mantener el equilibrio mientras se las quitaba. Después, se quedó descalza y me observó durante unos instantes bajo la tenue luz. Yo intuí que estaba dudando si despertarme o no. Al principio pensé que se acercaría, pero se cruzó de brazos sin más y se apoyó contra la pared durante unos cuantos segundos, concentrada con la cabeza hacia arriba, como si estuviese aguzando el oído, y luego salió de la habitación con tanto sigilo que, en la penumbra que atisbaba con los ojos entrecerrados, ni siquiera estaba seguro de si se había marchado hasta que sentí el frío y la quietud de la habitación en su ausencia. Y, al dormirme, soñé con el día de nuestra boda. Su cara tersa y radiante bajo el cielo del verano y

el quiebro de su voz al decir que me quería mirándome a los ojos. Fue real, pero no lo fue. Entre los sueños y los recuerdos hay una diferencia insignificante.

Estos pensamientos vuelven a aflorar, y no quiero que estén ahí. Hora de irme a casa.

Caroline vuelve con Eddie a las seis menos cuarto, le prepara la cena y luego se sienta con él a la mesa para ver cómo come. De tanto en tanto, sale de la sala como una flecha y seguidamente regresa con un cambio sutil. Un nuevo esmalte de uñas, una vaharada de perfume. Ella cree que no reparo en estas cosas, pero sí lo hago. Siempre lo hago.

—Será mejor que me ponga en marcha —dice, mirando su reloj—. Acuéstalo a su hora, ¿vale? Me llevo el teléfono, así que llámame enseguida si hay algún problema.

—¿Dónde dijiste que ibas? —Me cuesta pronunciar las palabras. La neblina ya está comenzando a posarse y los pensamientos se traban entre sí como el algodón.

Ella se gira en redondo con cara larga.

—He quedado con Jess —contesta—. Ya lo sabes.

—Ah, sí —respondo—. Es verdad.

—Te lo he dicho un montón de veces —dice, y hay algo en la manera en que me mira que me da ganas de herirla, noto cómo la rabia emana gradualmente de su pozo.

—Sí —repito, pensativo—. Es que no te presto mucha atención. Supongo que gran parte de lo que dices tampoco es tan... —Sopeso detenidamente la siguiente palabra. «Importante». «Interesante»—. Valioso —termino diciendo, y no puedo evitar regodearme ante su reacción inmediata, la mueca apenas perceptible que indica que la palabra le ha tocado la fibra.

—Vale —replica—. Gracias. Bueno, me voy. —Se queda vacilante durante unos instantes más, mordiéndose el labio, intentando dilucidar si es preciso añadir algo más. Me desconcierta mirarla, me pregunto qué significa para mí exactamente. A veces, pienso que es tan preciada para mí que los ojos se me llenan de lágrimas, siento el deseo de protegerla del mundo y no permitir que nadie le haga daño jamás. Otras veces, la verdad es que creo que me importaría una mierda si se muriera.

Ella baja la mirada, se encoge de hombros y cruza la sala deprisa para darle un beso de buenas noches a Eddie, y a continuación hace un leve

ademán con la mano a modo de despedida en dirección a mí y se marcha a toda prisa. Un momento después oigo el portazo al salir.

—Nos hemos quedado solos —le digo a Eddie en el silencio. Él levanta la vista, alerta y con una media sonrisa, inseguro de mi tono. Le pongo el pijama y abro su cuento por donde lo dejamos anoche—. «El príncipe desenvainó su espada mágica y el castillo relumbró» —leo.

—«Resplandeció» —corrige Eddie en voz baja.

Vuelvo a mirar la página.

—«Resplandeció» —digo—. Eso. —Los colores chillones de las ilustraciones y la tosca tipografía se vuelven borrosos ante mis ojos y, de repente, me muero de sueño.

Leo a trompicones unas cuantas páginas más y a continuación me levanto con esfuerzo del sofá, lo llevo a su dormitorio, lo acuesto y le pongo su peluche favorito entre los brazos.

—Buenas noches —susurro, y me agacho para darle un beso en la frente. Él emite un ruidito de conformidad y se hace un ovillo. Esta noche va a ir sobre ruedas; menos mal. Le despego los dedos de mi mano, a la que se ha aferrado lentamente, y, al hacerlo, siento que un arrebató de amor aflora desde lo más hondo de mi ser, y la sensación me desagrada. Me resulta terriblemente dolorosa, y no deseo analizar el motivo.

Al volver a la sala de estar, apago la luz principal, me siento en el sofá y alargo la mano para coger el paquete de pastillas. Solo una más esta noche. El papel de aluminio se arruga y quiebra bajo mi uña, con un sonido prácticamente inaudible que siempre me calma. Saco la pildorita azul de su cavidad y la sujeto entre las yemas de los dedos. Se me pasa fugazmente por la cabeza que tal vez no necesite esto. Tal vez pueda reducir las dosis, tal vez incluso prescindir por completo de ellas. Pero mi modorra de antes ya se está mitigando, la punzante angustia incipiente pugna por aflorar a la superficie, y sin pensármelo dos veces dejo caer la pastilla a mi garganta y me la trago con dificultad sin agua, y después otra, y luego otra. Y listo hasta mañana. Cambio y corto.

El ordenador portátil de Caroline, rojo y brillante, está cubierto de pegatinas de coches de bomberos colocadas en curiosos ángulos, seguramente obra de su hijo. Lo guarda en un cajón junto a su cama, y ha tenido el detalle de anotar la contraseña al final de la agenda que utiliza para anotaciones aún más prosaicas que las del cuaderno que quemé ayer. Le prendo fuego. A excepción de unas cuantas fotos de sí misma en primer plano guardadas en una carpeta sin identificar, hay poca cosa en el escritorio. Me quedo un rato mirando ese rostro impenetrable: los párpados embadurnados de sombra de ojos de color gris plomo, los labios rosa oscuro y levemente entreabiertos. No creo que sean para su marido. De hecho, creo que son para ella.

Tengo más suerte online. Está claro que Caroline no se molesta en cambiar mucho de contraseña; no consigo abrir su correo electrónico, pero su página de Facebook se despliega en un tris al acceder con la misma clave que he utilizado para iniciar sesión en su portátil. Repaso sus mensajes privados, los leo uno a uno detenidamente. Ha borrado todo lo anterior a los últimos doce meses, pero los mensajes entre ella y su amiga, Jess, son una mina. Gracias a ellos, me entero de que Francis está —en general— cumpliendo sus promesas; de que las cosas han mejorado mucho entre ellos; de que, sin embargo, a ella aún le cabe la duda de si habrán hecho lo correcto. Me entero de que a ella todavía le cuesta conciliar el sueño, y de que a veces los sueños la transportan a un lugar que no ha sido capaz de olvidar.

Hay incluso un par de alusiones a lo sucedido el 9 de julio de 2013. Nada explícito, por supuesto. Ella no tiene un pelo de tonta, y sabe que no se puede confiar realmente en nadie. De todas formas, me basta para intuir que se muere de ganas de sincerarse. En contra de lo que le dicta el buen juicio, en el fondo medio espera que alguien tenga la habilidad de romper su coraza y sonsacarles sus secretos. Ella desea quitárselos de la cabeza. Desea deshacerse de ellos.

Antes de cerrar la sesión, decido cambiar su foto de perfil. Actualmente es una impersonal instantánea desenfocada en la que aparecen ella y su hijo caminando agarrados de la mano por un soleado paseo marítimo. Aunque

tardo unos minutos en buscar el tipo de foto que quiero, al final doy con una que es perfecta. La guardo en el escritorio y a continuación la subo. Me pregunto cuánto tardará la gente en darse cuenta, en comentarlo, en hacer conjeturas. «¿A qué viene esto, Caroline? ¿Estás bien?». Por lo que veo, no deja entrever mucho bajo su fachada. Guarda las apariencias ante su círculo cercano porque tiene miedo. Necesita ayuda para quitarse la máscara y mostrarles quién es realmente.

Allí

Caroline, mayo de 2015

No es fácil imprimirle un aire acogedor a este lugar, pero cogemos todos los cojines que encontramos en la casa y los tiramos al sofá, encendemos unas velas y ponemos música ambiental en el equipo. Doy un paso atrás para examinar la habitación y compruebo que sí que se nota la diferencia. Estos pequeños detalles cambian la atmósfera de la casa, mitigan parte de su incómoda falta de personalidad. Me ayudan a quitarme de la cabeza los pensamientos y recuerdos que me han estado agobiando. Ojalá estuviera aquí Eddie; daría la sensación de que prácticamente se trata de una noche en familia como cualquier otra.

Echo un vistazo a la foto que mi madre me ha enviado hoy: Eddie sonriendo de oreja a oreja a la cámara, señalando hacia la pegatina de «¡Buen trabajo!» que lleva en el abrigo. Como es natural, desearía estar allí, pero aparto ese pensamiento de mi cabeza decidida a disfrutar de la noche que tengo por delante.

Francis, que ha cocinado *curry*, explica con todo lujo de detalles qué especias ha mezclado para la salsa y por qué. Está un pelín demasiado picante para mi gusto, pero me lo como de todas formas, bebiendo grandes tragos de agua entre bocado y bocado, pese a que me advierte de que no sirve de nada. Después de cenar, recogemos los platos y decidimos echar una partida a uno de los juegos que nos hemos traído en el coche. Como era de esperar, Francis se decanta por el Scrabble, y nos acomodamos junto a la impoluta mesa de centro de cristal.

—Más te vale no arañarla —me avisa—. Probablemente estará conectada a una línea directa con la comisaría. Nos detendrán por vandalismo en menos que canta un gallo.

—¡Uy! —exclamo, y me muerdo el labio con ademán atemorizado—. Será mejor que nos pongamos los guantes.

Francis toca el tablero de la mesa con la yema de un dedo, pone los ojos como platos y acto seguido lo aparta rápidamente haciendo aspavientos. Aunque estamos sacándole jugo a la broma, es la primera noche que todo fluye de manera natural desde que llegamos. Ahora mismo, me cuesta identificar a este hombre con aquel al que tuve que enfrentarme hace poco más de un mes, el que aflora violentamente a la superficie cada cierto tiempo, con una frecuencia imprevisible. Los acusados altibajos entre la paranoia y el letargo, la propensión enfermiza y regresiva hacia lo que aún no logra relegar del todo al pasado. Pero son cada vez menos frecuentes, o al menos esa es mi impresión, y, aunque me sabe mal, en parte soy consciente de que le confieren una connotación más intensa a los buenos momentos, los hacen más estimulantes y valiosos.

Empezamos la partida y, naturalmente, al cabo de cinco minutos es obvio que no voy a ganar. En general, soy una buena jugadora, pero Francis tiene un don para este tipo de juegos, lo cual me irrita, a pesar de que asegura no haber jugado en más ocasiones que yo.

—Eh —señalo, al ver el brillo de sus ojos mientras pone una «x» en una casilla de triple puntuación—. ¿Xu? Eso no es una palabra. Son solo dos letras al azar.

—¡Ah, vale! —Francis recula con falsa deferencia, mirando el tablero con los ojos entrecerrados—. Lo siento mucho..., aunque, de hecho, Caroline, te equivocas, porque me parece que el xu es una unidad monetaria de Vietnam.

—Claro, cualquier tonto lo sabe —comento con sarcasmo, meneando la cabeza.

—Es la centésima parte de un dong —explica Francis en tono paciente, como si se dirigiera a un crío.

—¿Un qué? —A pesar de mi creciente frustración, no puedo contener la risa mientras añado una mísera «s» a una palabra y espero a su siguiente movimiento—. ¡Ay, venga ya, eso es un disparate...! Has puesto una «u» pegada a una «a»—. ¿¿Ua?? ¿Qué demonios es eso?

—Una exclamación —contesta Francis en tono pedante—. A menudo de triunfo, a lo cual más te vale acostumbrarte, porque, si no me equivoco, te estoy machacando.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —mascullo, y lo fulmino con la mirada desde el otro lado de la mesa—. No te...

Él me sostiene la mirada durante unos instantes. La luz de las velas acentúa el contorno de sus pómulos y oscurece las sombras bajo sus ojos verdes. Siento un leve escalofrío de arriba abajo, la certeza de que este es mi

marido y de que, sin prisa pero sin pausa a lo largo de los últimos dos años, se ha vuelto a fundir con el hombre junto al que me tendía y al que me pasaba horas contemplando mientras dormía, incapaz de apartar la mirada.

—Te toca —dice, al cabo de unos instantes.

Me echo hacia delante sobre la mesa de centro y lo beso, al principio con dulzura, al tiempo que noto que se me acelera la respiración cuando alarga las manos y me acerca la cara a la suya, deslizando los dedos entre mi pelo. La presión de sus labios contra los míos se intensifica; me incorporo para sentarme rápidamente en su regazo, le paso los brazos alrededor del cuello y arqueo la espalda para dejar que su mano tibia se cuele bajo la tela de mi camisa. Hemos hecho estas cosas miles de veces, con una frecuencia aleatoria a lo largo de los últimos quince años y, como cualquier cosa que se ha hecho mil veces, se nos da bien. Tan bien que resulta fácil hacerlo sin pensar. Tengo la mente despejada y vacía, un ruido blanco burbujea en mi cabeza. Mientras me desabrocha el sujetador, estiro el brazo y bajo de un tirón la cremallera de sus vaqueros y acto seguido la de los míos, con el deseo de hacerlo rápido y sin preliminares, pero de repente se aparta y, con gesto intenso y alerta, mira fijamente a un punto por encima de mi hombro.

—¿Has oído eso? —pregunta.

—¿Qué? —Confundida, niego con la cabeza—. No he oído nada —respondo—. Da igual.

Empiezo a besarlo de nuevo, pero un segundo después lo oigo también: un leve golpeteo en la puerta principal, vacilante y tenue. Echo un vistazo al reloj de la pared; son casi las diez de la noche.

—Joder —refunfuño—. ¿Quién será?

Francis se incorpora, se abrocha los vaqueros y se dirige a la puerta.

—No cambies de idea —ordena, y me mira fugazmente con los ojos entrecerrados al salir de la sala—. Voy a ver quién es y a darle puerta.

Con el cuerpo clamando de impotencia, un ardor patente sin saciar, suspiro y me recuesto en el sillón. Echo un vistazo a mi reflejo en el espejo: la camisa medio desabotonada, los pantalones bajados a la altura de los muslos. Un fugaz pensamiento asoma en los oscuros confines de mi mente: tus manos sobre mi cuerpo, tirando del tejido hacia abajo. Aunque lo desecho inmediatamente, basta para que el momento se me escurra de entre los dedos como el mercurio.

Oigo abrirse la puerta, el «¿sí?» de perplejidad de Francis, y seguidamente una voz femenina con un suave y encantador tono de disculpa. No consigo captar las palabras, pero reconozco la voz. Pongo los pies en el suelo, me

levanto, me subo la ropa y voy derecha a la entrada. Como era de esperar, Amber está plantada en el umbral, vestida con una minifalda negra y una levita de estilo militar abotonada hasta el cuello; su larga melena rubia le cae suavemente sobre los hombros. Está sonriendo a Francis, recurriendo a su encanto natural, el mismo que despedía en el café. Cuando aparezco en la entrada, me mira y esboza una radiante sonrisa. Hace un ademán con la mano, entre el saludo y la disculpa.

—Caroline —dice—. Me alegro de verte. Espero que no te importe que me haya presentado aquí. Es que estaba sentada en casa sin nada que hacer y he pensado: «¿Y si voy a hacerle una visita?». Espero no haber interrumpido nada.

—No... —contesto automáticamente, en vista de que Francis se aparta a un lado y le indica que pase.

—Estupendo —comenta—. Después de despedirnos ayer, caí en la cuenta de que no te había propuesto quedar en firme, y pensé que sería una verdadera lástima que te fueras sin que nos viéramos. Todavía te quedarás por aquí unos días más, ¿verdad?

—Sí —afirmo—. Hasta el fin de semana. —Reparo en que esta conversación no tendría nada de particular si se estuviera desarrollando a las cinco de la tarde en vez de a las diez de la noche. Amber cruza el vestíbulo con aire resuelto, empuja para abrir la puerta de la sala de estar y examina la habitación de una pasada.

—No es demasiado tarde, ¿verdad? —pregunta, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Qué va —respondo, compensándolo con un exagerado entusiasmo. A pesar de que Francis, detrás de Amber, pone cara de estar pensando: «¿Quién es esta chiflada?», no puedo evitar percatarme de su manera de mirarla cuando esta se arrellana en el sofá y la falda se le sube por sus largas y estilizadas piernas. Va vestida para salir de copas, no para una visita informal a unos vecinos. Noto que se me despierta un instinto de rivalidad sexual. Hacía mucho tiempo que una posible atracción entre mi marido y otra mujer no me despertaba semejante sentimiento, y, contra toda lógica, descubro que me gusta.

—Voy a traerte algo de beber —dice Francis, y se esfuma en la cocina. Al sentarme al lado de Amber en el sofá, atisbo nuestra imagen en el espejo y siento otra sacudida de esa extraña sensación de reconocimiento que tuve al despedirme de ella ayer. A la favorecedora luz de las velas, el parecido entre

nosotras parece acentuarse. No puedo evitar preguntarme si habrá reparado en ello también.

Se inclina hacia delante y comenta en tono bajo y confidencial:

—Tu marido parece agradable.

—Oh, sí... Gracias —contesto, como una boba. Su franqueza me desarma—. Lo es. —No estoy convencida de que lo que he dicho sea cierto. «Agradable» no es un término que jamás haya asociado con Francis. Imprevisible, voluble, complicado, encantador, exasperante, desconcertante. Todos estos, con una jerarquía cambiante día a día.

—Echo de menos la compañía masculina —reconoce Amber, y me lanza otra elocuente mirada bajo sus largas pestañas—. Mi novio viaja mucho por trabajo. En parte ese es el motivo por el que me he quedado tirada esta semana, ¿sabes?

Asiento y emito un vago sonido a modo de complicidad. A pesar de su evidente atractivo, la noticia de que tiene pareja me sorprende. Me choca lo tremendamente independiente que parece, capaz de mantener las distancias con los demás y evaluarlos. Me está observando, sus pupilas oscuras y vidriosas con la tenue luz. Tengo la sensación de que me está leyendo el pensamiento, lo cual me violenta.

—Perdona, pero no tenemos gran cosa —anuncia Francis al entrar como una exhalación en la sala con una copa de vino, que tiende a Amber—. Salud. Encantado de conocerte. Caroline me contó que ayer estuvisteis de charla en la cafetería. —Su mirada se endurece por un momento mientras aguarda la confirmación de Amber y, cuando esta llega, se le relaja el gesto de inmediato. Con una punzada de tristeza, caigo en la cuenta de que aún le cabía la duda de que yo le hubiese dicho la verdad acerca de dónde me encontraba ayer por la mañana.

—Sí. Lo siento..., fue un poco improvisado. Seguramente pensarás que te la estoy robando —dice Amber—. Y, encima, de vacaciones.

—Para nada —asegura Francis con naturalidad, y toma asiento frente a nosotras.

Amber se lleva la copa a los labios y se bebe la mitad de un trago como si tal cosa, aparentemente sin ser consciente de ello.

—Es que —comenta en tono confidencial— la gente me despierta interés. A lo mejor un pelín de más. Por eso a veces me meto en líos. —Me mira fugazmente y sonrío—. Nunca aprendo.

Se le empaña el gesto, pero acto seguido se ríe, se bebe el resto del vino y se pasa la mano con delicadeza por la boca para secársela. Sus uñas pintadas

de rojo brillan bajo la luz de la lámpara.

Francis recoge el tema que ella ha sacado a colación y se explaya en un monólogo solo ligeramente relacionado con él acerca de las redes sociales y su impacto en lo abiertos que todos nos mostramos con respecto a nuestras vidas, si bien guardando una distancia prudente.

Por lo visto es una cuestión sobre la que tanto él como Amber tienen mucho que decir, y los dejo hablar; la conversación me resbala. Me pongo a pensar en el hecho de que ella se está retratando como un libro abierto y, sin embargo, cualquier cosa que dice parece tener alguna connotación implícita que se me escapa. Caigo en la cuenta de que no la calo porque en realidad no la conozco de nada.

Lentamente, me percató de que la conversación está perdiendo fuerza y de que Francis me está mirando con disimulo, insinuándome que meta baza.

—Oye —comento por decir algo—, ¿esta casa se parece mucho a la tuya, Amber? Desde fuera resultan bastante similares. —Me encojo por dentro ante mi necia ocurrencia, pero, para mi sorpresa, Amber se anima, entusiasmada con la pregunta.

—De hecho —dice, y se levanta para asomarse al pasillo—, es bastante parecida, al menos en plano. La mía está mucho más desordenada. Pero, sí, la distribución es la misma. —Se queda callada, con aire pensativo—. Voy al baño, si no os importa —anuncia de buenas a primeras. Y, sin más, desaparece.

Francis y yo nos quedamos callados un minuto, escuchando el sonido de sus pasos escaleras arriba, y después el crujido de la tarima flotante. Los pasos son erráticos y espaciados, como si estuviera recorriendo la primera planta de punta a punta.

—No va al baño —cuchicheo—. Bueno, al menos no directamente. —Sonrío con vacilación, buscándole la gracia a la situación, pero de repente me he quedado petrificada, y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Francis está callado, aguzando el oído. Durante unos instantes no se oye nada y, a continuación, una puerta chirría al entornarse y cerrarse suavemente. En un acto reflejo, me levanto de un brinco y voy hacia el pie de las escaleras. Voy a subir, a ver con mis propios ojos qué se trae entre manos. Pero de alguna manera, al llegar a las escaleras y levantar la vista —el reluciente suelo pulido, la oscuridad del descansillo—, un miedo infantil se apodera de mí y me acobardo. Hay algo en el frío anonimato de este lugar que me recuerda al plató de una película de terror.

Oigo los pasos de nuevo, esta vez más rápidos y briosos, en dirección a las escaleras, y vuelvo disparada a la sala de estar, donde Francis aguarda. Instantes después, Amber aparece en el umbral con una sonrisa radiante. Lleva el bolso colgado del hombro, la levita de nuevo abrochada.

—Bueno, os dejo tranquilos —dice—. Muchas gracias. Caroline, nos volveremos a ver, ¿no? Igual para otro café o lo que sea antes de que te vayas.

—Sí..., claro —contesto con voz débil. Apenas ha estado en la casa veinte minutos y su partida resulta algo extraña y precipitada, pero da la impresión de que ha tomado su propio impulso y me da por seguirla obedientemente por el pasillo, abrirle la puerta y decirle adiós con la mano mientras se interna en la noche.

Al cerrar la puerta, me apoyo contra ella y enarco las cejas. Francis se encoge de hombros y enfila escaleras arriba.

—Qué rara es la gente —comenta con desdén, pero noto su nerviosismo.

—Algunos más que otros. —Me paro a pensar en los últimos minutos y no consigo reprochar nada en particular a Amber, salvo la impresión de que no se ha comportado como lo habría hecho la mayoría de la gente, de que hay algo en ella que rompe los esquemas.

Echo un vistazo a la mesa, donde aún está colocado el tablero del Scrabble.

—¿No vamos a terminar la partida? —pregunto a Francis.

Oigo su voz desde el descansillo.

—Paso —dice—. Tengo mejores cosas que hacer...

Con esfuerzo, recuerdo lo que estábamos haciendo antes de que llamaran a la puerta. Pugno por reavivar el deseo que sentía. No consigo experimentarlo del todo, pero sé por experiencia que se avivará si lo permito, y le sigo a la planta de arriba. Para cuando llego al dormitorio, él ya está medio desnudo, tendido en la cama desabrochándose perezosamente los vaqueros.

—¿Vienes?

Asiento y me pongo a quitarme la ropa de pie al lado de la cama, al tiempo que echo un vistazo a la habitación. No sé por qué, tengo la extraña sensación de que hay algo fuera de su sitio o mal colocado. Miro atentamente en todas direcciones, tratando de explicar el origen de mi corazonada, pero no aprecio nada en concreto, solo una leve sensación de desarreglo y desasosiego.

Del mismo modo que puedes pasar horas devanándote los sesos para recordar un nombre que has olvidado hace tiempo y luego despertarte y acordarte inmediatamente y con total nitidez, me percaté de lo que ha cambiado en el dormitorio nada más abrir los ojos a la mañana siguiente. El pequeño paraguas morado que había colgado en un gancho en la pared junto al espejo ha desaparecido. Echo un vistazo a la habitación por si lo hubiera cambiado de sitio por alguna razón y no me acordara, pero no está. Pienso en los pasos que oímos arriba mientras estábamos sentados en la planta baja anoche, e intento imaginar a Amber entrando aquí, rastreando la habitación rápidamente en busca de algo de interés. A pesar del austero minimalismo de la habitación, hay varios objetos obviamente más valiosos a simple vista. Es absurdo que se haya llevado el paraguas.

—Bueno, igual es una cleptómana de esas —dice Francis a voz en grito por encima del ruido de la ducha cuando entro en el cuarto de baño a contárselo. Se encoge de hombros y se frota el pelo con champú enérgicamente—. No tiene por qué haber un motivo, ¿no?

—Supongo que no. —Para ser terapeuta, Francis a menudo muestra una actitud asombrosamente despreocupada hacia el comportamiento del ser humano—. Aunque es un pelín raro —añado, pero él ya está de espaldas, con la cabeza levantada hacia el chorro de la ducha y sumido en el estruendo del agua.

Tras unos instantes, salgo silenciosamente de la habitación y bajo a la cocina. Una vez más, me quedo atónita ante su perturbadora perfección: las superficies impolutas, la vajilla y el menaje de cocina en filas impecablemente alineadas. Un rayo de sol se filtra a través de la ventana y se refleja sobre la superficie de la encimera como un foco colocado con esmero. La única fuera de lugar soy yo.

Trato de revivir la relajante sensación que experimenté anoche, antes de la visita de Amber, pero se ha desvanecido. Siento todo el cuerpo tenso y rígido, como si estuviera esperando recibir un golpe. Lleno de agua el hervidor, pulso el botón y me quedo mirándolo. Prácticamente no acierto a ver lo que tengo justo delante de mis ojos.

De repente, la cabeza se me satura de imágenes, de recuerdos. La sucesión es tan veloz que me aturde. Abro el armario y saco el bote de café instantáneo y una taza. Me dirijo a la nevera y cojo la leche. Vierto el agua hirviendo; el sonido del fino hilo de agua sisea en el silencioso ambiente.

Mi cuerpo realiza los movimientos, pero yo estoy ausente. Voy caminando por una calle oscura en dirección a tu coche, el aire es cálido y

fragante, mi mano agarra la tuya y estoy con la cabeza levantada mirando tu semblante risueño y diciendo: «Quiero recordar esto, quiero que esta noche sea inolvidable para los dos».

—No —digo en voz alta.

Doy un respingo al oír el sonido de mi voz, y lo repito más alto. Tengo el corazón a mil por hora y las palmas de las manos resbaladizas. Un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo y me pone la piel de gallina. Cierro los ojos y cuento. Hacía meses que no lo necesitaba; pensaba que no me vería en esta tesitura de nuevo. Hago un tremendo esfuerzo para bloquear estos pensamientos.

Cuando por fin vuelvo a abrir los ojos, el miedo se apodera de mí súbita y violentamente. Venir aquí es lo que lo ha provocado. Las flores, la música, la fotografía de la entrada..., todos estos pequeños fogonazos de recuerdos fundiéndose y encendiendo una llama que ahora tengo que sofocar. Por más que trate de convencerme, no parece fruto de la casualidad. Observo atentamente esta cocina ajena, y me da por escabullirme, por recorrer las habitaciones a toda prisa, intentando encontrar alguna pista en su anonimato. Es una casa de exhibición, una carcasa. Me pongo a abrir armarios, a revolver las escasas pertenencias. No llego a ninguna conclusión.

Comienzo a buscar más a fondo, a hurgar. A pasar las manos por debajo de los aparadores y los sofás, a registrar detrás de las cortinas. Cuando estoy en el dormitorio, de rodillas al lado de la cama, mi mano palpa algo duro y suave, pegado a la pared detrás del cabecero. Lo saco y me quedo mirando el frasco de cristal que tengo en la mano. Es loción para después del afeitado y, nada más ver la marca grabada en la cara delantera, la reconozco. Me la acerco a la nariz y el olor me provoca una sacudida, me transmite una automática oleada de nostalgia que va directa a mi corazón.

Se me seca la boca y me asalta un cúmulo de pensamientos disparatados; he de hacer algo, algo para reprimirlos. Me paro a pensar en los insustanciales mensajes que nos enviamos en la web de intercambio de casas. Ni siquiera recuerdo lo que dije. Eran de índole práctica, formales. Datos para una transacción.

S. Kennedy. Es un nombre cualquiera. Hasta podría ser ficticio.

Súbitamente, cojo el móvil y tecleo la dirección de la web de intercambio de casas en la barra de tareas. Me sé de memoria la contraseña para el inicio de sesión, puedo releer esos mensajes. Pero la web no se abre, el teléfono se bloquea, reacio a cargar la página.

Sin resuello, trato de pensar. Consulto las conexiones de red inalámbricas disponibles y localizo un nuevo acceso de British Telecom en la lista, pero tiene la seguridad habilitada. De repente, me viene a la cabeza la nota que me habían dejado sobre la almohada. «La información está en una carpeta en la cocina». Bajo las escaleras a la carrera e inmediatamente veo una carpeta azul marino apoyada contra el microondas. No me había molestado en abrirla hasta ahora, pero a lo mejor figuran ahí los datos del wifi. Cruzo la cocina a toda velocidad y la cojo de un manotazo. Busco la página del índice y la examino. Información de red inalámbrica, p. 4. El papel se arruga y cruje bajo mis dedos, y me tiemblan las manos conforme paso las páginas hasta que la localizo; entonces me quedo mirando las pequeñas letras impresas y algo explota en mi cabeza y todo encaja.

«Contraseña de internet: silverbirches».

Las palabras están borrosas, se difuminan delante de mis ojos, no puedo seguir negando la evidencia: la constancia de lo que significan, aquella noche cuando vi por última vez estas letras en este mismo orden, cuando todo cambió. Cojo el móvil y me conecto a internet. Abro el correo electrónico y tecleo la dirección que me facilitaron en caso de que hubiera algún problema. Tengo la mente bloqueada, sin espacio para pensar. Tecleo las únicas palabras que se me ocurren:

«¿Estás ahí?».

Y acto seguido pulso «Enviar».

En casa

Caroline, abril de 2013

Los martes por la mañana, el ambiente de la oficina siempre está apagado; la chispa del fin de semana se ha desvanecido, y queda un largo trecho para el siguiente. La gente se toma un café detrás de otro, se atrinchera detrás de los ordenadores portátiles y teléfonos, y habla entre dientes con desgana. Desde su despacho, el gerente, Steven, suelta agudos comentarios y preguntas a intervalos a través de la puerta abierta con la intención de insuflar cierta vida en el ambiente, pero es una batalla perdida. Si las oficinas pudieran hablar, los martes por la mañana la nuestra diría que no quiere estar aquí.

Para mí es distinto. Últimamente los fines de semana en casa son más un trago que una celebración; un desalentador bucle de esperanza, frustración, desilusión y desencanto. Venir a la oficina es un estimulante alivio. Aunque intento reprimirme, estar aquí me provoca un subidón de energía. Es como estar borracha, salvo que no hay nada borroso ni desenfocado; si acaso, el mundo a mi alrededor posee una sorprendente luminosidad y nitidez. No logro concentrarme en el trabajo durante más de diez minutos seguidos, y sin embargo hacía años que no me cundía tanto ni lo sacaba adelante con tanta diligencia. Es una distracción y, cuanto antes me lo quite de encima, más tiempo tendré para pensar en Carl.

El icono de mensajería instantánea situado en la parte inferior de mi pantalla parpadea. Antes de abrir la ventana, echo una ojeada a mi alrededor para cerciorarme de que nadie está mirando. «Qué despacio pasan las horas, ¿eh? Todavía quedan veinte minutos para...».

«¿Conque pendiente del reloj?», contesto. Por un momento, miro de reojo la sala. Él está recostado en su silla, con la mirada clavada en la pantalla; con un estudiado gesto de aburrimiento, se despereza y teclea unas cuantas palabras con desgana. Echo un vistazo a mi pantalla. «Has dado en el clavo —reza el mensaje—, y no me vayas a decir que tú no». Al levantar la vista, él

hace lo mismo, y nos cruzamos la mirada durante un par de segundos. La descarga eléctrica me provoca un temblor, y no me explico que todos a nuestro alrededor continúen con su rutina, taciturnos y ajenos. Siento un arranque de impaciencia. Empujo la silla hacia atrás y voy derecha a su mesa, con mi cuaderno pegado al pecho.

—¿Te importa si revisamos esas cuentas ahora? —pregunto a la ligera—. Ya sé que lo teníamos previsto para mediodía, pero quiero ir a la oficina de correos a la hora de comer y es mejor que salga antes.

Se queda mirándome con gesto inexpresivo.

—Claro —dice—. Dame solo cinco minutos, ¿vale?

Aprieto los dientes.

—Por supuesto —respondo con dulzura. Vuelvo a mi mesa, me siento, abro mi cuaderno y agacho la cabeza con ademán concentrado. Cojo un lápiz y me pongo a hacer dibujos entre las líneas. Tengo los dedos escurridizos por el sudor. Con el rabillo del ojo, veo que el icono de mensajes parpadea de nuevo, pero hago caso omiso y finjo estar enfrascada en la tarea. Sé que está observándome y, como es de esperar, al cabo de apenas dos minutos se levanta y se acerca, aunque a un paso de tortuga que me saca de quicio.

—¿Sabes qué? —dice—. Creo que ya estoy listo. —Lleva su ordenador portátil bajo el brazo, la otra mano metida en el bolsillo con aire desenfadado. Me pongo de pie y cruzamos juntos la oficina para doblar por el pasillo que conduce a la sala de reuniones. En toda la mañana no hemos estado tan cerca el uno del otro. Se ha echado la loción para después del afeitado que más me gusta, y su fragancia flota en el ambiente, embriagándome.

Entro detrás de él en la sala, cierro la puerta y nos aislamos del resto de la oficina. Él deja el ordenador portátil sobre la mesa, lo enchufa con cuidado y abre la presentación que tenemos previsto revisar en la pantalla. Seguidamente se vuelve hacia mí y sonrío con malicia.

—Dame cinco minutos —le pido—. Qué... —Pero no me da tiempo a decir nada más porque cruza veloz la sala y me empotra contra la pared que hay junto a la puerta, aprieta su cuerpo contra el mío y me deja sin aliento al besarme. Me inmoviliza con sus manos y empuja contra ellas.

—No —dice en voz baja, al tiempo que incrementa la presión. Mi vientre se contrae de deseo y mis dedos tiran de su pelo, me desato por completo, deseando que me arranque la ropa a tirones y me tire al suelo. Me besa de nuevo, con más pasión. El tiempo pasa. No tengo la menor idea del rato que llevamos haciendo esto. No deseo que acabe jamás.

Finalmente, su cuerpo se relaja y noto que se libera la tensión en mi interior. Me abraza con más delicadeza, me atusa el pelo detrás de las orejas. Esboza una sonrisa al mismo tiempo que yo y, de buenas a primeras, nos echamos a reír suavemente a la vez, sin despegarnos. Pasamos unos minutos más besándonos, esta vez despacio, sus labios apenas rozando los míos.

—¿Sabes? —comenta poco después—. Cualquiera habría dicho que nos cansaríamos de esto.

Asiento, porque yo misma lo he pensado. Ya han pasado casi ocho semanas: medias horas robadas en esta sala o en alguna que otra pausa para el almuerzo, racionándolo para no levantar sospechas; el lujo puntual de una salida nocturna. Nos pasamos el tiempo sentados mirándonos embelesados como adolescentes, charlando, bromeando y besándonos. Nada más. Es un límite físico y mental que no me atrevo a traspasar mientras pasemos ocho horas al día el uno en compañía del otro.

Me estira las arrugas del cuello de la camisa, sus largos dedos se deslizan por mi hombro.

—Steven volvió a hablar conmigo ayer sobre el traslado —dice, como si me hubiera leído el pensamiento—. Por lo visto todo sigue su curso. En un par de semanas, estaré trabajando fuera de la oficina de Bishopsgate. Así que ya sabes. Dejaremos de ser compañeros. —Su tono refleja una mezcla de pesar y anticipación.

—Un poquito de espacio para pensar. Me figuro que alguna ventaja tendrá —murmuro.

—Seguramente. —Me agarra con más fuerza de nuevo, solo una pizca más, pero me basta para apretarme contra su pecho y estrecharle entre mis brazos—. Solo si te parece bien —añade, sus labios contra mi cuello— y si decidimos que es una buena idea.

—Tendremos que ver cómo va. —Es lo máximo que hemos hablado del futuro. Cuando estoy a solas, me paso horas cavilando: tratando de analizar qué demonios estamos haciendo, qué sentido tiene, qué deseamos, dónde va la relación. De alguna manera, cuando estamos juntos, estos pensamientos se quedan en el tintero.

Sus manos tantean bajo mi falda, suben lentamente por mis muslos y se detienen justo donde mi piel roza el fino tejido de mis braguitas. Sé que no irá más lejos, aquí no; ni en ningún sitio, hasta que yo lo diga. A veces da la impresión de que su capacidad de autocontrol supera con creces la mía. Yo reprimo constantemente el impulso de poner sus manos exactamente donde deseo, de demostrarle que no quiero demorarlo más. Al acariciarme la piel

con delicadeza con sus dedos, dejo caer la cabeza hacia atrás contra la pared y oigo mis jadeos mientras su boca busca la mía de nuevo. Me muerde el labio inferior, al principio con suavidad, y después con tanto ímpetu que me quedo sin aliento, le clavo los dedos en la espalda y tiro de él.

Él se aparta un poco, sus oscuros ojos me escudriñan y evalúan.

—Cómo te pone esto —dice—, ¿a que sí? —Su tono bajo me provoca un súbito estremecimiento de pies a cabeza. Asiento en silencio. Permanecemos inmóviles durante unos instantes, acompasando el ritmo de nuestra respiración. Al acurrucar la cabeza contra su pecho, siento la tibieza de su cuerpo contra el mío.

—Será mejor que volvamos —señalo poco después.

—Sí. —Se rebulle pegado a mí y suspira—. Será mejor que te adelantes. Necesito un par de minutos para calmarme, ya sabes.

—Vale. —Me desenredo de sus brazos, me aparto discretamente y me alejo. Con la mano en el pomo de la puerta, vuelvo la vista un segundo.

Al sonreírme, se le arrugan las comisuras de los ojos.

—Ve a retocarte el pintalabios.

Asiento, y me quedo perpleja de nuevo: la curiosa naturalidad existente entre nosotros, la ausencia de artimañas y enfrentamientos, la felicidad. Reconozco la sensación, incluso después de tanto tiempo. La confianza que hemos forjado como amigos ha dado un giro inesperado y fluido hasta este nuevo contexto, y parece natural y apropiado, a pesar del hecho de que a ambos nos consta que está mal. La verdad es que me da igual. Lo único que sé es que lo necesito, y no estoy dispuesta a parar.

A las seis, doblo la esquina en dirección a casa, voy contando las viviendas conforme camino y veo la luz de la sala de estar encendida. Para ser abril, hace frío, demasiado para la falda corta que llevo puesta, pero no es ese el motivo por el que me tiemblan las piernas. Estoy reproduciendo la conversación telefónica que he mantenido con Francis durante la pausa para almorzar, intentando recordar su estado de ánimo. No hay gran cosa que recordar porque prácticamente no dijo ni pío. Últimamente, mi marido solo utiliza dos medios para comunicarse: largos monólogos incoherentes que suelta de carrerilla a tal velocidad que roza la paranoia, y locuciones monosilábicas y solapadas que parecen más pistas de crucigramas que conversaciones.

Al girar la llave en la cerradura, me da un golpe de náuseas y un retortijón de tripas que me corta la respiración. No es sano sentir semejante pánico al entrar en mi propia casa. Con los dientes apretados, cruzo el vestíbulo dando zancadas y entro en la sala de estar. Eddie está sentado enfrente del televisor, embelesado con un vídeo de Disney; al oírme, me saluda y agita la mano, y acto seguido vuelve su atención hacia la pantalla.

—¡Hola! —Aunque Francis está sonriendo, se me cae el mundo encima. Los ojos le brillan demasiado, sus movimientos son erráticos y exagerados. Me está bailando el agua, tratando de convencerme de que se encuentra fenomenal. La decepción me deja clavada en el sitio y me mantengo inmóvil mientras él da un brinco del sofá y me abraza.— ¡Mira! —exclama dirigiéndose a Eddie en un tono demasiado alto—. Mamá ha vuelto.

—No por mucho tiempo —señalo, al tiempo que me zafo de sus brazos—. Voy a bañar a Eddie y a acostarlo, y luego salgo otra vez, ¿no te acuerdas?

—Sí, sí, ya —responde Francis atropelladamente, aunque la duda empaña fugazmente su mirada.

Echo un vistazo hacia el sofá, intentando localizar el sobre blanco alargado que he estado registrando cada día desde que encontré las pastillas. Desaparecen a un ritmo alarmante, y luego se reponen milagrosa e inexplicablemente, separándose y multiplicándose como células cancerígenas.

—No pareces tú —señalo, e inmediatamente caigo en la cuenta de que a estas alturas en realidad ignoro por completo si es cierto. No tengo percepción de quién es realmente esta persona—. Mira, Francis... —Tomo aliento, consciente de que he de continuar—. Sé que estás tomando pastillas de nuevo. Creo que necesitas...

—¿De qué estás hablando? —interrumpe, con gesto desconcertado.

—¿Acaso lo niegas? —Miro fugazmente hacia el sofá de nuevo, y me consta que repara en ello, pero asiente.

—¡Sí! —afirma, haciendo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos y sin parpadear para convencerme—. ¡No digas sandeces! ¡Estoy estupendamente!

Abro la boca, y acto seguido vuelvo a cerrarla. Sé que está mintiendo, pero hay algo tan poderoso y tristemente familiar en esta negación a ultranza, en este muro de ladrillo infranqueable, que me quedo sin palabras.

—Estupendamente —repite. Se está tirando del cuello de la camisa, toqueteándolo y sobándolo. Reconozco este estado: la extraña hiperactividad que tan a menudo desemboca en nerviosismo, paranoia y confusión. Se abalanza sobre mí, intenta besarme en la mejilla, y yo, en un acto reflejo,

retrocedo, apenas capaz de creer que lo que tanto deseé en su día ahora casi me repele.

Él tuerce el gesto brevemente con expresión dolida, pero un segundo después se gira de forma brusca, levanta a Eddie del suelo en volandas y se pone a lanzarlo por los aires con algarabía. A Eddie, como es lógico, le encanta verlo con este estado de ánimo, y mientras observo cómo suelta risitas y chillidos, me asombra que lo perciba, o que crea hacerlo. En estas ocasiones Francis se comporta como un crío, sin inhibiciones ni pensamientos propios de adultos.

Le arrebató a Eddie de los brazos rápidamente.

—Voy a bañarlo —digo entre dientes, rehuyendo la mirada de Francis.

—¡Vaya por Dios! —grita Francis mientras camina a la zaga, haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Ya he metido la pata otra vez! —Su tono de voz cambia, adopta un timbre levemente desagradable, pero le doy con la puerta del baño en las narices y lo dejo con la palabra en la boca.

Abro el grifo y me pongo a bañar a mi hijo, cojo puñados de pompas de jabón y las extiendo con suavidad por su piel. Está contento, parloteando atropelladamente en un galimatías sobre el vídeo que ha estado viendo.

—El niño fue al bosque y había una luz brillante y vi el monstruo pero sus ojos eran azules y no me acordaba...

—Qué bonito, cielo —comento, al tiempo que acaricio su pelo mojado. Tocarlo me calma y aporta cierta estabilidad.

Lo seco, le pongo el pijama y después nos acurrucamos en su cama y le leo un cuento.

—«Y las sirenas nadaban en el mar plateado, y cantaban su hermosa canción» —recito. Intento concentrarme, pero no puedo evitar pensar en Carl y en las cosas que hicimos hace apenas unas horas, en las cosas que me dijo y en el roce de sus manos sobre mi piel desnuda. Resulta extraño tener estos pensamientos ahora, con mi hijo acurrucado a mi lado, pero son mis talismanes, me mantienen a salvo de los demás pensamientos que podrían aflorar.

—Buenas noches, mami —me susurra Eddie cuando termino. Al arroparlo, me observa con sus grandes y solemnes ojos grises, brillantes en la penumbra. Yo lo miro fijamente, y siento una picazón de remordimiento en la piel: la constancia de lo mucho que desconoce, de cuánto hay que me está apartando de vivir con él en el aquí y en el ahora, de la cantidad de tiempo que deseo estar en otra parte.

Mis lágrimas amenazan con derramarse; me agacho, lo beso en la frente y aspiro la fragancia de su pelo recién lavado.

—Buenas noches —susurro—. Te quiero. —Él esboza una tenue sonrisa, se pone de costado, alarga la mano para coger su conejo de peluche favorito y hunde la cara contra su cuello.

Me quedo un momento contemplándolo, y me invade una creciente zozobra, tan habitual que no hay necesidad de analizarla. Me recuerdo a mí misma que se quedará dormido en unos minutos, y que él siempre duerme de un tirón por las noches; que yo siempre llevo el móvil encendido; que, en caso necesario, tengo amigos a poco más de cinco minutos en coche. Que Francis es su padre, y que lo quiere.

Sin hacer ruido, me levanto y salgo con sigilo del dormitorio. Reparo en que ni siquiera me he quitado los zapatos desde que llegué. No era consciente de hasta qué punto me apetecía salir un rato.

—Me voy ya —comienzo a decir, pero Francis está despatarrado en el sofá, los ojos cerrados y la cabeza ladeada lánguidamente; su arranque de energía ha sido un visto y no visto. Es imposible saber si está dormido o si simplemente me está ignorando. En cualquier caso, lo mismo da.

Me quedo observándolo durante un minuto, quizá dos, buscando al hombre del que me enamoré hasta tal punto que, cuando estábamos separados, me pasaba prácticamente todo el tiempo sentada pensando en él, echándole en falta como a una extremidad amputada. Últimamente, en cambio, es cuando le tengo a mi lado cuando más noto su ausencia. Cuando no está ahí, puedo recordar cómo era antes. Pero cuando estamos juntos, no hay escapatoria: la certeza de que lo que quiera que hubiese ahí en su día se ha desvanecido, y de que estoy atrapada en el limbo, inevitable y desgraciadamente ligada a alguien a quien no puedo ayudar.

En reposo, su rostro casi despide serenidad. «Te he sido infiel —digo para mis adentros—. Te estoy poniendo los cuernos». Llevo semanas dándole vueltas a estas palabras como un soniquete. A lo mejor espero que, en un momento dado, activen algún resorte en mi interior, que cobren fuerza y hagan mella. De momento no ha sucedido. Me doy la vuelta y lo dejo solo, sin molestarme en apagar la luz.

Ceno con Jess en una pequeña pizzería donde el agradable olor a orégano y masa horneada en leña flota en el ambiente, y luego vamos a tomar unas copas a un bar de moda atestado en cuyas mesas resplandecen velas de

colores. Charlamos de trabajo, de nuestros hijos, de cosas que hemos visto en televisión. Me pregunta por Francis un par de veces. La primera vez, me encojo de hombros y digo que está bien, pero cuando vuelve a preguntarme al rato no puedo evitar comentarle que la cosa no mejora. Ella está más al corriente que el resto de mis amigas de cómo van las cosas entre nosotros: tiene motivos de sobra para creer que nuestro matrimonio está haciendo aguas. Aun así, nunca le he mencionado lo de las pastillas. A veces le lanzo indirectas, en parte con la intención de que lea entre líneas, pero, siempre que empieza a intuirlo, automáticamente vuelvo a tapar las grietas.

—Siento oír eso —responde, con la preocupación patente en su semblante—. ¿Crees que hay algo que puedas hacer? ¿Sigues reduciendo las jornadas de trabajo?

Asiento.

—Ni siquiera estoy segura del tiempo que le dedica en este momento. O sea, sale a veces, pero en realidad no sé adónde va. —En cualquier caso, hace tiempo que dejé de ver los frutos. Se cuelan en un pozo sin fondo nada más llegar.

Da la impresión de que la he pillado desprevenida, de que le extraña. No se lo reprocho. Hasta hace un par de años, Francis y yo éramos la pareja más abierta de nuestro círculo. Pasábamos tanto tiempo juntos que siempre sabíamos perfectamente dónde estaba el otro y qué estaba haciendo.

—Eso es mala señal —comenta.

—Efectivamente. —Me paro a pensar hasta dónde revelarle—. La verdad es que —admito— a veces no sé si algún día mejorarán las cosas.

Jess parpadea, el asombro se refleja en su expresión.

—Dios —exclama—. No me había dado cuenta...

—Es que estoy de bajón —la interrumpo, súbitamente consciente de que no me apetece continuar hablando de Francis—. Ya sabes cómo va esto. Seguramente se me pasará.

—Vale —dice despacio. Se pone a pellizcar cera de la vela que hay en el centro; sus uñas rojas relucen con la luz—. Y..., hum, ¿te importa que te pregunte cómo va la cosa con Carl? —pregunta, adoptando un cuidadoso tono neutro—. ¿Algún avance?

Incluso oír pronunciar su nombre me levanta el ánimo. Me apetece hablar de él a todas horas, aun cuando he de camuflarlo con un deje de congoja e incertidumbre.

—La verdad es que no —reconozco—. O sea, es evidente que la relación no puede durar eternamente, pero al vernos a diario tampoco resulta fácil

cortar por lo sano. Supongo que no tendremos más remedio que dejarlo tarde o temprano. —Discierno la verdad de lo que estoy diciendo, pero mi mente se cierra en banda, se encierra en una pequeña burbuja a salvo de la realidad.

Jess asiente con la cabeza, al tiempo que aprieta los labios con aire reflexivo.

—¿Qué sientes realmente por él? —pregunta—. Quiero decir, ¿estás...?

—No —la interrumpo, porque me consta lo que estaba a punto de preguntar y es algo que no tengo ganas de plantearme—. A ver, nos llevamos fenomenal. De maravilla. Simplemente, conectamos. Pero él es mucho más joven que yo y, analizándolo con sensatez, en realidad nunca funcionaría, ¿verdad?... No sé cómo explicarlo —concluyo sin convicción. Lo que quiero transmitirle es que lo pasamos bien. Quiero contarle con pelos y señales lo que hemos hecho esta mañana, reírme tontamente y ponerme colorada como una jovencita en el trance de un nuevo romance. Pero eso es precisamente lo que no puedo hacer. En mi situación, pasarlo bien es indigno; lo normal es torturarse y flagelarse.

Ella suspira y vuelve a asentir con la cabeza.

—Espero que lo soluciones —señala—. Todo esto es muy triste, ¿sabes? Pero que muy triste. —Lo dice sin segundas intenciones ni reproches subyacentes (abierta y honestamente) y es superior a mí, porque bastan unas meras palabras como estas para arrancarme la venda de los ojos y hacerme ver que tiene razón, y no puedo permitir que esa tristeza me abrume. Me rebullo en el asiento, apuro la copa y cojo el abrigo.

En la estación de metro, me despido de Jess con un abrazo, espero a que suba a su tren, y a continuación paso de nuevo por el torno y me saco el móvil del bolsillo para escribir un mensaje.

«¿Una copa?».

Me encuentro a escasos minutos a pie de donde vive Carl y, aunque me había propuesto no verlo esta noche, ahora que ha llegado el momento no puedo resistirme. Me lo imagino tendido en la cama en la que nunca he estado, con las manos entrelazadas debajo de la cabeza, pensando en mí del mismo modo que yo estoy pensando en él. La idea me seduce demasiado como para dejarla pasar.

La respuesta llega prácticamente al instante.

«¿Dónde estás? Bs».

«En la boca del metro —contesto—. ¡Muerta de frío y sola! ;-) Bs».

«No digas más. En diez minutos estoy allí. Bs».

Me pongo a caminar de un lado para otro, tiritando por el aire frío de la noche, con un nudo en el estómago debido al nerviosismo y la anticipación. Al verlo caminando en dirección a mí, noto que en mi cara se dibuja una sonrisa, y en un acto reflejo echo a correr a su encuentro y, casi de un salto, me abalanzo sobre él y le rodeo el cuello con mis brazos con fuerza. Él me besa. Su boca sabe a pasta de dientes y se ha cambiado la camisa que llevaba hoy en la oficina. Se ha arreglado, ha hecho un esfuerzo. Por mí. La idea me embelesa y me hace sentir mariposas en el estómago.

—¡Hola! —exclamo, abrazándolo con fuerza.

—¿Estás un poco pedo? —pregunta, entre risas. Se echa hacia atrás para escrutarme con gesto burlón.

—Puede que un poco. —Estoy algo achispada y noto cierta inestabilidad en los pies, como si estuviera caminando por el aire—. Venga —digo, y le tiro de la manga—. Vamos a tomar algo en ese bar. —Señalo hacia el local donde acabamos de estar Jess y yo; él accede de muy buen grado y me agarra de la mano al cruzar la calle.

—¿Otra vez aquí? —comenta el portero cuando entramos. Creo que atisbo un brillo de perspicacia en sus ojos: la sospecha de que una mujer que sale de un bar con una amiga a las once de la noche y regresa al cabo de diez minutos en compañía de un hombre está con alguien con quien no debería estar. Sin pararme a pensar, le hago un guiño al pasar. Esta conspiración de silencio entre desconocidos debería parecerme sórdida, pero me excita.

La siguiente hora es un torbellino de disfrute compartido: bebidas sin consumir, conversación salpicada de bromas, besos y arrumacos. Me da por toquetearlo sin cesar, incapaz de apartar las manos de él. Tiene el pelo alborotado; alargo la mano para atusárselo y a continuación deslizo mis dedos bajo su camisa y tiro de él hacia mí. Da la impresión de que es la primera vez que hago estas cosas. Con el aturdimiento del alcohol, tengo la vaga impresión de que todo encaja: la extraña y mágica sensación de que lo que tengo ahora mismo es justo lo que deseo. Me doy cuenta de que es incapaz de dejar de sonreírme, y curiosamente evoco la imagen que tenía de él en la época en la que solo éramos amigos: atractivo, pero algo distante y reservado, a pesar de su toque guasón...; un poco hermético. Me siento como si hubiese descubierto algo sumamente valioso. Más que descubrir: me siento como si lo hubiera creado. Le he infundido una alegría que, por más que lo intente, por lo visto no soy capaz de transmitir a mi propio marido.

Casi como si le hubiera dado el pie, mi teléfono vibra en mi bolso, y alargo el brazo distraídamente para cogerlo. Francis se ha despertado.

«¿Todavía no vienes de camino? Avísame cuando salgas. No habría estado de más que me hubieras avisado de que te ibas a quedar hasta tarde, aunque me figuro que, en vista de la mala hostia que tenías antes de irte, tampoco es de extrañar». Lo leo un par de veces y me quedo brevemente descolocada.

—¿Pasa algo? —pregunta Carl. Me encojo de hombros y, sin pensarlo, le muestro la pantalla para enseñarle el mensaje antes de guardar el teléfono en mi bolso con brusquedad.

—Uf —comenta, con el ceño fruncido—. En fin, la verdad es que no sé qué decir al respecto. Seguramente él conozca a una Caro diferente a la que yo conozco.

Aunque el comentario es a la ligera, por alguna razón me llega al alma y me remueve por dentro. Caigo en la cuenta de que es cierto. Lo que está pasando aquí va mucho más allá de la suma de sus partes. Es una transformación. Hay alguien en mi interior que lleva años pugnando por salir, y él está empujando para abrir las puertas de par en par, tirar de ella y de todos sus nuevos y peligrosos deseos e impulsos para sacarla a la luz.

Al principio, me costaba conciliar el sueño en la cama de Caroline; aunque las sábanas estaban recién lavadas, no podía evitar imaginármela tumbada ahí, una presencia fantasmal a mi lado. Anoche, sin embargo, el agotamiento hizo mella en mí rápida y profundamente. No me he despertado hasta las diez y, al hacerlo, he sentido como si estuviera saliendo de algo de mucha más magnitud que el sueño. Como regresando a la vida.

Me quedo en la cama un rato, paseando la mirada por la habitación, aún patas arriba, el revoltijo de ropa y papeles que delatan mi registro. Pasa otra media hora hasta que salgo arrastrándome de la cama, me aseo y me visto, y después cojo el teléfono para revisar el correo electrónico. Al ver su nombre en la parte superior de la bandeja de entrada, siento que algo dentro de mí se ajusta, se calibra: un leve vuelco del corazón. «¿Estás ahí?». No es lo que esperaba. No podía saber cuánto tardaría en darse cuenta, ni cuál de las sutiles pistas que he dejado desperdigadas por la casa acabaría levantando la liebre, pero no dudaba de que al final caería. En cualquier caso, hay algo en el mensaje que me atrapa: su tono directo, ansioso, el sinfín de espacio en blanco cargado de significado invisible alrededor de las palabras.

Lo dejo sin contestar durante horas, a sabiendas de que estará comprobando si hay respuesta. De todas las lecciones que podría enseñarle, una de las más valiosas sería que el mundo no siempre gira a su alrededor. No todo ha de adaptarse a sus necesidades, amoldarse a lo que más le conviene. Ella no es precisamente el centro de nada salvo de su propia vida. No está exenta de juicios o tragedias, no más que aquellos a quienes ve girando alrededor de su órbita.

Caroline no siempre consigue lo que se propone. De todas formas, al responder, me da por acatar sus normas. El mensaje es escueto y simple, aunque el doble de largo que el suyo.

«Si quieres que esté».

Allí

Caroline, mayo de 2015

El metro está atestado y sofocante, a pesar de ser las once de la mañana de un día laborable. Ya llevamos más de quince minutos de pie y, cada vez que el tren entra en una estación, da sacudidas y pierdo el equilibrio. No dejo de repetirme que he de agarrarme a la barra, pero parece ser que el mensaje no cala en mí. Soy incapaz de concentrarme en nada durante más de unos segundos. Los desconocidos que hay a mi alrededor están borrosos, se difuminan en mi campo de visión y se desvanecen en remolinos luminosos. Francis, a mi lado, está trajinando despreocupadamente con sus auriculares, subiendo el volumen.

Al menos bajo tierra no me es posible abrir el correo electrónico durante unos minutos. Había olvidado lo que se sentía: la necesidad enfermiza y compulsiva de consultar el teléfono cada cinco segundos, como un disco rayado. Ya me he convencido a mí misma en varias ocasiones de que todo ha sido fruto de mi imaginación. Pero luego me paro a pensar en esa carpeta, y en la contraseña impresa en el interior, y me traslado automáticamente a la cocina de nuevo, aferrada a ella con mis manos temblorosas, sintiendo como si estuviera precipitándome desde una altura de mil metros, irremediabilmente. No puedo demostrarlo, pero sé que la persona que creó esa contraseña eres tú. Y, en ese caso, estás en mi casa. Mirando mis cosas, tocándolas. Durmiendo en mi cama. Te has vuelto a colar en mi vida.

La idea me provoca un complejo cúmulo de emociones. Desconcierto, excitación malsana, hasta temor. No me explico este comportamiento. No me cuadra con la persona que conocí: de una franqueza sin tapujos, directo hasta la médula. Si querías verme, ¿por qué no mandarme un mensaje y punto? ¿Un correo electrónico? Incluso mientras me lo planteo, algo no termina de encajar, y caigo en la cuenta de que no me estás viendo; nada más lejos de la realidad. Estás viendo cómo vivo, en mi ausencia. Pero ¿a qué viene esto?

—Vamos. —Francis me da un codazo para indicarme que se han abierto las puertas correderas. Me abro paso a empujones como una autómatas entre la marabunta de gente y salgo atropelladamente al andén. Ya debemos de estar en South Kensington.

Intento poner en orden mis pensamientos, concentrarme en el día que tengo por delante. Anoche acordamos ir de excursión al Museo de Ciencias, un plan nostálgico y algo irónico. Echo un vistazo a Francis, sonriente mientras camina tan campante junto a mí por el andén, y un escalofrío me recorre la espalda. Lo quiero, me recuerdo para mis adentros. Las cosas son muy diferentes entre nosotros ahora en comparación con hace dos años. Si realmente estoy convencida de lo que estoy pensando, entonces por el mero hecho de formular esa pregunta por correo electrónico he rebasado una línea inaceptable. He de dejar correr el asunto por nosotros, al menos de momento.

Sin ser consciente de ello, he recorrido todo el paso subterráneo que comunica la estación de metro con la entrada del museo. Al volver la vista al camino recorrido, siento una punzada de congoja ante la idea de esos minutos perdidos. También recuerdo esto. Cómo perdía la noción del tiempo pensando en ti cuando tú ni siquiera estabas presente, tan sumida en mis pensamientos que la realidad bien podría haber desaparecido en un agujero negro. Me desagrada. Es como si alguna fuerza oculta apartara mis manos de los mandos con suavidad y firmeza.

—¿Dónde quieres ir primero? —pregunta Francis al entrar en el museo. Ya ha echado a andar a grandes zancadas por la sala de la planta baja, tenuemente iluminada. Las luces, en tubos de colores, emiten zumbidos y proyectan haces sobre nosotros. En el ambiente flota un tenue rumor, como electricidad estática.

—Me da igual —contesto ensimismada, absorta en el laberinto de pasillos circundantes. Francis se ha parado en seco delante de lo que parece una reproducción de parte del sistema solar: focos a modo de estrellas diseminados sobre maquetas en tres dimensiones de planetas y cráteres con líneas y motivos grabados en la superficie. Me quedo mirándola. No tengo ni remota idea de lo que estoy contemplando.

—Lee eso —dice Francis, señalando hacia la pequeña y oscura placa que hay junto a la muestra—. Es alucinante, ¿verdad? —Embelesado y fascinado, la cara se le ilumina de entusiasmo. Es algo que siempre tuve asociado a él en los primeros tiempos, esa capacidad de sentir curiosidad por prácticamente cualquier aspecto del mundo, y sin embargo, durante mucho tiempo, pensé que no volvería a ser testigo de ello.

—Sí. Alucinante —repito. La placa dice no sé qué acerca de la formación de las estrellas. Nubes moleculares. Colapso gravitatorio. Aunque no lo asimilo del todo, inevitablemente me conmueve su entusiasmo. Alargo la mano y entrelazo mis dedos entre los suyos. El contacto es cálido y sólido, y mis dedos automáticamente se aferran a ellos.

—¿Hay algo que te interese ver en especial? —pregunto.

—Bueno, hay una sala en la segunda planta —dice—. Me parece que es sobre matemáticas y esas cosas.

—Vale... —Hago una mueca de escepticismo, y él se ríe y pone los ojos en blanco.

—Es interesante —comenta—. Confía en mí. —Sus palabras fluyen con naturalidad, y al sonreírme se me levanta el ánimo, como si creyera que a lo mejor es así de fácil y que podemos vivir juntos en esta pequeña burbuja y que puedo fingir que el correo que te envié no significa nada.

Lo sigo hasta un ala apartada con revestimientos de paneles curvilíneos de cristal azul reflectante. El suelo, pulido como un jaspe, reluce bajo la luz de colores; el eco apagado de mis pasos suena como gotas de lluvia.

Caminamos tranquilamente hacia lo que parece una enorme esfera de reloj minuciosamente tallada que hay colgada en la pared del fondo.

—Es un astrolabio. Lo utilizaban los astrónomos para medir la posición de las estrellas y de los planetas en el cielo —explica Francis en tono erudito, al tiempo que me mira de reojo para cerciorarse de que estoy prestando atención.

Asiento.

—Una especie de reloj de sol.

—Bueno, sí... —Asiento a medias—. Salvo..., bueno, que funciona por la noche.

Tras un instante, por alguna razón nos echamos a reír, suavemente, con complicidad. Nos alejamos del astrolabio y, mientras avanzamos hacia la siguiente muestra, casi sin ser consciente de ello la mano se me va al bolsillo, saco el teléfono de nuevo y miro la pantalla. Esta vez hay un pequeño sobre iluminado en la parte superior. Un nuevo correo electrónico.

Deslizo el dedo por la pantalla y ahí está. S. Kennedy. Cuatro palabras. La habitación oscila bruscamente y, aunque en mi vida me he desmayado, me invade la absoluta certeza de que voy a hacerlo en este momento como no me siente. Me apoyo contra uno de los fríos paneles de cristal, me escurro hacia abajo, dejo caer la cabeza y escucho el sonido de la sangre bullendo a toda velocidad en mi cabeza.

—¿Caroline? Caro, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —Francis, en cuclillas a mi lado, con la mano en mi hombro, me escudriña el semblante—. ¿Tienes ganas de vomitar o algo?

Niego con la cabeza, aunque siento un breve golpe de náuseas. Aprieto los puños contra mis ojos con tanta fuerza que al retirarlos la luz azul de la sala crea destellos de colores, y vuelvo a marearme. Trato de respirar hondo, pero tengo tal presión en el pecho que me falta el aire. Siento el teléfono duro y pesado en mi bolsillo. Quiero volver a leer el correo. Quisiera no haberlo visto nunca.

De repente, reparo en que estoy sola. La gente avanza despacio de un lado a otro de la sala, lanzándome con disimulo alguna que otra mirada de preocupación, pero Francis se ha ido. Ignorando el torbellino de mi cabeza, me levanto de un brinco y escruto la sala como una posesa. Ni rastro de él. Tengo el top empapado de sudor por la espalda, el pulso me late con fuerza por las venas.

Por fin lo localizo, abriéndose paso a duras penas en dirección a mí, pero no siento alivio: únicamente un inexplicable arrebató de ira y pánico.

—¿Dónde has ido? —pregunto con acritud cuando se acerca lo suficiente como para oírme—. ¿Qué estabas haciendo?

Su semblante refleja una patente preocupación. Me muestra una botella de agua.

—He ido a por esto —contesta—, a la cafetería. Pensé que te vendría bien si estás mareada.

—Gracias —digo con esfuerzo, y cojo el agua—. Estoy bien.

Francis da un paso adelante, con la inquietud aún visible en su rostro.

—Pues no lo parece —señala—. Estás muy pálida, y temblando. Igual deberías volver a sentarte...

Posa las manos en mis hombros y empuja hacia abajo con delicadeza para que me siente, y de repente me resulta insoportable esta cercanía, esta actitud solícita: me supera, me agobia.

—¡No! —espeto—. No me toques. —Oigo como suena, pero no puedo retractarme.

—¿Cómo? —dice Francis desconcertado, con los ojos como platos, las manos aún vacilantes sobre mis hombros. Me muerdo el labio, tratando de reprimir el impulso de apartárselas de un manotazo—. Solo estoy intentando ayudar.

Me consta que debería disculparme, pero tus palabras todavía resuenan en mi cabeza. Miro a Francis, y siento una desagradable punzada de

remordimiento —se supone que estamos de vacaciones juntos— y tampoco puedo soportarlo.

—No necesito ninguna ayuda —estallo, consciente de mi tono enfadado y desagradecido—. No quiero nada de ti.

Tras un breve silencio, su expresión cambia.

—Vale, a tomar por culo —replica indignado—. Me rindo. Pensaba que lo pasaríamos bien esta semana. Pero ¿sabes qué? Hasta ahora has sido una jodida pesadilla la mayor parte del tiempo. Agradable y cariñosa en un momento dado, y en la inopia al siguiente. No sé qué te ronda por la cabeza, Caro, pero empiezo a pensar que, haga lo que haga, nunca será suficiente. Dios sabe que lo he intentado. —Ha alzado el tono de voz, y la gente está empezando a pararse con vacilación y a mirar en nuestra dirección. Le hago un gesto para que se calle, pero hace caso omiso—. He intentado compensarte por los últimos años —señala—, porque sabía que era mi obligación, pero ¿sabes qué? A veces, me jode tener que ser quien pone todo el empeño, cuando no fui yo quien...

De repente se calla. Estamos de pie a escasos centímetros de distancia y estoy sofocada y temblorosa de pies a cabeza, a la espera de sus siguientes palabras.

—¿Cuando tú no fuiste quien qué? —pregunto en voz baja, al ver que no continúa—. Vamos, sigue.

Me mira fijamente a los ojos. El contacto me produce una descarga, me hace sentir más presente en esta sala con él de lo que he estado en todo el día.

—Cuando no fui yo quien —dice, remarcando con énfasis las palabras adrede— resolvió nuestros problemas follando con otra persona.

Con el estallido de la tensión, el ambiente se aligera, pero lo que deja a su paso es una tristeza que me supera, algo demasiado crudo e íntimo como para hacerle frente. Él da media vuelta y se aleja, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, abriéndose paso a codazos entre el gentío. En su día, yo habría echado a correr tras él: lo habría agarrado de la manga del abrigo, le habría suplicado que volviese, habría montado un número en vano. Pero las piernas me flaquean y tiemblan y la extraña luz azul todavía me marea y aturde y, en este momento, tengo las mismas ganas de estar a solas que él. Así que me quedo como un pasmarote y lo observo hasta que desaparece.

Doy una vuelta por el museo durante unos quince minutos o así, mirando embelesada exquisitas estructuras metálicas curvilíneas, mapas centelleantes

de la galaxia. Recuerdo que, la primera vez que vine a este lugar, me quedé atónita al experimentar la profunda sensación de estar al borde de algo inconmensurable e inalcanzable: la insignificancia de mi propia existencia frente al universo. Esta vez, sucede todo lo contrario. No veo más allá de lo que ocurre justo aquí y ahora. Mis propias preocupaciones se han magnificado hasta alcanzar la dimensión del mundo.

Al volver a Turnham Green, me siento en un frío banco en la parada del autobús y vuelvo a leer el correo electrónico. «Si quieres que esté». «Si quieres que esté». Siempre hacías lo mismo: rebotar mis preguntas, darles la vuelta hacia la introspección, aduciendo que lo único que deseabas era lo mejor para mí. Hasta tus sentimientos eran escurridizos, como el mercurio. Yo me agarraba a cualquier cosa que me diera una pista de lo que tenías en la cabeza, pero descubría que no me estaba aferrando a nada, seguía hecha un mar de dudas.

Pulso la tecla para responder. «No lo entiendo», tecleo, penosamente consciente de lo inapropiadas que son estas palabras. «¿Por qué haces esto? ¿Por qué ahora? ¿Qué quieres?». Demasiadas preguntas. No se me ocurre qué otra cosa decir. En el fondo, siempre he fantaseado con la idea de que si alguna vez retomásemos el contacto, estaría teñido de ternura y nostalgia, nada que ver con este extraño juego antagonista del ratón y el gato. Por un momento, te veo con tanta nitidez como si estuvieras a mi lado, y me muero de ganas de tenerte aquí, de lanzarme a tus brazos y pedirte que me reconfortes, que me digas que hay un motivo justificado para lo que estás haciendo y que todo tiene su explicación.

Pongo una «C» al final del mensaje y luego un beso. Me quedo mirando el beso, y acto seguido lo borro. Pulso «enviar». Ya estoy contando los segundos, esperando una respuesta. No puedo soportarlo. Me invade el arrepentimiento —no estoy segura de haber hecho lo correcto—, pero es demasiado tarde para recuperar el correo y ahora me veo obligada a esperar a Dios sabe cuándo, con los nervios de punta y en ascuas.

En el trayecto en autobús, apoyo la frente contra el cristal de la ventana y contemplo las hileras de árboles y casas a toda velocidad, mientras intento desterrar estos pensamientos. No hay nada con qué reemplazarlos. Solo la imagen del rostro de Francis, y esa dolorosa mezcla de indignación, desazón y remordimiento en sus ojos. Hacía tiempo que no discutíamos así. En los primeros días después de hablarle de ti, atacarnos con semejante virulencia parecía demasiado peligroso, como si cada palabra acre que pronunciáramos

podiera ser la que desestabilizara la balanza y creara un abismo entre nosotros.

Yo me figuraba que ahora resultaría menos arriesgado, pero no es así. Nuestra relación continúa siendo frágil. Hemos puesto mucho empeño en conservarla, contra viento y marea, y la idea de perderla es sombría y deprimente. Todo este esfuerzo y sacrificio, y aún no hay garantías de por vida. Bajo del autobús, camino a toda prisa por las calles y tuerzo a la izquierda por Everdene Avenue; de repente me sorprende pensando en nuestra noche de bodas..., despierta de madrugada en la habitación a oscuras, tendida contemplándolo dormido junto a mí, y ese profundo sentimiento de ternura, de saber que me encontraba donde debía estar. Da miedo lo fácilmente que puede desmoronarse la certeza. Lo poco que hace falta.

Las manos me tiemblan al abrir la puerta y aguzar el oído en busca de algún indicio de vida en el interior. Nada más poner el pie en el recibidor, sé que la casa está vacía, pero de todas formas registro todas las habitaciones, por si acaso estuviese ahí. Nada. Lo llamo al móvil, pero está apagado. Es imposible saber dónde está o qué está haciendo. A estas alturas debería saber cómo lidiar con esto, pero, al contrario, lo llevo peor que nunca. Incluso sin las pastillas, Francis es impulsivo. Es imprevisible lo que podría hacer.

Voy a la cocina, me sirvo un vaso de agua y me lo bebo de un trago. La sensación fría me entumece y despeja la cabeza, y durante unos instantes me quedo pasmada, con la mirada absorta en el vaso. Es largo y curvilíneo, con un ribete verdoso. Es del estilo que yo podría haber elegido. Entonces, la realidad me golpea, muy a destiempo: si tú estás en mi casa, yo estoy en la tuya.

«Siniestro». La palabra me viene súbitamente a la cabeza. Me deja petrificada, paralizada al hacer amago de abrir el armario de la entrada.

Me he pasado los dos últimos años creyendo que habías cortado toda relación conmigo porque te importaba; porque no había más remedio y porque, por muy radical que pudiera parecer, era el sacrificio necesario para hacer borrón y cuenta nueva. No consigo explicarme cuál ha podido ser el detonante que ha echado por tierra todo lo acontecido la última vez que te vi. ¿Por qué has cambiado de opinión?

Algo se está gestando en el fondo de mi cabeza. Las tinieblas acechan al final de una larga carretera. Tu voz, surgiendo de la nada. Me aprieto las sienes, deseando con todas mis fuerzas borrar la imagen. No estoy dispuesta a pensar en ello. Ni ahora, ni nunca.

Oigo sollozos y me doy cuenta de que estoy llorando; las lágrimas me resbalan por las mejillas y me salpican el top. A ciegas, me acerco a la puerta principal, la abro y salgo a la calle. No tengo dónde ir, pero no puedo quedarme aquí. Veo las hileras de casas a través de mis lágrimas, con sus pulcras ventanas idénticas y sus primorosos jardines. Al otro lado de la calle hay un hombre de mediana edad sacando contenedores de reciclaje, colocándolos en el jardín principal. Me observa con recelo, con el ceño fruncido, evaluándome.

—¿Caroline? —Doy un respingo al oír la voz de Amber. Ha surgido de la nada, justo detrás de mí, con la mano extendida con vacilación para tocarme el hombro—. ¿Estás bien?

Sofocada por la vergüenza y haciendo un sumo esfuerzo por recomponerme, me seco los ojos con la manga, pero es inútil. Niego con la cabeza sin decir palabra. Ella se queda mirándome con los labios ligeramente entreabiertos y frunciendo su terso entrecejo. Tiene los ojos muy abiertos y sin parpadear, como el vidrio pintado. Se me pasa fugazmente por la cabeza que esto no es normal; la intensidad de su mirada, su absoluta concentración. Y, sin embargo, no tengo más remedio que reaccionar. Soy consciente de que, cuando eres el centro de semejante concentración, no puedes sortearlo.

—He recibido un mensaje —me oigo a mí misma decir. La cabeza me da vueltas por la magnitud de todo el asunto, pero he de soltar al menos una mínima parte de ello—. De un ex —consigo añadir.

Amber asiente lentamente; me insta a continuar con la mirada.

—No estoy... —Me cuesta hablar—. No estoy segura de lo que significa... —Súbitamente, se me secan las lágrimas. Atontada, me siento en el murete del jardín. Con el rabillo del ojo veo que el hombre de enfrente se endereza para limpiarse las manos y, tras echarme un último vistazo, se dirige despacio hacia su casa.

Amber me ve mirándolo.

—No le hagas caso. —Alza la voz apenas lo justo para que sus palabras floten en el aire—. Es asunto tuyo, a nadie le incumbe. —Al hombre se le pone rígida la espalda, y cierra la puerta de un portazo sin volver la vista.

Amber se da la vuelta y se pone en cuclillas a mi lado.

—Oye —pregunta—, ¿este ex es alguien que quieres que vuelva a entrar en tu vida o no?

—No —respondo en el acto. La palabra tiene un tinte traicionero y dubitativo en mi boca—. No.

—Entonces, ignora el mensaje —dice, encogiéndose de hombros—. Y punto. —De repente, su gesto de inquietud desaparece y sonrío como si hubiera resuelto un enrevesado acertijo, como si la última pieza del puzle encajara para iluminar el conjunto.

Asiento, porque parece ser que no me queda otra alternativa. Es imposible explicar que ya es demasiado tarde para ignorarte. Además, la pregunta que me ha formulado es redundante. No puedes volver a entrar en la vida de alguien cuando ya estás dentro. Lo que ocurrió entre nosotros no es algo que se pueda borrar o deshacer. Incluso después de tanto tiempo, continúa a flor de piel.

En casa

Caroline, mayo de 2013

Es sábado por la mañana y, nada más levantarnos, se respira un ambiente despejado, agradable y sencillo. La noche ha transcurrido sin contratiempos, exenta de los habituales ruidos y movimientos erráticos que Francis suele hacer en las horas que pasa desvelado antes del amanecer. Ha dormido toda la noche en nuestra cama; verle a mi lado al abrir los ojos es una novedad que me colma de dicha, como si fuéramos una pareja de jóvenes despertándose juntos por primera vez.

Eddie también ha dormido bien, y parlotea sin cesar durante el desayuno, un flujo de conciencia prácticamente incomprensible que podría ser conversación o fruto de retazos de sueños.

—Venga —le digo al traerle la ropa—. Arriba los brazos. —Y él, obediente, los estira y extiende los dedos hacia el cielo.

—Quieres ir al parque —murmura con la voz amortiguada mientras le meto la camiseta por la cabeza. Es una curiosa peculiaridad que siempre me arranca una sonrisa, su incapacidad de diferenciar entre la primera y la segunda persona, como si fuésemos dos mitades indivisibles de un todo.

—Vale —contesto—. Podemos ir. Pero no estoy segura de si papá... —Miro a Francis, esperando que ponga algún pretexto, pero sonrío.

—¿Por qué no? —dice—. Hace un bonito día para ir. Podríamos ir a ese que hay cerca del río.

—Mira qué bien, Eddie. —Le doy suavemente con el codo en el costado—. Irás con mamá y papá. ¿Qué te parece?

—¡Bien! —Esboza una radiante sonrisa y se abalanza sobre nosotros en el sofá con los brazos extendidos de cualquier modo para darnos un achuchón. Me da por pensar que si nos hicieran una foto ahora pareceríamos una familia feliz. Y a pesar de saber que las apariencias engañan y que los instantes son

pasajeros, me consuela pensar que, aunque sea momentáneamente, las piezas han encajado en su sitio tal y como deberían haberlo hecho siempre.

—Podríamos irnos ya —sugiero con vacilación. Algo bulle en el fondo de mi cabeza: no creo que se haya tomado nada esta mañana, y si consigo que salgamos ya... Él sopesa mi propuesta con el ceño levemente fruncido. Por un momento, el ambiente se enrarece y tensa mientras me mantengo a la espera. A continuación asiente, y acto seguido me afano en ponerle los zapatos y el abrigo a Eddie, me visto y preparo el carrito, presa de un absurdo arrebatado de euforia.

A lo largo de todo el trayecto en autobús de camino al parque, Eddie va cantando a voz en grito, moviendo las manos en el aire como si estuviera dirigiendo a los pasajeros. A veces, los desconocidos son antipáticos, pero hoy todo son miradas y sonrisas cariñosas. «Es un primor», nos comenta una anciana al apearse renqueando del autobús. Me lo tomo como un elogio, un cumplido de aprobación. Algo hemos hecho bien. Francis me acaricia la mano con las yemas de los dedos y los ojos se me llenan de lágrimas.

En el parque infantil, Eddie se adelanta, echa a correr directamente hacia el castillo y se pone a trepar con dificultad con sus zapatillas de lona. Compró un cartón de zumo en la cafetería y me quedo de pie mirándolo, riendo mientras acepta a regañadientes la ayuda que le presta un niño más mayor; al cabo de unos minutos lo sigue hasta el cajón de arena y se queda de pie tímidamente, esperando que lo invite a jugar.

Sentado en el banco detrás de mí, Francis también ríe, y me choca no haber escuchado el sonido de su risa desde hace tiempo. Me giro en redondo y lo miro, tratando de verlo con nuevos ojos. La de veces que en los últimos meses me ha atormentado la profunda y desagradable convicción de que no es ni la sombra de lo que era antes: el rostro macilento y abotargado, los ojos vidriosos. Pero hoy, con la luminosidad de los primeros rayos de sol del verano reflejándose en su cara y la felicidad que irradia mientras observa a Eddie, casi tiene buen aspecto.

Me sorprende mirándolo fijamente, se incorpora y viene a mi encuentro tranquilamente con las manos en los bolsillos.

—Se lo está pasando bien —comenta. Tras un instante, me rodea con el brazo la cintura—. Yo también —añade.

Sin atreverme a hablar, asiento.

—Oye —dice en voz baja, al tiempo que inclina la cabeza hacia la mía—. Lo siento. Soy consciente de que últimamente he estado hecho un asco. Las cosas van a cambiar, ¿sabes?

Es la primera vez desde hace meses que pronuncia estas palabras, y me da la sensación de que se ha aliviado y liberado cierta tensión. El sol nos calienta la cara y estamos viendo a nuestro hijo jugar y, a pesar de que ya he oído esta cantinela, en este momento da la impresión de que no hay ningún problema y de que todo va sobre ruedas.

Las palabras que llevo meses callando brotan a la superficie.

—Las pastillas... Digas lo que digas, sé que estás tomando otra vez. — Vacilo—. Y en gran cantidad —añado con esfuerzo.

Se le ensombrece la mirada e intuyo que se encogerá de hombros y que se atrincherará en otra negativa distante. Sin embargo, asiente con rapidez y vehemencia.

—Sí —reconoce en voz baja—. Ha sido una estupidez. No sé por qué.

—Lo entiendo —digo en voz baja, con plena convicción. Yo antes buscaba una explicación. Trataba de analizarlo, racionalizarlo, remontarme a aquellas primeras semanas en las que un episodio de estrés en el trabajo y unas cuantas tensiones familiares no resueltas me habían impulsado a aconsejarle que buscara ayuda. He tardado mucho tiempo en ser consciente de que, por más que lo intente, no es posible clasificar esto en las pulcras cajas de causa y efecto que yo deseo. Va más allá de todo eso. Es ilógico, irracional, poderoso.

—Al principio sí que me sirvieron de ayuda, ¿sabes? —explica Francis—. Demasiado. Cuando estás tan acostumbrado a sentirte agobiado y eso se libera, es un alivio. Más que eso. Y, como es lógico, deseas tener esa sensación una y otra vez. No se trata solo del subidón: es que todo resulta más fácil. Pero ese es el problema de esas pastillas. Cuantas más tomas, más... — Se queda callado con el ceño fruncido, pensativo—. Más las necesitas —dice al fin, y por un momento su expresión refleja visiblemente una revelación casi infantil.

—Entiendo —contesto. Aunque he escuchado antes estas cosas, su tono posee un matiz diferente. A pesar de que hace sol, estoy temblando ligeramente. Tengo la sensación de estar caminando por la cuerda floja, en un precario equilibrio, sin querer moverme demasiado deprisa. Me muerdo la lengua y observo cómo vuelve la vista hacia el parque infantil para mirar a Eddie en el cajón de arena, concentrado con la cabeza gacha y el pelo ondeándole al viento.

—Esta vez las dejaré definitivamente —añade por fin, con manifiesta resolución—. Ya ni siquiera las quiero. Al despertarme esta mañana, ha sido genial sentirme limpio. Me están jodiendo vivo. —Tras una pausa, hace un

rápido movimiento con los hombros, entre un tic y un estremecimiento, como desechando el pensamiento—. Me siento genial —repite. Me mira fijamente a los ojos durante un instante con expresión imperturbable.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante diez segundos como poco. Seguro que son nueve más de los que he pasado mirándole a los ojos desde hace meses. Me viene a la cabeza un pensamiento contundente y espontáneo: «Va a salir bien».

Desde el parque infantil, Eddie está gritando algo. Al dirigir la vista hacia él, veo que sale a gatas del cajón de arena y señala hacia el balancín, con ganas de subir.

—Espera —respondo, y hago amago de moverme, pero Francis me detiene.

—No, ya voy yo —dice. Observo cómo va al encuentro de Eddie, lo levanta en volandas, lo coloca con cuidado sobre el balancín y seguidamente se dirige a grandes zancadas al otro lado para sentarse. El corazón me late desbocado y me viene a la cabeza una imagen de Carl. Estoy sentada en su regazo en el bar al que fuimos la semana pasada, mis brazos entrelazados alrededor de su cuello y sus manos en mi cintura mientras susurramos. Él me está escuchando, y tiene la cara iluminada de entusiasmo y cariño.

No logro asociarlo del todo con la realidad. Hay una extraña sensación de separación: dos vidas paralelas que transcurren pausadamente sin rozarse. Rara vez, por no decir nunca, me planteo a mí misma que, tarde o temprano, tendré que decantarme por una. No obstante, ahora esa triste realidad me golpea con fuerza, y de repente tengo claro cuál de las dos vidas debería ser.

Eddie se deja caer del balancín y echa a correr hacia mí; sus piernecillas se mueven con resolución como émbolos, una sonrisa de oreja a oreja le surca el rostro. Francis le sigue, apurando el paso. Los rayos del sol brillan al fondo y se proyectan sobre ellos, y los ojos me escuecen de nuevo porque puedo perder esto con tanta facilidad, y no quiero. No quiero.

—¡Qué buena carrera! —exclamo al llegar Eddie, y me pongo en cuclillas para que pueda abrazarme. Hundo la cara en su pelo, aspirando el aroma a champú de menta y césped recién cortado. Cuando llegue a casa le mandaré un mensaje a Carl. Cancelaré nuestra cita de esta noche. Al pensarlo siento una punzada de desazón, pero me sobrepongo. Así dispondré de un poco de tiempo y espacio para pensar, y Francis y yo podremos pasar la noche juntos. Quizá viendo una película, con comida a domicilio. Cosas corrientes. Es increíble el subidón que me provoca la idea.

Nos quedamos veinte minutos más, y luego vamos paseando hasta la parada de autobús. De camino a casa prácticamente se me cierran los ojos. Es como si la tensión de los últimos meses se hubiera mitigado por completo y se hubiera relajado hasta el último músculo de mi cuerpo. Me entrego a un plácido duermevela, con la cabeza apoyada contra el cálido cristal de la ventana, el brazo de Francis echado lánguidamente alrededor de mis hombros.

—Caro. —Adormilada, noto que me está dando con el codo, tratando de espabilarme—. Está alborotado. No sé exactamente lo que le pasa.

Haciendo un esfuerzo, levanto la cabeza y miro a Eddie, sujeto con el arnés en el carrito frente a nosotros. Efectivamente, está haciendo pucheros sin motivo aparente, ha perdido su buen humor de antes. Todavía amodorrada, me echo hacia delante y lo cojo de la mano para intentar tranquilizarlo, pero con mi torpeza le doy sin querer a la tortita de arroz que sujeta con el puño, que sale despedida por el suelo del autobús. Él se queda mirando su mano vacía y acto seguido cierra los ojos con fuerza y se pone a llorar a grito pelado. Reparo en que la gente al otro lado del pasillo hace muecas y cuchichea.

—No pasa nada —intento tranquilizarlo en vano, al tiempo que le acaricio la frente—. Lo siento, ha sido sin querer. Te daré otra. —Me pongo a revolver mi bolso buscando el paquete de tortitas de arroz, pero al palparlo noto que está vacío—. Vale —digo, sintiendo que comienzo a ser presa del pánico—. Lo siento, no tengo más, pero cuando lleguemos a casa te daremos otra cosita, ¿de acuerdo? —Él hace oídos sordos y sube el volumen de sus berridos hasta que la cara se le pone roja como un tomate. El ruido me crispa los nervios, y mi estado de relajación se desvanece de un plumazo. Noto que empiezo a temblar. Es insoportable. Sé cómo se pone cuando se encuentra en este estado, y no hay manera de calmarlo. Necesita desfogarse, y estamos atrapados en este autobús; todavía faltan quince minutos para llegar a casa.

Con el rabillo del ojo, veo que Francis nos mira atentamente pero con indiferencia, con la expresión que adopta cuando ve una noticia de escaso interés.

—Por el amor de Dios —estallo sin pensar—, ¿no puedes hacer algo?

Parece desconcertado; acto seguido se encoge de hombros y se bate en retirada a algún espacio privado.

—No se me ocurre qué hacer que tú no estés haciendo ya.

—Por Dios —exclamo—. Menuda ayuda. Gracias por nada. —En cuanto lo digo, me arrepiento. La intimidad de la mañana se desvanece en un instante. Francis se recuesta en el asiento, los párpados entornados con aire

sombrío, y gira la cabeza para mirar fijamente por la ventana—. Lo siento — comienzo a disculparme, pero no sé cómo continuar y Eddie sigue llorando como un descosido, aporreando el costado de la silla para darle énfasis, y mis palabras quedan sofocadas y enmudecidas.

Para cuando bajamos del autobús, la rabieta de Eddie se ha aplacado y se le escapa algún que otro sollozo entrecortado. Recorremos la calle de camino a casa en silencio. Se ha nublado y tengo los músculos tensos y agarrotados. Hago de tripas corazón para sonreír a Francis, que camina a mi lado arrastrando los pies.

—Qué estrés —comento a la ligera una vez dentro de la casa—. Lo siento. Anda, vamos a comer, ¿vale?

—Sí, claro —dice Francis en tono distante al volver de la sala de estar—. Voy un momento aquí al lado a por zumo, ¿vale?

—No vayas. —Las palabras brotan de mis labios tan deprisa que no me da tiempo a reflexionar—. Por favor.

Él me mira con cara larga, de brazos cruzados. Un momentáneo silencio alarga la tensión en el ambiente.

—¿De modo que ahora ni siquiera puedo ir a la esquina? ¿Quieres controlarme las veinticuatro horas?

—No... —Busco algo más que decir, pero me quedo sin palabras.

—Estupendo —contesta, pero esta vez su tono posee un deje de frialdad.

Lo observo mientras se aleja despacio de la casa, cabizbajo. Mi cronómetro mental se activa. Si tarda menos de quince minutos, seguramente no pasará nada. Con el piloto automático, le preparo un sándwich a Eddie y después lo acuesto para que se eche una siesta.

Veinte minutos. Veinticinco. Media hora.

Tarda casi dos horas en regresar y, nada más llegar, se va derecho dando traspiés al dormitorio, corre las cortinas y se desploma en la cama. No vale la pena echarle un rapapolvo, pero lo hago de todas formas. Me quedo de pie en la habitación a oscuras llorando a lágrima viva y profiriéndole una sarta de insultos, pero ninguno surte el menor efecto.

Como el timbre del piso de Carl no funciona, me quedo en la puerta y le mando un mensaje. «Estoy aquí. Bs». Segundos después, oigo el sonido de una puerta al abrirse en el interior, y luego pasos aproximándose a toda prisa a la entrada. Tira de mí hacia el recibidor en penumbra, me recibe con un beso y cierra la puerta de un puntapié.

—Buenas noches. —Ya me estoy relajando, incapaz de dejar de sonreír a medida que el trago del día se desvanece. Él nunca dice que se alegra de verme, pero no hay necesidad, y es contagioso. Lleva una camisa roja descolorida y unos vaqueros negros. Me dan ganas de decirle lo sexi que está, pero quizá tampoco haya necesidad. Últimamente, da la impresión de que nos leemos el pensamiento el uno al otro, probablemente porque por lo general pensamos lo mismo.

—Pasa —dice, al tiempo que me agarra de la mano para conducirme dentro—. ¿Quieres que te haga la típica visita guiada? Mejor no —responde él mismo, sonriendo con picardía. Me da tiempo a fijarme en los relucientes suelos de madera, en la decoración austera en tonos pálidos, en las paredes desnudas. Acto seguido nos encontramos en su dormitorio con la puerta cerrada a cal y canto. No hay gran cosa que ver. Si fuera una desconocida, no sería capaz de sacar demasiadas conclusiones sobre la persona que vive aquí, y tal vez esa sea su intención. Él es celoso de su intimidad, discreto. A menudo me fijo en su modo de mirar a la gente, como si la estuviera calibrando con frialdad y sacando sus propias conclusiones. No mira a nadie como a mí.

—Es increíble que solo quede una semana para que te vayas —comento. Estamos de pie en medio de la habitación, muy cerca el uno del otro, sus manos en mi cintura—. Voy a echarte de menos en la oficina.

—Yo también te echaré de menos. —Entrecierra sus oscuros ojos y se pasa la mano por la sien, con aire pensativo—. Pero tampoco es que vayamos a dejar de vernos.

—Claro que no. —La verdad es que, salvo algún comentario muy de pasada sobre que las cosas se enfriarán irremediablemente en un momento dado, no nos hemos planteado lo que sucederá cuando se marche. A pesar de mi comentario, no estoy segura de decirlo de corazón todavía. Resulta fácil creer que estos encuentros se producen en un pequeño reducto de espacio y tiempo al margen de la sensatez y la realidad. No concibo la idea de ponerles fin. No concibo ninguna otra alternativa. El futuro es un espacio en blanco, lejano. La idea me provoca una súbita punzada de miedo y paso los brazos alrededor de su cuello para agarrarme.

—Deberíamos hablar de ello —dice, consciente de mi silencio—. Pero igual más adelante, ¿eh?

—De acuerdo.

Ahora mismo no tengo ganas de hablar de nada; él lo capta de inmediato. En vez de eso, me besa de nuevo, al tiempo que se aprieta contra mí, desliza

sus manos hacia arriba por mi cuerpo, llevándose consigo la tela de mi vestido, y me lo saca por la cabeza con un diestro movimiento. Noto el roce cálido de sus manos sobre mi piel y oigo mis jadeos cuando sus labios recorren el camino que han emprendido, provocándome un temblor. Mis dedos forcejean con los botones de su camisa y los desabrocho con impaciencia uno a uno. Él sujeta mis manos para que pare.

—Di: «Por favor». —Sus labios lo articulan en un hilo de voz y yo lo repito en un susurro.

Lentamente, aparta la mano y termino lo que había dejado a medias: le acaricio los músculos del torso y le quito la camisa de un tirón mientras él me desabrocha el sujetador y sin previo aviso me levanta en volandas y me deja caer bruscamente sobre la cama. Se queda de pie contemplándome durante un instante.

—Ven aquí —digo—. Por favor. —Y se tumba de costado junto a mí, con la cabeza apoyada sobre el codo.

—Qué peligro —dice, su cálido aliento contra mi cuello. Su mano se desliza hacia abajo por mi cuerpo de nuevo, se engancha en la costura de mis braguitas, tira de ellas poco a poco sobre mis muslos y las retira. No aparta los ojos de mí y, en este momento, mi deseo se desata hasta tal punto que las reglas que me he impuesto de no rebasar este límite se desvanecen. Alargo la mano hacia la hebilla de sus vaqueros y me pongo a tirar del cinturón. Él vuelve a sujetarme, al tiempo que niega con la cabeza.

—Ah, no —dice en voz queda—. De eso nada. ¿No querías esperar? Pues vamos a esperar.

Me muerdo el labio con fuerza sin pronunciar palabra. Nos besamos de nuevo, y empujo mi cuerpo contra el suyo, ardiente y sólido, engancho las piernas alrededor de su cintura y le araño la espalda. Aunque sé que le gusta, me aparta las manos y niega con la cabeza de nuevo. Extiende el brazo hacia el lado de la cama, coge un pañuelo del suelo y, acto seguido, sin previo aviso, me sujeta los brazos con firmeza por encima de la cabeza, me ata las muñecas con un rápido y diestro movimiento, y sonrío mientras yo jadeo.

—Listo —dice al terminar—. Ahora te tengo a mi merced.

Nos miramos fijamente y me resulta insoportable, demasiado íntimo, como recibir un golpetazo en el pecho que corta la respiración. Tiene la mano en mi entrepierna y se pone a acariciarme suavemente al principio, después con más ahínco, y al penetrarme con sus dedos me trae sin cuidado que los vecinos oigan el ruido que estoy haciendo porque aquí ya no hay medida, ya no; me pongo a sacudir las caderas sobre la cama y él me las sujeta con la

palma de la mano que tiene libre. Me hace daño, y no sé si me agrada o no, pero qué más da, y durante unos cuantos segundos de ardor me quedo totalmente en blanco, lo miro a los ojos y olvido por completo quién soy.

Más tarde, nos vestimos, salimos a la calle, oscura, y nos sentamos un rato a tomar algo en un bar atestado con luces rojas. Hablamos de trabajo, de nuestros planes para el resto del fin de semana. Charlamos con naturalidad, sin tapujos, y, a pesar de todo, me invade un placer incontenible. La tentación es demasiado fuerte, demasiado irresistible. Me sobrepasa, y hasta la última célula de mi cuerpo arde de deseo de nuevo.

Al llegar a la boca de metro, nos paramos en la entrada posterior, nos apoyamos contra el muro de ladrillo y nos abrazamos con fuerza, mi cara pegada al costado de su cuello.

—Dios —dice en voz baja—, quiero follarte. —Y la palabra me produce una súbita descarga eléctrica de arriba abajo que me pilla desprevenida, como si mi cuerpo recordase que puede ser utilizado para otra cosa que no sea insultar, un medio para decirme que me vaya tomar por saco y que deje a alguien en paz. La excitación palpita por mis poros. Entrelazo mis dedos con los suyos y le aprieto con fuerza la mano. Me quedo muda, pero sé que me entiende—. Pero no me refiero solo a eso —añade, apartándose ligeramente—. Lo sabes, ¿verdad? Me... —Se interrumpe, frunce ligeramente el ceño con desconcierto, y toma una breve bocanada de aire—. Me importas de verdad —susurra, y a pesar del matiz contenido de la palabra que ha utilizado, se me encoge el corazón por la connotación latente.

Permanecemos inmóviles un poco más, observándonos el uno al otro. Me come con los ojos, amables y vidriosos. En cuanto nos damos un beso de despedida noto una inesperada y extraña sacudida de vértigo..., la breve y angustiosa sensación de que estoy hasta el cuello. A estas alturas no estoy segura de lo que está pasando aquí, o de si puedo ponerle freno, y si hubo un momento en el que pude tirar de las riendas, supongo que no fui consciente de ello. Y ahora es demasiado tarde.

A veces, últimamente, me invade un sentimiento destructivo, y no puedo oponer resistencia. Si hay algo que he aprendido a lo largo de los dos últimos años es que la mayoría de las cosas materiales carecen de importancia. Da igual si las rompes, las haces añicos o las quemas. Son reemplazables. En la mayoría de las ocasiones no me molesto en reponerlas, lo cual demuestra lo que me importaban desde un principio.

En el momento en que agarras algo con tus manos con la certeza de que puedes hacer lo que se te antoje con ello, sientes verdadero poder. Hay tantas cosas en la vida que te asestan golpes sin previa advertencia. Si logras encontrar un pequeño espacio propio, y si eso evita que enloquezcas, seguramente será positivo. Así que no me fustigo por eso. Cosas peores pasan por ahí.

Hoy, siento la necesidad y me dirijo al armario de Caroline, abro las puertas de par en par, descuelgo todas las faldas y vestidos de las perchas y los tiro al suelo. Es como una cadena de producción en la que solo trabajara una persona. Cojo las grandes tijeras metálicas de la cocina, y sus relucientes hojas plateadas emiten destellos satisfactoria y metódicamente en mis manos. El ritmo no tarda demasiado en crearse. Cortar y hacer tiras, de atrás adelante; el material se va despedazando y multiplicando hasta que lo único que queda es un fardo multicolor de retales inservibles. Acrílico y poliéster, seda y terciopelo. Lo barato y lo caro, todo hecho un revoltijo y reducido al mismo nivel.

Aunque al terminar se mitiga el zumbido de mi cabeza y se relaja la tensión que me atenaza las sienas, todavía no encuentro satisfacción. Tal vez sea porque, haga lo que haga, nada parece acercarme más a ella lo más mínimo. No consigo dar con la tecla. Estoy viviendo en su casa, dentro de su vida, y sin embargo la mayor conexión que siento con ella es cuando veo sus palabras iluminadas en una pantalla, a cientos de kilómetros de distancia. Me levanto y me sacudo las manos. Hora de escribir otro correo.

Allí

Caroline, mayo de 2015

«**M**e figuro que quería ver dónde vivías —reza el mensaje—, pero no verte. Espero que no parezca grosero, ni intimidatorio. Hay cosas a las que llevo tiempo dándole vueltas en la cabeza. Sé que esto parece raro. No quiero que le des demasiada importancia. Haz lo que tengas que hacer».

Lo leo varias veces, y cada vez me siento más impotente. Cada frase crea una nueva capa, y distingo las conexiones que establece cada una con la siguiente, pero al mismo tiempo están curiosamente deslavazadas. Una retahíla de pensamientos con las ideas importantes dejadas al margen, y pequeños anzuelos para morder y confundir. ¿Qué cosas? ¿Cuánta importancia es «demasiada»? ¿Qué hay que hacer, y quién ha de hacerlo? Podría quedarme mirando estas palabras todo el día sin encontrarles ni pies ni cabeza.

Contigo siempre era así. Presumías de ser sumamente directo y claro, pero el verdadero significado de lo que decías subyacía irritantemente en el fondo. Yo pensaba que si prestaba mucha atención, si me concentraba lo suficiente, saltaría a la vista como una lluvia de estrellas, como un conejo blanco del sombrero de un mago. Pero jamás encontré la agudeza mental para discernirlo, y por lo visto sigo sin hacerlo.

Me dan ganas de responder ahora mismo, pero suelto el teléfono de mala gana y continúo maquillándome. Extiendo la base por mis mejillas hacia arriba y me esmero en las comisuras de los ojos. Bajo los implacables rayos de sol que se reflejan sobre el espejo, parezco cansada y mayor de lo que soy. Aparento cuarenta y cinco, no treinta y cinco. Cojo la sombra de ojos, deslizo el pincel por los párpados, primero extendiendo un tono gris pálido y después acentúo el borde de mis pestañas con una tonalidad más oscura. Da la impresión de que mi cara consta de secciones. Y las voy rellenando de forma automática, coloreándola. Trazo una línea negra con el lápiz de ojos, me

pongo rímel en las pestañas y a continuación me pinto los labios de rosa claro. Me viene a la memoria el desagradable recuerdo de cómo solía plantarme delante del espejo del cuarto de baño, cuando las cosas estaban peor que nunca, para levantar este precario castillo de naipes.

Ahora las cosas son diferentes, me recuerdo a mí misma. Anoche Francis llegó poco después de las nueve, taciturno y monosilábico, pero sin perder las formas del todo. Me chocó hasta qué punto me sentí aliviada: la rapidez con la que me había dado un bajón al presentir lo peor. No me había quitado de la cabeza en toda la noche las palabras que me dijo mi terapeuta en una ocasión: «Es un largo camino. Y esa incertidumbre siempre estará ahí. Esta es la realidad cuando convives con cualquier clase de adicto. Habrá altibajos, pero cuando esté bien nunca tendrás la total certeza de que vaya a ser así siempre. Algunas personas logran sobrellevarlo, y otras no». A veces me da la impresión de que me he pasado los dos últimos años esperando la respuesta a la pregunta latente en estas palabras. ¿Puedes sobrellevarlo, Caroline? Aún no lo sé, y empiezo a pensar que me moriré sin averiguarlo: entonces habré respondido a la pregunta por defecto, por inacción más que por voluntad propia.

Cojo el cepillo y me pongo a darme pasadas en el pelo metódicamente, tirando para desenredar los nudos. Los pensamientos se me agolpan en la cabeza, bullendo con insistencia. En parte me pregunto si debería salir de aquí y coger el primer tren de vuelta a casa. Me imagino entrando por la puerta y encontrándote allí, mirándote a los ojos. Solo con pensarlo me invade la añoranza y el pánico. No puedo hacerlo. No debería desearlo.

Vuelvo a mirar el mensaje. Una vez más, tengo la sensación de que hay algo que no encaja. Todavía no concibo ninguna razón que justifique tu deseo de estar en mi casa en mi ausencia. Aunque, como es natural, no es solo mía. Con una punzada de inquietud, me pregunto si este es el medio de acercarte lo más posible a mi vida con Francis, con Eddie. Cuando estábamos juntos, quedaba totalmente al margen. Rara vez me preguntabas, y yo siempre pensé que te venía bien fingir que existíamos de manera independiente, en una pequeña burbuja caliente de excitación y deseo. Igual de bien que a mí. Pero tal vez hayas cambiado..., tal vez te hayas convertido en otra persona.

Después de que esa idea pase por mi cabeza, no puedo evitar analizarla, recrearme en ella, plantearme si puede ser cierto. Ha transcurrido mucho tiempo, y han sucedido muchas cosas desde aquella terrible noche en que te vi por última vez. Te imagino de nuevo, esta vez hurgando entre las cosas de mi marido, intentando ponerte en su piel. Cogiendo su ropa, fisgando entre sus

papeles. Intentando entender nuestro matrimonio, intentando entender por qué sigo allí. Intentando dilucidar lo felices que somos, y preguntándote si me lo merezco después del trago que te hice pasar.

Podría hablar con Francis. La idea me viene como un soplo de aire fresco, me tienta. Pero, al reflexionar, me parece tan disparatada e inviable como colocar una bomba atómica a sus pies. Si un par de correos electrónicos me han perturbado tanto como para provocar la escena que tuvo lugar en el museo ayer y la silenciosa noche en vela que acabamos de pasar, tumbados el uno junto al otro, sin hablar, a medida que la noche clareaba, entonces de ninguna manera puedo abordarle para anunciar que sospecho que en este momento estás en nuestra casa. Me he dejado la piel. No he llegado tan lejos para joderlo todo. Y, por primera vez, siento un arranque de cólera: por ti, por mí misma y por la falibilidad de mis propias defensas.

Dejándome llevar, vuelvo a coger el teléfono y respondo al correo electrónico. «No sé qué esperas que piense. Han pasado casi dos años. No tengo ni idea de por qué estás haciendo esto y mucho menos por qué quieres ponerte en contacto conmigo después de lo que ocurrió. No lo entiendo. Te quiero». Y, sin darme tiempo a terminar la frase, el pulgar se me resbala por la pantalla por la impaciencia y se envía el mensaje. Horrorizada, me quedo mirando y trago saliva. «Te quiero fuera de mi vida». Eso es lo que quería decir. Lo que deseaba decir. Vuelvo a darle al botón para responder, pero ahora resulta que no puedo hacerlo. Por sí solas, esas palabras suenan demasiado escuetas, demasiado rotundas. No estoy segura de si es lo que realmente siento.

«No había terminado la frase —escribo—. Por si acaso te estuvieras haciendo ilusiones». Al leer la última línea, hago una mueca. No. Eso tiene un matiz desenfadado y coqueto, lo contrario a cómo me siento. Lo borro. En vez de eso, escribo: «Da igual». Vuelvo a pulsar el botón de «Enviar». El mensaje es absurdo. Ridículo.

Suelto el teléfono bruscamente, me tapo la cara con las manos, inhalo y a continuación exhalo entrecortadamente, tratando de serenarme. Relájate. Tranquilízate. Pero, claro, el único que en realidad me relajaba eras tú.

Al levantar la cabeza, la puerta del dormitorio se abre de golpe y Francis asoma la cabeza con cautela y se desliza en el interior al verme sentada delante del tocador.

—Hola —dice, y se apoya contra la pared. También parece cansado, pero no de mal humor—. Oye, deberíamos hablar. Siento haberme largado ayer. Sabía que te preocuparías, pero necesitaba airearme y reflexionar. Sabía que

si me quedaba acabaríamos enzarzados en una bronca, y no deseaba que ninguno de los dos dijésemos algo de lo que nos pudiéramos arrepentir.

Hace una pausa, como para darme la oportunidad de rebatir alguna de estas cosas, pero todavía tengo la cabeza como un bombo y no me acuerdo de nada de lo que dije. Él suspira, se aparta de la pared y se acerca para situarse junto al tocador.

—No debería haber dicho eso —señala— sobre Carl y tú. —El nombre cae como una losa entre nosotros, la conmoción me hace parpadear. No recuerdo la última vez que lo pronunció. Seguramente hará meses—. En realidad ya no pienso tanto en ello —añade en voz baja.

Recuerdo su expresión dolida al decir esas palabras ayer: la celeridad con la que aparentemente brotaron, como si hubieran sido arrancadas con violencia de algún pozo de rencor latente y cuidadosamente alimentado. Estoy convencida de que habrá muchas más, aguardando pacientes en los recovecos de su mente, esperando su turno para salir a primer plano. Pero ahora mismo lo único que agradezco son sus palabras; apoyo la cabeza contra su costado y cierro los ojos mientras él posa la palma de su mano sobre mi pelo.

—No pasa nada —digo pegada a su camisa—. Yo también lo siento. ¿Te parece si intentamos olvidarlo? ¿Si lo dejamos correr?

—Esa era mi intención. —Me coge por la barbilla y tira hacia arriba para que lo mire—. Se me ha ocurrido que podríamos ir a la costa hoy, si no te importa esta idea improvisada. Hace un día precioso. Lo he mirado y podríamos llegar a Brighton o a otro sitio en una hora, igual en noventa minutos. ¿Qué dices?

—Que sí. —Siento un tremendo e inesperado alivio ante la idea de salir de la circunvalación M25. A lo mejor es lo que necesito. La oportunidad de estar en algún lugar desvinculado de recuerdos: despejarme, tomar el aire a la orilla del mar. Le pongo los brazos alrededor del cuello y me estiro para darle un abrazo.

—Dame solo diez minutos —digo— y bajo enseguida, ¿vale?

—Hecho. —Francis se retira victorioso, y vuelve tarareando en tono alegre y triunfal a la planta baja.

Al verle salir me remuerde la conciencia. No debería ni contestar a estos mensajes. Me escudriño en el espejo. Tengo mi propia vida. Tú no formas parte de ella. «Y eso es lo que querías». Mis labios articulan las palabras en silencio, mi reflejo las vocaliza con gesto serio delante de mí.

De repente, doy un respingo cuando mi teléfono emite un zumbido y vibra sobre la mesa. Es un mensaje de un número desconocido y me da un súbito

vuelco el corazón antes de leerlo. «Hola, Caroline. Espero que no te importe que te mande un mensaje, pero ayer me quedé un poco preocupada por ti. ¿Te apetece pasarte por mi casa a tomar un café o algo? Amber. Bs».

Con el ceño fruncido, me paro a pensar cómo es posible que haya conseguido mi número. Ni siquiera estoy segura de haberle dicho mi apellido. Me parece que mis datos aún figuran en la página web que creé hace un par de años, cuando me estaba planteando hacerme autónoma, y creo recordar haber mencionado ese breve devaneo profesional en el transcurso de nuestra conversación en el café, pero aun así, para averiguarlo habría sido preciso realizar una búsqueda bastante rigurosa. Visualizo a Amber encorvada sobre el teclado con expresión concentrada, probando varias combinaciones de búsqueda, con el rostro iluminado por la pantalla. Me resulta muy fácil imaginarla así, y una vez más soy consciente de que el interés que le despierto parece un tanto fuera de lo común.

Dejo el teléfono a un lado. No voy a responder ahora mismo. No tengo claro que me apetezca verla y, además, cuanto menos permita que el pasado interfiera en el presente, más puedo dejarlo atrás. Es una premisa a la que me ciño desde hace años. Si algo solo reside en mi cabeza, entonces prácticamente no es real.

Hace una temperatura de veinte grados cuando llegamos a Brighton y, para tratarse de una tarde entre semana, el paseo marítimo está concurrido, con pequeños grupos de lugareños y turistas atraídos por la promesa de un poco de sol antes de tiempo. Nos pasamos un siglo caminando de un lado a otro del paseo marítimo sin ningún plan en concreto, contentos de vagar sin rumbo fijo hasta que algo nos llame la atención. Como había anticipado, el aire limpio del mar me calma. Estoy hecha polvo, pero en cierto modo me siento pura, tengo las extremidades ligeramente doloridas, como si hubiera superado las últimas fases de una enfermedad.

Francis me da con el codo para que me fije en unas veinteañeras que caminan a grandes zancadas por el paseo marítimo en pantalón corto y la parte de arriba del bikini.

—Qué optimistas. Todavía no es que haga precisamente un calor sofocante, ¿no?

A medida que nos acercamos, compruebo que todas llevan purpurina en la cara, y que la más alta y ligera de ropa del grupo lleva una banda de raso envolviéndole el cuerpo.

—Una despedida de soltera —cuchicheo. Las chicas van riéndose a carcajadas, dando tragos a botellines de combinados alcohólicos y lanzando miradas desafiantes a quienquiera que se cruza en su camino—. Hay que animarse.

—La tuya no fue precisamente así, ¿a que no? —comenta Francis cuando pasan.

Trato de hacer memoria. Hace ocho años. Un evento sobrio y comedido en un céntrico bar-restaurant de Londres con una docena de amigos, seguido por unas cuantas actividades organizadas improvisadamente.

—Entonces las cosas eran diferentes —señalo, con la duda de si me refiero a que eran diferentes en lo tocante a los patrones sociales, a las expectativas, o a mí.

—Eso sí, recuerdo que estabas bastante pedo cuando regresaste —comenta Francis—. ¿No te caíste al tropezar con el perchero? —Él sigue hablando, recordando, pero yo continúo mirando a las chicas que se aproximan y apenas presto atención a su voz.

Me fijo en una de las más discretas del grupo, que camina rezagada tranquilamente. Su melena larga y oscura ondea sobre sus hombros con la ligera brisa, y lleva un pañuelo de gasa liado al cuello. Hay algo en su aspecto, algo en sus andares, que me provoca un estremecimiento. Caigo en la cuenta de repente: el sobresalto de ese nubarrón descendiendo, el peso de los recuerdos que entrañan demasiado peligro para afrontarlos caen sobre mí.

Me vuelvo hacia Francis y lo cojo de la mano.

—Vamos —digo—. Salgamos del paseo marítimo. —Y me agarro a él con fuerza para apartarnos de la despedida de soltera y dirigirnos hacia el resplandor blanco del horizonte.

No estoy dispuesta a pensar en esto. No puedo. Las palabras resuenan en mi cabeza a cada paso que doy y, en cada repetición, noto que estos pensamientos pierden fuerza. Aguanto hasta que desaparecen.

—Podríamos hacerlo de nuevo —dice Francis al rato, cuando nos encaminamos hacia las galerías comerciales. Lo miro desconcertada—. No me refiero a la despedida de soltera —aclaro—, sino, ya sabes, a renovar los votos o lo que sea. —Lo dice a la ligera, como sin pensar realmente lo que está diciendo.

No logro adivinar si bromea o no. Renovar los votos es algo que yo asocio con parejas entradas en años que buscan un aliciente para darle enfoque y sentido a sus vidas, o con aquellas que desean ponerse la venda en los ojos

para convencerse de que todavía merece la pena celebrar su amor, pese a lo desastrosas que han sido sus vidas.

—No te pongas tan seria —comenta Francis—. Lo decía en broma. Bueno... —Hace un ademán con la mano y deja que la idea se diluya a medio formarse.

—Ya —contesto, a pesar de todo. Hemos recorrido el tramo izquierdo del espigón; me apoyo en la barandilla y contemplo cómo se mece suavemente el agua, cómo el viento suaviza las volutas de espuma que se forman, con el intenso olor salado del rocío del mar impregnado en el aire. Las gaviotas se baten en picado y graznan sobre nosotros, planeando en círculos con las alas extendidas. Una se posa en la barandilla a escasos centímetros de mí, alza la cabeza con aire inquisitivo en dirección a nosotros y nos escudriña con sus cristalinos ojillos negros. Sonríe—. Lo siento —le digo—. Aquí no hay comida.

—No es la única que quiere comer —señala Francis, al tiempo que me agarra de la mano—. Vamos a seguir caminando un poco más y luego volvemos a por *fish and chips*. Podríamos comer en la playa, si te apetece.

Gastamos unas cuantas libras en las máquinas recreativas, insertando peniques en las tragaperras sin esperanzas ni expectativas de recuperar lo gastado. En un golpe de suerte, Francis gana un pequeño delfín de peluche al derribar varias latas de aluminio apiladas y me lo tiende.

—Toma —dice—. Para que luego te quejes de que nunca te regalo nada.

—Gracias, pero me parece que Eddie lo apreciará más. —Al bajar la vista hacia el pequeño delfín morado e imaginarme a Eddie extendiendo las manos entusiasmado para cogerlo, siento una punzada de tristeza. Se me hace raro no tenerlo aquí con nosotros, corriendo como una exhalación por el paseo marítimo, dando el tostón para que le compremos algodón de azúcar y helado.

—Podrías llamarlo —sugiere Francis al percatarse de mi silencio.

—Sí, creo que voy a hacerlo.

Mientras nos damos la vuelta y regresamos paseando hasta el local de *fish and chips* que hemos visto antes, marco el número de mi madre. Al descolgar, oigo un movimiento al otro lado de la línea y un «Venga, toma» amortiguado al fondo, pero Eddie no habla. Escucho el sonido de su respiración, pesada y profunda al otro lado de la línea, expectante.

—¡Hola! —exclamo con voz cantarina—. Estoy a la orilla del mar con papá. Ha ganado un muñeco para ti.

—¿Un muñeco? —Ahora su voz me llega alto y claro, intrigado—. ¿Qué muñeco?

—Un delfín —respondo, con la duda de si lo entenderá—. Es como un pez, ¿sabes...?, pero más grande. Te lo daremos cuando volvamos. ¿Lo estás pasando bien?

—... Sí —contesta con vacilación—. Hemos ido al parque. Te echo de menos.

A pesar de su tono sereno y despreocupado, noto un breve escozor de lágrimas en los ojos.

—Yo también te echo de menos, cariño. —Tengo más cosas que decirle, pero enseguida percibo la respiración de Eddie más lejana y oigo un golpe cuando suelta el teléfono. Es demasiado pequeño para mantener la concentración al teléfono durante tanto tiempo, y me da por pensar hasta qué punto nuestro vínculo depende simple y llanamente de estar ahí, en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Otro ruido, y mi madre se pone al teléfono.

—¿Lo estáis pasando bien? —pregunta.

—Sí —contesto, lentamente—. Pero cuesta estar lejos de él y... —Algo bulle en las tinieblas de mi mente, un pensamiento expresado a medias: tu imagen, más cerca de mi hijo que yo.

—Vamos —replica mi madre enérgicamente—. Eddie está fenomenal. Se supone que tenéis que relajaros. —Sé que lo dice con buena intención, pero percibo cierto retintín en su tono que me hace preguntarme si se estará hartando. Es como si ocultara una pregunta subyacente: «¿Qué más quieres?». Ni siquiera estoy segura de cuál es la respuesta.

En mi vacilación, veo a Francis salir del local de *fish and chips* con dos voluminosas bolsas de papel y una botella de vino, las cejas enarcadas con aire inquisitivo.

—Será mejor que cuelgue —digo—. Estábamos a punto de comer algo.

—¿Todo bien? —pregunta Francis cuando cuelgo. Asiento.

Nos ponemos a caminar por los guijarros hasta encontrar un sitio adecuado donde sentarnos y, al acomodarnos, noto que los músculos se me relajan de nuevo con la agradable brisa del mar. Me llevo a la boca una patata frita y siento cómo la potencia del calor y la sal impregna mi lengua. Los guijarros sobre los que estamos sentados brillan ligeramente por el rocío del agua.

—Podríamos mudarnos aquí —suelto sin venir a cuento.

Francis, despatarrado a mi lado con la cara hacia el sol, entorna los ojos.

—¿Qué? Pero... si no hace ni ocho meses que nos fuimos a vivir a Leeds. ¿Acaso no te gusta?

—No es eso. —En Leeds todavía no me encuentro en mi ambiente, aunque tampoco es que lo esperara del todo, aún no. Mientras hago un esfuerzo para expresar lo que quiero decir, caigo en la cuenta de que es una tontería. Deseo experimentar la sensación de evadirme de mi rutina constantemente. Me apetece irme de vacaciones cada día de la semana. Dejo a un lado el papel de periódico arrugado de mis *fish and chips* sin terminar y contemplo el mar con la mirada perdida.

—Olvídalo —digo—. Ha sido hablar por hablar.

Francis asiente, conforme, y apura el vino de su vaso de plástico. Echo un vistazo a la botella, casi vacía, a su lado.

—¿No sería mejor que pararas? —pregunto—. Recuerda que tienes que conducir.

Francis me mira, y tengo un leve e incómodo presentimiento de lo que está a punto de decir.

—Probablemente me he excedido un pelín —señala—. Me he tomado un par de vasos. Igual deberías conducir tú a la vuelta.

Niego con la cabeza. Una ráfaga de viento sopla sobre nuestro rincón de pícnic y se me eriza el vello de los brazos.

—No —contesto—. Recuerda que yo también he bebido.

—Te has tomado medio vaso como mucho —insiste—. Vamos, Caro. Es lo más lógico.

Súbitamente angustiada, caigo en la cuenta de que lo dice en serio.

—No —repito. Me está empezando a palpar la cabeza, el paisaje a mi alrededor está adquiriendo una borrosa y trémula tonalidad azulada. Casi ni recuerdo la sensación de mis manos al volante, el ruido del motor al arrancar. Ahora me vienen imágenes fugaces: atisbos de aciagos destellos que se entrevén en las tinieblas. La larga y estrecha carretera por la que conduje por última vez. El resplandor de los faros iluminando el asfalto; tú, sentado a mi lado, tu mano posada sobre el borde de mi falda, arrugada sobre mis muslos; los maravillosos minutos previos a lo que se avecinaba.

El cielo se nubla; me tumbo y cierro los ojos. Estoy temblando y mareada de repente.

Intuyo que Francis me observa y, poco después, reanuda la conversación.

—Ya sabes —dice— que en realidad no hay motivos para no hacerlo.

Es injusto, pero siento que mi rabia aflora a la superficie. Qué sabrá él. No lo entiende. Me recuerdo a mí misma que no puedo pretender que lo haga. Es como tratar de derribar a un coloso, aplacar la ira, meterla en su caja y ponerla a buen recaudo, fuera del alcance.

Tras otra pausa de un minuto, suspira. Oigo el sonido de sus movimientos cuando se recuesta.

—Vale —zanja—. Entonces, nos quedaremos un par de horas más. Esperaremos a que se pase el efecto.

Asiento con la cabeza en silencio. No abro los ojos.

En casa

Francis, mayo de 2013

El servicio de trenes se ha jodido de nuevo. En cuanto llego a la estación, veo bandas azul claro en el panel de salidas: retrasado, cancelado, sin información. En el andén, decenas de personas pululan con impaciencia, mascullando entre dientes como posesas, tecleando en los teléfonos y dando tragos a cafés.

De tanto en tanto suena un monótono anuncio entre el murmullo. «Los trenes con destino a la estación de Londres-Waterloo van a sufrir retrasos y cancelaciones de última hora debido a un fatal incidente en la línea. Rogamos disculpen cualquier inconveniente ocasionado en su viaje». Algún listo se ha tirado a las vías. De todas las maneras de morir, es una de las más difíciles de imaginar. Es peliculera, casi cómica: un choque a gran velocidad y un surrealista charco rojo. Una vez leí que a veces encuentran extremidades a kilómetros del lugar de la colisión. Qué desagradable. A pesar de todo, la idea tiene su gracia; es lo máximo que puedes aproximarte a la máquina para hacerle un corte de mangas. Causar molestias a unos cientos de peces gordos de camino al trabajo no es un mal derivado de la autodestrucción y, en general, estaría totalmente a favor de ello, solo que, como es natural, esta vez también soy uno de los afectados.

El anuncio se emite en bucle. «Disculpen las molestias». El «disculpen» se subraya en tono hostil. Hemos pedido perdón, así que, que os jodan. Espero diez minutos más y después vuelvo caminando a casa y cojo el coche. Normalmente evito ir en coche porque es casi imposible aparcar cerca de la clínica y en las calles suele haber atascos a esta hora del día, pero por lo visto no queda otra alternativa. Curiosamente, me encuentro de bastante buen humor. Subo el volumen de la radio y me concentro en la carretera. Me tiemblan las manos y noto un palpito familiar en la cabeza, pero son males

menores. Nada de pastillas esta mañana. Igual ninguna hasta la noche. Voy cantando a grito pelado y en mi cabeza hay ruido blanco.

Aunque el trayecto dura menos que de costumbre, empleo más de diez minutos dando vueltas a paso de tortuga por los alrededores de la clínica buscando un hueco. No hay nada que hacer y, al final, me doy por vencido y aparco en línea amarilla. Últimamente, este tipo de normativa parece incluso más mezquina que antes, y el hecho de que haya personas que se ganan la vida acechando en las calzadas en busca de un lugar donde plantar sus tiquecitos parece tan irrelevante y fútil que no vale la pena calentarse la cabeza. Además, como me retrase demasiado no voy a tener más remedio que entrar derecho en la sesión sin tomar un mísero café, cosa que me supera.

Al meterme en la calle, un todoterreno dobla la esquina a toda mecha y el capullo que va al volante pega un frenazo y toca el claxon como si tuviera preferencia. Le hago una peineta y lo fulmino con la mirada durante unos instantes a través del parabrisas antes de reanudar mi camino. La vida está repleta de estas pequeñas y agradables interacciones. Te alegran el día, ¿a que sí? Dicho esto, es lo más próximo que experimento al contacto humano en estos momentos, descontando las horas en mi sala de consultas y los escasos encuentros puntuales con la mujer con la que en teoría sigo casado, con la salvedad de que prácticamente no me dirige la palabra desde hace semanas y no recuerdo la última vez que nos acostamos juntos. De hecho, no me acuerdo de la última vez que dormimos en la misma cama. Hoy por hoy, las noches son una especie de constructo artificial para mí. Cuando pasas la mitad de las horas del día dormido y la mitad de las de la noche despierto, el límite entre los días se confunde y con cada rotación cuesta más distinguir cuándo termina uno y empieza el siguiente.

Para cuando estoy en la recepción sirviéndome un café y ojeando mis notas, mi supuesto buen humor ya pende de un hilo, que se quiebra de golpe al consultar a quién voy a atender. Yo no era muy dado a improvisar, pero cada vez me cuesta más planificar de antemano y, hasta ahora, parece ser que he salido bien parado. En este caso, no obstante, hombre prevenido habría valido por dos. Es una sesión de pareja: Mark y Kirsten, una pareja de cuarentones que lleva casi tres años asistiendo a terapia en intervalos irregulares. Él es aficionado a la bebida, y a ella no le gusta. Él no deja de repetir que lo dejará y ella le cree y luego se enerva cuando, mira por dónde, él decide que tampoco pasa nada por mantener el *statu quo*.

A veces, mi trabajo se presta de un modo demasiado obvio a la autorreflexión. Lo mismo podría haber un rótulo de neón colgado sobre las

sillas de los clientes que anunciase con llamativas letras en mayúscula: «¿TE SUENA DE ALGO?». Nadie entiende —Caroline, menos aún— que el problema no radica en el conocimiento. Todos tenemos nuestros angustiosos momentos de lucidez, nuestras horas de revelaciones desoladoras a la luz cenicienta del amanecer. Pero, en el fondo, la vida sigue su implacable curso y, tarde o temprano, la máquina asume el control y nos arrastra a su paso, y bajarse de ese carro parece una quimera en vista del inexorable avance de los hábitos y obsesiones adquiridos a lo largo de los años.

Mark y Kirsten, inquietos en la sala de espera, carraspean discretamente y se remueven para que tenga presente que llevo diez minutos de retraso.

Los conduzco a la sala.

—Poneos cómodos.

Ambos tienen una pinta lamentable, como si llevaran semanas sin pegar ojo y hubieran pasado los días gritándose el uno al otro con alguna que otra pausa para fumar cigarrillos y tomar drogas duras. Dicho esto, me miran como si estuvieran pensando lo mismo. No me he mirado al espejo antes de salir de casa esta mañana. Hace tiempo que no lo hago. Me viene bien desconectar.

—Bueno —digo al sentarnos—, ponedme al día sobre las últimas semanas. ¿Cómo han ido las cosas?

Mark se encoge de hombros sin más y baja la vista al suelo. Recuerdo que antes a menudo había momentos de complicidad embarazosos, pero auténticos, entre él y yo: me resultaba relativamente fácil romper su coraza y acceder a lo que había dentro. Intuyo que eso es agua pasada. Se ha atrincherado, y la tierra de nadie que rodea su fortaleza se extiende a tanta distancia que los demás somos meras sombras en la bruma.

Kirsten habla, un incesante aluvión de palabras.

—No ha cambiado nada. No dejo de oír las mismas promesas, y las cosas mejoran brevemente, y luego vuelta a las andadas. Es como si le resbalara. Le entra por un oído y le sale por el otro. —Se ha comido las uñas, que aparecen veteadas de esmalte rosa eléctrico. No se ha lavado el pelo desde hace días y las raíces tienen una ligera capa brillante de grasa. Que yo recuerde, solía ir bastante presentable. Me pregunto si será una táctica, una estratagema para demostrar a Mark hasta qué punto se le está agotando la paciencia. De ser así, sé por experiencia que no surtirá efecto.

Le sugiero a Mark que opine sobre lo que ella ha comentado, pero vuelve a encogerse de hombros y farfulla algo así como que hace todo lo que puede. Mantenemos este tira y afloja durante otros veinte o treinta minutos: un

rocambolésco contrapunto entre intentar sacar palabras con sacacorchos y batallar para contener un tsunami. Kirsten está harta. Han tocado fondo. Tendría más peso si no fuera la enésima vez que ella dice algo parecido, y está claro que ya no surte el menor efecto en él, si es que alguna vez lo hizo. No creo que esté borracho ahora mismo. Solo en la inopia. Que prácticamente viene a ser lo mismo.

—¿Sabes una cosa? —dice Kirsten al final, cuando se le ha agotado la letanía de los errores de Mark—. El otro día estaba viendo la tele y pusieron el antiguo vídeo ese de la princesa Diana donde habla de su matrimonio. Ya sabes, cuando dice que eran tres en su matrimonio, una multitud. —Se echa a llorar, aunque todos hacemos como si nada y ella no coge un pañuelo ni hace el menor amago de secarse las lágrimas—. Y pensé, maldita sea, más vale eso que lo que yo tengo ahora. En este matrimonio solo hay una persona. Es lo contrario a una multitud. Está... vacío.

En las últimas palabras, casi ahogadas por el ritmo errático de sus lágrimas, se le quiebra la voz. Mark la mira, y creo ver un fugaz brillo en sus ojos, el primer atisbo de una especie de entendimiento o compasión. Me consta que debería aprovechar la coyuntura para tirarle de la lengua. Sin embargo, algo me toca la fibra y de repente floto a la deriva y olvido quién soy y por qué estoy aquí..., y mi único pensamiento es que nos sacan ventaja porque no estoy seguro de que quede absolutamente nadie en mi matrimonio.

Avanzamos a trancas y barrancas durante los siguientes diez minutos, pero la desesperanza comienza a apoderarse de mi mente, anulando todo lo demás. Observo cómo articulan con los labios y reacciono con el piloto automático, sin apenas estar seguro de lo que estoy diciendo. Se ha levantado una mampara de cristal entre nosotros. Gruesa, impenetrable. Las paredes amarillo pálido de la sala de consultas chisporrotean y brillan como la electricidad estática en una pantalla.

Los acompaño a la puerta y, al marcharse, me dirijo hacia la mesa de despacho y saco el sobre del fondo del cajón. Aunque no era mi intención tomar ninguna hasta la noche, es imposible contener esta marea y lo único que deseo es poner fin a este creciente entumecimiento y evadirme de la realidad. Me echo unas cuantas pastillas en la mano y me las trago. Tenía por costumbre llevar la cuenta de mi consumo diario, ponerme un tope de ciertos miligramos y no rebasarlo, pero últimamente no tengo ni idea de cuáles son los límites, y hace tiempo que dejé de llevar la cuenta. Además, como ya he comentado, los días ya no tienen mucho significado. Algunos son más largos

que otros, y algo me dice que este va a batir el puto récord. Más me vale estar preparado.

No estoy seguro de cuánto tiempo me quedo en la clínica hasta que me acuerdo de que aparqué el coche en línea amarilla. Al hacerlo, me incorporo con dificultad del sillón, salgo de la sala dando tumbos y bajo las escaleras para salir a la calle. Aire fresco. Mi mente reacciona y, de repente, me pregunto si me encuentro en condiciones de conducir en este momento. No obstante, igual que esta mañana, por lo visto no me queda otra. Cómo voy a dejar el coche ahí eternamente. De camino a él, me pongo a pensar en el hecho de que las elecciones parecen cosas que me imponen las circunstancias en vez de cosas que tomo por iniciativa propia, y siento que estoy a un paso de tener una idea que se me antoja significativa y profunda, pero se me escapa. A menudo tengo esta corazonada de estar a punto de dilucidar algo importante que jamás se concreta.

No hay multa en el parabrisas; aunque es una victoria insignificante, hago un corte de mangas a quienquiera que pudiera haberme pillado. Subo al coche tan campante, arranco y maniobro con cuidado para salir a la calle principal. Al cabo de dos o tres minutos escasos, comprendo que he cometido un error. La calzada se vuelve borrosa delante de mis ojos y noto mis manos al volante como si estuvieran untadas de aceite. Las señales de tráfico y las farolas se ciernen sobre mí a la velocidad de la luz, y acto seguido giran bruscamente y desaparecen. Es un juego de ordenador, una pesadilla virtual.

Aminoró la marcha. La aguja del indicador de velocidad señala que voy a paso de tortuga, pero, en vista del tremendo zumbido que tengo en la cabeza y en los oídos, no puedo estar seguro. Clavo la mirada en la calzada. Conozco el camino tan puñeteramente bien que podría conducir con los ojos cerrados. Igual sería más fácil. Los coches hacen cambios de luces y pitan al adelantarme. Calculo que solo quedarán diez minutos para llegar a casa; puede que quince. No mucho, pero el corazón me late con fuerza y, de repente, me he metido en la boca del lobo y estoy mucho más asustado de lo que en principio debería estar alguien que no tiene gran cosa que perder. Estoy reprimiendo el pánico. Con las manos aferradas firmemente al volante. Y en ese momento, de buenas a primeras, me topo con un coche metiéndose por la derecha en la rotonda, y me percato demasiado tarde de que debería haberle cedido el paso, y doy un volantazo a ciegas hacia la izquierda y sigo hacia delante como un bólido sin la menor idea de lo que estoy haciendo ni si

es seguro; el bocinazo me deja sordo y un dolor atenaza mis hombros y, no sé cómo, sigo vivo de milagro.

Paro en la siguiente área de descanso y salgo del coche. Tengo lágrimas en la cara. Sopla un aire agradable y puro. Cierro el coche y realizo el resto del camino a pie. Es asombroso lo espabilado que estoy. Es como si el efecto de las pastillas se hubiera consumido en mi organismo en el instante en que he dado el volantazo. Las palabras caen como gotas de lluvia en mi cabeza y me digo para mis adentros: «Ya basta». No puedo seguir así. Dándome miedo a mí mismo. Ha llegado la hora de desengancharse. Con la cantidad de veces que he dicho estas cosas, y al menor contratiempo que surge, caen como fichas de dominó. Esta vez no. Esta vez no.

Entro dando traspiés en casa y me dirijo a la sala de estar. Caroline está en el sofá, las rodillas dobladas contra el pecho, absorta en la pantalla iluminada de su móvil. Se me había olvidado que libraba hoy. Está escribiendo un mensaje, y al principio no me ve. Al hacerlo, se queda lívida, se guarda el móvil en el bolsillo y me fulmina con la mirada, como sin estar segura de quién soy. Le estaba escribiendo mensajes. Al tal Carl, el de la oficina. No soy tonto; lo intuía desde hace tiempo, pero últimamente he ido perdiendo interés y casi todo me importa un bledo, y lo máximo que he pensado en ello ha sido para decidir que difícilmente puede resultar una jodida sorpresa. Es más fácil darla por perdida como una zorra traidora que reflexionar sobre ello como es debido, pero ahora mismo mi único deseo es que me arrope entre sus brazos, sentir su cálida mejilla contra la mía e instarla a decirme que todo va a ir bien.

—Caro —digo, y en cuanto abro la boca me doy cuenta de que no estoy sobrio ni mucho menos. La mente ha vuelto a jugarme una mala pasada y ahora no me salen las palabras.

Me mira con patente aversión.

—Ni siquiera has ido a trabajar, ¿verdad? —pregunta.

—No —respondo. Me refiero a que se equivoca, pero no me he expresado bien. La habitación se hunde y da vueltas a nuestro alrededor. Intento recordar cuántas pastillas me he tomado en la clínica y por qué tengo una sensación tan distinta y extraña.

—Cabrón —susurra, ya con la voz colmada de lágrimas, porque últimamente, al margen de dónde nos encontremos y lo que estemos haciendo, las lágrimas afloran a la superficie en cuestión de segundos. A ella también se le han agotado las palabras, pero eso no la detiene. Simplemente las repite hasta la saciedad, y a mí me dan ganas de decirle que lo entiendo y

que por fin estamos de acuerdo, pero no logro dilucidar cómo expresarlo. Los pensamientos se me escapan y estallan en el aire como burbujas.

—Deberíamos hablar —le digo, pero por alguna razón la enerva y me lanza un directo con el puño medio cerrado, vocifera algo que no pillo y sale de la habitación como una furia dando un portazo sin darme ocasión a asimilar lo que está pasando. La oigo en la entrada, revolviendo entre los zapatos, sollozando y dando puñetazos contra la pared, desgañitándose. Parece un despropósito, pero la envidia. Ella puede descargar su ira. A ella se le da tan jodidamente bien enfadarse que no tengo más remedio que quedarme aquí plantado preguntándome cómo demonios todo se ha ido al traste tan rápidamente.

La puerta se cierra de un portazo y me quedo solo en casa. Me tiemblan las manos, y no se debe únicamente a las pastillas. Estoy reproduciendo ese instante de la carretera en mi cabeza, la manera en la que el coche salió despedido sin control. Todavía me resulta increíble estar vivo. Y ahora pienso que ojalá hubiera soltado el volante y cerrado los ojos y no entiendo por qué no lo hice. Camino sin propósito hacia el interior de la sala, reparo en que Caroline se ha dejado el bolso tirado al lado del sofá y, en un acto reflejo, abro su cartera. Estoy sin blanca este mes. Me va a hacer falta. Saco los dos billetes de diez libras que encuentro. Me los guardo en el bolsillo. Y, joder, sí, me siento como un cabrón. Pero eso no cambia nada; como mucho dispara aún más las señales de advertencia y las hace más enormes y llamativas... y en ocasiones como esta es como si estuvieran escritas con sangre, grabadas a fuego en mi propia piel.

He tomado por costumbre sentarme en la repisa de la ventana de la sala de estar de Caroline. Es un sitio con vistas privilegiadas a la calle principal desde la tercera planta y, aunque el panorama es bastante industrial y lúgubre, contemplar el ritmo cíclico de los coches y transeúntes curiosamente me relaja en cierta medida. Es media tarde, y he perdido la noción del tiempo. He estado dándole vueltas a cómo responder a su último correo, sin llegar a ninguna conclusión. Yo pensaba que me regodearía en verla sufrir, pero la realidad no es lo que esperaba. Es como atrapar una mariposa bajo un cristal y descubrir una vez vista de cerca que, al fin y al cabo, quizá no era tan bonita como te parecía y que, ahora que la tienes donde quieres, prácticamente ha perdido interés.

Me quedo mirando fijamente la calle, apenas sin ver, cuando reparo vagamente en algo extraño: un punto de quietud entre el bullicioso desfile de abajo. La escena adquiere nitidez y distingo a una mujer y a un niño de corta edad junto al edificio. El niño, articulando palabras que no logro leer en sus labios, señala hacia la ventana desde la que le observo. Va vestido con una chaqueta azul y pantalón gris de uniforme escolar, y en su cabello rubio hay trazada una perfecta raya en medio. Hay algo en el contorno de su cara, con forma de corazón, que me llama la atención, y enfilo el pasillo para examinar detenidamente las fotografías, pego la cara al cristal y trato de asociar lo que tengo delante con la imagen mental de lo que acabo de ver. Es él. Eddie.

El impulso es fuerte y primario, me quedo en blanco. Me calzo con dificultad, cojo la llave y bajo corriendo los tres tramos de escaleras en dirección al portal. Para cuando llego, ya se han dado la vuelta y van caminando despacio calle abajo. La mujer —la madre de Caroline, seguramente— lleva al niño firmemente agarrado de la mano, y la estampa me provoca una sacudida tan compleja e indefinible que noto un tremendo escozor de lágrimas en los ojos.

Los sigo calle abajo hasta la parada del autobús, manteniendo la distancia para evitar que me vean. Esperan durante unos minutos. Eddie, sentado en el banco de plástico rojo, está dando pataditas contra la mampara de cristal y cantando a viva voz una especie de canción incoherente fruto de

su propia invención. Al llegar el autobús, la mujer vuelve a agarrarlo de la mano. Suben y se acomodan en sus asientos y, conforme comienza a avanzar el autobús, juraría que Eddie se fija en mí, su mirada atenta y limpia. Y, aunque sé que para él no significa nada, me da la impresión de que algo ha dado un giro definitivo. Me he colocado en su órbita. Me ha visto. Mi imagen ha quedado grabada para siempre en los confines y recovecos de su memoria, y nadie será capaz de borrarla jamás.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Estoy escuchando a Eddie al otro lado de la línea telefónica, tratando de encontrarle sentido al gracioso y entrecortado relato de lo que ha hecho hoy. Lo imagino sentado en la escalera, con una pierna colgando entre las barras de la barandilla, sosteniendo torpemente el teléfono en el hueco de su cuello, amortiguando sus palabras.

—Te echo de menos —digo. Su voz suena lejana y al mismo tiempo cercana y de pronto percibo en mis fosas nasales la fragancia del champú de menta con el que le lavo el pelo y añoro su presencia.

—Te echo de menos —repite como un loro, con esa cadencia clara y espontánea. Me pego el teléfono al oído, escucho el sonido de su respiración, tratando de averiguar qué estará pensando—. ¿Tú y papá vais a volver pronto? —pregunta.

—Dentro de tres días —contesto—. Queda poquísimo. —Se supone que las vacaciones no son así. Con la cuenta atrás: tachando los días hasta que puedes volver a casa.

—La abuelita tiene galletas —dice Eddie, distraído—. Son de chocolate. ¿Puedo tomarme una? ¿Quieres una, mamá?

—Bueno, me apetece una —respondo—, pero no me la puedo tomar, porque... —Mientras hablo, reparo en que Eddie ha soltado el teléfono y ha ido disparado en busca de las galletas. Percibo el eco de sus pasos por el pasillo, hasta que se apagan. Lo oigo reír, protestar en respuesta a la blanda regañina de mi madre. Aguzo el oído para escuchar su conversación durante unos instantes más, y después me doy por vencida y cuelgo. Al cabo de un minuto o así, recibo un mensaje. «¡Lo siento! La tentación de las galletas integrales de chocolate es demasiado fuerte. Danos un toque más tarde, o mañana, si quieres. Todo bien. Mamá. Bs».

Los visualizo acurrucados delante del televisor o ante un juego de mesa, imagino lo que experimentaría si pudiera trasladarme de esta habitación a la suya: fundirme en la cálida luz anaranjada de esa sala de estar con mi madre y mi niño, en los fuertes y sencillos lazos que nos unen. Cierro los ojos y prácticamente estoy allí. Y seguidamente me da por imaginar lo que experimentaría al entrar en mi propia casa..., al meter la llave en la cerradura, avanzar por el pasillo y verte junto a la ventana, dándote la vuelta para darme la bienvenida con los brazos extendidos, y yo yendo a tu encuentro para que me beses. El roce de tu barba de dos días contra mi cara, y tus fuertes manos alrededor de mi cintura, tirando de mí suavemente para fundirme en tu cuerpo como una llave haciendo clic al encajar en una cerradura.

La imagen aparece en un fogonazo instantáneo y se funde en negro. En ocasiones, a lo largo de los años, me han venido a la cabeza estas cosas sobre ti; quisiera o no, ha sido inevitable. No obstante, jamás he sentido esta compleja mezcla de emociones; un batiburrillo de deseo y miedo. Hay una parte de mí que todavía se emociona ante la idea de que hayas vuelto a entrar en mi vida, incluso de semejante manera. Pero otra parte —cada vez más— me dice que nada de esto es normal, y que hay algo insidioso, hasta peligroso, en lo que está sucediendo aquí, algo que todavía no logro explicarme del todo.

Echo un vistazo a mi teléfono de nuevo. Todavía no has respondido a mi último correo. Anoche, cuando llegamos de Brighton, bebí demasiado, en previsión de una noche agitada, y a las tres de la madrugada estaba deambulando por esta cocina, sentada a la mesa a oscuras poniéndote por escrito pensamientos que no llegué a enviar.

Al pararme a pensar en ello, me asalta una terrible duda y, rápidamente, reviso mis correos electrónicos y suspiro aliviada al ver que el mensaje continúa en el borrador. No reconozco mis propias palabras. «¿Por qué no has contestado? ¿A qué viene esto? ¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando que escribieras?? No tienes ni idea de lo mucho que te eché de menos en aquel entonces, lo mucho que te necesitaba... Pensé que no lo contaría. Y ahora has vuelto, pero no imaginé que sería de esta manera y no sé por».

El mensaje termina ahí, un hilo sin carrete cortado de tajo. Horrorizada, me quedo mirándolo y hago una mueca. Debía de estar más borracha de lo que pensaba.

No puedo evitar recordar lo que Francis me dijo el año pasado, al principio, cuando empezó a tomar conciencia y a entender que solo es posible abordar la recuperación día a día. Por aquel entonces, me pareció deprimente. «Pero eso significa que nunca estaré tranquila —recuerdo haber dicho—. Si

para ti cada día es una página en blanco, entonces no hay mejora». Pero ahora me da la impresión de que mi propia adicción se ha disparado y descontrolado en solo cuarenta y ocho horas, arrastrándome con ella. Y que el paso de casi dos años ha sido prácticamente en balde.

Primer día, pienso. Vuelta a empezar.

—¿Estás bien? —Sobresaltada por la voz de Francis, me giro en redondo. Está plantado en el umbral, escudriñándome con recelo. El ambiente ha estado tenso desde el trayecto de vuelta de Brighton, que hicimos casi en silencio, él al volante, conduciendo con calma y adecuadamente a medida que oscurecía, yo contemplando por la ventanilla el paisaje que pasaba velozmente, sin apenas saber dónde nos encontrábamos, y demasiado asustada para cerrar los ojos por lo que pudiera ver.

Haciendo un esfuerzo, salgo de mi ensimismamiento.

—Sí, estoy bien.

—¿Has pensado qué hacer hoy? —pregunta. Su tono posee un matiz desafiante prácticamente inapreciable. En lo que va de semana, ha llevado el timón en más de un sentido. Ha orquestado todos nuestros movimientos. Ha llevado la voz cantante y ahora se pregunta si yo tengo algún repertorio, y si me importa salir a escena.

Me planteo la posibilidad de proponer una de las ideas que he estado sopesando: una visita al acuario, una exposición del Museo Británico que me parecía que podría agradaarle, ir al cine. Parecer ser que no me decido.

—Bueno, estaba pensando en ir a una reunión esta mañana —dice tras una pausa—. Hay una en el barrio a las diez.

—¿Aquí? —pregunto como una boba.

—Sí —contesta en tono amable—. Lo creas o no, en Chiswick también hay adictos.

—Ya. Sí, claro. —Francis ha estado asistiendo a reuniones de Narcóticos Anónimos en intervalos irregulares a lo largo de los dos últimos años, y no debería sorprenderme que desee ir a una. Tras reflexionar sobre ello, una vez superado mi malestar por el hecho de que lo necesite incluso cuando en teoría estamos de vacaciones, me reconforta.

—Podríamos hacer algo por la tarde —propone—. Si quieres.

—Sí —respondo en el acto—. Me apetece.

—Te apetece —dice, traspasándome con sus ojos verdes con repentina frialdad. Su tono no deja entrever el menor matiz interrogante. Es más seco que eso, posee un leve matiz de escepticismo y recelo.

—Sí —repito, suavizando mi tono. Sé que está buscando alguna pista para cerciorarse de que lo digo de verdad, pero por lo visto le cuesta encontrarla, porque al cabo de unos instantes se encoge de hombros y se da media vuelta sin más.

Cuando se marcha, me preparo un café e intento relajarme enfrente del televisor. No logro concentrarme en las telenovelas y programas de entrevistas matinales, que no suelo ver, y, al cabo de un rato, lo apago, pero al hacerlo me imponen el silencio y los tenues sonidos que lo rompen: el crujido ocasional de los suelos de madera o el traqueteo de las tuberías. Es como si la casa respirara, como si realizara mínimos movimientos a mi alrededor. Noto una oscilación con el rabillo del ojo y me quedo petrificada hasta que me doy cuenta de que se trata de mi reflejo en el espejo del otro lado de la habitación. Me fijo en mi aspecto, acurrucada en el sillón, la cara transida de preocupación. Me levanto de un brinco y voy a la cocina, pero da lo mismo. Hay demasiada quietud: los tiradores de los cajones, tallados como garras, el hueco del fregadero, boquiabierto esbozando una sonrisa perenne y sin vida.

El sonido del timbre rompe el silencio en mil pedazos, taladra el aire. Doy un respingo y me incorporo, pero es de agradecer. Precisamente ahora no me apetece estar sola aquí.

Al abrir la puerta me topo con Amber. Lleva puesto un vestido de algodón rojo con vuelo, otro atuendo aparentemente sencillo que en ella resulta mucho más favorecedor de lo que en realidad es. Tiene el pelo recogido detrás de las orejas, dejando a la vista unos pequeños diamantes.

—Me pareció que era más fácil pasarme sin más —comenta, y caigo en la cuenta de que ayer no llegué a responder a su mensaje, en el que me proponía tomar un café.

—Perdona —digo, aunque no sé por qué me disculpo; me parece a mí que acudir personalmente para exigir una respuesta tardía es pasarse de la raya—. He estado un pelín liada —añado con poca convicción.

—No pasa nada —contesta Amber amablemente—. Entonces, ¿te apetece ese café ahora?

Pensando en la taza que hay en la sala de estar, hago un leve asentimiento de cabeza.

—Quizá un té... —Como siempre, algo en su actitud me dice que no admite un no por respuesta, pero, al ponerme los zapatos, reconozco en mi fuero interno que ahora mismo seguiría prácticamente a quien fuera con tal de

salir de esta casa. Además, hace mucho tiempo que nadie busca mi compañía con tanto ahínco, y en el fondo no puedo evitar reaccionar ante ello.

Al levantarme aspiró su perfume y, con un leve sobresalto, caigo en la cuenta de que es el que yo usaba hace unos cuantos años, o uno muy similar. Me encantaba la intensa fragancia a rosas y especias, y olerlo ahora me hace pensar en bares oscuros y en aquel desenfreno que hace tiempo dejé atrás. Lo tiré a mi regreso del Silver Birches, junto a muchas más cosas, pero al inhalar esa fragancia ahora vuelvo a sentir la misma impresión, esos esquivos detalles en esta mujer que tanto me recuerdan a mí misma y que resultan difíciles de ignorar.

Al seguirla, me fijo de nuevo en que su jardín delantero rompe el molde en la calle. Ha plantado un gran rosal silvestre en el borde del césped, y las irregulares salpicaduras de color de las rosas naranja oscuro ofrecen un marcado contraste con las primorosas hileras de pensamientos y peonías plantadas con mimo en los arriates cercanos. Las paredes encaladas de la casa presentan zonas con restregones inidentificables, como restos de hollín. Por sí sola, pasaría desapercibida; en este marco, parece casi un desafío.

Entramos en la casa y ella va tranquilamente a la cocina, donde ya están colocadas las tazas, esperando.

—Coge una galleta si quieres —dice a la ligera mientras prepara el té—. Me las he comido casi todas, pero creo que quedan unas cuantas.

Echo un vistazo al paquete de galletas integrales que yace sobre el brazo de la silla de la cocina y me la imagino sentada hecha un ovillo, comiéndoselo plácidamente. La imagen destila algo increíblemente decadente, y sin embargo es justo la manera en la que yo habría pasado una mañana ociosa, antes de tener a Eddie.

—Es igual —contesto, y acto seguido cojo una de todas formas, en un acto reflejo.

—Bueno —dice, al tiempo que deja mi taza sobre la mesa con un pequeño golpe y se sienta en la silla frente a mí—, ¿estás bien? El otro día no parecías..., en fin, estar muy allá. No como se supone que está alguien de vacaciones con su marido.

Me observa fijamente, sin parpadear. A su manera, en mi opinión, es tan cotilla como los vecinos de esta calle a los que critica con tanto desdén, con la diferencia de que las cortinas a través de las que está husmeando son los bordes de mis propios sentimientos, de cuyas esquinas tira con la esperanza de sacar algo en claro.

—Han sido unos días difíciles —respondo por fin—. Unos años difíciles.

—Para mí también —replica de inmediato, y me planteo si estoy equivocada y si su verdadera intención es dar rienda suelta en vez de empaparse, pero no da más explicaciones; se limita a arquear las cejas ligeramente, a la espera de que yo continúe.

Me quedo muda ante el surrealismo de la situación y lo poco que conozco a esta mujer que me está pidiendo que me exponga a juicio. No estoy segura de si confío en ella, pero al mismo tiempo me seduce la idea de estar con alguien con un comportamiento tan poco convencional. Me da alas para hacer lo mismo, y estoy harta de guardarme estos pensamientos para mis adentros.

—Yo quiero a Francis —le digo—, pero nuestro matrimonio es... complicado —titubeo.

—Todos los matrimonios lo son —comenta ella en tono amable—, ¿o no?

—Algunos más que otros. —Resulta que tengo ganas de explicarlo—. Está recuperándose de una adicción y ni él mismo sabe realmente cómo van a ir las cosas de un día para otro. Unas veces, como esta semana, adopta una actitud de lo más optimista y positiva, proactiva, con buena disposición. Otras, se muestra muy distante. Como medio ausente. En ocasiones así, resulta fácil sentir que no hay gran cosa que nos una. —Ahora que me he lanzado, encuentro una especie de placer liberador al expresar estas cosas en voz alta. No las confieso con semejante franqueza a nadie, ni siquiera a mis amigas íntimas.

—No me extraña —dice Amber con tacto—. Es duro lidiar con esa situación.

—Bueno, no es solo culpa suya. —Vuelvo a hacer una pausa, pero ya sé que voy a continuar—. Hace un par de años, tuve una aventura. —La miro fugazmente, pero su cara no delata sentimiento alguno—. Duró unos seis meses —señalo— y, a pesar de que no abandoné a mi marido por él, lo amaba de verdad. Llevo muchísimo tiempo sin hablar con él. Acordamos no retomar el contacto jamás. El desenlace fue... horrible. No exactamente entre nosotros, sino...

Tomo aliento. Hasta este momento, las palabras me han salido a borbotones como sangre de una vena. Ahora, tengo un nudo en la garganta y me tiemblan las manos como si fuera el efecto retardado de una conmoción. Decir estas cosas en voz alta las ha hecho reales, pero no les ha restado fuerza. Si acaso, se me antojan más peligrosas, y el peso de todo lo que me he callado se cierne en las tinieblas detrás de ellas, empujando la puerta a la espera de ser liberado.

Amber asiente con la cabeza y remueve el té en su taza como si estuviera leyendo la respuesta a mis problemas en las hojas.

—Pero se ha puesto en contacto contigo —comenta—. Eso dijiste el otro día.

—Sí, eso parece. —Súbitamente perdida, me quedo mirando la cocina. Es agotador reprimir estos pensamientos; me deja exhausta y anulada. Me da por mirar la vajilla, apilada en el aparador: porcelana azul oscuro, con el ribete blanco.

—No me extraña que te descoloque —la oigo decir. Haciendo un esfuerzo, salgo de mi ensimismamiento—. Me figuro que es muy tentador retomar el contacto con alguien que te ayudó a superar un bache. Pero, si no te importa que te lo diga, Caroline, parece que te está haciendo un flaco favor. Da la impresión de que ya tienes bastantes quebraderos de cabeza sin él.

Asiento en silencio. Pienso en aquellas primeras semanas, en las que no tenerte al otro lado del teléfono me parecía un suplicio. Te necesitaba para hablar de ello, para asimilar lo sucedido, para encontrarle sentido al sinsentido. Ahora no es lo mismo. Pero dicen que, a menudo, las personas que han sufrido una amputación sienten la presencia del miembro, algo fantasmal y al mismo tiempo extrañamente real. Todavía hay ocasiones en las que noto tu presencia invisible revoloteando a mi lado y, ahora mismo, esa presencia es más patente que nunca.

—Entiendo lo que estás diciendo de tu matrimonio —señala Amber—. Sobre todo lo que has mencionado respecto a la sensación de que él no está ahí del todo... Yo siento lo mismo con mi novio, a todas horas.

Levanto la vista bruscamente.

—¿De veras?

Ella vacila, como si estuviera analizando sus propias palabras para matizarlas.

—Sí. En mi caso, por supuesto, gran parte del tiempo él está de hecho ausente. Trabaja mucho en una oficina satélite, y normalmente pasa una semana entera o así fuera.

—No debe de ser fácil. —Algo encaja en su sitio. Su comentario explica su actitud desorientada, el vago halo de expectación y aislamiento que percibí que destilaba desde la primera vez que la vi—. Acabas sintiendo que te limitas a matar el tiempo sin más cuando no estás con él —añado, e inevitablemente, pienso en ti otra vez. En cómo me aferraba a ti cuando nos despedíamos para tratar de grabarte en mi cuerpo, y en cómo la sensación se desvanecía al cabo de unos minutos, imposible de retener.

—Exacto —señala Amber—. Así que, cuando está aquí...

—¿Te agobias? —la interrumpo.

Ella hace un leve gesto de asentimiento y le da otro sorbo al té.

—Iba a decir que todo adquiere relevancia. Todo se... magnifica. Me da por intentar averiguar qué está pensando y sintiendo exactamente a todas horas, y con eso lo único que consigo es que se... —Con un repentino y brusco movimiento, aparta las manos de la taza y se las aprieta—. Cierre en banda.

Me fijo en sus uñas pintadas, que clava en su propia piel. Me impresiona la crudeza del gesto.

—Ya —digo.

Separa las manos, se reclina en la silla y levanta la cabeza hacia el techo.

—En fin —prosigue en tono cansino—. Hombres. Yo culpo a su ex. Esa relación le hizo mucho daño. Me lo contó con pelos y señales, hace tiempo. Dudo que algún día consiga superarlo del todo. Él sacrificó mucho por ella, guardó sus secretos. Dudo que ella se haga una idea del efecto que eso tuvo en él.

De pronto, me siento agobiada. La conversación es demasiado intensa, me falta el aire, y noto una especie de hormigueo en la piel, un tenue y mudo presentimiento que no me explico del todo. Empujo la silla hacia atrás, dejo mi taza en el fregadero y abro el grifo.

—Voy a lavar esto —digo, pero por lo visto no me ha oído. Se ha dado la vuelta, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla, la cara girada hacia mí.

—¿Sabes? —dice—, mira por dónde, también se llamaba Caroline.

Y no estoy segura de qué es lo primero que percibo: el sonido de las palabras, o el destello de colores y formas que veo al darme la vuelta y alargar el brazo para coger el paño de cocina que hay colgado en un gancho al lado de la nevera. Justo debajo del gancho hay un *collage* de fotografías con pequeños marcos magnéticos. Amber con bikini y gafas de sol, cubriéndose los ojos con la mano en una playa. Amber sonriendo con la nariz pegada a la de un gatito atigrado. Amber acicalada para una fiesta. Y, en el centro, Amber con los brazos alrededor del cuello de un hombre, la cara pegada a la suya y los ojos entornados de felicidad..., y el hombre eres tú.

Comento algo, o eso creo, pero las palabras se ahogan en mi garganta.

Soy incapaz de apartar los ojos de la fotografía. Estás sonriendo, con las comisuras de los ojos fruncidas. Llevas puesta una camisa que nunca te he visto y eres otra persona.

—Caroline —la oigo pronunciar y, cuando me obligo a girarme, tiene la cara tan pálida que se le transparentan las venas bajo la piel. Nos quedamos mirándonos la una a la otra durante largos instantes—. Eres tú —dice por fin.

Permanecemos inmóviles frente a frente, a escasos centímetros de distancia. Es como si estuviésemos leyendo un guion y nuestros respectivos textos se nos hubieran caído de las manos y ninguna de las dos tuviera la menor idea de qué decir.

Ella es la primera en hablar; alza la barbilla y me lanza una mirada desafiante.

—¿Qué coño está pasando?

Contengo el aliento, intento ordenar mis pensamientos con cierta coherencia. Vuelvo a echar un vistazo a la fotografía, y esta vez tus ojos reflejan una expresión calculadora. Tengo una sensación de lo más extraña: que te encuentras en la habitación con nosotras, presenciando el desarrollo de la escena.

—No tengo ni idea —respondo con voz temblorosa—. No es a mí a quien deberías preguntárselo.

—¿Cómo? —exclama, esta vez alzando la voz, con los brazos cruzados—. ¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está? —pregunto—. ¿Qué te ha contado?

—Él no..., no es algo que me haya contado —replica—. Es algo que es real. Está trabajando fuera, tal y como suele hacer a menudo. Ya te lo he dicho. Está en la otra oficina, en Cambridge, está...

—Está mintiéndote —zanjo inmediatamente, antes incluso de pararme a considerar si era mi intención decir esto—. Dudo mucho que se encuentre allí. Creo que está en mi apartamento.

—¿Cómo? —repite, y niega con la cabeza—. Caroline, eso es un disparate. ¿No esperarás que crea que mi novio...?

—Carl —vuelvo a interrumpirla—. Puedes pronunciar su nombre, ¿sabes? No voy a venirme abajo por que digas su nombre. —Pero estoy subiendo el tono de voz y percibo un temblor revelador en mis propias palabras. Los ojos se me inundan de lágrimas y aprieto los puños con rabia contra ellos, apartándola por completo de mi vista.

En casa

Caroline, junio de 2013

Ya me está esperando en la estación cuando salgo del metro abriéndome paso a empujones: con gafas de sol y una camisa de manga corta por la nueva ola de calor, apoyado contra la pared. Aunque lo he visto de lejos, me hago la despistada y camino lenta y despreocupadamente, notando cómo la licra de mi vestido se ciñe y estira sobre mis muslos. Sé que está mirando, y solo cuando estoy a escasos metros cruzo la mirada con él y aprieto el paso hasta casi correr para echarme en sus brazos. Él me levanta en volandas, me abraza con fuerza y me besa mientras yo deslizo la mano bajo su camisa brevemente. Noto el roce cálido y suave de su piel bajo mi mano, y siento que una punzada de deseo me retuerce las entrañas.

—Estás cañón —dice sin más, y se aparta para examinar el vestido que me ciñe el cuerpo; la cenefa de flores rosas y rojas a lo largo del escote, que me comprime los pechos, la corta falda negra que se amolda a mis curvas. Lo he encontrado al fondo de mi armario esta mañana. Hace años que no me lo pongo; probablemente desde que tenía su edad. Al probármelo y mirarme al espejo, me asaltó la duda, pero, cuanto más me contemplaba, más me gustaba: su atrevido estilo, la manera de llamar a gritos a los hombres para que vuelvan la cabeza y se queden mirando. Había olvidado que tenía este poder, pero, ahora que vuelvo a ser consciente de ello, llego a la conclusión de que únicamente lo deseo a él.

—Gracias. Tú también. —Sus manos me acarician los costados de arriba abajo, como si tuvieran vida propia. Podría sacarme el vestido por la cabeza sin dificultad y poseerme donde deseara, y en un arrebato de locura pienso que ojalá lo hiciera, aquí mismo en la estación, con el sol cayendo a plomo sobre nuestras cabezas a través del techo de cristal—. Vamos a comer algo —digo en cambio—. Me muero de hambre.

Me agarra de la mano y salimos a la calle en dirección al mercado cubierto. Apenas vengo a esta parte de la ciudad, y he tardado casi una hora en llegar, pero ese es el aliciente. Aquí nadie nos conoce. Somos una pareja más, a la que los desconocidos observan de pasada mientras siguen su camino.

Incapaz de poner freno a la oleada de felicidad y excitación que me embarga, entrelazo mis dedos entre los suyos con más fuerza. Lo siento como un regalo. Es la primera vez que pasamos un día juntos y, aunque he de volver a casa y recoger a Eddie de la guardería a las cinco, para las ocho regresaré con él. Me lo he ganado, me digo a mí misma. Me he comportado como una buena esposa durante toda la semana. Le he preparado la cena a Francis, he recogido la mesa al terminar, he escuchado sus peroratas. He mantenido a nuestro hijo apartado cuando estaba demasiado obnubilado como para reparar en él. Al pensar en estas cosas, una virulenta punzada de justificación me deja sin aliento durante un instante. Alzo la vista hacia Carl, que levanta la cara ligeramente hacia la luz con aire relajado y despreocupado al reflejarse en sus gafas de sol. Ahora mismo, esto es justo lo que deseo. Precisamente esto. No estoy dispuesta a pensar en nada más.

—Bueno, ¿qué tal en la nueva oficina? —pregunto mientras vagamos sin rumbo entre los puestos, tratando de decidir qué comprar—. ¿Un soplo de aire fresco?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que el trabajo es igual. Sin Steven soltando gilipolleces cada dos por tres, pero, por lo demás, más o menos lo mismo.

—¿Y comentaste que la gente era simpática? —Le tiro de la lengua—. ¿Quién se sienta a tu lado?

Me lanza una mirada.

—Una chica. —Aunque su gesto es serio, le tiemblan las comisuras de los labios—. Es muy simpática, y bastante fea.

Entre risas, me aprieto contra él; el placer que me provoca que sea capaz de percatarse de mis celos injustificados con tanta facilidad supera la vergüenza que siento porque me haya calado.

—Me conoces demasiado bien.

—Sí, pensé que te gustaría saberlo. —Me besa en la coronilla y tira de mí—. Bueno, ahora en serio, no pasa nada, pero digamos que no estoy sacando adelante mucho trabajo. Seguramente no debería pasar tanto tiempo mandándote mensajes, pero la tentación me puede. —Me sonrío fugazmente al apartarse, pero me parece percibir un momentáneo destello de confusión en

sus ojos. Me viene a la memoria la extraña desazón que experimenté al despedirnos hace un par de semanas, el presentimiento de que esto se me había ido de las manos. Es la primera vez que se me pasa por la cabeza que a él le ocurre lo mismo. No hay nadie al timón de este barco. Cada cual a su manera, ambos nos encontramos totalmente a la deriva.

—Bueno, como siempre dice Steven, puedes resistir cualquier cosa menos la tentación —comento a la ligera, intentando mitigar mi desasosiego—. Aunque no estoy segura de si fue el primero en decirlo.

Al final compramos un par de enchiladas en un puesto mexicano y vamos paseando tranquilamente hasta el parque de las inmediaciones para comérmolas sentados a pleno sol. Después Carl se tumba boca arriba, con las manos debajo de la cabeza; yo me tiendo a su lado, con la cabeza apoyada sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón.

—Qué bien —comento en voz queda al rato—. Qué agradable no andarme con prisas.

—Y que lo digas. —Su torso se eleva y desciende con un suspiro—. A veces pienso que ojalá pudiéramos pasar una noche, no sé, viendo la tele sin más. Pidiendo comida a domicilio. Cosas normales.

—Bueno, podríamos hacerlo. —Sé de sobra a lo que se refiere, pero, incluso al decirlo, tengo presente que lo más seguro es que no suceda nunca. Nuestros encuentros son preciados, demasiado cortos. Pasamos la mayor parte del tiempo en la cama, lo cual parece lo contrario a lo normal.

Él no dice una palabra; se limita a acariciarme el pelo, a deslizar la mano distraídamente de arriba abajo y a darme suaves tironcitos, enredando sus dedos entre los mechones.

—Hay una pareja en la nueva oficina —comenta por fin—. Son veinteañeros, por lo visto solo llevan saliendo unos meses. Qué gracia, prácticamente no se dirigen la palabra en el trabajo. Tampoco suelen salir juntos a comer. Me da por pensar que de ninguna manera sería capaz de mantener las distancias contigo en esa situación.

—Salías bien del paso —replico— cuando trabajábamos juntos.

—Bueno, no creas —señala, con una breve carcajada—. Al final no. De todas formas..., da igual. El caso es que no podía evitar mirarlos y pensar, ya sabes, que en mi caso no sería así.

Le acaricio ligeramente el abdomen con las uñas, al tiempo que reflexiono sobre lo que está contando. Últimamente, cada vez más, me da por imaginar cómo sería nuestra relación si fuésemos una pareja de verdad. Pienso en las

salidas rutinarias al supermercado, en las tareas domésticas, en los días de lluvia desperdiciados sin nada que hacer.

—Tampoco en mi caso sería así —digo—. Ya lo sabes.

Noto que respira hondo, pensativo.

—No —contesta finalmente—. No tengo la menor idea de cómo sería. A decir verdad, no soy muy dado a hacer conjeturas. Me tomo las cosas según vienen. Ya sabes, trabajo, familia, amigos..., la verdad es que mi vida no es tan complicada.

Giro la mejilla hacia dentro para apoyarla sobre el agradable movimiento de vaivén de su pecho.

—Aparte de mí.

Emite un vago sonido de conformidad.

—Desde luego, nuestra situación. Pero bueno —dice—, no tiene mucho sentido seguir por esos derroteros, ¿no? Planteándonos qué tal estaríamos juntos. En lo que a mí respecta, estás casada, de modo que no hay vuelta de hoja. Es lo que hay, y siempre lo he tenido presente.

Pese a que su tono no revela maldad y que el comentario es sensato, algo en mi interior se rebela ante la facilidad con la que aparentemente es capaz de zanjear la cuestión. A veces, me pregunto si será mínimamente consciente de lo rara que es la atracción existente entre nosotros. Apenas supera los veinticinco años y nunca ha tenido una relación seria, salvo alguna que otra historia de unos cuantos meses con varias chicas, nada que en principio haya dejado una importante huella en él. Sin poder remediarlo, suspiro.

—Vaya, lo dices tan tranquilo.

—No —afirma rotundamente—. Ni mucho menos.

Al ocultarse el sol tras una nube, me da frío de repente y aprieto la cara contra su camisa.

—Venga —le oigo decir poco después—. Vamos a dar un paseo.

Caminamos por el parque, charlando, hasta que llega la hora de volver al metro para recoger a Eddie de la guardería. En la entrada me arrincona contra la pared de la estación y me besa apasionadamente, mordiéndome el labio y empujando sus caderas contra las mías. Hemos olvidado la conversación y vivimos el momento juntos, incapaces de ver más allá.

—Tres horas —refunfuña—. No estoy seguro de poder esperar tanto.

—No vas a tener más remedio —digo, pero la verdad es que yo tampoco estoy segura de poder aguantar, y de pronto mi deseo se desata hasta tal punto que casi me deja sin habla. Mis manos recorren su espalda, sobándolo y

provocándolo. Me pongo a pensar en lo que sucederá más tarde, cuando estemos a solas.

—Te deseo tanto —le digo, mientras mis dedos se aferran a las presillas de su cinturón y tiran con fuerza de él hacia mí, y decirlo a viva voz me provoca una sensación de placer apabullante. Jamás me he mostrado tan directa con nadie. Es tremendamente adictivo..., hasta tal punto que, en cuanto me suelta y me alejo de él, mi único deseo es volver corriendo a su encuentro y repetírselo hasta la saciedad.

Eddie está de mal humor desde el instante en que lo recojo de la guardería: mira al suelo enfurruñado cuando le pregunto qué tal el día, arma lío en el autobús sin motivo aparente y arrastra los pies conforme caminamos por la calle. A cinco pasos de la puerta de casa tropieza y se cae de bruces, con lo cual automáticamente coge un berrinche y se pone a gritar como si lo estuvieran desollando vivo. Lo cojo en brazos para entrar y le examino la cara, pero solamente tiene un minúsculo rasguño, casi inapreciable.

—Tranquilo —digo, intentando consolarlo—. No ha sido nada. Estás bien. —Pero no surte efecto, y sale disparado hacia su cuarto, sin dejar de llorar a moco tendido. Instantes después, oigo el golpetazo de un juguete al estamparse contra la pared, y seguidamente un largo y estridente chillido de impotencia antes de ponerse a llamarme sin cesar. Voy a toda prisa al cuarto, pero no hay nada que hacer, y al intentar sentarlo sobre mi regazo me aparta violentamente con sus manitas, casi gruñendo. Respiro hondo y cuento hasta diez. Por lo visto mi paciencia ante estas pataletas se agota cada vez más, y el corazón me late desbocado, advirtiéndome de que estoy perdiendo los estribos.

Aprieto los dientes y salgo del dormitorio en dirección a la sala de estar en busca de unos momentos de tranquilidad. Francis se encuentra en su postura de costumbre en el sofá, encorvado delante del ordenador portátil con los auriculares conectados, y prácticamente no se digna mirarme cuando entro. Está, pero como si no estuviera. Tiene los ojos vidriosos e inexpresivos, entornados y sombríos a la luz de la pantalla.

—Buenas noches —digo con sarcasmo, aunque me consta que no me oye.

Con una expresión de infinito hastío, levanta despacio la mano para quitarse los auriculares.

—¿Qué?

—Qué bonito recibimiento. —La relajación de la tarde se evapora en segundos. Observo el estado en el que se encuentra la sala. Hay juguetes desperdigados por todas partes, platos sucios apilados en la mesa de comedor, vetas de polvo y churretes en el suelo. Sé que Francis no tenía citas hoy. Se ha pasado el día repantigado, contemplando el desaguisado—. Qué contenta estoy de volver —espeto.

—Nadie te lo ha pedido —señala, suspirando, como si las cinco palabras fueran un obsequio hecho de mala gana.

—Claro..., porque seguro que te desenvolverías fenomenal en esta situación si yo no estuviera aquí —replico, señalando hacia los gritos procedentes del dormitorio.

Él gira la cabeza, atento, carente de expresión, como si el ruido procediera de otro planeta.

—Es por ti —comenta—. Tú lo empeoras. Lo desquicias. —Y, sin más, vuelve a insertar la clavija de los auriculares y se concentra en la pantalla; se le acentúa la arruga del entrecejo a medida que sus labios tararean en silencio la música, que debe de estar a tal volumen que le estará reventando los tímpanos.

—Que te jodan —digo entre dientes—, cabrón inútil. —Y, acto seguido, doy media vuelta y salgo de la habitación temblando por la adrenalina, por lo deprisa que sucede ahora, por los escasos segundos que tarda en esfumarse el menor atisbo de urbanidad. Mis palabras malsonantes resuenan en mi propia cabeza y, en el fondo, subyace la desagradable idea de que a lo mejor tiene razón. A lo mejor en cierto modo mi propio estrés es lo que está aflorando, emponzoñándolo todo. Medito sobre el caos que me rodea y me invade la desesperanza; la constancia de que la familia que hemos intentado crear es un desatino y un desastre, y no sé cómo arreglarlo.

Al final calmo a Eddie y lo someto a su ritual de cena, baño y libro, me acurruco con él en el sofá y le leo uno de sus cuentos favoritos. Ahora se muestra dócil y sereno, contempla las ilustraciones con interés e inclina la cabeza mientras asimila las palabras. Es como si Francis no estuviera en la habitación. Con una leve sacudida de asombro, me doy cuenta de que Eddie lo está ignorando; de que, hasta cierto punto, sabe que no merece la pena intentar hacerle partícipe.

—Buenas noches —susurro al arroparlo en la cama, y enciendo la lamparilla azul. Me quedo un momento vacilante en el umbral, observando cómo se pone de costado y su cuerpo se eleva al soltar un leve suspiro. Que Francis lo quiera es algo que jamás he puesto en duda, pero sé que la razón

por la que siempre llego a casa para la hora de acostarlo no es simplemente por verlo. Es que no me fío del todo de dejarlo solo a cargo de su padre. Me resisto a dejarlo aquí, al menos hasta tener la tranquilidad de que está dormido. Tomar conciencia de ello resulta deprimente e inconcebible.

En el baño, me doy una ducha rápida, y a continuación me siento en la bañera, me unto las piernas de gel de fresa y me las depilo con cuidado deslizado la cuchilla por mi piel. Él entra cuando prácticamente he terminado. Al verme, se queda ahí apostado sin más durante unos instantes, de brazos cruzados, mirando lo que estoy haciendo. Su expresión es de patente desprecio y aversión. Al mirarle a los ojos, por primera vez me asalta la certeza de que sabe perfectamente lo que está pasando y por qué me acicalo y perfumo. Como mínimo, sabe que no es por él.

—Espero que tu amiga Milly valore el esfuerzo —comenta por fin.

Me dan ganas de contestar, pero no se me ocurre nada que decir y, tras unos instantes de silencio, da media vuelta y se va. Me tiembla la mano y, al pasarme la maquinilla por la pierna, el cabezal se tuerce y me rasguña la piel. Con un leve mareo, contengo la sangre con el dedo índice. Necesito salir de aquí.

Al cabo de cuarenta minutos, voy a la carrera por la calle de Carl, con mi conjunto nuevo de lencería de seda bajo la ropa y el teléfono apagado. Me recibe en la puerta, y el hecho de verle surte un efecto más rápido que cualquier droga. Loca de contenta, me lanzo a sus brazos y me aferro a él. Él me besa con ahínco y sé que esta noche es la definitiva. Estoy harta de devanarme los sesos sobre si debería suceder o cuándo. Lo deseo ya y tomo una bocanada de aire para transmitírselo, pero al mirarnos fijamente a los ojos me doy cuenta de que no hay necesidad.

Me conduce al dormitorio —mientras me desnuda a tirones y tira la ropa al suelo, se desabrocha los pantalones y se quita la camisa, hasta que nos quedamos desnudos en la cama, fundidos en un súbito y ardiente revoltijo de extremidades y sudor— y noto su aliento cálido contra mi cuello al separar mis piernas y engancharlas alrededor de su cintura. Me penetra en el acto y apenas me da tiempo a asimilar el impacto, no doy crédito a que haya transcurrido tanto tiempo sin que hiciéramos esto. Lo tengo firmemente agarrado, sin resuello mientras nos besamos, la piel me arde con oleadas de calor. Me folla con ímpetu y rápido, mientras yo arqueo la espalda debajo de él, casi gritando porque lo deseo hasta tal punto que, incluso ahora, cuando nos encontramos en plena faena, estoy pensando en que deseo hacerlo de nuevo.

Él me habla, me musita cosas que me llevan al límite de un lugar donde jamás he estado, y nos miramos fijamente a los ojos y se corre dentro de mí, y un pensamiento me asesta un golpe brutal y sin previo aviso, por primera vez: te quiero, te quiero, te quiero.

Después, nos quedamos callados durante un rato. Permanecemos tendidos en la cama. Él me acaricia el pelo de nuevo, con un movimiento suave y relajante. Qué fácil me resultaría quedarme dormida aquí, pero sé que no puedo, y de forma inesperada los ojos se me inundan de lágrimas que resbalan por mi cara ante la realidad.

—No —dice, pero al levantar la vista compruebo que él también está llorando.

Nos quedamos tumbados unos minutos más. Observo cómo se le derraman hilos de lágrimas y alargo la mano para detenerlos con las yemas de los dedos. Y en ese momento caigo en la cuenta de que él también me ama, a pesar de que ni él mismo es consciente de ello. Jamás he tenido semejante certeza de nada. Jamás he estado tan segura.

—Dios —comenta al cabo de un rato—. Qué alegría. —Y, a pesar de todo, ambos sonreímos.

Esa noche no hablamos mucho más. Cuando el reloj marca las once me levanto y me visto, y él me acompaña a la puerta para darme un beso de despedida. Fuera hace más frío de lo que esperaba; voy tiritando sin chaqueta de camino a la estación. Avanzo como una autómatas, y a cada paso pienso: «Podría marcharme. Podría poner fin a mi matrimonio». La idea me resulta novedosa y me abruma. A lo largo de todo este tiempo, jamás he sopesado en serio esa opción. Pero ahora que ha surgido, mientras subo al tren y me estiro la ropa, hecha un gurrño, y me retoco el pintalabios, que se ha corrido, me inunda por completo y de pronto sé a ciencia cierta que podría hacerlo.

Ha averiguado lo de Amber y me ha saturado la bandeja de entrada. Su nombre se repite a lo largo de la página, una y otra vez. Algunos de sus mensajes son breves y dramáticos, formulan preguntas en vano a las que me consta que no espera recibir respuesta. «Acabo de tomar café con tu novia. ¿Acaso es esto una especie de broma de mal gusto?». Otros, más largos, están concebidos sin orden ni concierto con el fin de provocar algún tipo de reacción. «Si alguna vez signifiqué lo más mínimo para ti, no tienes más remedio que responder y decirme qué está pasando aquí. Estoy asustada, y no sé qué hacer. Por favor, tienes que ponerte en contacto conmigo y explicármelo antes de que me vuelva totalmente loca...». Interminables divagaciones de este tipo. Hay un par de alusiones a la propia Amber y a lo guapa que es; súplicas apenas veladas para que le infunda confianza. No hay mesura, no hay consideraciones. Únicamente el contenido de su cabeza vaciado de cualquier manera en la pantalla con la esperanza de que yo lo aclare.

Al leer estos mensajes no puedo evitar enojarme. Ella está dando rienda suelta a su incertidumbre y confusión, pero se funda en suposiciones y juicios que ha hecho sin la menor reflexión. Está tan segura de cómo son las cosas, tan acostumbrada a ver el mundo desde su particular prisma, que ni siquiera le entra en la cabeza que las cosas tal vez no sean lo que parecen.

Alimento mi rabia durante un rato hasta que amenaza con explotar; entonces cojo las largas y afiladas tijeras de la cocina de nuevo y me dirijo hacia las fotografías dispuestas en fila en el pasillo. Una a una, las descuelgo, quito los bastidores haciendo palanca y retiro las placas de vidrio. Como me tiemblan las manos y esta tarea requiere precisión, me siento y aguardo hasta centrarme e imbuirme de aplomo, me concentro exclusivamente en la pequeña zona de la moqueta que hay delante de mí, con las fotos extendidas en filas. Cojo una detrás de otra y clavo con cuidado las puntas de las tijeras en medio de su cara y después recorto hacia fuera hasta que la elimino de la foto.

Al terminar, vuelvo a colocar el cristal con delicadeza sobre cada una y las cuelgo en su sitio. Me aparto, veo cómo quedan, y me agrada. Una serie

de pequeños óvalos negros asomando en los marcos, que brillan únicamente por su ausencia. Caroline ha desaparecido. Lo único que queda de ella son los restos de papel fotográfico amontonados a mis pies. Sopeso la posibilidad de tirarlos, pero entonces me acuerdo de lo que comentó acerca de que, si le importas mínimamente a alguien, su obligación es responderte de alguna manera, y al final los dejo ahí sin más.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Estoy sentada en un banco en el borde del parque infantil, observando a los niños pululando como hormigas sobre la estructura de metal azul. Hace frío para esta época del año y su griterío y alboroto me resulta discordante, pero no conozco esta zona y la única alternativa que se me ocurría era la cafetería a la que fui con Amber, donde es muy posible que se hubiera presentado. Aquí no viene nadie sin niños. De tanto en tanto, noto que las otras madres me miran de soslayo con curiosidad, tratando de dilucidar con qué niño relacionarme. Está claro que un par de ellas están hablando de mí; los ojos les brillan al mirar con lupa a una extraña en su entorno. Por lo general, me sentiría violenta en estas circunstancias, pero hoy me resbala. Mi mente continúa zumbando por el *shock*, y todo lo demás es un mero ruido de fondo.

He leído el mensaje que Amber me mandó hace unas horas. «Caroline, siento haberte pedido que te marcharas ayer. A mí me impactó en la misma medida que a ti. Es que parece haber demasiadas coincidencias en todo. Sinceramente, todavía no puedo creerlo. Oye, por favor, llámame». Visualizo su expresión mientras estábamos de pie en la cocina: tensa, incrédula, desdeñosa y fría ante mis lágrimas. Ella no me pidió que me fuera; me echó con cajas destempladas.

Me ha estado llamando cada dos por tres desde que me envió el mensaje. Los esporádicos y estridentes sonidos procedentes de mi teléfono cada vez son más frecuentes y breves: después de un par de tonos de llamada se da cuenta de que sigo sin estar dispuesta a descolgar y se da por vencida.

Sé que debería devolverle la llamada, que en un momento dado no tendré más remedio que dar la cara, pero todavía no puedo. Estoy hecha un verdadero lío. Miro el texto de nuevo y la palabra «coincidencias» destaca en la pantalla. Según ella, es imposible que esto sea fruto de algún extraño capricho del destino, pero lo que no entiende es que yo no soy la responsable

de ello. Tú has planeado y maquinado todo el asunto, y posiblemente sabías que cabía la posibilidad de que sucediera esto, que nuestros caminos se cruzaran. No tengo ni idea de si lo consideraste un riesgo que decidiste asumir, o si era lo que pretendías desde un principio.

Tomo una brusca bocanada de aire y noto que el dolor me atenaza de arriba abajo ante la idea. No sé por qué querías que la viera. Ahora que lo he hecho, me resultará imposible deshacerme de las imágenes que se repiten en bucle en mi cabeza como carretes de película. La manera en la que te apostarías en tu ventana, observando sus movimientos por la calle, evaluándola y sintiéndote atraído por lo que veías. El encuentro minuciosamente urdido, las fugaces y coquetas miradas de interés. «¿Te acabas de mudar? Dime si necesitas cualquier cosa...». La emoción de aquellas primeras citas, la descarga eléctrica de vuestro primer beso. Y, al pulsar el botón de avance rápido, los dos acurrucados cómodamente en tu sofá, viendo la televisión o comentando el día. Sentados juntos a la mesa de la cocina, disfrutando de una comida con una copa de vino. Haciendo las tareas domésticas un domingo por la mañana, tendiendo la colada o limpiando el cuarto de baño. Todos esos quehaceres de la intimidad que nosotros jamás hicimos. Y eso antes incluso de llegar a la parte que más duele: tus manos alrededor de su estrecha cintura, tus labios besando el hueco de su cuello, sus piernas alrededor de las tuyas y el sonido de tu voz susurrándole las cosas que me decías a mí. Las escasas veces que me he permitido imaginarte en los últimos dos años siempre ha sido solo. He sido incapaz de soportar la idea de poner a alguien más a tu lado en esa imagen.

Pienso en la carta que te envié unos días después de verte por última vez; la que escribí en hojas de papel amarillo rayado que arranqué de un cuaderno de la oficina, con la absurda intención de avivar la llama de la nostalgia en ti. Volqué todos los recuerdos y todo lo que habían significado para mí, y al final te decía que esperaba que fueras feliz, y que sabía que tú deseabas que yo también fuera feliz. Ahora no estoy tan segura de ninguna de las dos cosas. Pensar que eres feliz con ella me produce una pena casi insoportable que me atenaza el pecho, y cada vez tengo más claro que no deseas que sea feliz ni mucho menos. Esto más bien parece una tortura, como si desearas castigarme.

La idea activa un resorte en mi interior, me invade una violenta desazón. No puedo evitar acordarme de la última vez que te vi; de cuando me di la vuelta y te dejé allí plantado, de tu imagen inmóvil en el arcén cuando volví la vista atrás. Jamás he sido capaz de ampliar aquella imagen, de permitir que el recuerdo aflore por completo. Eché a andar sin mirar atrás en ningún

momento. Me tragué el remordimiento y la pena, la ahogué por pura desesperación. Sé que tú no pudiste hacer lo mismo. Has tenido que vivir con ello, y no tengo ni idea de en qué medida ha podido afectarte.

Son las dos y media y llevo horas fuera. Me levanto haciendo un sumo esfuerzo y me dispongo a regresar cruzando el parque. Al doblar por la calle que conduce a la casa, tiritando por el frío viento de primavera, apuro el paso y me arrebujó en la chaqueta.

Sumida en mis pensamientos, solo soy vagamente consciente de un ruido por detrás de mí: un estrépito, un chirrido de frenos. Y acto seguido, en una milésima de segundo, con un estallido de color, se me echa encima. Un coche derrapando demasiado pegado a la acera: pasa tan cerca de mí que siento un temblor por la proximidad del roce, mi campo de fuerza se resiente debido a la inesperada conmoción, y en un visto y no visto da un volantazo de nuevo y sale como un bólido calle abajo. Me dejo caer contra el seto. Ya he perdido de vista el coche, pero mi mente y mi cuerpo todavía no se han recuperado. Ha pasado cerca. Muy cerca. Me fallan las piernas, me agacho, me pongo en cuclillas al lado de la calzada, hundo la cabeza entre las rodillas y hago lo posible por tranquilizarme.

Probablemente pasan cinco minutos hasta que consigo incorporarme y seguir mi camino. Me digo para mis adentros: «No seas tonta. Ha sido un instante en el tiempo, sin más. No significa nada».

Para cuando llego a Everdene Avenue, ha empezado a chispear; me subo el cuello de la chaqueta y agacho la cabeza. Si Amber está mirando por la ventana, enseguida me reconocerá de todas formas. Pero no hay movimiento en la puerta, ni llamadas lastimeras en plena calle, de modo que abro la cerradura del número 21 a toda prisa y me deslizo en el interior.

Respiro aliviada al ver la nota garabateada en papel blanco en medio de la mesa de la cocina: «He ido al supermercado a comprar unas cosas y a lo mejor paso por el cine a la vuelta para ver si ponen algo esta noche que nos apetezca ver. Vuelvo para las cuatro. F.». Al menos dispongo de una hora más o menos para aclararme las ideas. Sin embargo, parece ser que no me relajo, y antes de darme cuenta me pongo a deambular sin sosiego por la casa una vez más, a registrar una habitación tras otra y a fijarme en las escasas pertenencias que hay: a buscar alguna pista acerca de cómo vives, qué te gusta, qué te importa ahora.

Cuanto más registro las impersonales habitaciones, más impotencia siento. Esto no tiene sentido; ya realicé la búsqueda cuando encontré el frasco de loción para después del afeitado. Solamente hay un sitio que no pude

mirar: la pequeña cajonera del escritorio del estudio, que estaba cerrada con llave. En ese momento lo dejé pasar, pero ahora tengo claro que he de ver qué hay en el interior. Me dirijo al estudio a toda prisa, me acerco al escritorio, despejado, y me pongo de rodillas delante. Tiro para abrir el cajón, pero, como es lógico, sigue cerrado con llave. Me asomo por debajo, palpo el suelo en busca de una llave, y a continuación me pongo a buscar en el resto de la habitación, y peino minuciosamente cada rincón y recoveco que encuentro. La llave no está aquí.

Impotente, vuelvo a arrodillarme para tirar del cajón. Noto que se resiste, pero el mecanismo es barato y vibra al traquetear el armazón. La impotencia hace mella en mí y, antes de pararme a pensar, planto la palma de una mano encima de la cajonera y con la otra le doy un fuerte tirón al tirador, y luego otro. El tirador se desprende y se rompe, y el cajón se desliza rápida y suavemente por las guías, dejando a la vista lo que hay dentro.

Solo hay una carpeta verde sin etiquetar. La cojo y la abro para sacar el contenido. Varios folios, impresos de internet, con unas anotaciones ilegibles con bolígrafo negro. Echo un vistazo a la primera hoja y se me hace un nudo en la garganta. Es un listado de 192.com con todas las viviendas del Reino Unido registradas bajo el apellido de Francis y el mío; todos los detalles de nuestra dirección de Leeds aparecen marcados con rotulador amarillo.

El corazón me late a mil por hora al extender los demás folios en el suelo delante de mí: una fotografía del bloque donde vivimos sacada de la página web de una inmobiliaria, con el cartel de uno de los pisos en venta. El sitio web oficial de la empresa en la que trabajo ahora, junto con la página de la plantilla, donde aparezco yo misma con una sonrisa sin gracia en la fotografía de pequeño formato. Unas cuantas capturas de pantalla de mis perfiles en las redes sociales, sucintos y escuetos. No es más que información pública, pero la recopilación de datos, el hecho de que te hayas tomado la molestia de imprimirlos... me parece bastante raro. Una intromisión.

En la última hoja, veo el perfil que creé hace meses en el sitio web de intercambio de casas: las fotografías del interior de nuestra casa, la prolija descripción de su ubicación y la invitación a contactar conmigo. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza plantearme cómo diste conmigo a través del sitio web de los intercambios, pero ahora llego a la conclusión de que lo más probable es que crearas una alerta en Google o algo por el estilo con mi nombre, con mi dirección. Es lo que haría cualquiera que quisiera mantenerse al corriente de algo. No obstante, por más que intento encontrarle explicación, tengo presente que hay una diferencia abismal entre algo y

alguien, especialmente ese alguien que yo soy para ti. Una diferencia abismal entre interés y obsesión.

La cabeza me da vueltas; amontoño las hojas con manos temblorosas, las meto de cualquier manera en la carpeta y las vuelvo a guardar en el cajón de un empujón, como si, en otras circunstancias, pudieran pillarme con las manos en la masa. Me reclino contra el escritorio con un cúmulo de pensamientos en la mente.

El teléfono parpadea a mi lado, señal de un nuevo correo. Ayer, sin dar crédito y hecha un mar de dudas, te mandé muchísimos mensajes, y no te dignaste contestar a ninguno. Hasta ahora.

El correo es breve. «No te preocupes. He estado aprovechando el tiempo». Al revisar los anteriores, compruebo que es una respuesta a uno de los correos más desabridos que envié: «¿A qué viene todo esto? ¿Qué te traes entre manos en mi piso? ¿Qué coño estás haciendo?». Tu respuesta es crítica, escueta e impersonal. Da la impresión de que apenas merece la pena tomarse la molestia de teclearla. Y entonces reparo en el adjunto.

Jadeando, lo abro. En un primer momento, no le encuentro sentido. Es una foto del pasillo, sacada con luz tenue, desde el fondo, junto a la cocina. No revela nada singular, ningún indicio de actividad. Entonces me fijo en las fotografías. Están colgadas tal y como las dejé, pero han sufrido algún tipo de manipulación. Entonces reparo en ello. Ha recortado mi propia cara, dejando únicamente un hueco negro.

El *shock* al verlo me deja anonadada durante un segundo; de pronto la cabeza me da vueltas. El esfuerzo de la tarea entraña algo muy metódico. Una precisión siniestra. Observo fijamente la fotografía, tratando de encontrarle sentido. ¿Qué te impulsaría a hacer esto? Algo me inquieta, algo que va más allá del surrealismo evidente del acto. De improviso, caigo en la cuenta de que se trata del hecho de que es mi cara la que ha sido eliminada. En algún lugar de los confines de mi mente, me he seguido aferrando a la idea de que, sea lo que sea lo que te ha impulsado a cometer semejante acto, ha debido de ser impelido por el amor. Podría entender que hubieras eliminado simbólicamente a mi marido, el deseo de recortarlo. Pero esto no es amor; es lo contrario. Me estás diciendo que me odias.

En casa

Caroline, junio de 2013

Sin ser realmente conscientes de ello, Carl y yo hemos creado una especie de dinámica en el transcurso de las últimas semanas. Nos mandamos mensajes esporádicamente a lo largo del día, solo para compartir alguna que otra anécdota graciosa o quejarnos de la carga de trabajo, y por la noche normalmente me escribe mensajes alrededor de las ocho, cuando he acostado a Eddie, y pasamos como mínimo media hora charlando. Espero con impaciencia esos mensajes, echo ojeadas al teléfono compulsivamente durante mi rutina de preparar la cena y lidiar con los imprevisibles cambios de humor de Francis. Cuando Carl se pone en contacto conmigo, me retiro al dormitorio y retomo la conversación allí. De todas formas, Francis se ha quedado dormido en el intervalo y, aunque no fuera el caso, cada vez estoy más convencida de que le importaría un comino. Las cuerdas de salvamento invisibles que nos mantienen atados están desgastándose y escurriéndose. Una a una, se rompen y separan, y ni siquiera tengo claro si es consciente o no de ello.

Estoy sentada a mi mesa de despacho, trabajando con el piloto automático, moviendo listados de datos y organizando cifras. Es una tarea mecánica que me da libertad para divagar. Retrocedo a la noche anterior: Francis y yo en el sofá, conversando de bastante buen talante acerca del fin de semana que tenemos por delante. Estos retazos de cotidianidad, cuando conseguimos pasar unas cuantas horas sin exabruptos y él muestra una actitud medianamente pasable, ahora son escasos y puntuales entre nosotros, y no surten en mí el efecto de antaño. Yo me agarraba a ellos como al último puñado de hierba y tierra que aferra alguien que va a despeñarse por un precipicio. Me consta que no durarán; que incluso mientras me sujeto a ellos se me escurren de entre los dedos y, me guste o no, continúo cayendo.

Sonrío al ver que el icono de mensajes se ilumina en la parte inferior de mi pantalla, intuyendo el contenido del texto. Efectivamente, Carl me confirma los planes para esta noche, y me dice que se muere de ganas. Últimamente siempre reservamos la noche del viernes para los dos y, aunque aún es miércoles, he avisado de que tengo que quedarme hasta tarde en el trabajo, y él va a venir a recogerme a la oficina después del cierre. Es la primera vez que corremos este riesgo. Si a eso le añadimos el hecho de que esta semana lo veré dos veces, parece un cambio. Cada vez le doy más vueltas a cómo me sentí la semana pasada al salir de su casa, cuando empecé a considerar por un momento la posibilidad de abandonar a Francis. No le he contado nada —no lo haré hasta estar segura de lo que quiero—, pero lo tengo en mente cada vez que estoy con él, como una diminuta semilla que brota y crece en secreto. Todavía no puedo pararme a pensar en Eddie, o en sentarme delante de mi marido para decirle que tengo intención de abandonarlo precisamente cuando parece ser que más me necesita. Sin embargo, jamás ha dejado de necesitarme, y por lo visto le importan un carajo mis propias necesidades. La idea me saca de quicio. Meneo la cabeza y, sobresaltada, me doy cuenta de que he estado calculando las cifras mal en mi pantalla, totalmente desconcentrada.

«Entonces, nos vemos a las seis y media —respondo a Carl, apartando cualquier otro pensamiento de mi cabeza—. Estaré esperando...».

«Más te vale», contesta.

Mis dedos vacilan sobre el teclado y se me ocurre decirle algo subido de tono, soltar una pizca de lo que siempre me bulle frenéticamente en la cabeza conforme se avicinan nuestros encuentros, pero al final me despido con un simple beso y cierro la ventana. No puedo permitirme el lujo de distraerme demasiado si pretendo terminar todo lo que hay en mi mesa a tiempo. Curiosamente, es él quien me ha inculcado este autocontrol. Se le da bien frenarme, cerciorarse de que mantengamos el equilibrio en esta delicada cuerda floja de deseo a lo largo de la semana, sin desatarnos demasiado pronto. Al principio, no me salía de manera natural: lo quería todo, lo antes posible. Ahora entiendo el placer de demorar la gratificación, y me da por hacer lo mismo.

A las seis en punto, la gente comienza a marcharse gradualmente, a despedirse de los compañeros y a recoger sus cosas. Pronto nos quedaremos Steven y yo a solas. Como es el jefe, suele ser el último en irse. Tiene el ceño fruncido delante de una presentación, está claro que la está repasando, moviendo los labios en silencio. De tanto en tanto lo miro fugazmente y me

pregunto si debería mandarle un mensaje a Carl para decirle que me espere en algún sitio de las inmediaciones.

—¿Cierro yo esta noche o vas a quedarte hasta tarde? —le pregunto por fin. Sobresaltado, levanta la vista y se fija en las mesas vacías.

—Ah, no, no tenía intención de quedarme hasta tarde —responde distraídamente, y se pone a amontonar papeles y a cerrar su ordenador portátil—. Entonces, ¿no te vienes?

—No, me quedo —respondo en el acto—. Todavía me falta un poco.

—Vale. —Se pone la chaqueta y se queda mirándome, con la bolsa colgada al hombro—. ¿Estás bien? —pregunta.

—¡Sí! —Alzo la vista con una sonrisa radiante y lo miro fijamente a los ojos—. Estoy bien. ¿Por?

Steven se rasca el mentón.

—No sé. Es que pareces un poco..., no sé. Nerviosa. Distinta. —Las palabras le salen a trompicones y se le altera la expresión, avergonzado. Nosotros no tenemos el tipo de relación jefe-empleada que por lo general incluye comentarios personales y, ahora que lo pienso, dudo que me conozca realmente, al menos más allá de las apariencias.

—Estoy bien —repito—. Solo un poco cansada y estresada, eso es todo.

—De acuerdo. —Steven asiente y acto seguido enfila hacia la puerta, obviamente aliviado de zanjar esta conversación. Me quedo sentada en la oficina a solas. El corazón me late desbocado, y de repente me sofoco, como si fuera a desmayarme.

Me levanto, voy al baño y mantengo la puerta abierta para mirarme fijamente en el pequeño espejo que hay colgado en la pared. Tengo un rubor patente en las mejillas, un oscuro brillo en los ojos. Steven tiene razón. Estoy distinta. La mujer del espejo posee un carisma y una presencia de la que yo carezco desde hace años. Recuerdo que, la semana pasada, Jess se quedó mirándome con expresión de asombro, casi socarrona, cuando quedamos en la estación. «He de reconocer que parece que esto te sienta bien». Me atuso el pelo con los dedos y me observo con atención. Últimamente, paso de la amargura al éxtasis con una velocidad y volubilidad alarmantes. Si esto es lo que me sienta bien, tengo mis dudas de la clase de persona en la que me convierte.

La puerta de la oficina se abre y al girarme bruscamente veo a Carl entrar con sigilo y cerrar de un portazo. Echa una rápida ojeada a mi blusa blanca abotonada hasta el cuello y mi falda negra corta, las piernas desnudas con zapatos de tacón alto. Nos abalanzamos el uno sobre el otro y, al chocar, él

me envuelve en sus brazos con fuerza y todo mi cuerpo se relaja pegado al suyo. Nos besamos lenta, profundamente. Estamos de pie delante de la cristalera, totalmente expuestos a las oficinas de enfrente, pero no hay nadie a la vista.

—¿Quieres quitarte la chaqueta? —musito por fin.

Él se ríe y baja la vista. Ni siquiera se ha quitado la mochila que lleva enganchada al hombro.

—Sí —dice—. Perdona. Hola.

—No hace falta que te disculpes. —Se la desabrocho yo y la dejo caer al suelo—. ¿Quieres tomar algo?

Él niega con la cabeza y se pone a merodear entre las mesas vacías, mirando hacia el sitio donde se sentaba.

—Se me hace raro volver aquí. ¿Sabes qué? He estado a punto de toparme con Steven cuando venía de camino. Lo he visto venir de frente y me he tenido que esconder en una bocacalle hasta que ha pasado. Me habría encontrado en un aprieto. «Oh, esto... Hola. Es que...».

—... Pasaba por aquí por casualidad —termino la frase, con una risita tonta. Debería preocuparme por estos deslices, pero en el fondo no puedo evitar la excitación que siento ante la perspectiva de ser descubierta. Quiero anunciarlo a los cuatro vientos; quiero que lo entiendan, que entiendan que es real.

—Mmm... —dice, sin apartar la vista de mí—. Te gusta la idea, ¿a que sí? —Y acto seguido se acerca y me coge en volandas. Engancho mis piernas alrededor de su cintura mientras me lleva a la sala de reuniones y me tiende sobre la mesa; su sombra bloquea la luz al inclinarse sobre mí. Sus manos recorren mis muslos hacia arriba, acariciando mi piel—. No llevas braguitas —musita—. Qué chica más mala. —Y seguidamente me sujeta firmemente los brazos con una mano, y con la otra forcejea impaciente con su cinturón ahora que la espera ha tocado a su fin y que sabe que ambos queremos lo mismo. Se me echa encima en un instante y con ímpetu me empuja contra la madera, el ritmo de nuestros movimientos hace que me raspe y dé golpetazos en la parte baja de la espalda... y mañana me dolerá, pero ahora tengo su aliento ardiente sobre mis labios y estoy viendo las estrellas y cierro los ojos y no me importa nada.

Después nos quedamos tumbados en la oficina durante una hora o así, medio desnudos, relajados en el lecho que hemos improvisado en el suelo. El sol se

ha puesto y la luz es cálida y tenue. He encendido el televisor que hay colgado en la pared, pero el volumen está al mínimo y se oye un rumor prácticamente inaudible; atisbo las imágenes con el rabillo del ojo, una luz borrosa y cambiante. Él está mirando absorto al techo; su mano, enredada en mi pelo, tira suavemente de los mechones de vez en cuando, y reparo en que esto también se ha convertido en una especie de costumbre. Hemos establecido nuestras respectivas dinámicas al estar juntos, sin pretenderlo siquiera.

—¿Estás segura de que te va bien lo del día 8? —pregunta finalmente.

Me giro, extendiendo el brazo sobre su pecho y lo miro a los ojos.

—Desde luego. —Vamos a pasar la noche juntos por ahí, en un pequeño hotel llamado Silver Birches en una localidad perdida donde hace semanas hizo una reserva para pasar la noche de camino a la fiesta que ha organizado un amigo suyo al día siguiente para celebrar que cumple treinta años. Cuando me propuso que lo acompañara, la idea me sedujo y a la vez me aterrorizó. Incluso ahora, pese al aparente desinterés de Francis en lo que respecta a mis idas y venidas, no concibo dar semejante paso en mi vida sin que me descubra. No obstante, siempre que me paro a pensarlo (librarme de la obligación de levantarme y vestirme a altas horas de la noche para salir a la fría calle, y la intimidad de despertarme a su lado en la vida real, no solo en mi cabeza), me da un subidón de adrenalina, y bajo ningún concepto voy a echarme atrás ahora.

—Bien, vale —dice—. Si estás segura... No es que no quiera que vengas. Eso lo sabes. Es solo que no quiero que corras ningún riesgo.

—No pasará nada —le aseguro—. Me muero de ganas. —Estas palabras salen a menudo de mi boca, y de la suya. Da la impresión de que nos pasamos la vida en vilo y, a la hora de la verdad, el tiempo que compartimos es tan corto que cuando me quiero dar cuenta se ha esfumado, y vuelta al mismo estado de expectación anterior, como si nunca hubiera salido de ahí.

Él suspira y se rebulle debajo de mí.

—Y, a partir de ahí —señala—, vamos a tener que ir frenando esto, ya sabes. Las cosas no pueden seguir así eternamente, ¿no?

—Lo sé. —Es automático. Lo llevamos hablando mucho tiempo, y el 8 de julio se ha convertido en una linde..., en una especie de último hurra antes de comenzar a soltar los lazos que hemos pasado meses creando. Ahora más que nunca, parece un despropósito. Sopeso la posibilidad de decírselo, de plantear la idea de que puede que las cosas no tengan por qué tomar estos derroteros,

pero no me parece el momento oportuno y algo me enmudece—. No quiero —digo en vez de eso.

—Ya sé que no quieres —señala—. Para mí tampoco va a ser fácil. Pero no hay más remedio, ¿no? —No es una pregunta. Ya lo ha mencionado anteriormente, en varias ocasiones. La última vez, fue más allá. «Me quedan unos cuantos años para cumplir los treinta y ¿qué tengo? Vivo en un piso sin pareja y estoy saliendo con una mujer casada que tiene un hijo. Cuando esto acabe, tú podrás centrarte en él, pero yo no tengo nada. He de vivir mi propia vida. Necesito seguir adelante, sin ti». Yo retrocedí casi conmocionada por la sorpresa, con el dolor en mi semblante tan patente como si lo hubiera dicho a voces, y él posó su mano sobre la mía, pidiendo perdón en silencio, pero sin retractarse.

Permanecemos tendidos en silencio un poco más, y la tristeza comienza a flotar en la habitación como el humo. Cuando estamos juntos, cada vez nos encontramos más sumidos en esta indescriptible melancolía que tiñe cada gesto y caricia. Antes pasábamos el rato riendo como quinceañeros, entreteniéndonos mutuamente sin el menor esfuerzo. Da la impresión de que todo se ha desarrollado con el botón de avance rápido pulsado. En cinco meses, hemos envejecido diez años, anticipando la sombra de la separación.

Se coloca de costado para mirarme de frente y atrae mi cara hacia la suya. Incluso mientras lo hace, pienso que jamás me han besado con tanta delicadeza, con semejante atención, como si estuviera tratando de grabar a fuego en su memoria la manera en la que nuestros labios se funden. Sé lo que significa. No quiero perderlo. Con un impulso primario, me aprieto fuertemente contra él sin mediar palabra, deseando con todas mis fuerzas que me lea el pensamiento.

—Será mejor que salgamos de aquí —dice al cabo de unos instantes. No es lo que esperaba, pero al ver la hora que es me doy cuenta de que tiene razón. Asiento en silencio y cojo mi ropa.

Apenas he tardado media hora en llegar a casa, pero ya está oscureciendo y caigo en la cuenta de que me he retrasado más que de costumbre, más de lo que justificaría el pretexto de salir más tarde del trabajo. Me armo de valor al meter la llave en la cerradura, pero nada más entrar en el vestíbulo oigo los ronquidos irregulares y entrecortados de Francis procedentes de la sala de estar.

Primero voy a ver a Eddie, y me lo encuentro durmiendo plácidamente, arropado en la cama. Al acariciarle el pelo suavemente, me remuerde la conciencia. Me da la impresión de que prácticamente no lo he visto esta semana. Mañana, llegaré pronto a casa para pasar un rato con él; a lo mejor lo llevo al parque infantil. Salgo con sigilo de la habitación y cierro la puerta.

Entro de puntillas en la sala de estar y contemplo a Francis, despatarrado en el sofá. Doy un respingo al fijarme en que se ha dejado un paquete de pastillas a la vista, tirado de cualquier manera a su lado. No consigo recordar cuántas quedaban la última vez que miré, pero ahora la lámina de aluminio está arrugada y no queda ninguna. Al observarla se enciende la llama de la ira en mi interior, candente y sin remisión. Alargo la mano y lo zarandeo bruscamente por el hombro; en vista de que prácticamente ni se inmuta, doblo la presión. Farfulla algo que bien podría ser una bienvenida o una orden para que lo deje en paz. Entorna lánguidamente los párpados durante una milésima de segundo y acto seguido se le vuelven a cerrar.

—Por el amor de Dios, Francis —digo, consciente del timbre histérico de mi voz y a sabiendas de que voy a perder los nervios—. ¿Qué demonios te estás haciendo a ti mismo? ¿Acaso eres mínimamente consciente de lo que está pasando aquí? Joder, ¿te haces una remota idea?

Abre los ojos de nuevo, con un movimiento lento y doloroso, como si estuviera tirando de los párpados hacia arriba con alicates. A juzgar por cómo me mira con los ojos vidriosos, no parece reconocerme, y mucho menos asimilar lo que estoy diciendo. Me quedo plantada en medio de la sala, envolviéndome con mis brazos, y todavía puedo sentir y oler a Carl en todo mi cuerpo, y de repente se me cae el mundo encima y no me explico cómo hemos llegado a esto. Las lágrimas pugnan por derramarse de mis ojos y me cierran la garganta.

—Por el amor de Dios, se supone que estabas cuidando de nuestro hijo. ¿Y si se hubiera despertado y te hubiera necesitado? ¿Cómo voy a fiarme de que no lo ignorarías sin más? —Es mi propia hipocresía lo que provoca mis lágrimas en la misma medida que el miedo. No tengo ni idea de lo que significa la confianza ahora entre mi marido y yo.

Francis se rebulle desorientado en el sofá, se frota la cara e intenta espabilarse.

—Yo no haría eso —contesta—. Tengo presentes mis responsabilidades. Yo cuido de él. —Aunque sus palabras son conciliatorias, lo dice con acritud y con gesto furioso. Es lo único que aprecio.

—Vaya, menos mal —replico—. Me alegra saber que estás dispuesto a hacerlo por él, pero... —Me callo un segundo, con la duda de si realmente deseo pronunciar las palabras que tiemblan en mi boca—. Pero no por mí —digo tras una pausa.

Vuelve a fruncir el ceño, como si estuviera confundido, descolocado. Quizá sea por el sentimiento implícito de mi comentario: un sentimiento que por lo visto no tiene cabida entre nosotros últimamente. Ni yo misma sé por qué me sigo preocupando. Abre la boca un instante y acto seguido la cierra de golpe, apoya la cabeza en los cojines del sofá y vuelve a cerrar los ojos.

Sigo hecha una furia, me cuesta respirar.

—No quiero seguir así —digo alto y claro, remarcando las palabras. Como no reacciona, aprieto los dientes y abrazo mi cuerpo con más fuerza—. No quiero seguir casada contigo —anuncio—. Creo que aquí no hay nada más que hacer.

Sus párpados se mueven casi imperceptiblemente, pero continúa sin reaccionar. Observo fijamente sus oscuras pestañas, sus facciones, que tanto me recuerdan a las de Eddie, la sombra de los huesos que en su día me gustaba recorrer con los dedos mientras él dormía, tratando de transmitirle mi amor silenciosamente a través de los poros de su piel.

—Voy a dejarte —termino. Aunque la frase es escueta y contundente, percibo el deje tembloroso de vacilación en mi voz y sé que, en cierta medida, él también lo oirá y lo entenderá. Ahora que lo he soltado, ambos sabemos que aún no lo digo totalmente en serio. Pero lo haré, me digo en mi fuero interno. Pronto lo haré.

Han vuelto. Esta vez, todo está preparado. Nada más ver que se detienen junto al edificio, me pongo los zapatos y echo a correr escaleras abajo. Hurgo en el bolsillo de mi abrigo mientras empujo la puerta del portal para salir, finjo distracción y, a continuación, echo un vistazo en su dirección, vuelvo a mirar simulando sorpresa y sonrío en un gesto de reconocimiento.

Me dirijo al crío directamente.

—Eres Eddie, ¿verdad? —Él me corresponde con una tenue sonrisa y seguidamente se lleva el puño a la boca y se lo chupa con timidez. Levanta la vista hacia su abuela, que me escudriña con recelo—. Estoy viviendo en la casa de Caroline y Francis —explico—. Hay fotos de Eddie por todo el piso.

—Ah, claro. —La madre de Caroline parece aliviada con tan pobre explicación—. No es que estemos vigilando —explica—. Pasamos por el piso cuando volvemos del colegio, y...

—Paddy —suelta Eddie súbita y claramente, rompiendo brevemente su silencio. Sus grandes ojos grises revelan una expectación patente. Por un momento me quedo pensando y entonces me acuerdo del pequeño hámster gris que ocasionalmente me recuerda su presencia haciendo girar a toda velocidad su rueda como una criatura demente. Aunque Caroline dejó instrucciones para su cuidado con todo lujo de detalles, me he limitado a echar un puñado de comida en la jaula muy de vez en cuando y no ha ocurrido ninguna desgracia. Mantener la mayoría de las cosas con vida cuesta menos de lo que pueda parecer.

—Lo siento —dice la madre de Caroline como si nada—. No ha parado de hablar de él. Podríamos habérselo quedado esta semana, lo que pasa es que soy alérgica.

—Entonces —me da por contestar— tienen que subir a verlo. ¿Qué te parece, Eddie? —El niño asiente; la cara se le ilumina ante la expectativa. Incluso mientras lo hace, tengo presente que no puedo permitir que entren en el piso ahora. No con el revoltijo de cosas desparramadas por los suelos, con las fotografías mutiladas del pasillo—. Tengo que irme ya —añado—, pero a lo mejor mañana, a la vuelta del cole, ¿vale?

Eddie se pone a dar brincos de excitación, al tiempo que suelta una salva de exclamaciones de aprobación. La madre de Caroline sonrío, un poco de compromiso.

—Bueno, es muy amable por su parte —dice—. Ya veremos cómo se da el día mañana. En fin, no nos entretenemos más. Encantada, hum...

Se queda callada, esperando que me presente, pero yo sonrío, echo a andar calle abajo y me despido con un rápido ademán de la mano sin más. Mis pasos resuenan en mi cabeza como disparos. No sé bien lo que acabo de hacer, pero me llena de euforia y siento la cabeza ligera y aturdida. Fue una estupidez pensar que la manera de acercarme a alguien era a través del lugar donde vivía, de las cosas que poseía. Son sus seres queridos los que más te dicen cómo es.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Estoy tumbada, totalmente espabilada en la habitación en penumbra, contemplando cómo sube y baja el edredón a mi lado mientras Francis duerme profundamente; los muebles emergen gradualmente de la negrura y adquieren forma a medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Percibo cierta sensación de irrealidad al estar aquí por la noche. Cualquier cosa parece posible y, a medida que se me agolpan los pensamientos, la inquietud se apodera de mí. Quiero levantarme, registrar la casa una vez más con la esperanza de encontrar una nueva pista.

Al observar las líneas puras y minimalistas del dormitorio, soy consciente de que no hay nada más por descubrir. Pero no es posible que el conjunto de tus posesiones se reduzca a esto. No puede ser. Los roperos y los armarios de la cocina están prácticamente vacíos, y es imposible que te hayas llevado el contenido íntegro de una casa entera esta semana. Hasta las vitrinas son de las que nadie tiene en la vida real: cubos de madera huecos con alguna que otra vela o adorno. Nunca te gustó el desorden, pero esta austeridad me rompe los esquemas. Seguramente habrá más cosas. Pero ¿dónde? Mientras sigo ahí tendida, súbitamente me asalta un pensamiento. Espoleada, aparto el edredón a un lado sin hacer ruido, salgo de la cama a hurtadillas, cojo mi teléfono y me dirijo al descansillo a oscuras. Me da un escalofrío de arriba abajo, en parte por el frío, en parte por el miedo.

Al mirar hacia arriba, veo la respuesta delante de mis narices. Hay una pulcra trampilla encalada en el techo con un pequeño tirador de latón a un lado, la entrada a un desván. Ahora que me fijo en ella, recuerdo haber visto una larga barra metálica en el armario del recibidor; voy a por ella a toda prisa, la engancho al panel del techo y tiro. Al abrirse de par en par veo que tiene encastrada una escalera de mano, que se despliega al tirar. No hay luz en el desván, pero al mirar hacia arriba creo vislumbrar bajo los travesaños una

serie de sombras en la oscuridad iluminadas por la tenue luz de las farolas que se filtra por la claraboya. La idea de internarme en la oscuridad me da pavor, pero aprieto los dientes y me digo a mí misma que ahí arriba no hay nada ni nadie. Lo único que me asusta son mis propios pensamientos.

Sujeto la escalerilla con ambas manos y subo los peldaños con tiento, con cuidado de no hacer demasiado ruido para no despertar a Francis, y el corazón acelerado por la adrenalina. Me abro paso con dificultad por la trampilla y caigo a gatas sobre el suelo de madera del desván. Al alumbrarlo con la linterna de mi teléfono compruebo que tiene una gruesa capa de polvo, pero al aguzar la vista sobre el espacio a oscuras reparo en indicios recientes de que alguien ha estado aquí. Hay huellas nítidas, posiblemente de haber arrastrado objetos pesados por el suelo. Al incorporarme con cautela, me percató de un interruptor en la pared de al lado y lo pulso; la tenue luz de una bombilla anaranjada brilla sin pantalla en medio de la habitación y, aunque todavía me deslumbra, ahora distingo varias bolsas de basura blancas grandes, como mínimo una docena, amontonadas en un rincón de la estancia. Junto a ellas hay apiladas unas cuantas cajas de cartón: están flamantes, sin una mota de polvo o moho.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, con un nudo en la garganta, y amortiguando de forma mecánica el sonido de mis pasos conforme me aproximo. Me vienen a la cabeza imágenes rocamboleras: bolsas llenas de un revoltijo de miembros amputados, regueros de sangre. No logro aplacar mi temblor al alargar la mano hacia la primera bolsa y deshacer el nudo.

Un revoltijo de menaje, paños de cocina y loza mezclados sin orden ni concierto. Las siguientes bolsas son similares; utensilios y adornos sin aparente valor o significado personal almacenados precipitadamente. No hay razón para esconder estas cosas, salvo que desees mantener totalmente en secreto y lejos de mí los detalles mundanos de tu vida. Abro a tirones una bolsa detrás de otra sin encontrar gran cosa de interés. Hay unas cuantas cajas a rebosar de libros; me entretengo un poco ojeando los títulos. Varios clásicos, unas cuantas biografías, hasta algún que otro libro de psicología barata que me cuesta imaginar que hayas leído alguna vez.

Detrás de las cajas hay un fardo de bolsas más, mucho más ligeras y flojas que las otras, y me da un golpe de náuseas al caer en la cuenta de que debe de ser ropa. Esto ya es más íntimo. Si cierro los ojos, todavía consigo recordar la sensación del roce de tu ropa en mis manos, y el aroma de tu loción para después del afeitado impregnado en ella. El corazón me martillea rápidamente

contra las costillas al abrir la bolsa que tengo más cerca, pero al meter la mano noto instintivamente que algo no cuadra. Saco unas cuantas prendas y las examino bajo la tenue luz. Son jerséis, de suaves tonos pastel. Meto la mano hasta el fondo de la bolsa y vuelco el contenido en el suelo. Todo es ropa de mujer; está claro que no es tuya. Todo es de la talla treinta y ocho, y algunas prendas son de marcas caras. Con un escalofrío, caigo en la cuenta de que seguramente sean de Amber. Registro las demás bolsas, y encuentro más de lo mismo. Prácticamente es como si hubieran trasladado aquí íntegramente su guardarropa.

Hecha un mar de dudas, me siento en el suelo. ¿Por qué hay tanta ropa, y por qué está aquí arriba? Vacío el contenido de la última bolsa y, entre el suave roce de los tejidos, algo repiquetea, el golpe de metal duro contra el piso. Cojo el objeto. Es un delicado guardapelo de peltre, y al abrir el cierre noto un hormigueo familiar y sin embargo inesperado en las yemas de los dedos. Es un mechón de pelo, abierto en las puntas.

En un acto reflejo, aparto los dedos y el guardapelo se me cae al suelo. El pelo es demasiado oscuro para ser de Amber, a menos que actualmente lo lleve muy teñido. ¿Será tuyo? Lo examino atentamente de nuevo y se me antoja que es posible. Es de un tono similar, y parece de un grosor similar. Lo vuelvo a tocar con la yema de un dedo y cierro los ojos para intentar recordar el roce de tu pelo contra mi piel. Aunque no logro avivar el recuerdo del todo, algo se remueve en mi interior; la tenebrosa luz anaranjada se difumina y se vuelve borrosa ante mis ojos y la cabeza me da vueltas. Guardo rápidamente el guardapelo en la bolsa, junto con la ropa de Amber, sintiéndome como una intrusa.

Sentada encorvada en el suelo del desván en camiseta y braguitas, estoy temblando, y tengo un torbellino de pensamientos en mi cabeza que reclaman mi atención. Trato por todos los medios de aclararme las ideas, y algo aflora a la superficie: algo que lleva ronroneando en mi cabeza desde hace días. Estoy recordando el día de la cafetería, su expresión reservada al preguntarle si sabía quién vivía aquí. «La verdad es que no. Te cruzas con la gente, pero de ahí no pasa». ¿Por qué me mentiría? ¿Ya sospechaba quién era yo, y quería ocultarme la verdad? Pero, cuanto más vueltas le doy a esa posibilidad, menos plausible me parece. Su actitud no ha sido la propia de alguien que pretende pasar desapercibido u ocultar a su amante; ha intentado por todos los medios trabar amistad conmigo, se ha extralimitado. Y entonces recuerdo otra cosa: su manera de deambular por la casa la noche en que se presentó de improviso, su actitud vehemente. Mi instinto me dice que no era el comportamiento

propio de alguien que conociera bien la casa. Era como si deseara empaparse de todo..., como si le resultase totalmente ajena.

Un rápido e intenso escalofrío me estremece el cuerpo; me acurruco más, pegando las rodillas al pecho, intentando pensar. ¿Acaso es posible que Amber no sea tu novia? ¿Que sufra una obsesión ciega por ti, que te aceche de cerca desde el otro lado de la calle? Pero entonces me viene a la cabeza la fotografía del frigorífico, y la ropa de mujer que hay delante de mí, y la idea se desbarata y vuelvo al mismo punto de partida.

Me aprieto las sienes con los dedos para aplacar el dolor que empieza a palpar y resoplo de impotencia. Movida por un impulso, cojo el teléfono y escribo un mensaje. «Siento no haber respondido a tus llamadas. Lo haré pronto, lo prometo. Oye, una cosa, si no sabías quién era, ¿por qué me ocultaste que Carl vivía aquí? Por favor, sé sincera conmigo para que podamos hablar».

En cuanto pulso el botón de «enviar» me asalta la duda de si he hecho bien, pero, como es demasiado tarde, observo la pantalla y me quedo en vilo a la espera de una respuesta. El instinto me dice que está tan despierta como yo y, en efecto, menos de un minuto después el teléfono vibra y se enciende el icono de un nuevo mensaje.

«Caroline, tenemos que hablar de todo esto personalmente. No he pasado por allí porque sé que esta situación debe de ser difícil para ti, y tampoco quiero involucrar a Francis, pero no voy a esperar eternamente». Es una advertencia ligeramente velada, pero patente. No me extrañaría nada que Amber se pusiera a aporrear la puerta en mitad de la noche, exigiendo una charla de inmediato. Me consta que lo haría, igual que yo.

Mis dedos se mueven despacio por la pantalla. «Yo iré para allá. En cinco minutos». Acto seguido bajo por la escalerilla y entro sin hacer ruido en el dormitorio, cojo la ropa que dejé en el respaldo del sillón hace un par de horas y me visto a toda prisa. Mientras me atuso rápidamente el pelo con los dedos se me ocurre maquillarme un poco, pero no quiero encender ninguna luz, y quizá lo de menos sea mi actual aspecto. Quiero que me vea tal y como soy. Una mujer de treinta y cinco años, con la huella visible de los últimos años en el rostro. Tras echar una última ojeada a Francis, salgo a hurtadillas del dormitorio, bajo las escaleras sin hacer ruido, abro la puerta y salgo a la calle.

Hay tal quietud fuera que me da la sensación de ser lo único que se mueve en un mundo estático. Las ventanas dispuestas en fila, oscuras y vacías, se perfilan contra las hileras de árboles, podados con esmero, con las copas inmóviles apuntando al cielo. Las farolas iluminan la calle en intervalos

simétricos, pequeños haces de tenue luz anaranjada cuyo resplandor sume en la penumbra lo que hay alrededor. Conforme camino en dirección al número 14, mi sombra me alcanza en varias ocasiones. No dejo de repetirme a mí misma que hay pocos lugares tan seguros como un callejón sin salida de un barrio residencial. Bastaría un ruido repentino, un grito en el silencio, para que las ventanas se iluminasen en una reacción en cadena como fichas de dominó, y para que los fisgones se asomasen entre las cortinas. La idea no me reconforta como yo esperaba. En este momento, más que nunca, es preciso que actúe con discreción. No quiero que me vean.

Nada más llamar al timbre, atisbo su sombra a través del cristal esmerilado, acercándose para abrir. Solo hay una lamparilla encendida al fondo de la casa, en el pequeño cuarto que, ahora caigo en la cuenta, debe de ser tu estudio. Ella se aparta en silencio, con una expresión indescifrable, para dejarme pasar. Camina tras de mí hasta la habitación del fondo, donde me fijo en que también va sin maquillar; tiene el aire de una virgen de mármol, austera, con una pureza inquietante. Lleva su rubia melena recogida hacia atrás y apelmazada sobre el cuero cabelludo, como si hubiera sudado.

—La verdad es que no sé qué decir —comenta por fin. Ninguna de las dos se ha sentado; estamos de pie frente a frente, a menos de medio metro de distancia, nuestros cuerpos palpando la tensión mutuamente. Tenemos la misma altura, la misma constitución. Me asalta la súbita idea, con más claridad que nunca, de que me han sustituido. Me han sustituido por una versión de mí misma más joven y guapa, sin mis pecados y heridas.

Abro la boca para contestar, mientras busco algún cumplido agradable que nos ayude a superar la rareza de esta situación, pero me quedo en blanco.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunto. Es una pregunta elegida al azar entre todas las que me bullen en la cabeza, pero cuya respuesta es la que más necesito.

Amber se queda pensativa, calculando el tiempo exacto.

—Dieciocho meses —dice finalmente. Hago un cálculo. Noviembre de 2013; cuatro meses desde la última vez que te vi. Demasiado precipitado. Inusitadamente precipitado, en tu caso. Solías decirme que nadie te había conquistado el corazón como yo en tu vida, que nada te había motivado realmente antes de mí.

Ella me observa con la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba, con un aparente ademán desafiante.

—Nos mudamos aquí al cabo de siete meses —explica, y ahora su tono revela un marcado matiz provocador—. Fue rápido, pero, cuando llega el

momento, lo sabes, ¿no? —Se expresa con una crudeza resolutiva y desapasionada, como retándome a discrepar.

—Supongo que sí —me da por decir.

Ahora que ya sabe que no pretendo atacarla, su actitud se relaja ligeramente y se acerca a la luz, lo cual me permite apreciar las sombras de su cara, sus pupilas como cabezas de alfiler en sus ojos verde oscuro. Intento ponerme en su lugar —en el papel de la ocupante actual de la casa, amenazada por una mujer del pasado—, pero es imposible. Todavía no me parece del todo real, no me cuadra que sea tu novia. Tiene la tez iluminada, la lamparilla crea reflejos en su melena rubia, y bajo el fino tejido de su camiseta blanca se aprecia la curvatura de sus pechos, sus pezones se perfilan levemente. Me asalta una visión, una vaga imagen: tú, tirando de la tela hacia arriba con las manos, sacándosela por la cabeza.

—Mira —dice sin rodeos—, seguramente te harás cargo de la impresión que produce todo esto. Sé sincera conmigo. ¿Viniste aquí para verlo?

—Por supuesto que no —contesto, tratando de imprimir un tono rotundo a mis palabras. Sé que, en sus circunstancias, yo me estaría planteando lo mismo, pero de todas formas no puedo evitar que la insinuación me moleste.

—Vale —dice Amber despacio. No logro dilucidar si me cree o no—. Pero me comentaste que se había puesto en contacto contigo. —Hace una pausa y se muerde el labio inferior—. En la calle —señala—. El otro día. Me dijiste que tu ex te había mandado un mensaje. Te referías a Carl, ¿verdad?

Al oír su nombre por boca de ella, pronunciado con tanta naturalidad y familiaridad y ese matiz posesivo, me dan ganas de no contarle nada. Ella está de tu parte, no de la mía. No me creería, me tacharía de fantasiosa; te llamaría por teléfono en el acto, si es que no lo ha hecho ya. Me da un vuelco el corazón ante la idea y me veo en la necesidad de preguntar:

—¿Se lo has dicho? ¿Que estoy aquí?

Amber niega con la cabeza.

—No quiero disgustarle. No vale la pena remover el pasado..., a menos que sea necesario. —Percibo una amenaza velada. Ella todavía tiene sus dudas acerca de mis intenciones.

—Entiendo. —No tengo más remedio que admirar su hermetismo. En ese sentido, no se parece en nada a mí. Yo no podría haber guardado este secreto más de unos minutos..., aunque, como es lógico, llevo días ocultárselo a Francis. No estoy segura de dónde radica la diferencia. Quizá se trate sencillamente de que yo estoy acostumbrada a ocultarle cosas, a encasillar

nuestra vida de pareja y a desenvolverme en el complicado juego de revelar algunas y guardarme otras para mis adentros.

Amber me mira fijamente con aire expectante, aún a la espera de la respuesta a su pregunta.

—Me dijiste que se había puesto en contacto contigo —repite—. Y me dijiste que creías que estaba en tu piso. ¿En qué te basabas?

Abro la boca, haciendo amago de intentar explicarme, pero no sé por dónde empezar.

—Recibí un correo hace poco —respondo despacio, y al hacerlo me doy cuenta de que es posible decir la verdad sin revelar nada en absoluto—. No era de él, o al menos no figuraba como remitente. Mencionaba mi piso, y... desprendía algo que me recordó a él. Creí que era él quien se había puesto en contacto conmigo. Pero a lo mejor me equivoco.

Ella frunce el ceño imperceptiblemente mientras lo asimila. Al hacerlo, se deja caer en una silla y me invita a sentarme con un ademán. Se inclina hacia delante, entrelaza sus largos dedos y se rasca la piel adelante y atrás con sus uñas pintadas de color rosa claro con aire pensativo. El movimiento destila algo hipnótico.

—Efectivamente —dice por fin—. Me parece que estás equivocada. —A pesar del modo en que lo expresa, no suena como una opinión. Habla con absoluta certeza—. Si conoces a Carl —continúa—, entonces deberías saber que no cambia de parecer. En lo que respecta a él, es casi un defecto. Y tomó la firme decisión de cerrar el capítulo de vuestra relación. —Solo me mira a los ojos en este momento, y su penetrante mirada impasible me pone nerviosa—. Ha pasado página —añade.

Nada más oír las palabras me duelen, son un golpe bien dirigido que me hace encogerme. Pero el impacto se mitiga, se desvanece por completo prácticamente en cuanto se produce. Sus argumentos carecen de fundamento a tenor de las pruebas de las que dispongo: no solo los secretos que le estoy ocultando, sino el peso evidente y tangible del parecido que existe entre nosotras.

—Extraña manera de pasar página —comento, señalando hacia el espacio que media entre nosotras.

El semblante de Amber refleja un atisbo de duda al comprender mi comentario, pero se encoge de hombros y se recoge el pelo detrás de las orejas.

—Él tiene su prototipo —dice—. Como mucha gente.

Aunque me consta que no se limita a eso, no me pronuncio; dejo que escuche el eco de sus propias palabras en el silencio.

—¿Qué te ha contado? —pregunto en cambio—. Sobre mí. Sobre nuestra relación.

Ahora por lo visto se encuentra en un terreno más seguro, y se endereza y me mira a los ojos de nuevo.

—Todo. —Se le tuerce el gesto como si quisiera entrar en detalles, pero, tras pensárselo dos veces, aprieta los labios y niega ligeramente con la cabeza.

Sin pretenderlo, pongo esa escueta palabra en su contexto. Las imágenes afloran a mi mente, dirigidas a creciente velocidad hacia aquel punto sin retorno: la carretera del hotel Silver Birches, el sitio donde te vi por última vez. Noto la mirada de Amber, y me pregunto en qué medida llevo escrito en la cara lo que pretendo ocultar a toda costa, y si realmente está al tanto, si realmente comprende. Durante mucho tiempo he pensado que nuestros secretos se restringían únicamente a ti y a mí, a un estrecho y desafortunado tándem. Es un vínculo tácito que se extiende en el horizonte. Me ha mantenido atada a tu vida, y a ti a la mía, a pesar de las circunstancias. La idea de que el círculo pueda haberse expandido para incluirla a ella me desconcierta.

—Oye. —Su voz interrumpe mis pensamientos—. En cuanto a ese mensaje que acabas de enviarme. —De pronto, me acuerdo del motivo por el que le he mandado el mensaje—. La verdad es que no entiendo lo que me preguntabas. ¿Me preguntabas por qué no te había dicho que Carl vivía allí?

—Sí —afirmo—. El primer día que tomamos café, cuando te pregunté si conocías a los dueños de la casa en la que me alojaba, respondiste que no. ¿Por qué no me dijiste que era él?

Ella frunce el ceño, obviamente descolocada.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta—. Carl vive aquí. En esta casa, conmigo.

Parpadeo, al tiempo que trato de asimilar lo que ha dicho. Carece de sentido, y sin embargo tiene tintes de verdad. La vajilla de su cocina, las paredes en tonos vivos, las pulcras láminas en blanco y negro del pasillo. Son de tu estilo, no del suyo. No me cuesta imaginarte aquí, en esta casa, cosa que jamás he podido hacer en la del número 21. Las imágenes que visualizo de ti en este lugar se me agolpan en la cabeza con una certidumbre que me dice que no está mintiendo.

Estoy caminando por un terreno pantanoso, intentando encontrarle sentido a algo que se me escapa. ¿El número 21 es propiedad de otra de tus novias, de

alguien que confía en ti y te deja entrar con toda libertad en su casa, y cuya ausencia has calculado para que coincida con mi llegada? ¿Has colgado sus datos en la página web de intercambio de casas sin su conocimiento? ¿Alguien la registró, consiguió sus llaves y se hizo con las mías? ¿O eres dueño de ambas casas? Sin embargo, todas las ideas que me vienen a la cabeza me resultan inverosímiles.

—¿Cuándo regresa? —pregunto por fin. Es preciso reconducir la conversación a un terreno más seguro. De lo que tenemos que preocuparnos es del aquí y del ahora; es lo único que podemos resolver en este momento.

—Mañana por la tarde —responde, sin poder evitar la alegría en su voz por un instante, que su cara se ilumine fugazmente por lo feliz que en el fondo se siente de que vuelva.

Aprieto los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos. No tengo previsto regresar a Leeds hasta dentro de dos días y, aunque todavía no me explico cómo, debes de estar al corriente. Has decidido adelantar tu regreso. ¿Por qué? ¿Seguro que solo porque deseas verme?

—Es necesario que tomemos una decisión —dice Amber sin rodeos—. Sinceramente, no creo que debas quedarte. No creo que te haga ningún bien verle. Ni a ti, ni a él. Ni a mí —añade con indiferencia, pero sé que debe de ser esto lo que más le preocupa.

Mi reacción automática es rebatirlo, pero tengo la prudencia de morderme la lengua y no abrir la boca.

—Lo pensaré —digo por fin—. Te mandaré un mensaje por la mañana.

Amber asiente con la cabeza, y me fijo en que se hunde en el sillón, como extenuada por la intensidad de nuestra conversación.

—Vale. —Reclina la cabeza y entorna los ojos.

Me incorporo para marcharme, pero cuando tengo la mano en la puerta no puedo evitar formular la pregunta que me ha estado martilleando desde el primer instante en el que supe que ella era la persona que podía proporcionarme la respuesta.

—¿Cómo está? —pregunto sin más.

Ella levanta la cabeza despacio y me mira con recelo.

—Bien —contesta—. Muy bien. Feliz. —Aunque lo dice en tono suave y no combativo, cada palabra me produce la sensación de un disparo sordo que zanja el asunto. Me quedo pensando en estas palabras, les doy vueltas en mi cabeza. No encajan con lo que comentó el otro día, cuando habló de vuestro distanciamiento, de la sensación que a menudo tenía de que estabas algo ausente. Pero como no tengo energía para discernir qué opción preferiría o

cuál tiene más probabilidades de ser cierta, simplemente hago un gesto de asentimiento, salgo de la casa y cierro la puerta sin hacer ruido.

De algún modo, en las escasas horas que he pasado dormida desde que volví de la casa de Amber, me las he ingeniado para moverme en la cama hacia el lado de Francis, de modo que al despertarme tengo los labios pegados al hueco de su cuello y sus brazos están extendidos lánguidamente alrededor de mí. Él aún duerme; su respiración acompasada remueve el pelo que me cae por la cara. Tendida al calor de su cuerpo pegado al mío, el surrealista encuentro con Amber a medianoche se me antoja un sueño.

Francis se rebulle, se despereza y bosteza.

—Hola —farfulla, y me estrecha entre sus brazos—. Me alegro de que estés aquí.

Aprieto la cara contra su hombro, al tiempo que noto un repentino escozor en los ojos sin venir a cuento.

—Buenos días. —Su mano, apoyada ligeramente en mi coronilla, se desliza hacia mi nuca y ejerce una leve presión para instarme a que lo mire. Parpadeo para reprimir las lágrimas—. ¿Has dormido bien?

Frunce el ceño ligeramente, con la cara inclinada hacia abajo para escrutarme.

—No he dormido mal —dice—, pero en un momento dado me desperté y no estabas aquí. ¿Adónde fuiste?

—No podía dormir. Me fui un rato a la planta baja —respondo en el acto. Me doy cuenta demasiado tarde de que no tengo la menor idea de si fue en busca mía y se encontró la casa vacía. Se me tensan los músculos, pero no me contradice.

En vez de eso, dice tras una pausa:

—¿Sabes? Estoy muy preocupado por ti. Llevo así toda la semana. Sé que hemos pasado algunos momentos de tensión, sobre todo el otro día en el museo, y lo siento por la parte que me toca, pero no se trata únicamente de eso. Es que pareces... preocupada. Nerviosa. —Hace una pausa, como si buscara el término adecuado para calificar mi comportamiento—. Ausente —añade.

La palabra me provoca un escalofrío. La ausencia —el desapego— es algo que entraña peligro entre nosotros. Al llegar a casa me encontraba a un hombre que, más que un marido, parecía un robot colocado en su sitio, un holograma con la cara de Francis y nada en el interior. Al principio, me

reconcomía la rabia, magnificando el espacio vacío que había dejado al desmarcarse de la relación. Ni siquiera tengo claro cuándo la rabia dio paso a una indiferencia que me dejó totalmente anulada y aniquiló mi amor. Pero sí sé lo que la provocó y encalleció: tú. Y ahora, al cabo de tanto tiempo, vuelves a las andadas.

Le echo los brazos alrededor del cuello, al tiempo que intento volver al presente.

—Ya —susurro—. Lo siento. Es que... —Lo suelto, me tiendo boca arriba y me quedo mirando las motas de sol que titilan cálidamente en el techo—. No estoy a gusto aquí —digo con franqueza—. Sé que estábamos deseando hacer esta escapada, pero se me hace raro. Echo de menos a Eddie, y el piso. Echo de menos estar en casa. —Conforme hablo, siento crecer mi determinación. Amber estaba en lo cierto. Tengo la oportunidad de zanjar este asunto antes de caer en la tentación de retomar el contacto contigo—. Podríamos irnos a casa hoy mismo —concluyo.

Francis, desconcertado, toma una bocanada de aire.

—¿Hoy? —repite—. Pero si nos vamos mañana por la noche, de todas formas... ¿Qué sentido tiene irse ahora? Igual se te ha olvidado, Caro, pero también hay gente alojada en nuestra casa esta semana. No van a querer que los pongamos de patitas en la calle un día antes.

—No se me ha olvidado —digo, con el regusto amargo de la ironía en mi boca—, pero... —Me quedo sin palabras. Es imposible explicarle que sé que no tienes intención de quedarte en nuestra casa hasta mañana por la noche; que es probable que ya estés haciendo la maleta y los preparativos para realizar el largo trayecto en coche hasta aquí—. Seguro que no hay ningún problema —añado con poca convicción—. O podríamos ir a otro sitio, hacer una parada en algún lugar de las Midlands para pasar la noche en un hotel en el camino de regreso.

—¿A qué viene eso? —exclama Francis—. Es un gasto innecesario. Mira..., entiendo lo que estás diciendo, pero creo que podemos darle un giro a esto. Tampoco ha ido todo tan mal, ¿a que no? Y podríamos hacer algo agradable hoy. Reconozco que prácticamente se me ha agotado el repertorio de lugares turísticos, pero seguro que se nos ocurre algo.

Abro la boca para objetar, pero la inspiración me abandona y no se me ocurre ningún argumento que esgrimir. Se lleva mi mano a los labios y la besa con aire alentador, dando por sentado que el que calla, otorga.

—Vale —dice con resolución, al tiempo que salta de la cama—. Me voy directo a la ducha y después decidimos lo que hacemos hoy.

Cuando se mete en el cuarto de baño, me da frío y tiro de la ropa de cama para taparme hasta el cuello. Enseguida me cuestiono a mí misma; me pregunto si podía haber insistido más. Me digo para mis adentros que todo saldrá bien. Pasaremos todo el día por ahí, regresaremos tarde. Enfilaré el camino de entrada derecha hasta la casa, sin dignarme echar un vistazo al otro lado de la calle. Lo mismo me da encontrarme a escasos metros de ti que a cientos de kilómetros de distancia. No hay ningún halo invisible que adquiera nitidez cuando estás más cerca. No hay la menor diferencia.

Incluso mientras intento convencerme a mí misma, sé que es inútil. A pesar de todo, mi lado insensato no desea irse, y tampoco guardar las distancias. Tengo ganas de verte.

Cierro los ojos momentáneamente; me odio a mí misma. Ni siquiera sé a quién anhelo. El hombre al que conocí no habría hecho esto ni por asomo, y mucho menos enviar esa siniestra fotografía. Al pensarlo, cojo el teléfono y vuelvo a abrir ese correo, con el fin de constatar la evidencia. La impresión vuelve a conmocionarme como la primera vez: la cruda manipulación de las fotos, los óvalos de espacios huecos dejados al recortar mi cara. La observo atentamente durante tanto rato que empieza a volverse borrosa delante de mis ojos. Y a continuación me distraigo y, del mismo modo que puedes mirar un anagrama y ver que las letras se recolocan de buenas a primeras para cobrar significado, me fijo en otra cosa.

En la esquina de la imagen, casi fuera de plano, aparece el espejo que hay colgado en la entrada. La luz es tenue, y el flash de la cámara se refleja sobre el cristal, pero atisbo la figura de perfil que está sujetando en alto la cámara para hacer la fotografía. No logro distinguir la cara, pero sí el largo del cabello, la estrechura de los hombros y la curvatura del cuello. La silueta es de una mujer. No tuya.

En casa

Francis, julio de 2013

Lo único que asusta más que la certidumbre de que has tocado fondo es el temor de no haberlo hecho. Yo he pasado por eso varias veces a lo largo de estos últimos meses. Un lugar oscuro, una prisión sin escapatoria a simple vista: un cubículo sin ventanas impregnado de un fuerte olor a descomposición y putrefacción. Y entonces el engranaje se pone en marcha y el ascensor desciende bruscamente otra planta, y me doy cuenta de que, dondequiera que estuviera, era un mero habitáculo temporal. Siempre puedes caer más bajo. Esa es la lección que estoy aprendiendo, una y otra vez, día tras día.

Lo de hoy es una primicia. Son casi las ocho de la mañana y el sol del verano se está filtrando por las cristalerías; he pasado toda la noche en vela. Sin dar cabezadas intermitentes, sin quedarme brevemente adormilado delante de la pantalla del ordenador y despertarme con un brusco sobresalto, como si estuviera precipitándome al vacío y a punto de estamparme contra el suelo. He estado aquí sentado conectado desde hace diez horas y tengo los ojos como platos. No es que recuerde gran cosa. Repasar la noche en busca de algo a lo que aferrarme es como buscar madera a la deriva en un mar constantemente tempestuoso. Los rayos del sol me hieren los ojos y, a pesar del calor, estoy tiritando.

Hay ruido en las habitaciones contiguas. Un niño berreando y gritando, ráfagas de una canción sin palabras. Eddie. Su nombre se me antoja extraño y no me resulta familiar. El amor me envuelve incómodamente como un abrigo gastado y demasiado grande que no se amolda a mi cuerpo como antes. En un momento dado, se hará jirones, igual que todo lo demás.

Caroline entra en la habitación. Una mujer con un top sin mangas y una falda negra de tablas transparentes que dejan entrever debajo otra capa más corta de seda y que ondean y vuelven a posarse sobre su piel al darse la

vuelta. Tiene el pelo suave y huele a rosas. Somos el día y la noche. De hecho, la idea de que esta mujer en su momento me mirara a los ojos y me dijera con un ardor apasionado que me amaba, de que todo fluyera de la manera más natural, me resulta tan lejana que me pregunto si no habrá sido fruto de un sueño y si me habré despertado en otra vida totalmente distinta.

Se está mirando al espejo, pintándose los labios.

—Nos vamos en un minuto —dice.

—¿Dónde vais? —No tengo claro por qué me molesto en preguntar. La vida transcurre bastante ajena a mí, pero algunas costumbres nunca mueren y todavía me interesa dónde va y lo que hace, o, al menos, dónde me dice que va y qué me dice que hace.

Ella se queda inmóvil y me mira fijamente.

—A casa de mis padres. —Pronuncia las palabras despacio y subrayándolas, como si estuviera dirigiéndose a un crío—. Voy a dejar a Eddie allí el fin de semana, ¿no te acuerdas?

—Eso era el próximo fin de semana. —Sí que recuerdo haber hablado de esto. Noto una leve y patética punzada de satisfacción por haber asimilado algo. Pero no estaba previsto para hoy, o al menos eso pensaba.

—Hoy es 8 de julio, Francis —señala Caroline—. Este era el plan desde el principio. Nos vamos ya, y volveremos el domingo por la mañana. O sea, pasado mañana. —Alzo la vista bruscamente. Esa puntualización parece sarcástica, como información mascada para un idiota. Pero al mirarla a los ojos veo su gesto serio e impertérrito. Es como si pensara que no la entiendo.

—Ya lo sé —contesto, haciendo caso omiso—. Entonces, hasta luego. Que lo paséis bien. Llámame.

Se cuelga el bolso del hombro, pasa unos segundos colocándose y toqueteando la correa, mientras sus pensamientos aletean como mariposas en su semblante, cada uno más nítido que el anterior.

—Yo que tú —dice finalmente, sin mirarme— aprovecharía este tiempo para reflexionar acerca del rumbo que quieres darle a esto. Porque ya sabes lo que siento. No creo que tenga futuro. Y a menos que seas capaz de demostrarme lo contrario pronto, ya sabes lo que va a ocurrir: se va a ir a la mierda. —A pesar del taco, su tono es sereno y triste. Si se está dirigiendo a alguien, es a sí misma.

Pensarlo me sirve de cierto consuelo. Si ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos, pienso, dudo que puedas decirme lo que he de hacer. Y las palabras se las llevará el viento enseguida.

Eddie entra correteando en la habitación. Camiseta roja, zapatos azules. Sin darme tiempo a reaccionar, se abalanza sobre mí y me da un cabezazo en la barriga. Duele, como la mayoría de las cosas ahora. Hago una mueca de dolor y lo agarro de los hombros para apartarlo. Él estira los brazos para engancharse a mi cuello y me estruja.

—Adiós, papi. —Un contacto momentáneo e inocente. Él es el único que queda en el mundo que no me juzga, y solo se debe a que todavía no dispone de las herramientas necesarias. No tiene la edad suficiente para comprender. Pero, tarde o temprano, los ojos se le ensombrecerán de recelo, el labio se le fruncirá de asco y me dará la espalda.

Se marchan y la puerta se cierra de un portazo. Hurgo en mis sentimientos, un palo afilado escarbando en el lodo de la orilla del río. Soledad. Alivio. Dos caras de la misma moneda. Odio estar solo y sin embargo es una sensación natural, inevitable. Dos días. Me fijo en los paquetes de pastillas escondidos al lado del sofá y cojo unas cuantas. Me pongo a contar las que quedan, pero no consigo retener los números en mi cabeza. Más vale ir sobre seguro. Tampoco es que surtan efecto a estas alturas —me acuerdo del arranque de energía que solían provocarme, del subidón que llevo meses sin sentir, como el dulce recuerdo de una antigua amante—, pero, en cualquier caso, son necesarias. Acompasan mi respiración. La hacen posible.

Mando un mensaje a uno de mis proveedores y le pido que me aparte una cantidad. No puedo permitirme el lujo, pero ahora qué más da. Algo me dice que no podré resolver este marrón. La última vez que consulté mi saldo me pareció increíblemente elevado, hasta que vi el pequeño símbolo del menos. Cuando estoy aquí tumbado, a veces veo las cifras creciendo en números rojos, rodando y girando como el mecanismo silencioso de unas ruedas. Un mundo totalmente paralelo que avanza mientras la realidad retrocede.

Me levanto, me acerco a la ventana y aspiro el agradable aire cálido. Hoy tengo una sesión. Una adolescente que lleva meses viniendo. Al principio, le presté ayuda. Podría cancelarla. Últimamente suelo cancelar la mayoría. Pero de repente me noto curiosamente exultante de energía y la perspectiva de subirme al tren para ir a la clínica me parece factible. Tiene su aliciente. A lo mejor mentía al decir que no me provocaban un subidón. Todavía surten cierto efecto, a pesar de que cueste predecirlo o definirlo. Por qué no aprovechar la ola.

Para cuando llego a la clínica, la ventana que se había abierto en mi cabeza durante unos minutos ha vuelto a cerrarse y las persianas están bajadas. Hace frío aquí; moqueta amarillenta y paredes que huelen a moho, pantallas de lámpara desvaídas. No debería estar aquí. Las paredes se alzan sobre mí como centinelas, se inclinan hacia delante sombríamente y bloquean la luz y el espacio en mi cabeza. Este lugar rechaza mi presencia.

Pero ya es demasiado tarde; entro en la sala de consultas y veo todo pulcramente ordenado, tal y como debería estar. Una caja de pañuelos de papel encima de la mesilla auxiliar. Una jarra de agua y dos vasos pequeños. La lámpara del rincón encendida. Y ella, la chica, correteando tras de mí. No consigo acordarme de su nombre. Echo un vistazo a la chuleta rosa que asoma en mi carpeta. Melody. Menudo nombre. Significa otra cosa, aunque ahora mismo no caigo. Da igual.

—Bueno —digo—, ¿cómo estás? —Mi voz suena diferente y rara en mi propia cabeza. Como apagada, filtrada a través de varias capas de sonido. La chica ladea la cabeza y tengo que repetírselo.

—Ah —dice con gesto inexpresivo, como si creyese que le había dicho otra cosa, algo mejor—. Estoy bien, supongo. Bueno, esta semana no muy allá en general. He tenido otra bronca con mi madre. —Se pone a arrastrarme por el cenagal de su memoria. Intento prestar atención. No sé qué acerca de una pelea, de unas palabras malsonantes y subidas de tono. Me pongo a hurgar en viejas heridas, la insto a plantearse si es posible salvar la relación. Las palabras me entran por un oído y me salen por el otro, porque tengo el corazón acelerado y las palmas de las manos empapadas de sudor y sé que este rollo solía importarme pero ya no porque no me importa nadie salvo yo mismo.

Ella continúa hablando, pero sus ojos me cuentan otra historia. Me escrutan como si estuviera preguntándose quién demonios es este hombre al que está confesando sus secretos. Llevo semanas sin afeitarme, ni me acuerdo de la última vez que me duché, y tengo un lamparón del tamaño de la huella de una mano en medio de la pechera de la camisa.

Mis dedos están tamborileando contra el borde de la mesa. Basta. Da la impresión de que estoy impaciente, como si me estuviera aburriendo.

—Repíte eso —indico, porque ha hecho una pausa y da la impresión de que debería intervenir, pero no tengo ni idea de lo que acaba de comentar.

—Digo —repíte y, tal y como ha hecho Caroline, vocaliza las palabras despacio y espaciándolas con énfasis—. Digo que me da la sensación de haber nacido en la familia equivocada.

—Interesante —señalo, y, de hecho, es interesante, y de repente mi mente se acelera y mis pensamientos bullen a mil por hora, como bolas de lotería de colores vivos que salen al azar del bombo, sin orden ni concierto—. Porque, ¿sabes? —digo—, a lo mejor tu madre piensa lo mismo. Que has nacido en la familia equivocada. Que ha dado a luz a una alienígena. A una especie de íncubo. —Me estoy entusiasmando, pero la chica se encoge como si le hubiera asestado un golpe, los ojos se le inundan de lágrimas y, antes de que me dé cuenta, se levanta de un brinco y se marcha indignada.

Me quedo sentado en el sillón. Es la primera vez que ocurre esto. Hoy hay un montón de primicias. Fuera, en el pasillo, se deja sentir el eco lejano de su voz, en tono alto y lloroso, y un murmullo tranquilizador de respuesta. Dura unos minutos. Luego la chica pasa como una flecha por delante de mi puerta, sin dignarse mirar al interior, y baja las escaleras con estruendo en dirección a la calle.

—Francis. —Es Sara, la de las gafas retro de concha, el pelo ralo, los vestidos vaporosos. Es como una *hippie*, prescindiendo por completo del amor libre y la diversión. La idea me hace gracia y me pregunto si debería compartirla. Pero, sin darme la posibilidad de hacerlo, continúa hablando, en tono suave y machacón, con los brazos cruzados—. La verdad es que no me explico qué acabas de decirle a Melody, pero está muy disgustada.

—¿Disgustada? —Hago memoria, intentando por todos los medios encontrarle explicación. Lo que he dicho era interesante, estimulante. Nada personal. Yo mismo soy un íncubo. No encajo en ninguna parte. Ni en el esnob espacio aburguesado donde vive mi familia, ni en la supuestamente perfecta pequeña burbuja nuclear con mi mujer y mi hijo. A lo mejor debería haber dicho eso.

—Sí —afirma con rotundidad Sara—. Y tengo que decirte que esta no es la primera queja que recibo de ti en las últimas semanas. Sin mencionar todas las citas canceladas. Es una situación muy difícil, de la cual estoy segura de que te haces cargo. A todos nos preocupa tu bienestar, pero aquí ocupas un puesto de confianza. Es preciso que te asegures de ser capaz de estar a la altura de las circunstancias. Si lo necesitas, dispones de apoyo. Tú, más que nadie, deberías saber que no hay por qué avergonzarse de...

Y llegados a ese punto desconecto, porque es obvio dónde quiere ir a parar. Su boca continúa articulando y emitiendo sonidos. Mirada penetrante, palabras amables. Se equivoca al pensar que puede razonar conmigo. Dame una pistola cargada y apretaré el gatillo.

—A la mierda —digo, al tiempo que me pongo de pie—. Me largo. —La aparto para pasar. Aunque prácticamente ni la he rozado, sus labios se fruncen en una pequeña «o» de sorpresa y se aprieta el costado como si le hubiera asestado una puñalada en las costillas. Únicamente he herido su orgullo, y la gente que se siente herida con semejante facilidad no merece vivir.

Vuelta a la calle, al tren, a recorrer el camino en dirección a casa. Siento un martilleo atronador en la cabeza y el cuerpo dolorido y tenso. Estallidos de color en el aire, personas que se cruzan a toda velocidad como si estuvieran patinando sobre hielo. Se acabó. Basta de ponerse la máscara, basta de fingir ser alguien capaz de escuchar tus problemas y hacer que encuentres una solución, e incluso que estoy mínimamente capacitado para escuchar. Me lavo las manos y paso a lo siguiente. Sea lo que sea.

En casa, enciendo la televisión y meto una pizza en el horno. Me la zampo en cinco minutos clavados; los dedos se me pringan de aceite y el sabor de la comida barata y artificial inunda mi boca. Hay un programa sobre el Gran Cañón y, mientras lo veo, las espectaculares vistas panorámicas y la constancia de que ahí fuera hay un mundo inmenso al cual no tengo acceso me empuja por el precipicio de mi propio cañón, un lugar que a estas alturas conozco tan al dedillo que me encuentro en él más a gusto que entre estas cuatro paredes. Le mando un mensaje a Caroline: «Recuérdame que te hable del cañón negro». Hace unos meses, este tipo de ocurrencias incongruentes y crípticas solía provocar automáticamente su inquietud. «¿Qué pasa, Francis? ¿Estás bien?». A veces interrumpía sus salidas nocturnas y se apresuraba a venir a mi encuentro. Me gustaba, en cierto modo. Me demostraba que le importaba. Pero esta vez el teléfono permanece en silencio y yace inerte como un ladrillo a mi lado, y no tengo a nadie más a quien llamar.

Me quedo sentado en el sofá unas cuantas horas más; deslizo la uña de arriba abajo por el nuevo paquete de pastillas, las saco de la lámina y me las trago una a una, y cuando pienso que debería parar cojo unas cuantas más hasta que el mundo se nubla ante mis ojos y pierdo el control. Pero lo único que sucede es que me despierto catorce horas después con un dolor de cabeza espantoso y la profunda sensación de que mis huesos tienen puntas afiladas que me acribillan como cuchillos de dentro hacia fuera. Porque cualquier otra cosa sería demasiado fácil. Y por lo visto ni siquiera ahora soy capaz de decantarme por la opción más fácil.

No debería haber enviado la fotografía. Fue una decisión precipitada. Me figuro que, con la cantidad de correos que me estaba mandando, en un momento dado tenía que acertar, tocarme la fibra de alguna manera e incitarme a actuar. Es posible que un mono aporreando un teclado llegue a escribir Macbeth al cabo de unas cuantas horas o de un millón de años, y en el gran esquema de las cosas ella no tardó mucho en dar con mi punto débil. Fue debido al desafío de la inactividad. A la conclusión fortuita de que estaba holgazaneando, con impotencia y pasividad, a la expectativa. Y, por supuesto, como todos los mejores insultos, me dolió porque temía que fuese cierto.

A pesar de que tardé un tiempo en comprender por qué había cambiado el tono de sus correos —preguntas escuetas; amenazas veladas, confusas—, al volver a mirar la fotografía reparé en que mi sombra me había delatado en la esquina de la imagen. Al final, lo único que hizo falta para echar por tierra su romántico cuento de hadas fue un inapreciable reflejo borroso creado por la luz. Le rompió los esquemas, dio al traste con sus propias suposiciones. Mientras encarné a Carl, ella podía engañarse a sí misma pensando que la única razón por la que alguien se inmiscuía en su vida de esta manera era porque no podía soportar estar sin ella. Ahora, ya no puede. Y sigue sin entenderlo. Así es como ha reescrito totalmente el pasado. Sigue sin asumir que por aquel entonces lo que se perdió fue mucho más que la película que se ha montado.

Sin embargo, ahora no puedo quedarme sentada cavilando. Tengo que prepararme para recibir una visita. Tengo que dejar el apartamento reluciente, al menos las zonas que puedan ver. He sacado brillo a las superficies, he tirado la basura. He quitado todas las fotografías del pasillo donde aparecía ella, con lo cual, todo sea dicho, no quedan muchas, pero con suerte no se darán cuenta. Y ahora, mientras friego los platos, limpio y restriego, no dejo de pensar en el instante en que pongan el pie en el umbral y estemos juntos en el apartamento. Se ha convertido en un momento perfecto en mi mente: un pequeño y primoroso retablo, una burbuja congelada en el tiempo. Aún no sé qué hacer con ella. Pero, cuanto más se aproxima, más

pienso que veré la luz; que mediante una especie de inspiración divina comprenderé cómo resolverlo todo, borrar los dos últimos años y empezar de cero.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Estoy en el último sitio donde quiero estar. Un manicomio con luces de neón enterrado en las entrañas de un centro comercial de hormigón, con el aire rancio por el olor a patatas fritas, el sonido sordo de un bajo y la algarabía de los niños. A Francis se le ha ocurrido que debíamos recordar viejos tiempos con una visita a la bolera a la que solíamos ir juntos de vez en cuando hace años, cuando vivíamos en Londres, antes de que naciera Eddie. Cuando entró en el dormitorio para proponerlo, yo todavía estaba absorta en la fotografía del correo electrónico, tratando de concentrarme, con la sangre fluyendo a toda velocidad por mi cabeza. No me encontraba en condiciones de negarme. En un momento de locura, hasta pensé que igual me sentaba bien: tomarme un descanso, aclararme las ideas y librarme de esta mezcla de desilusión, alivio, confusión y miedo. Pero eso queda descartado en este caos, y cada golpazo y alarido me crispera los nervios.

—¡Bueno! —Francis está calibrando las bolas con aire resuelto, buscando las del tamaño adecuado—. Empezaré yo. Prepárate para la paliza que voy a darte. —Avanza a grandes zancadas y lanza una bola con más fuerza que puntería, que sale rodando hasta el fondo como una carraca que hace que me rechinen los dientes—. Vaya, en fin... —dice. Se encoge de hombros y vuelve la cabeza con aire compungido—. Es que estoy desentrenado. Solo necesito retomar el hábito.

Intento sonreír, pero noto la boca tensa y rígida. A pesar de la cantidad de gente que hay apiñada en este espacio, hace frío, el aire acondicionado bombea sin piedad en el local y me eriza el vello de los brazos. Cojo una bola, me aproximo a la línea de falta y tomo impulso para lanzarla. Observo cómo sale rodando, una esfera de color naranja chillón enfilando hacia el blanco, pero en el último momento se desvía bruscamente de su trayectoria y derriba dos o tres bolos antes de desaparecer.

—Mala suerte —cacarea Francis, y me da una palmadita en el brazo fingiendo lástima cuando vuelvo.

—Pues anda que tú... —replico automáticamente, y me invade una especie de desazón al escuchar nuestra cháchara y me consta que debería estar pasándolo bien, que debería ser capaz de relajarme y divertirme con mi marido sin que estos nubarrones empañen el ambiente y estos espantosos y desagradables pensamientos se interpongan entre nosotros. Alargo la mano hacia la suya, aún posada en mi manga, y pongo los dedos sobre su piel tibia. Esto es lo real, y sin embargo no puedo obviar el hecho de que todo podría truncarse, incluso a estas alturas, si pronunciara la palabra. Una revelación, una decisión bastaría para que todo lo que hemos reconstruido con esmero volase por los aires. Hagas lo que hagas, lo único que se necesita para echarlo a perder es que uno dé media vuelta y se marche.

Mientras continuamos jugando, los pensamientos me atenazan sin tregua. Tú y esa mujer de la fotografía que me mandaste por correo electrónico tenéis algún tipo de vínculo; debe de haberlo. ¿Habéis maquinado esto entre los dos? ¿Está enamorada de ti, dispuesta a hacerte el trabajo sucio? Pero eso no tiene sentido... Si quisieras estar en mi casa, conocer el lugar en el que vivo, sería absurdo mandar a alguien en tu lugar. A menos que estéis juntos allí. Pero esas fotos del pasillo..., no me cuadran con tu manera habitual de actuar, ni siquiera lo aprobarías. Es un acto demasiado mezquino para ti, demasiado amenazador. Incluso si desearas hacerme daño, el hecho es que me resulta inconcebible que actuaras así. No recurrirías a este tipo de ardidés y artimañas. O sea, que a todas luces..., no eres el único que hay detrás de esto.

Pero eso tampoco me cuadra. No puedo creer que el hecho de que vivas enfrente de la casa donde me alojo sea una casualidad. Por más vueltas que le dé, me muevo en bucle, regreso una y otra vez al mismo estado de confusión. ¿Quién demonios es esta mujer? ¿Por qué está en mi piso, y qué pretende?

Algo se alza tenebrosamente en los confines de mi mente y lo reprimo, al tiempo que aprieto los puños por el esfuerzo. El local resplandece a mi alrededor, los motivos psicodélicos desvaídos de la moqueta súbitamente adquieren tres dimensiones y se mecen bajo mis pies como olas.

—¡Strike! —Francis está apostado al fondo de la calle con los brazos en alto en señal de triunfo—. Menudo remate. —Viene a mi encuentro correteando y me da un beso compadeciéndose de mí—. Eh, no pasa nada. No se te ha dado tan mal...

Levanto la vista hacia la tarjeta de puntuación y caigo en la cuenta de que no tengo ni puñetera idea de cómo ha ido la partida. Por lo visto he

acumulado sesenta y ocho puntos, aunque al hacer memoria no me acuerdo de haber lanzado ni una sola bola desde el inicio de la partida. He desperdiciado el tiempo otra vez, ausente de mi vida. Como cualquier adicción, da la impresión de que esta ansia autodestructiva ha estado minando sin cesar mis defensas con una férrea determinación, hasta que finalmente ha hecho mella en mí.

Adopto un tono ligero para felicitar a Francis y, al abrazarlo, aspiro el olor familiar de su loción para después del afeitado y me aferro a su reconfortante solidez.

—¿Tienes hambre? —pregunta. Asiento, a pesar de que no tengo nada de apetito y que el olor a aceite y grasa que flota en el ambiente me está revolviendo el estómago—. Vale —dice—. Voy a por un par de hamburguesas. ¿Y si mientras pillas una mesa?

Se interna en el pasillo de luces fosforescentes en dirección a la cafetería y lo sigo a cierta distancia, examinando absorta las filas de mesas amarillas. Veo una libre en el centro, me dirijo hacia ella y me siento en una de las duras sillas de plástico. A mi lado, una familia de cinco miembros mantiene un rifirrafe por la última ración de patatas fritas; los niños refunfuñan y se chillan entre sí por encima de la mesa manchada de ketchup, y el bebé que hay sentado en la trona está dando puñetazos y berreando. El ruido me desquicia los nervios, de por sí crispados, y miro a mi alrededor en busca de otro sitio, pero todas las mesas están de bote en bote y, con los hombros hundidos, me doy por vencida.

Mi teléfono emite un zumbido en mi bolsillo y noto el habitual nudo de aprensión. Por un momento, se me pasa por la cabeza que puede tratarse de Amber, para decirme que has regresado..., a lo mejor para advertirme de que te lo ha contado todo, que estás consternado ante la posibilidad de que te haya seguido hasta aquí. Pero el nombre que aparece iluminado en la pantalla es el de Jess. Me quedo mirando, paralizada. Es una señal, una bandera blanca en la espesura, que me recuerda que mi mundo no se reduce a todo esto.

Leo el mensaje. «¡Hola! ¿Qué tal la semana? ¿Cómo van las cosas entre tú y F? He visto tu foto en FB... ¡Un pelín rara! ¿Acaso no pilló la broma? Jajaja. Bueno, hablamos pronto, espero. Bss».

Frunzo el ceño mientras hago memoria. Mi foto de perfil de Facebook es del verano pasado..., en la playa con Eddie, un día que fuimos de excursión a Margate. No la he cambiado desde hace siglos. Ahora apenas me conecto a Facebook, salvo para husmear y satisfacer alguna curiosidad puntual sobre viejos conocidos.

Instintivamente, noto el ligero cosquilleo de un presentimiento que me hace estremecer. Abro la aplicación de Facebook en mi teléfono a toda prisa y seguidamente me conecto a mi perfil. Al principio, apenas distingo la foto. Es un revoltijo de líneas y formas, sombras y colores borrosos. La amplío y me fijo bien. Entonces lo veo. Es un coche, destrozado y abollado, tirado en el arcén como un juguete hecho trizas. Las ventanillas están hechas añicos, hay esquirlas de cristal desperdigadas por el suelo y, a través del oscuro hueco del parabrisas, los asientos aparecen veteados de sangre ennegrecida.

Esta vez, un tremendo e intenso escalofrío me recorre de arriba abajo; de mis labios entreabiertos sale una respiración sibilante. Con el rabillo del ojo, atisbo a Francis sorteando las mesas en dirección a la nuestra con una bandeja rebosante de hamburguesas y patatas fritas. Debería dejar el teléfono, pero lo aferro firmemente en la mano, incapaz de soltarlo. Porque ya no puedo esconderme de los hechos. Me están mirando cara a cara y, al devolverles la mirada, caigo en la cuenta de que, hasta cierto punto, siempre he sido consciente de ello: que no es el asombro, sino el sentimiento de culpa, lo que me paraliza. Puede que todavía no sepa exactamente quién es la autora de todo esto, quién está en mi casa, pero lo que sí sé es por qué se encuentra allí.

En casa

Caroline, julio de 2013

Eddie y yo pasamos un rato agradable en el tren, y mi madre, con la que he quedado en la estación, nos saluda alegremente con la mano a través de la ventanilla al meterse en el aparcamiento. Eddie la ve de inmediato y se pone a dar saltos de alegría, loco de impaciencia.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! —exclama, al tiempo que me tira de la manga, sonriendo de oreja a oreja. En cuanto el coche se para en seco delante de nosotros, echa a correr, abre la puerta, le dice hola a grito pelado y sube de un brinco al asiento trasero.

—Bueno, pues adiós —digo, fingiendo enojo, al agacharme para abrocharle el cinturón de seguridad.

Mi madre se echa a reír y vuelve la vista fugazmente hacia Eddie.

—¿Seguro que no te vienes un ratito con nosotros? —pregunta.

—No, será mejor que me ponga en marcha. —Mi mente repasa incómodamente las mentiras que he urdido. Hasta a mí me parece pobre y poco creíble esta artimaña. No hay nada que le impida a Francis llamar por teléfono a casa de mis padres para hablar conmigo, y en ese caso no podría darle ninguna explicación convincente. De todas formas, la verdad es que dudo que se dé el caso y, aun cuando se diera, no estoy tan segura de que sea para tanto. En las últimas semanas he sentido la creciente amenaza de la inminente explosión que se está gestando en mi interior, tensándose y comprimiéndose. Tarde o temprano, por algún lado tendrá que salir.

—Como quieras —contesta mi madre alegremente. Se reclina en el asiento y arranca—. Di adiós, Eddie —exclama conforme el coche se pone en marcha.

Eddie mira por la ventanilla, esbozando una tenue sonrisa, con la mirada limpia y serena.

—Adiós... —le oigo decir en un hilo de voz, y me lanza un beso.

Por un momento, me resisto a que se vaya, y casi echo a correr detrás del coche para pararlo. Podría irme con ellos, pasar el fin de semana con mi hijo y mis padres con la conciencia tranquila. Sería sencillo. Relajante. Pero mientras permanezco ahí plantada los pierdo de vista, y me quedo así una bolsa de fin de semana cargada de lencería cara recién comprada y bonitos bikinis y ropa que me he probado delante de espejos de probadores mal iluminados, mientras imaginaba cómo me mirará Carl al ponerme estas cosas, cómo sus manos enseguida dejarán una huella invisible en ellas. Y antes de que me dé cuenta se me alivia la congoja del pecho y tengo tantas ganas de estar con él que todo lo demás se desvanece.

Cojo el tren con destino a King's Cross y salgo apresuradamente a la calle principal en busca del coche que me dijo que alquilaría. La fiesta de cumpleaños de su amigo se celebra en mitad de la nada, a treinta kilómetros del hotel donde vamos a hospedarnos. Escudriño la calle ansiosamente y no lo localizo. Me pregunto si habrá cambiado de idea. Hacer una escapada juntos, aunque sea tan corta, parece romper la dinámica que hemos seguido hasta la fecha: noches improvisadas en su apartamento, alguna que otra hora robada al resto de mi vida. Pero entonces oigo el sonido de un coche aproximándose por detrás y al darme la vuelta me topo con él, sonriendo por la ventanilla abierta y dando palmaditas en el asiento del pasajero.

—Arriba —dice.

Me da un vuelco el corazón y me meto disparada en el coche, me inclino y lo beso. Se ha cortado el pelo desde nuestro último encuentro; al acariciar su nuca rapada con las yemas de los dedos noto el roce ligeramente áspero contra mi piel.

—¿Te gusta? —pregunta, y se mete en la calzada.

—Mucho.

Mientras conduce con la mano derecha, con la izquierda tatea mi regazo y acaricia con delicadeza mi muslo alisando la fina tela de mi falda. Nos cruzamos la mirada en el espejo retrovisor.

—Me alegro —dice en voz baja, y noto que se me tensan de deseo los músculos del vientre, un rápido temblor en las entrañas. Extiendo las manos sobre mi regazo y me clavo las uñas en las rodillas para mantener el tipo. Al echar un vistazo a su lado, veo que me está observando de nuevo; su mirada oscila entre la carretera y yo—. Te has quitado los anillos —comenta—. Vas a por todas, ¿eh?

—Pensé que a lo mejor íbamos a la piscina —señalo; es una verdad a medias. Me viene a la cabeza la imagen del tren, sentada forcejeando con los

anillos contra el nudillo. La tirantez, mi piel enrojecida cuando por fin conseguí quitármelos. Ahora están guardados en el bolsillo con cremallera de mi cartera, a buen recaudo y fuera de la vista. No tengo claro qué me impulsó a quitármelos, pues jamás lo he hecho. Pero ahora, al mirar la desnudez de mi mano izquierda, siento un desafiante arrebató de libertad y euforia.

—Ah. —Asiente, pero el brillo de sus ojos me dice que no se lo ha tragado.

—No es que pretenda que pienses que no voy a por todas —explico—, porque no es así... —Mi mano se pone a serpentear por el espacio que nos separa, se desliza hasta su entrepierna y nota su tensión, va palpando lentamente hacia arriba hasta que él sisea entre dientes y me da un manotazo.

—Quieta —dice—. Quiero llegar vivo. —Enciende la radio, la música inunda el coche y ambos nos echamos a reír, conscientes de la tensión que se respira en el ambiente. Los rayos del sol se filtran a través de la luna y nos deslumbran, y en este momento toda la tristeza y las complicaciones se disipan y todo es perfecto.

Llegamos al hotel a las dos y pico; un pequeño y discreto establecimiento con muros bajos de ladrillo, un toldo verde oscuro, un logo mal pintado y las palabras «Silver Birches» estampadas con letras onduladas sobre la puerta de entrada en calada. Me quedo al lado de Carl mientras se registra y charla con la recepcionista sobre los horarios del restaurante y la piscina, sin dejar de escudriñarla buscando algún indicio de sospecha en sus ojos, en vano. Ella sonrío al entregarle la llave y me doy cuenta de que, aquí, somos una pareja corriente, como cualquier otra. La idea me deja extasiada y, conforme camino a toda prisa detrás de él por los pasillos en dirección a nuestra habitación, me da vueltas y vueltas en la cabeza, tan deprisa que apenas puedo plasmarla en palabras ni para mis adentros: la idea de los dos juntos, la novedad inminente, emprendiendo un viaje que es cualquier cosa menos un callejón sin salida; un camino que conduce a algún lugar, que podría hacernos felices a ambos durante muchísimo tiempo.

—No está nada mal, ¿eh? —dice al abrir la puerta. Paredes rojo oscuro, una cama de matrimonio con un edredón del mismo color y cojines ribeteados en blanco. En la pared del cabecero hay un cuadro abstracto: un campo de amapolas cuyos pétalos se extienden a pinceladas sobre el lienzo como la sangre. Se respira un ambiente acogedor, las cortinas están corridas y hay una lamparilla con una luz tenue junto a la cama. Todavía tengo el corazón acelerado por el ímpetu de los pensamientos que me están asaltando. Dejo caer mi bolsa de fin de semana al suelo y avanzo hacia él.

—Me gusta. —Me pego a él y levanto ligeramente las caderas para apretarme contra su dura entrepierna. Sus labios rozan los míos, una, dos veces—. Bueno —digo—, ¿nos damos un chapuzón?

—Claro. Si te apetece... —dice. Sus manos recorren lentamente mi cuerpo de arriba abajo, se cuelan bajo la cintura de mi falda y tantean por debajo de la braguita del bikini que ya llevo puesto debajo de la ropa. Estoy temblando, pero asiento. No quiero que suceda rápido; hoy no. Puedo esperar mientras él aguante.

Me mira a los ojos y, en la oscuridad de sus pupilas, percibo mi propio reflejo. Tras un largo silencio, sonrío y exhala.

—Buena chica —comenta, y acto seguido se aparta simulando desinterés y se pone a abrocharse la camisa, que yo le había desabrochado sin ser consciente de ello.

Bajamos al recinto de baño, un pequeño espacio de losas blancas rodeado de plantas de brillantes hojas verdes y céreas que parecen de plástico y, la piscina, una reluciente mancha azul. Hace frío; me sumerjo poco a poco y chilló cuando el agua me cubre los muslos y me empapa el bikini. Carl ya se ha metido del todo y está nadando hasta el otro lado de la piscina, salpicando a su paso. Aprieto los dientes y me sumerjo. Al salir a la superficie, me consta que estoy sonriendo como una bobalicona por el curioso y embriagador placer que siempre experimento al flotar en el agua. Nado a su encuentro y tira de mí para estrecharme entre sus brazos; engancho mis piernas alrededor de su resbaladizo cuerpo. Le aparto un mechón de los ojos y se lo atuso sobre el cuero cabelludo.

—Me encanta esto —comento—. Siempre me ha encantado.

—Ya veo. Qué gracia, no sabía eso de ti.

Aunque lo dice a la ligera, no puedo evitar pensar que en realidad sabemos muy poco el uno del otro. Me coloco en su regazo y lo beso, dejando que mis piernas descansen ligeramente sobre las suyas, flotando en el agua. Y, por un momento, siento el impulso de contarle todo lo que se me ocurra de mí, lo bueno y lo malo: desembucharlo todo y punto, hacer que me conozca tan a fondo o mejor que nadie lo haya hecho jamás. Pero no tengo ni idea de por dónde comenzar y, al final, me muerdo el labio sin más, me zafo de sus brazos y me pongo a nadar hacia el otro lado de la piscina.

Nos quedamos en el agua casi media hora, poniéndonos al día sobre la semana que hemos pasado y los programas frívolos que hemos visto en la tele, y luego pasamos unos minutos en la sauna. La madera está tan caliente que me da la sensación de que me está abrasando la espalda, grabando a fuego

el momento en mi piel. Él me observa desde arriba, bajo la tenue luz rojiza; su oscura barba de dos días le oscurece los huesos de la mandíbula, sus ojos oscuros relucen al contemplarme. Noto las gotas de sudor y la impaciencia me hace moverme inquieta adelante y atrás, anhelando la sensación de su boca ardiente sobre mi piel, de su lengua lamiendo los hilos de sudor de arriba abajo por mi cuerpo, dándome lo que en este momento ansío hasta tal punto que casi me resulta inconcebible demorarlo más. Estoy mareada e indefensa; las paredes del pequeño y agobiante cuarto se tambalean descontroladamente a mi alrededor.

—Dios —digo, al tiempo que me levanto con dificultad. Este deseo me sobrepasa; casi me asusta—. Necesito salir de aquí.

Fuera hace sol, por la ventana entreabierta sopla una agradable y fresca brisa y nos vamos a dar un paseo por el pequeño recinto ajardinado, caminamos tranquilamente por el césped y al final nos sentamos a descansar en un banco al fondo del jardín de rosas. Al rodearme con sus brazos, me apoyo contra su pecho y contemplo el hotel. Tengo la extraña sensación de que estos momentos son tan efímeros como perdurables, la certeza de que, pase lo que pase, no olvidaré esto.

—Ojalá pudieras venirte conmigo mañana —comenta de repente. Es la primera vez que dice algo semejante. Pese a nuestro profundo vínculo, básicamente llevamos vidas separadas. Nunca hemos conocido a nuestras respectivas familias o amigos, nunca hemos podido anunciar nuestra relación públicamente..., nunca hemos hecho ninguna de las cosas que la harían real para los ojos de la gente, y tal vez incluso para nosotros mismos.

—Ojalá —contesto. Tengo un nudo en la garganta. Sé que si dijera que puedo acompañarle se echaría a reír y no me haría caso. En lo que a él respecta, existo únicamente en los espacios que nos hemos proporcionado el uno al otro bajo cuerda. Él conoce la situación, y la tiene asumida. Por primera vez, me pregunto qué significará realmente para él esta tierra de nadie que ha creado. Me lo imagino tumbado en la cama despierto por la noche reflexionando sobre qué demonios está haciendo, planteándose que el tiempo que me está dedicando es un auténtico desperdicio. Me pregunto si se arrepentirá de haberme conocido.

—Eh —dice, metiéndome el pelo con suavidad detrás de las orejas—. No te pongas así.

—Estoy triste. —Lo digo en un tono tan bajo que podría fingir perfectamente que no he pronunciado una palabra, pero hago un sumo

esfuerzo por alzar la voz y lo miro fijamente a los ojos, a escasos centímetros de los míos—. No quiero que esto termine.

Él suspira y continúa acariciándome el pelo, moviendo la mano tierna y rítmicamente por mi cabeza.

—Yo tampoco, Caro —contesta—, pero debe terminar pronto. Sé que llevamos meses comentándolo, ya sabes lo que siento por ti y que no he sido capaz de resistirme a esto, pero no tiene sentido. Esto no es... —Hace una pausa para expresar sus sentimientos con palabras—. Seguro que entiendes que no puedo mantener una relación duradera con una persona que está casada.

Noto que la bocanada de aire fluye por todo mi cuerpo, y es lo más cerca que jamás he estado de decírselo. Que en realidad no tengo claro por qué seguimos juntos Francis y yo; que nuestra actual convivencia me recuerda a dos desconocidos esquivándose mientras patinan sobre hielo negro y frágil, trazando tristes círculos en la pista de nuestro matrimonio. Y que, ahora que estoy aquí con él, tengo más claro que nunca que estoy enamorada de él, que me aterra la perspectiva de que si lo dejo escapar lo lamentaré durante el resto de mi vida. No sé por qué soy incapaz de decirlo.

Las lágrimas me nublan la vista y veo que se reflejan en sus ojos; para cuando me besa, ambos estamos llorando y noto el roce húmedo de su piel.

—Vamos —dice poco después, y se seca los ojos con la mano—. Esto es absurdo. No estaremos aquí mucho tiempo, y deberíamos aprovecharlo. Volvamos y cenemos pronto, ¿vale?

—Vale. —Me seco los ojos con mi bocamanga y parpadeo para contener las últimas lágrimas. Me consta que tiene razón. Sea cual sea el momento para mantener esta conversación, no es ahora. Conforme volvemos paseando por el jardín agarrados de la mano siento que un arrebató de felicidad me invade de nuevo y borra los últimos minutos de un plumazo. No estoy dispuesta a pensar en ello. Ahora no.

Cenamos en el restaurante, prácticamente desierto, bromeando sobre las feas flores de plástico del jarrón de la mesa, tomándonos nuestro tiempo para examinar con detenimiento las hojas plastificadas de la carta y al final pidiendo casi al tuntún. Cuando la camarera entrada en años nos trae la botella de vino, al ver nuestras manos entrelazadas sonrío indulgentemente con aire de cordialidad y aprobación. Podría cambiar su expresión, creo, si le dijera lo que realmente se está cocinando aquí. Mientras paladeo el vino, fresco y vigorizante, la idea de ser una especie de mujer de vida alegre de repente me hace gracia. Yo no soy así. No es la sensación que me da.

—Está bueno esto, ¿a que sí? —comenta Carl en mitad de la cena, señalando hacia su comida algo sorprendido.

—La verdad es que está riquísimo. —Le sigo el juego, con los ojos como platos por el asombro. Si me paro a pensar, la comida no es nada del otro mundo, pero en este momento todo parece magnificarse, ser diez veces mejor de lo que en realidad es—. Pero no tan bueno como tus platos, claro. —La única vez que probé sus platos fue cuando cocinó improvisadamente pasta una noche en su apartamento porque los dos estábamos demasiado excitados y con ganas de sexo como para que nos apeteciera salir a cenar, pero él asiente para mostrar su conformidad.

—Sí —dice, sin el menor atisbo de falsa modestia—. Se me da bastante bien. Como la mayoría de las cosas —añade, al tiempo que sonrío con picardía desde el otro lado de la mesa.

De pronto, nos levantamos y cruzamos apresuradamente el restaurante; nos paramos lo justo para darle el número de nuestra habitación a la camarera y pedirle que cargue la cena en la factura. El corazón me late deprisa y las piernas me flaquean mientras lo sigo por el pasillo. Él abre la puerta y, sin apenas darme tiempo a entrar, la cierra de un portazo, me arrincona contra ella y me empotra contra la dura madera. Me levanta las manos por encima de la cabeza y me las sujeta firmemente por las muñecas mientras me besa con desenfreno, metiéndome la lengua en la boca y mordiéndome el labio, el sabor punzante de la sangre estallando en mi boca.

—Dime que lo deseas —me susurra al oído, y me oigo decir cosas que jamás pensé que diría, palabras que farfullo mientras arqueo con impaciencia las caderas hacia las suyas y él me arranca la falda de un tirón con la mano libre.

Me coge en brazos y, en un instante, estamos en la cama y atisbo nuestra imagen en el espejo alargado de la pared de enfrente, mis manos enredadas en su pelo y su cuerpo encima del mío, los fuertes y fibrosos músculos de sus hombros tensándose al quitarse la camisa. Las cortinas aún están corridas y la luz de la lamparilla dibuja nuestras sombras sobre la pared moviéndose al unísono, y consigo escuchar mis apremiantes jadeos mientras envuelvo sus piernas entre las mías y empuja dentro de mí. Al principio nos movemos despacio, sus manos recorren mi cuerpo sin prisa y con vehemencia. Dice algo que no logro pillar.

—Más fuerte —digo—. Sí.

—Pídemelo como es debido —susurra, con sus ojos ardientes clavados en los míos.

—Perdón —musito—. Por favor. —Y acto seguido noto que se le tensa el cuerpo, y después accede a mis deseos sin necesidad de pedírselo porque sabe qué hacer conmigo y siempre lo ha sabido, incluso sin decírselo, porque la química existente entre nosotros es algo que no es posible enseñar ni explicar —. Me vuelves loca —me da por susurrar, y él sonríe con ese mohín socarrón que me dice que no hace falta que lo exprese en voz alta porque es tan brutalmente evidente que hasta un ciego lo vería.

Después nos quedamos juntos en la cama, conversando, y cuando fuera ha oscurecido y oigo el golpeteo de las primeras gotas de lluvia contra la ventana, volvemos a abrazarnos y me coloco encima de él, con mi pelo cayendo por delante y rozándole el pecho, y él levanta los brazos y posa sus cálidas y fuertes manos sobre mi piel. Le digo que me encanta hacer esto con él, y él lo repite a su vez, y sería tan fácil rebasar esa línea y confesar lo que realmente siento, pero sigo sin hacerlo; y cuando, mucho más tarde, se queda dormido junto a mí y la lluvia ha arreciado para dar paso a una tormenta de verano, me paso media noche en vela contemplándolo de perfil en la oscuridad y lo digo entonces, a sabiendas de que no me oye y de que no he de esperar su respuesta.

Cuando suena el portero automático, al principio casi no logro creerlo. Me he pasado toda la tarde sentada en el cuarto de estar, incapaz de concentrarme en nada durante más de un minuto seguido. He estado aquí sin más. Esperando. Respirando. Estas dos cosas me chupan toda la energía de la que dispongo. En el fondo, me había resignado a la idea de que no vendrían. Pero ahora, el timbrado resuena de nuevo en el ambiente y voy disparada hacia el telefonillo y digo: «¿Sí?», y oigo una voz que ahora sé que suena como la de Caroline dando todas las explicaciones y justificaciones habidas y por haber, a pesar de que fue una invitación mía desde un principio.

Les abro para que entren en el portal y luego escucho el sonido de los pasos de Eddie correteando escaleras arriba y los de su abuela, más despacio, rezagada. No me da tiempo a prepararme. Están aquí, apostados en el umbral; el niño me mira fugazmente y enseguida pierde interés y sale como una flecha en dirección a la jaula del hámster, en un rincón de la habitación, y abre el cierre que hay en la parte superior.

—Gracias por dejarnos subir —dice la madre de Caroline—. Por lo visto se ha pasado el día hablando de esto en la guardería. No le robaremos mucho tiempo. —Aunque sus palabras son amables, su mirada la traiciona al examinar todo a su alrededor y refleja su incertidumbre. De alguna manera, sabe que aquí hay algo que despierta sus sospechas. Y, mediante un proceso de eliminación, sabe que debo de ser yo. El silencio se prolonga un poco de más, lo suficiente como para darme a entender que yo debería haber contestado—. Voy a preparar té para las dos en un momento —añade por fin—. Sé dónde está todo.

La oigo trajinar afanosa en la cocina, llenar la tetera, colocar las tazas sobre la encimera. Sin darme cuenta, me he acercado a Eddie. Está agazapado en el suelo, acurrucando al pequeño hámster gris entre las manos, arrullándolo y balbuciendo en su particular e incomprensible lenguaje infantil mientras este olisquea. El pelo rubio le cae sobre la frente.

—Es mío —dice claramente, sin levantar la vista hacia mí, pero subiendo el tono de voz para que no quepa duda de a quién se dirige—. Yo cuido de él.

—Ya lo veo —respondo. Hago una pausa para sopesar las palabras que me han venido a la cabeza. Se quedan suspendidas en el aire, como delicados globos—. ¿Y quién cuida de ti? —pregunto.

Él, aún pendiente del animalillo que tiene en las manos, se encoge de hombros.

—Mucha gente —responde.

—¿Tu mamá? —pregunto, y él asiente—. ¿Qué haría tu mamá por ti? —pregunto. Y por fin alza la vista hacia mí, con sus grandes ojos grises empañados por una confusión y sospecha aparentemente impropias de su corta edad, en guardia por el hecho de que mi timbre de voz ha cambiado y que eso significa algo, aunque se escape a su entendimiento. Me mira sin parpadear, callado, inmóvil y atento. La sangre me bombea en la cabeza, y me mareo—. ¿Mataría por ti? —digo.

Allí

Caroline, mayo de 2015

No sé cómo, consigo comer, haciendo pasar un bocado tras otro a través de la bola de náusea que me obstruye la garganta, y, cada vez que doy un mordisco, me acuerdo de ella. Una mujer cuyo rostro no distingo, apoltronada en mi hogar. Alguien que me conoce más a fondo de lo que puedo imaginar.

Sigo a Francis por el centro comercial de las intermediaciones, me voy con él a dar un paseo por el parque, realizamos el trayecto de regreso en tren hasta Chiswick con Francis dale que te pego con su animada cháchara y nos dan casi las cinco. En el camino de vuelta desde la estación, me mira, se acerca a mí y me da unos toquecitos con delicadeza en la frente con las yemas de los dedos.

—Hola —dice—, ¿hay alguien en casa?

No es más que una inocente frase hecha, pero me pone los nervios de punta.

—Perdona —digo—. Sé que he estado callada, pero es que estoy cansada. Francis se encoge de hombros.

—Si tú lo dices...

Vuelvo la vista hacia él mientras abro la puerta. Él me mira fijamente, sin pestañear. Sabe, me consta, que estoy mintiendo. Lo que pasa es que ignora el motivo.

—Perdona —murmuro de nuevo, y conforme lo digo soy consciente de que no puedo continuar en este limbo tenso, regodeándome en mis temores hasta que se magnifican y me ahogan. Tengo que hacer algo. Una vez más, me planteo volver a casa. Ahora que he visto esa foto en mi perfil, no me quedo tranquila estando aquí. No quiero que esa mujer esté en mi piso. A saber lo que es capaz de hacer—. Francis... —empiezo a decir, pero automáticamente me muerdo el labio. Ya lo hemos hablado, y sé que tengo pocas posibilidades de convencerlo de que nos marchemos a casa antes de lo

previsto. Además, ¿qué ocurriría si lo hiciéramos? Visualizo la imagen de la entrada en nuestro piso juntos, su mirada desconcertada mientras yo trato de poner de patitas en la calle a esa mujer sin explicarle la situación. No puedo hacerlo. He de guardarme esto para mis adentros, y la manera más segura de hacerlo es cerciorarme de que su camino y el de ella jamás se crucen.

De todas formas, algo tengo que hacer. De pronto, se me ocurre la única alternativa posible, y sé que he de actuar antes de perder el valor y cambiar de parecer.

—Oye —digo de repente—, creo que necesito un baño. Me sentiré mejor después. Ese sitio estaba algo pegajoso. —Solo es una mentira a medias. Siento el fuerte impulso de desnudarme, sumergirme en el agua más caliente que pueda soportar y tratar de purgarme de todas las cosas de las que en realidad sé que no puedo deshacerme; ni ahora, ni nunca.

—Vale. —Francis se encoge de hombros, medio aplacado—. Bueno, mientras tanto yo voy a ponerme a preparar algo para cenar.

Enfilo escaleras arriba sin hacer ruido, abro el grifo y me desnudo. No me meto. En vez de eso, me siento a los pies de la bañera, cojo mi teléfono y marco el número de mi casa. Cuento los tonos de llamada, temblando, con el teléfono firmemente pegado al oído. Seis. Siete. En mitad del octavo salta el contestador automático. Cuelgo, pero una corazonada me hace volver a marcar directamente y, con el mismo resultado, vuelvo a hacerlo.

La tercera vez que llamo suena cuatro veces y seguidamente se oye un clic cuando alguien descuelga el auricular. No hay ningún sonido discernible al otro lado de la línea, salvo quizá una respiración prácticamente inaudible. Inspiro y me preparo para hablar. No me había atrevido a llegar tan lejos en mi imaginación, tanto menos en la realidad. El silencio, roto únicamente por el tenue chisporroteo de la electricidad estática, se prolonga y magnifica. No va a ser la primera en darse por vencida, pero está escuchando.

—Soy Caroline —digo por fin.

Hay una pausa, un conato de movimiento al otro lado de la línea; podría tratarse de un sutil roce al ajustarse la ropa o al pasarse la mano por la frente.

—Lo sé.

La voz es suave y baja de tono. Destila serenidad, como si estuviera desprovista de emoción. En cuanto calla, me resulta imposible recordar cómo sonaba.

—No quiero que estés en mi casa —digo, y hasta este momento ni siquiera sabía que es la actitud que voy a adoptar: fría, un tanto imperiosa, la de esposa y madre de clase media ultrajada—. Te sugiero que te marches y

que no vuelvas a ponerte en contacto conmigo —continúo— o llamaré a la policía.

Esta vez escucho una tenue exhalación que se me antoja burlona, pero nada más. Caigo en la cuenta de la tontería que he dicho. Esta mujer prácticamente no se ha puesto en contacto conmigo, excepto para responder a mis correos. Entrar en una vivienda por medio de un intercambio no es ilegal y, al considerar los argumentos que podría esgrimir, son tan poco convincentes que prácticamente no les encuentro la lógica ni yo misma. Pistas y recordatorios velados de un pasado irrelevante excepto para mí. Sin amenazas, sin intimidación. Y, además, ella más que nadie sabe que yo jamás involucraría a la policía en esta situación, que sería lo último que haría. Lo que ignora es que, incluso a estas alturas, cuando veo a un policía de uniforme por la calle se me seca la boca y me flaquean las piernas. Lo que ignora es que, durante meses, soñé con pasillos fríos y deshumanizados, con celdas cerradas a cal y canto con puertas metálicas. Pero sí sabe que me estoy escondiendo, que últimamente toda mi vida consiste en hacer la vista gorda conmigo misma. Nunca hemos coincidido, pero me conoce bien.

—Lo siento —digo a continuación. Escucho cómo se me quiebra la voz por las lágrimas y me aclaro la garganta—. No sé qué decirte. —Silencio, cortante y persistente. No va a colgar—. ¿Quién eres? —pregunto.

—Es absurdo hacer preguntas —dice— cuando ya conoces las respuestas.

Y en cuanto habla me doy cuenta de que, por supuesto, lo sé: de que solo hay una persona capaz de hacer esto, de tomarse tantas molestias, y que esté decidida a llevarlo a cabo. Pienso en Eddie, en sus ojos grises cristalinos y en la curva perfecta de sus mejillas, en cómo han cambiado y se han afilado sus facciones con el paso del tiempo y en cómo, si cierro los ojos, aún conservo su imagen tal y como era, una sucesión de instantáneas que retroceden a lo largo de los años hasta el bebé que sostuve por primera vez en mis brazos.

—Eres su madre —digo—, ¿a que sí?

Silencio de nuevo, pero esta vez parece como si se hubiera producido un chasquido, como si se hubiera aliviado la tensión, y lo que queda es una bruma de pérdida y tristeza que se filtra por la línea telefónica y cala en mi corazón hasta tal punto que me falta el aire. Y en ese momento las lágrimas resbalan por mis mejillas y pierdo la cuenta de las veces en las que la culpa y el sufrimiento me han hecho llorar así, de la cantidad de veces que me he sentado a solas y he tratado de desterrar estos pensamientos a toda costa, pero hago un esfuerzo por callarme porque me consta que mi autocompasión es lo último que desea.

—Jamás cerraste capítulo con aquel hombre —comenta por fin—, ¿a que no? Se te daba bien pasar página a todo. Hacer borrón y cuenta nueva, como si jamás hubiese existido. Pero no en su caso.

Avergonzada, pienso en los correos que le envié creyendo que eras tú. La necesidad, el ansia de establecer contacto que destilaban. Me pregunto si será consciente de que parte de la razón por la que he sido incapaz de olvidarte es que, si ocupas todos mis pensamientos, no hay cabida para los fantasmas que en realidad me acechan. Para ahuyentarlos he necesitado tenerte presente a ti y a la pena de perderte. Pero aprieto los labios y guardo silencio, y poco después habla de nuevo.

—¿Crees en la justicia, Caroline? —pregunta.

—Yo... —Me da la sensación de que se trata de una encerrona. Diga lo que diga, podrá tergiversarlo—. Creo en muchas cosas —respondo—. En la justicia, en la redención, en el arrepentimiento. —En el perdón, estoy a punto de decir, pero me muerdo la lengua—. Pero las creencias no siempre se ajustan a la realidad. —Es lo mejor que se me ocurre.

Se toma su tiempo de nuevo, por lo visto para reflexionar sobre ello.

—Mañana, esto habrá acabado —dice finalmente—. No tengo intención de contárselo a nadie. No quiero verte. No quiero volver a hablar contigo. Esta es la última vez que se cruzan nuestras vidas.

Debería servirme de consuelo, pero con cada palabra que pronuncia crece mi desasosiego; algo no encaja, se me escapa el trasfondo. Y, sin darme tiempo a replicar, cuelga.

Lentamente, dejo el teléfono a un lado y me paso los dedos por el pelo, humedecido. El vapor del agua de la bañera que flota en el ambiente se condensa y empaña el espejo y la ventana. Tengo la piel cubierta por una fina capa de sudor. Me seco los ojos con el dorso del brazo y, al mirarlo, veo que se ha manchado de churretes de rímel y lágrimas. La conversación se reproduce de nuevo: sus escuetas palabras y el significado tácito existente entre ellas, sutilmente entrelazadas por medio del silencio. Ella sabe perfectamente lo que sucedió aquella noche. No me explico cómo, pero lo sabe.

La cabeza me da vueltas y de pronto soy consciente de que, como no respire aire fresco, voy a desmayarme. Me incorporo tambaleándome, empujo para abrir la ventana del cuarto de baño y me pongo de rodillas delante de ella con los brazos cruzados sobre la repisa y la cara hacia el luminoso cielo.

Pasados unos instantes, me siento más estable, pero no me muevo. En vez de eso, contemplo el trazado de la calle, su simetría y quietud. El sol se refleja

en los tejados rojizos, imprimiéndoles el aspecto de haber sido brillantados recientemente. Abajo, los jardines se extienden en pequeños y pulcros rectángulos de césped. Primero veo la sombra, perfilada sobre el césped, avanzando deprisa y con resolución por la calle. Hay algo en sus andares que me llama la atención incluso antes de ser consciente de que algo me ha llamado la atención; el corazón me palpita con fuerza al reconocerlo y un agradable sofoco emana por los poros de mi piel desnuda. La figura camina con decisión, sin saludar con la mano ni volver la vista atrás, directamente hacia la puerta del número 14.

El sol se oculta tras una nube; me echo hacia delante y mis dedos se aferran a la repisa de la ventana: debería haber estado preparada para esto, pero, ahora que lo tengo delante de mí, me doy cuenta de que por mucho que lo hubiera anticipado no habría podido evitar que el corazón se me acelere o que las lágrimas fruto de una emoción indescriptible aneguen mis ojos. Eres tú. Estás en casa.

En casa

Caroline, julio de 2013

Carl se está haciendo el nudo de la corbata delante del espejo, al tiempo que me observa tumbada en la cama detrás de él. Ya va tarde. Ha empezado a arreglarse hace solo diez minutos, y no está listo más que de cintura para arriba: camisa blanca, chaqueta oscura y nada más, aparte de unos bóxers negros. Sé que, si lo intentara, podría retenerle, al menos un poco más. Pero tengo las extremidades doloridas debido a la frenética actividad sexual y, además, sé que esta no es la despedida que él cree que es.

—¿A qué hora te vas? —pregunta—. Joder. —Forcejea con el nudo y suelta la corbata de nuevo con impaciencia—. No atino.

—¿No te puedes concentrar? —pregunto, y al tenderme sensualmente sobre las sábanas, sonrío—. Seguramente en un par de horas —respondo despreocupadamente, guardándome el secreto. Desde un principio decidí quedarme aquí esperándolo para darle una sorpresa cuando vuelva de la fiesta. No tengo previsto recoger a Eddie hasta mañana a mediodía, y nada me obliga a volver a casa.

Se pone los pantalones y los zapatos, se atusa su oscuro pelo y se mira en el espejo de un ángulo y de otro.

—Bueno, será mejor que me vaya —dice con desgana. Sus ojos reflejan tristeza cuando se acerca para sentarse a mi lado, y me dan ganas de decirle que pasaremos juntos otra noche, pero me muerdo la lengua. Me apetece ver la alegría en su rostro cuando regrese.

—Adiós —digo. Tiro de él para darle un beso y acaricio ligeramente su chaqueta con los dedos—. Qué bonita —musito—. ¿Sabes? Me gusta verte vestido así.

—Lo sé, Caro. Créeme, lo sé —dice, zafándose de mí a regañadientes—. Igual te mando una foto más tarde, a la vuelta.

—Anda, sí. —Siento de nuevo el impulso de confesar, pero me contengo; da media vuelta en dirección a la puerta, se gira para echarme un último vistazo y a continuación sale al pasillo de mala gana y cierra con suavidad.

En su ausencia, la habitación me resulta más vacía de lo esperable, como si al marcharse le hubiera exprimido toda la energía. Como las paredes son gruesas y están insonorizadas, a pesar de que aguzo el oído lo único que percibo es un leve zumbido estático, un rumor de flujo de agua por las cañerías. La tormenta de anoche escampó y ha vuelto a salir el sol, que traspasa las finas cortinas rojas y templá mi cuerpo desnudo mientras continúo tendida bajo un halo de luz. No me he planteado esta parte: lo que voy a hacer durante las próximas diez u once horas hasta su regreso. Sin coche, sin tiendas a kilómetros a la redonda. Ni siquiera me he traído un libro.

Enciendo la televisión y paso unos minutos cambiando de canal, pero nada me despierta interés y no logro concentrarme. Aunque es lo último en lo que quiero pensar, no me quito de la cabeza la imagen de Francis sentado solo en casa, lejos de su mujer y su hijo; analizando la situación, reflexionando sobre el hecho de que así serían las cosas si no estuviéramos juntos y sobre que, solo, no tiene una puñetera cosa a la que dedicar el tiempo. Durante un instante de locura, sopeso la posibilidad de llamarlo. Pero como no se me ocurre qué decirle, descarto la idea. Mi móvil está en modo silencio: lo he hecho aposta para aislarme de él, pues no tenía ganas de que nada interfiriera en esta escapada. A regañadientes, le echo un vistazo, medio esperando un bombardeo de mensajes incoherentes, pero no hay nada. No tengo claro si el sentimiento que estoy experimentando es de alivio, sorpresa, malestar o algo que subyace entre todas estas cosas.

Niego con la cabeza y me obligo a levantarme. Bajaré a la piscina, pasaré un rato nadando y en la sauna, y luego tal vez pregunte en recepción si tienen alguna revista que puedan prestarme un par de horas. Me resulta rara esta soledad impuesta. En su día, me habría encantado la idea de pasar un día a solas en un hotel, pero ahora mismo mi único deseo es que Carl esté aquí. Me lo imagino conduciendo, una sombra de duda cruzando su semblante, sus manos al volante haciendo girar el coche para volver a mi encuentro. La imagen es tan nítida que, al abrir la puerta de golpe y ver la quietud del pasillo vacío, casi me extraña.

Las horas pasan despacio, se hacen eternas. Miro el reloj cada cinco o diez minutos y casi no puedo creer que haya transcurrido tan poco tiempo. Pico algo en el restaurante del hotel y me doy otro chapuzón hasta que el pelo se me satura de cloro y después me lo tengo que lavar en la ducha para quitarle

el olor. Me tumbo en la cama y me pongo a pensar en la noche anterior hasta que ardo de deseo y comienzo a tocarme rápida y mecánicamente, libero la tensión en segundos y me quedo tal cual estaba al principio. Pido una botella de vino y me la bebo en cuestión de una hora o así, a pesar de que en realidad no me apetece, con tal de matar el tiempo. Para cuando comienza a anochecer son las nueve. Estoy un poco achispada y no creo que me haya movido desde hace horas.

Al oír pasos que se aproximan a la puerta, me pongo en guardia y con todos mis sentidos en alerta. Me incorporo de un respingo. Me asalta la espantosa e inesperada duda de que no esté solo. De que haya visto a una chica en la pista de baile, de que se hayan fijado el uno en el otro. De que la haya besado en un pasillo a oscuras, que le haya ofrecido un lugar donde pasar la noche. Nunca le he preguntado si ha estado con alguien más en los últimos seis meses porque me consta que carezco de argumentos para justificar lo que siento al imaginar sus manos sobre la piel de otra mujer. No quiero enfrentarme a ello, pero ahora, en los pocos segundos que transcurren mientras oigo el clic de la tarjeta en la puerta y veo que gira el pomo, me pregunto si no voy a tener más remedio que hacerlo.

La puerta se abre y aparece en el umbral. Solo. Nos quedamos mirándonos en silencio. La primera emoción que refleja su rostro es asombro, pero no tarda en dar paso a una felicidad imposible de disimular: su boca esboza una sonrisa, sus ojos se fruncen de alegría y sorpresa.

Entra en la habitación y deja su bolsa con cuidado sobre el tocador.

—Vaya, vaya —dice—. ¿Qué estás haciendo...?

Pero, sin darle tiempo a terminar, salto de un brinco de la cama y me lanzo a sus brazos; por su manera de agarrarme —el entusiasmo de su ímpetu, la rapidez con la que hunde la cara contra mi cuello—, automáticamente sé que ha desechado la idea de hacerse el duro.

—Cuánto me alegro de verte —me parece que dice, pues su voz se amortigua contra mi pelo; yo también lo digo, y me echo hacia atrás para acariciarle las sienes con las yemas de los dedos al tiempo que lo observo fijamente, con el deseo de grabar este momento en mi memoria para siempre—. No puedo creer que estés aquí —comenta—. ¿Sabes? Hoy no ha estado mal el día, pero no he dejado de pensar en ti, en lo mucho que deseaba que estuvieras allí conmigo, y al final he pensado que no valía la pena quedarme, que casi mejor volver y morirme de asco en la habitación solo. —Se echa a reír, burlándose de sí mismo—. Ojalá hubiera vuelto hace horas. ¿Cómo es que estás aquí?

—Porque quiero estar —respondo sin más, y de pronto todo me sobrepasa, tengo el corazón en un puño, y soy consciente de que voy a decirle que deseo que estemos juntos, que no pienso vestirme y salir de su habitación a medianoche para volver con otro hombre nunca más. Voy a decírselo esta noche.

—¿Estás bien? —susurra, porque las palabras se me han atragantado y me he quedado muda, mirándole fijamente a los ojos e intentando averiguar lo que hay en ellos, preguntándome cuál será su reacción.

—Estoy bien —respondo. Soy presa del desasosiego: la excitación de estos sentimientos tras el largo día ocioso; las ganas de salir, de despejarme antes de decir lo que pretendo—. Oye —propongo impulsivamente—. Vámonos. No he comido. Podemos ir a un pub o algo; debe de haber uno cerca. A sentarnos al aire libre. A la orilla del río, por ejemplo. Anda. —Le tiro de la manga, instándole con apremio.

Él sonrío, pero se pasa la mano por los ojos y medio se deja caer en la cama.

—No sé —contesta—. Estoy hecho polvo. Me he pasado una hora conduciendo, y el día se me ha hecho largo. Además, se me ocurren otras cosas mejores que hacer que sentarnos en un pub... —Me atrae hacia él, mete la mano por debajo de mi top y desliza los dedos con tiento por mi piel hasta llegar a la costura de mi sujetador. Sus ojos, oscuros y brillantes, me incitan a acceder.

Siento la tentación, pero no logro zafarme del todo de la necesidad de estar en cualquier otro lugar, aunque solo sea un rato. No me he dado cuenta de lo agobiantes que han sido estas cuatro paredes hasta su llegada. El letargo del día flota en el ambiente, y deseo que esto sea perfecto; deseo mirarlo a la cara y decirle que lo quiero, anunciarlo a los cuatro vientos. El poder que entrañan estas palabras y lo que implican me abrumba. Jamás me he sentido así: el mundo está teñido de luz y color, el porvenir se perfila con nitidez.

Salto de la cama y me pongo los zapatos y el abrigo.

—Conduzco yo —digo—. No hay necesidad de que hagas nada. Simplemente relájate y déjate llevar.

Se levanta y se acerca a mí; y sé que, sea lo que sea lo que me invade, es contagioso. La emoción se refleja en sus ojos y me mira como si fuese la primera vez que me ve.

—Vale, lo que tú digas. Como quieras, cariño. —Tira de mí y me besa con pasión. Sus labios fundidos con los míos, su lengua en mi boca—. Pero

no por mucho tiempo, ¿eh? —me advierte—. Y cuando volvamos, espero que te comportes, ¿entendido? No puedo permitir que creas que llevas las riendas.

—Tú mandas —contesto, y ambos sonreímos, incapaces de resistirnos a estos juegos. Saco las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta mientras cruzamos rápidamente el pasillo para salir al aparcamiento.

—¿Estás segura? —pregunta, mientras me siento rápidamente en el asiento del conductor.

—Sí —digo en el acto—. No hay problema. —Al arrancar el motor, de pronto me acuerdo de la botella de vino que me he tomado. Vacilo. No quiero decirte que he bebido: no quiero que pienses que algo me está nublando el juicio o la razón. Me siento totalmente espabilada; de hecho, me da la sensación de que no he estado tan espabilada desde hace años. Y las carreteras estarán prácticamente desiertas a esta hora de la noche, especialmente por aquí.

Un atisbo de duda asoma en el fondo de mi mente, pero lo desecho. Me invade de nuevo esa poderosa sensación, la certeza de que todo está encajando finalmente y de que nada puede impedirlo. Al encender las luces del coche, la carretera que serpentea desde el hotel se tiñe de un halo amarillento. Las sombras se ciernen en el horizonte, las desaliñadas ramas de los árboles se mecen tenebrosamente con el tenue soplo del viento. Maniobro para salir a la calzada, y la ráfaga de aire que entra por la rendija de la ventanilla me eriza el vello de los brazos.

—Vamos a ese pueblo por el que pasamos de camino aquí —digo—. Por fuerza debe de haber algo abierto. ¿Vale?

Carl se ríe y se reclina en el reposacabezas.

—No tengo ni voz ni voto en esto, ¿recuerdas? —responde—. Estoy a tu merced. —Alarga la mano, la posa sobre mi rodilla y me remanga la falda hasta el muslo—. Menudo disparate —comenta con ironía—. Conducir en mitad de la nada cuando podría estar echándote el polvo del siglo.

El comentario me provoca otra descarga eléctrica —un arrebató de lujuria desenfrenado, primario y lascivo—, y por un momento la carretera se nubla delante de mis ojos. Sacudo la cabeza ligeramente, sujeto el volante con firmeza. Con el rabillo del ojo, veo que la aguja del cuentakilómetros oscila, y aminoro la velocidad. No debería conducir demasiado rápido. Noto que una extraña picazón me cala los huesos y me advierte de que no tengo totalmente el control.

—Para —digo. Noto que se me ahoga la voz por falta de aliento y tomo una brusca bocanada de aire.

Él me observa. Percibo que su mirada recorre mi cuerpo.

—Me encanta lo mucho que disfrutas con esto —comenta—. No me refiero solamente al sexo. Me refiero a... —Se queda callado, gira la cabeza hacia la ventanilla y contempla absorto la noche.

Sé a lo que se refiere, aunque él no sea consciente de ello, y de repente deseo que lo diga, anhelo escucharle decir que me quiere antes de tener que ser la primera en decirlo: aparto la vista de la carretera y vuelvo la cabeza buscando su mirada. Y un instante después atisbo un destello de reojo y reparo en que hay una curva al frente, oculta más allá de las farolas.

Vuelvo la vista hacia la calzada bruscamente y el cuerpo me palpita por la adrenalina. Sé que voy a tener que dar un volantazo; mis manos asen con fuerza el volante para torcer bruscamente hacia la izquierda y calculo en una milésima de segundo que voy a derrapar sobre la acera, pero que podré frenar antes de chocar contra el otro lado de la carretera. Va a salir bien. Sin embargo, Carl se endereza en el asiento y le oigo gritar algo que no logro discernir, y en ese preciso instante la veo caminando deprisa por la acera con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, la melena oscura y el pañuelo verde ondeando al viento, y con una angustiosa e instintiva sacudida soy consciente de que se halla demasiado cerca, de que es imposible esquivarla.

Doy un frenazo, mi chillido retumba en el coche, y oigo y noto el golpe al mismo tiempo: el ímpetu de la velocidad y su impacto, la manera en la que se estampa contra el parabrisas y cae al suelo de inmediato, las brillantes gotas rojas que salpican mi campo de visión. El coche ha parado en seco y permanecemos sentados en absoluto silencio y quietud, pero es demasiado tarde.

Las manos me tiemblan descontroladamente y una punzada de dolor me atraviesa la espalda de arriba abajo. Tengo los ojos clavados en el volante. Soy incapaz de levantar la cabeza.

—Dios mío —me oigo decir a mí misma—. Joder. —No parece mi voz en absoluto.

—Tenemos que salir —dice él. Me obligo a mirarle y veo que está sangrando; se ha hecho un profundo corte en la mano al hacerse añicos la luna delantera—. Es posible que..., es posible que ella...

Me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta del coche, las manos temblándome aún de tal manera que prácticamente no puedo ni agarrar la manija. En cuanto la veo sé que no hay nada que hacer, pero de todas formas me pongo de rodillas, me inclino y me obligo a mirar. Tiene el brazo en una postura imposible, yace lánguido a lo largo de su cuerpo. El lado

derecho de su cara, lacerado casi hasta el hueso, es un amasijo sangriento. Es joven. De unos dieciséis, diecisiete años. Un hilo oscuro de rímel le corre por el otro lado de la cara intacto y el pañuelo de seda verde está ensangrentado. Los zapatos de tacón alto rojo pasión han salido despedidos de sus pies a consecuencia del impacto. Yace totalmente inerte. Con los ojos entrecerrados. Percibo cada detalle en *flashes*: instantáneas brutales disparadas en secuencia que se suceden a una velocidad de vértigo.

Él, con la cabeza agachada, le está comprobando el pulso. Sobran las preguntas.

Durante unos instantes, nos quedamos juntos agazapados en silencio a oscuras. Tengo la mente en blanco y me zumba la cabeza.

—¿Qué hacemos? —pregunto—. ¿Qué demonios hacemos?

Se ha quedado lívido, petrificado.

—No lo sé —dice—. Supongo que tenemos que llamar a la policía.

Asiento lentamente, sin resuello. Ahora, mi mente se pone a trabajar a cien por hora, los pensamientos se suceden en bucle frenéticamente ante la perspectiva de lo que se avecina. Estaba conduciendo de noche, rebasando el límite de velocidad, a kilómetros de distancia de mi familia, con otro hombre. Y ahora esta chica..., esta chica del pañuelo verde, de melena oscura y que probablemente se había maquillado a conciencia en su habitación hace apenas unas horas, está muerta. La he matado. La he matado.

—Caro —dice él, en tono cortante y casi irritado—. Tienes que irte.

Levanto la vista hacia él.

—¿De qué estás hablando? —susurro.

—Tienes que largarte de aquí, lo antes posible, joder. Yo llamaré a la policía. Me ocuparé de esto. ¿Entiendes? —Como no reacciono, toma una brusca bocanada de aire—. El coche está alquilado a mi nombre —señala—. La habitación del hotel está reservada a mi nombre. No hay nada que te vincule a esto. No hay razón para que te involucres.

—¿De qué estás hablando? —exclamo casi a voz en grito, y de pronto las lágrimas resbalan por mis mejillas. Me atraganto, contengo el vómito amargo que me sube a la garganta—. No puedo hacer eso. Soy responsable de esto. Cómo voy a...

—¡Joder, Caro! —grita. Ahora ambos estamos de pie, frente a frente en una escena surrealista; la chica yace a nuestros pies, la carretera sigue desierta, el frío viento silba entre nosotros—. No eres estúpida. Ya sabes la que se te viene encima. Has bebido. Yo lo sabía y, como un idiota, aun así he dejado que te pusieras al volante. No vas a librarte de esta. Irás a la cárcel, tal

vez años. Tienes un hijo. Tienes una vida. Yo no tengo una mierda. Yo estoy sobrio. Ha sido un accidente. ¡Es lo más sensato! —grita, con un deje áspero e histérico. De pie ante mí con los puños apretados, parece increíblemente joven—. Sabes que es así, de modo que no intentes hacerte la mártir. Lárgate de aquí y punto. Por favor.

—¿Y luego qué? —pregunto con sumo esfuerzo. Por mi cara aún resbala un torrente de lágrimas, que ahora se acumulan sobre mi piel, gélidas.

—Luego nada —dice. Hay un momento de silencio—. Se acabó. Fin de la historia. Hora de despedirse y separarnos.

Las palabras se quedan flotando en el ambiente, absorbiendo la energía del aire. El oscuro paisaje oscila y se mece a mi alrededor, y por un momento me da la sensación de que voy a desmayarme.

—No lo dices en serio —susurro—. Tenemos que hacer esto juntos. No podemos hacerlo el uno sin el otro. Cómo vamos a...

—Sí que podemos —me interrumpe. Horrorizada, percibo la determinación de su voz; su timbre acerado, la advertencia de que es inútil discutir—. Es la única solución —explica—. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Y ahora es necesario que ocurra más que nunca. Lo digo en serio. Nada de llamadas, ni mensajes. Debes mantenerte totalmente al margen de esto. De mí.

—Te quiero —digo, y no es así como en teoría iba a ser: el regusto amargo aún en mi boca, el espeluznante olor a sangre tibia impregnado en el ambiente, el temblor de mi cuerpo debido a la conmoción—. Te quiero.

—Caro —susurra. Por primera vez, su voz refleja una ternura trémula—. No creo que sea conveniente que digas eso. Es..., es absurdo. —Frunce el ceño de manera prácticamente imperceptible y se pasa la mano por la frente—. No sé —dice—. Creo que yo también te quiero. Pero en parte ese es el motivo por el que esta es la única solución. Y no voy a cambiar de parecer.

Sucede despacio. Me invade una extraña e irreal sensación de calma. Asumo que no puedo resistirme a esto. Todo se ha detenido en seco a nuestro alrededor. Miro fugazmente al suelo de nuevo. Ella yace ahí, la sangre sigue manando a borbotones de su cabeza y empapando el granito. Medio espero que levante la cabeza, que abra los ojos. Pero no ocurre y mi llanto ha cesado y estoy temblando debido a la conmoción y las náuseas, y doy el primer paso para alejarme de ella.

Lo miro fijamente a los ojos y percibo el sufrimiento, a flor de piel y visceral, en su semblante. Apenas puedo creer que esto esté sucediendo. En

un acto reflejo, levanto la cabeza hacia él y sus labios se funden con los míos. Cierro los ojos. Me besa despacio y con ternura, y sé que es por última vez.

Después, siento una extraña chispa de esperanza, me asalta la absurda idea de que todavía puedo enmendar lo sucedido, encontrar las palabras mágicas que puedan devolver la vida a la chica y catapultarnos al futuro que había planificado, el que tenía tan a mi alcance que casi podía tocar. Pero no hay nada que pueda remediar esto, así que me doy la vuelta y echo a andar por la carretera, oscura y desierta, y cada paso resuena en mi cabeza.

Al llegar a la siguiente curva, miro hacia atrás. Él se encuentra de espaldas a mí, y veo el brillo de la pantalla de su teléfono cuando se lo lleva a la oreja. Trato de imaginar las palabras que estará pronunciando. De imaginar la tesitura en la que se encontrará cuando lleguen: el implacable interrogatorio, los gestos de indignación, sospecha y reproche. Me resulta inconcebible. Sigo caminando, dando un paso tras otro. La estación de tren más cercana se halla a ocho kilómetros. Tardaré más de una hora. Y cuando llegue, no tendré más remedio que volver a casa.

Continúo caminando. Estoy sola. No sé lo que se avecina. No sé la cantidad de mensajes que le mandaré y a los que no responderá, los sueños que me perturbarán mientras duermo, el sentimiento de impotencia y culpa que me atenazará tan cruda e implacablemente que me resultará imposible sobrellevarlo. Sé que algunas cosas te queman y corroen en lo más hondo. Sin remisión, sin escapatoria. La única salida es enterrar estos recuerdos tan hondo que resulte casi imposible acceder a ellos. Encontrar el modo de fingir que se parte de cero. Y, con angustioso asombro, caigo en la cuenta de que se puede hacer. De que es tan fácil que casi da miedo. Ya me da la sensación de que los últimos diez minutos pertenecen a otra vida. Esa mujer que hay junto al coche ha desaparecido como si tal cosa. No fui yo. No fui yo. La he dejado con él, y se ha ido para siempre.

—¿Mataría por ti? —El niño me mira fijamente, tratando de entenderme. Comprende las palabras, pero nunca las ha oído ordenadas de esta manera; a juzgar por su mirada seria, intuyo que se da cuenta de que el significado va más allá de la suma de sus partes. Ambos permanecemos callados e inmóviles, encerrados en nuestra pequeña burbuja. Sus manos primorosamente entrelazadas con el hámster en su regazo. El lento movimiento de sus pestañas al parpadear. El tenue roce de los hilos de la moqueta bajo mis piernas al arrodillarme delante de él. Estos pequeños detalles saturan la habitación, no dejan espacio para respirar.

Es una revelación, un telón que sube rápidamente sobre un escenario a oscuras al tiempo que se encienden las luces. La repentina crudeza de la claridad me molesta. Entiendo por qué estoy aquí, y por qué les he pedido que vengan. Ahora le encuentro sentido. Cuando alguien es responsable de tu sufrimiento, quieres que pague por ello. Quieres hacerle lo mismo que te ha hecho a ti. Eso es justicia. No la aséptica sala del tribunal, con sus desacertados fallos y penas, de los que se libró. Algo más profundo, más primario que eso. Si un animal te ataca en el bosque, no te paras a pensar. Te defiendes. Esta mujer me destrozó la vida por su imprudencia. Se fue de rositas después de lo que había hecho sin mirar atrás. Donde las dan, las toman.

Me incorporo y me dirijo hacia la puerta del balcón, abro el pestillo y salgo. Una ráfaga de aire frío penetra en mis pulmones. Contemplo el hervidero de coches y la calle, tres plantas más abajo, y siento —casi lo palpo— cómo la fuerza de la gravedad ejerce su fuerza en el mundo entero. Y al oír pasos no me sorprende verlo aquí, acercándose sigilosamente a mí, atraído por esta fuerza, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Levanta la vista hacia mí y se queda mirándome con los ojos abiertos de par en par. Cada segundo se prolonga y alarga. Doy un pequeño paso hacia él. Será preciso apresurarse a hacer lo que viene a continuación. Un instante en el tiempo, rápido y fugaz, que cambiará todo.

Cuando acerco las manos a milímetros de sus hombros, se aparta. No acaba de entender la situación, pero retrocede para refugiarse en la

habitación, y me quedo sola en el balcón con el viento soplando sobre mi cara, y el llanto surge tan inesperadamente que me ahogo por la conmoción y me cuesta respirar porque, como es lógico, no puedo hacerlo. Porque estoy jugando a ser alguien que no soy y que jamás podré ser. Porque el mero hecho de planteármelo es absurdo. Porque no hay respuestas ni aquí ni en ningún otro sitio, y la mera idea de quitarle a alguien la vida me revuelve el estómago, igual que lo ha hecho siempre, y la tremenda certeza de que jamás podré hacer nada para remediar lo sucedido me golpea fuerte, rápida e implacablemente, por primera vez.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Me quedo asomada a la ventana del cuarto de baño unos minutos después de que te hayas metido en la casa, observando atentamente las ventanas, tratando de vislumbrar cualquier atisbo de movimiento detrás de los cristales. Te imagino cruzando la sala de estar, preparándote algo para beber, arrellanándote en el sofá. Amber a tu lado, colocando las piernas sobre tu regazo al tumbarse y preguntándote qué tal la semana. O tal vez habéis dejado la conversación para más tarde y estáis arriba, sin decir una palabra.

Noto que estoy tiritando. Tengo la piel de gallina y al mirar hacia atrás me da la impresión de que el agua de la bañera se ha enfriado y enturbiado; en la superficie flota la espuma apelmazada. La vacío y me visto como una autómatas. Mi reflejo en el espejo del baño me escruta. Se me ha empezado a correr el maquillaje, y noto que la base está poniéndose aceitosa. Hago amago de acercar la mano para frotármelo, pero hasta este mínimo movimiento se me hace muy cuesta arriba y, al final, dejo caer el brazo lánguidamente.

La voz de la mujer resuena en mi cabeza: la suavidad y serenidad de su tono, sus desapasionadas últimas palabras. Una voz desde el otro lado de la línea, a cientos de kilómetros de distancia, procedente de mi propia casa. Ella se encuentra allí y yo aquí, con la inquietante y eléctrica sensación de tu proximidad..., y de pronto da la impresión de que todo está fuera de lugar. Yo no quiero que ella esté allí, y no quiero estar aquí. Quiero irme a casa. Ahora mismo. Un pensamiento comienza a bullir en los recovecos de mi mente, un miedo atroz y sin palabras. Estoy pensando en Eddie y, aunque sé que está con mi madre y a salvo, aun así no me agrada la idea de que esta mujer ronde tan cerca de él, ahora que sé lo que sé.

La idea me insufla la oleada de energía que necesito. Abro la puerta del baño de golpe y me dirijo a toda prisa al dormitorio para sacar mi maleta de debajo de la cama. Me pongo a coger mi ropa de cualquier manera, y la meto

hecha un fardo. Le diré a Francis que tenemos que marcharnos y punto. Que ha surgido cualquier contratiempo y que debemos regresar sin falta. Estoy aturullada y no logro pensar con claridad, pero ya se me ocurrirá algo. Mientras sigo recogiendo nuestras cosas a puñados, oigo que llaman al timbre abajo.

Me quedo inmóvil, aguzando el oído, y oigo la voz de Francis.

—¿Puedes ir a abrir, Caro? Estoy cocinando.

Echo un vistazo a la habitación, medio recogida. Voy a ver quién es y después volveré a terminar de hacer las maletas. Corro escaleras abajo y atisbo una silueta a través del cristal opaco: femenina y menuda, la larga melena cayéndole sobre los hombros. Al abrir la puerta me encuentro a Amber. Tiene pinta de llevar días sin dormir; tiene los ojos hundidos en las cuencas y ojeras cárdenas debido al agotamiento.

—Carl ha vuelto —dice, directa como siempre, en cuanto abro la puerta—. Le he contado que estás aquí.

Pese a que me lo esperaba, algo se remueve en mi interior al oírlo.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo está? —pregunto.

Ella extiende las manos con un ademán.

—Impactado —responde por fin—. Está intentando encontrarle una explicación..., entender cómo es posible que haya ocurrido. Igual que todos —añade, con un brillo en su mirada al escudriñarme fugazmente con frialdad—. Bueno, ¿puedes salir?

Me pilla desprevenida y titubeo. En los confines de mi mente vuelve a titilar la imagen de una mujer en mi piso.

—Debo volver a casa —digo—. Tenías razón.

—Muy bien —responde en el acto—, pero primero debo hablar contigo. —Su tono posee un matiz tajante, y de alguna manera su «debo» suena más contundente que el mío y lo anula.

Al mirarla, un cúmulo de preguntas sin respuesta continúa bullendo en mi cabeza, empujándome hacia ella. Y tú sigues estando ahí, justo al otro lado de la calle, a escasos metros.

—No tardaremos mucho —añade rápidamente al intuir mi flaqueza—. Podemos ir al parque o ahí mismo. ¿Francis? —dice de repente en tono cantarín—. Soy Amber. Te robo a Caroline media hora, ¿te importa? Quiero pedirle consejo sobre una cosa.

Hay una pausa.

—Eh... Vale —responde de lejos, con un deje extrañado en su voz.

Miro a Amber y se encoge de hombros. No me queda otra que calzarme y seguirla cuando da media vuelta y echa a andar con paso resuelto por la acera callejeando en dirección al parque de la orilla del río. Guarda silencio mientras caminamos, y no puedo evitar intuir lo que tiene intención de decirme. Me consta que todavía cree que vine aquí adrede, que te he acechado patéticamente para seguirte la pista, desesperada por volver a estar cerca de ti.

—No soy lo que piensas —me da por decir. Tengo la voz quebradiza y he de parar un segundo a respirar para aplacar el temblor que podría delatar mi flaqueza—. No estoy intentando interponerme entre tú y Carl.

Amber se gira a un lado y a otro, buscando un sitio adecuado para sentarnos.

—Aquí —indica, y se encamina directamente hacia un banco a la sombra de las ramas de un sauce cerca de la orilla del río. Se acurruca en un extremo, dobla las rodillas contra el pecho y aguarda a que la acompañe—. No tengo ni idea de si será cierto o no, Caroline —dice—. No tengo forma de saberlo. Pero ese no es el motivo por el que quería hablar contigo.

Tomo asiento despacio. Su mirada no revela odio, ni siquiera lástima. Su expresión es más bien de atención cautelosa, como si estuviera planteándose si soy la última pieza del puzzle que está tratando de terminar.

—¿Y cuál es? —pregunto.

Se aparta el pelo de la frente, desliza la mano hasta las puntas y agarra el mechón con el puño para tirar con suavidad. El gesto me resulta familiar y me da por preguntarme si yo también lo haré.

—La verdad es que no fui del todo sincera el primer día que acudimos a la cafetería —comenta—. Al decirte que no conocía a Sandra.

—¿Sandra? —pregunto, pero nada más hacerlo sé a quién se refiere. Noto un extraño regusto en la boca al vocalizar el nombre. No estoy segura de haberlo pronunciado antes.

—Sí —dice Amber—. La mujer del número 21, la dueña de la casa donde te alojas.

—Vale —contesto, y ahora el corazón me aporrea el pecho por otro motivo—. Entonces tú... —Y me doy cuenta de que no sé qué decir.

Amber frunce el ceño fugazmente, entrelaza los dedos y se queda mirándolos.

—Me fijé en ella desde el principio —señala—. Se mudó aquí poco después que nosotros. Me cruzo con gente a todas horas en esta calle, ya sabes, pero desde el primer instante me tropezaba con ella más a menudo que con los demás. Daba la impresión de que siempre aparecía en el momento

oportuno, en mis idas y venidas, cuando pasaba, o en el jardín delantero. No entablamos mucha conversación, pero parecía simpática, y cuando te mudas a un sitio nuevo... Yo no tengo amigos aquí, ni familia, y Carl viaja mucho por trabajo. Empecé a sentir que la conocía. —Se encoge de hombros y me escudriña para ver mi reacción.

Vuelvo la vista hacia las hileras de casas idénticas que se extienden al fondo. En lugares como este, la sensación de familiaridad se acentúa. El hecho de ser testigo de las idas y venidas de las mismas personas día tras día cobra más relevancia que la suma de sus partes.

—Ya —digo—. Entiendo.

—Las cosas no iban muy bien entre Carl y yo, cuando nos mudamos aquí —comenta. El atisbo de reticencia que puedo ver en sus ojos me dice que esto debe de ser importante: no me lo estaría contando a menos que no fuese necesario—. Nuestra relación había avanzado mucho en muy poco tiempo. La verdad es que no lo conocía a fondo. A veces, me daba la sensación de que me había ido a vivir prácticamente con un desconocido, y él no siempre ponía de su parte para evitarlo. Sinceramente —dice de forma precipitada, alzando el tono de voz—, dudo que hubiera pasado página contigo, o con lo ocurrido. En absoluto. Me lo contó con todo lujo de detalles casi al instante, sin apenas conocerme. Fue como si necesitase desembucharlo. Dudo que realmente le importara a quién. No estoy diciendo que no me quisiera —puntualiza con aire de advertencia, mirándome fugazmente—. Pero, en aquel entonces..., no sé. Fue una época rara.

—Me hago cargo —señalo automáticamente, porque ha hecho una pausa y da la impresión de que espera que intervenga, pero lo único que tengo en la cabeza eres tú: estancado en este lugar con una mujer de la que te enamoraste para conservar la cordura, mientras pasabas día y noche intentando lidiar con las secuelas de todo lo sucedido. No sé por qué jamás había pensado en ti de esta manera hasta este momento. Hasta ahora te consideraba independiente, impenetrable. Me decía a mí misma que lo superarías, que habías hecho borrón y cuenta nueva conmigo y que no querías volver a verme jamás. En los peores momentos, casi pensaba que te alegrabas de haberte librado de mí mientras asumías el papel de chivo expiatorio, de un modo que te exoneraba de toda culpa. Yo era la que había salido mal parada. No cabía pensar que a ti te sucediera lo mismo.

—El caso es que —continúa Amber—, un día la invité a tomar café. Pasamos un rato en mi casa, charlando sin más. De nada profundo, ya sabes..., de palique, pero rompió la rutina. Se convirtió en una especie de

costumbre, siempre que Carl pasaba unos cuantos días fuera. Ella era mucho mayor que yo, pero en cierto modo eso me agradaba. Parece una tontería, pero era como si cuidara de mí. Yo me encontraba sola, ¿sabes? Lo único que deseaba era alguien con quien hablar.

—Extiende las manos en un acto reflejo a medida que habla, haciéndome partícipe de su soledad.

—Y un día... Carl y yo habíamos tenido una bronca por teléfono mientras estaba de viaje y yo le había dicho que no estaba segura de si nuestra relación tenía futuro, que no estaba segura de si él llegaría a superar el pasado algún día. Ni siquiera me contestó; colgó sin mediar palabra. Yo acababa de hablar con él por teléfono cuando Sandra se presentó en mi casa. No me acordaba de que la había invitado, y yo estaba hecha un mar de lágrimas. Al preguntarme qué me pasaba, yo...

—Se lo contaste —apunto, porque de repente entiendo de lo que va todo esto y las piezas encajan en su sitio, y noto que se me eriza el vello de los brazos contra las mangas—. Se lo contaste todo.

Amber asiente.

—Es que no te haces una idea de lo que pasé —señala—. No dejaba de darle vueltas a todo lo que él me había contado. A lo que me dijo sobre vuestra aventura, y sobre el accidente; era como si estuviese leyendo un guion: todas las palabras listas para aflorar a la superficie. Como te he comentado, él necesitaba pasar página. Y yo quería hacer lo mismo.

Intento ponerme en el lugar de esa mujer. Me imagino a mí misma sentada en mi casa delante de Amber, escuchando su relato de cómo murió mi hija. Llegando a la conclusión de que el hombre al que yo creía culpable fue poco más que una tapadera de otra persona. De alguien que se había ido de rositas. La verdad es que no logro hacerlo —desvincularme de mis propios pensamientos para ponerme en su piel—, pero creo que atisbo el borde, un breve destello con el rabillo del ojo, que basta para que me dé un escalofrío.

—¿Qué dijo ella? —me obligo a preguntarle—. ¿Cómo reaccionó?

Amber se encoge de hombros casi imperceptiblemente.

—No te sabría decir —responde—. Ella es muy... circunspecta. No dijo gran cosa. Pero, pensándolo bien, ahí fue cuando comenzó a mostrar una actitud diferente hacia mí.

—¿A qué te refieres? —pregunto. Como me tiembla ligeramente la voz, respiro hondo para intentar mantener el tipo.

—Me resulta difícil explicarlo —contesta Amber—. La mejor manera de describirlo es que de la noche a la mañana su actitud se volvió más... intensa.

Normalmente quedábamos una vez a la semana o así cuando Carl se ausentaba, pero ella comenzó a presentarse en mi casa cada vez con más frecuencia; llegados a un punto, incluso a diario. Yo empecé a darme cuenta de que en realidad no teníamos mucho en común. Como pasábamos tanto tiempo juntas, se nos agotó la conversación, pero ella seguía viniendo. Y... sé que esto parece un disparate, pero comencé a echar en falta unas cuantas cosas. Mi paraguas favorito, un jersey que me gustaba, un frasco de loción para después del afeitado de Carl. A ver, no tenía pruebas de que se las hubiera llevado ella, pero...

—Entiendo —la corto. Recuerdo mi asombro al sujetar entre mis dedos ese frasco, los primeros matices de su aroma. Esto ha sido minuciosamente planeado. Un mapa del tesoro diseñado hábilmente con señuelos, señales y pistas para despistar, urdido para tenderme una trampa.

—No me hizo gracia. —Amber interrumpe mis pensamientos—. Llevo un par de meses tratando de poner tierra de por medio. De estar fuera cuando normalmente me llama, de evitar nuestros encuentros. Ha funcionado, en el sentido de que ya no nos vemos mucho. Pero... sigue ahí. —Noto que le da un fugaz escalofrío, su mirada perdida en un punto no muy lejano—. Y luego —dice, volviendo a la realidad— apareciste tú, claro.

—¿Por eso me abordaste enseguida? —pregunto—. ¿Porque creías que la conocías?

—Pues... —Amber parece brevemente incómoda—. No es que ese fuera el único motivo, o sea, en circunstancias diferentes, igual podríamos haber sido amigas...

Por lo visto el sinsentido de intentar andarse con cumplidos en esta coyuntura la descoloca tanto como a mí, porque sus labios esbozan una fugaz sonrisa de compromiso antes de volver a adoptar un gesto serio.

—Pero, sí —continúa—, supongo que pensé que de alguna manera a lo mejor conseguía averiguar algo más acerca de ella, a través de ti. Pero como me dijiste que en realidad no la conocías, creí más conveniente decir que yo tampoco, porque como es obvio yo no sabía si me estabas diciendo o no la verdad, tú ni siquiera me conocías, y en un momento dado hasta llegué a pensar que Sandra te había mandado para hacer de topo o algo así, con el único fin de averiguar lo que yo decía de ella a sus espaldas... —Se interrumpe y toma aliento al tiempo que escucha el eco de esta retahíla de palabras soltadas de carrerilla.

—Yo te dije la verdad —afirmo—. Nunca... —Cuando estoy a punto de decir que nunca he hablado con ella, me acuerdo de la llamada telefónica, del

tono claro y sereno de su voz desde el otro lado de la línea—. Nunca la he visto —termino la frase.

Amber asiente.

—No estoy diciendo que lo ponga en duda, pero hay algo aquí que no entiendo. No son imaginaciones mías, estoy convencida de ello. Hay algo extraño en ella. ¿Sabes? El otro día, cuando vine a verte, fue la primera vez que puse los pies en esta casa. Eché un rápido vistazo y no conseguí encontrar las cosas que faltaban, pero di con el paraguas. Lo tenía colgado como si se tratase de una especie de talismán. ¿Por qué coño haría eso? No sé, es que... —Se queda callada, aclarándose las ideas—. La cuestión no es el paraguas —señala—. Es todo.

De golpe, deja de hablar y vuelve a doblar las rodillas contra el pecho. Entre los finos mechones rubios de cabello que le caen sobre la cara, sus ojos verdes permanecen atentos. La línea de su entrecejo se frunce y acentúa, su expresión revela un atisbo de incertidumbre. En este momento, me da lástima. Se ha metido en algo que se le escapa y que no puede cambiar. Le consta que algo no encaja, pero no sabe qué, y yo no quiero contárselo. Eso, en todo caso, te corresponde a ti.

—¿Le has contado esto a Carl? —pregunto—. ¿También conoce a Sandra?

Amber niega con la cabeza.

—Como te he comentado, yo solía quedar con ella cuando él se iba de viaje. Es posible que la mencionara un par de veces al principio, pero últimamente no. Sabía que me tacharía de boba por permitir que se me pegara como una lapa. Él siempre dice que soy demasiado blanda. —De repente, se queda callada, como si hubiera caído en la cuenta de que no tengo ganas ni necesidad de conocer estos detalles. Está en lo cierto. Me duele la mera idea de que se lo reproches, de que le adviertas por su propio bien que es demasiado bondadosa.

Mi silencio la desconcierta; me mira de frente, haciéndose la fuerte.

—Ella tiene algo que ver con todo esto, ¿verdad? —pregunta—. Con el motivo de que estés aquí. Contigo y con Carl. —En vista de que no la saco de dudas, se rebulle en el asiento—. Esto me da miedo. No me gusta sentirme observada.

Las palabras activan un resorte y llego a la conclusión de que, obviamente, ese es el quid de la cuestión. Esa mujer ha dado con tu paradero porque quería acecharte. Algunas personas hacen la vista gorda ante las tragedias y las entierran, y otras las afrontan. Ella deseaba tenerla presente.

Quizá sea la única manera de poder hacerle frente, sentir que ha recuperado una pizca de control, aunque eso signifique torturarse cada día ante la realidad de lo sucedido. No obstante, lo que ella ha estado haciendo conmigo es más que acechar. Pasa de castaño oscuro.

Amber continúa expectante, mordiéndose el labio.

—Nadie te está observando —señalo. Es lo más cercano a la verdad que puedo decirle. En sus ojos brilla la amenaza de las lágrimas y, de repente, quiero perderla de vista sin más—. Tranquila —añado—. De verdad.

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No es esa la sensación que tengo.

—En serio. Esto va a acabar pronto, Amber. Te lo prometo. — Curiosamente, creo lo que estoy diciendo. Tengo la sensación de que la situación está cobrando impulso, de que algo va a concretarse, si bien aún no sé cómo.

Ella hace amago de replicar y acto seguido se echa para atrás. Le sirve de consuelo, lo suficiente como para conformarse sin más consideraciones ni preguntas.

—Espero que tengas razón —susurra.

Permanecemos sentadas en silencio unos instantes más, agotadas.

—Venga —digo finalmente—. Vámonos.

—Vale. —Cuando se levanta y nos ponemos a caminar, percibo cierta relajación en sus hombros que revela alivio, pese a la falta de conclusiones en nuestra conversación. Se ha vuelto a quitar un peso de encima. Parece ser que esta es la dinámica de nuestras vidas: una descarga recíproca de sufrimiento que se expande, se diluye. A la espera de que se estire y vuelva tan fino que apenas sea visible.

Al torcer por Everdene Avenue, noto que Amber se pone rígida y oigo que toma una bocanada de aire al mirar hacia la calle. Ha reparado en ello antes que yo. Tú y Francis, de pie en sendas aceras, observándoos mutuamente. Los rayos del sol os iluminan y resulta imposible ver vuestras respectivas expresiones. Ninguno hace amago de acercarse al otro, pero tampoco os alejáis. Es como si el tiempo se hubiera detenido.

Entonces Francis aparta la vista, echa un vistazo a la calle y nos ve ahí plantadas. Un instante después, miras tú también, y das media vuelta para enfilar el camino de entrada de tu casa, y Francis echa a caminar en la dirección opuesta, hacia el número 21. En esa fracción de segundo, siento una violenta sensación de desgarró. Deseo partirme en dos. Pero mis pies ya se han puesto a caminar en dirección a Francis y lo siguen hacia el otro lado de

la calle y, al echar un rápido vistazo atrás, veo que Amber va corriendo a tu encuentro; nuestras miradas se cruzan fugazmente y acto seguido miras hacia otro lado y le acaricias el hombro para conducirla al interior de la casa.

En casa

Francis, agosto de 2014

Un nuevo día. Como si fuera el primero cada vez que abro los ojos. Comienzo de cero. Dieciséis horas de vigilia que puedo destinar a lo que se me antoje. Puedo trabajar, pasear, ver la televisión, escuchar música, pasar el rato con mi familia o mis amigos, dar una vuelta por la ciudad, ir a museos. Puedo hacer lo que me plazca, siempre y cuando prescindir de las pastillas.

Noto la calidez y suavidad de los rayos del sol mientras trajino en el baño, me doy una ducha, me cepillo los dientes, me visto. En el espejo, contemplo el nuevo perfil de mis pómulos. Tengo la piel tersa. La mirada brillante y limpia. Ha sido un lento proceso, pero ahora, al cabo de once meses, vuelvo a ser persona. Tengo buen aspecto. Es agradable y así de sencillo.

Abro la ventana del cuarto de baño y la suave brisa estival sopla en la habitación; me doy cuenta de que, hoy, va ser fácil. Es uno de esos días en los que estoy convencido de que puedo mantener el rumbo y conseguir lo que me proponga: cosechar triunfos, arreglar relaciones rotas. No siempre ocurre así. Algunos días, todavía me da la sensación de que camino por una finísima cuerda floja, de que es imposible contener el violento runrún de mi cabeza bajo la frágil coraza en la que vivo. Hay días en los que da la impresión de que estoy librando una batalla que no tengo ni remota posibilidad de ganar y que el mero esfuerzo de existir es un nubarrón que no puedo esquivar, que su oscuridad se cierne sobre mí hasta tal punto que casi me deja sin habla. Pero no hoy.

—Papi, papi. —Al oír la voz cantarina de Eddie en la habitación contigua, abro la puerta de su dormitorio y me lo encuentro tendido en la cama sonriendo con aire travieso y saludándome con la mano, su pelo rubio alborotado y enmarañado sobre la almohada. Cuando comencé a despertar del letargo en el que llevaba años sumido, su presencia me conmocionó. Él había estado allí desde un principio, pero yo no. De repente, estábamos juntos en

esto, padre e hijo, y, para mi sorpresa, descubrí que la carga de sus expectativas sobre mí me resultaba fácil de sobrellevar. Soy paciente con él. Estricto, pero comprensivo. Me lo llevo de tiendas o al parque y él corretea a mi lado, con sus deditos entrelazados entre los míos. Cuando me agacho para arrojárselo por la noche noto su aliento cálido y dulzón contra mi cara. Son cosas insignificantes. Antes, si es que reparaba en ellas alguna vez, eran como puñaladas asestadas en el corazón: meros recordatorios de una vida que me estaba vedada, absolutamente fuera de mi alcance. Ahora, construyo mi mundo alrededor de ellas. Es un mundo más pequeño que el de la mayoría, pero encaja conmigo. Por ahora.

—Buenos días. —Caroline aparece detrás de mí; ha entrado en el cuarto sin hacer ruido y está apoyada contra la pared, sonriendo. Lleva puesta una camiseta de tirantes verde oscuro que apenas le roza los muslos y unas diminutas braguitas negras debajo. De pronto me viene a la cabeza una imagen fugaz de la noche anterior: su cara ladeada sobre la almohada con expresión extasiada, sus piernas aferradas con ardor a las mías. Al pensarlo siento una punzada de deseo y no tengo más remedio que aplacarla. Últimamente, a veces me da la impresión de que prácticamente no tengo otra cosa en la cabeza. Fue una de las primeras cosas que volví a experimentar después de dejar las pastillas. El júbilo al ser consciente de que esto era algo que todavía podía hacer: la rara novedad de follar a mi propia esposa. Ella me observa como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Te vas pronto? —pregunta.

Asiento.

—Tengo una cita temprano. —Es una nueva paciente, una petición de última hora. He ido recuperando el ánimo despacio. Una nueva clínica, nuevas prácticas. Otra página en blanco. Sin abarcar más de lo que puedo asumir, sin importarme lo que opinen los demás. Dejándome espacio a mí mismo para respirar. Lo estoy haciendo bien. No ha sido un camino de rosas, pero voy en la dirección correcta.

—Bueno —dice, y seguidamente se acerca a Eddie y lo coge de la mano para sacarlo de la cama tomándolo en brazos—, estaré en casa cuando llegues. Tengo el día libre, ¿recuerdas? Lo llevaré a la guardería y luego podemos comer juntos o algo, ¿no?

—Buena idea —digo. Noto un inesperado picor en el puente de la nariz, un indicio de lágrimas. Mis emociones no siempre son predecibles. A veces, no tengo la menor idea de su origen o significado. He aprendido a tomármelo con calma y a dejarme llevar cuando afloran, y luego a ponerlas a buen

recaudo en su caja. Llévate a almorzar a tus sentimientos, me dijo mi mentor hace tiempo, y diles que se vayan a tomar por culo. Eso es lo que hago. Así que me tomo un momento, dejo que la extraña ternura y la tristeza se mitiguen, y después las echo.

Caroline me acompaña a la puerta, me envuelve con sus brazos y aprieta su cuerpo contra el mío. Se aferra a mí con ansia. No me importa. Es un cambio con respecto a todos aquellos meses de la época aciaga en la que era escurridiza como el mercurio, se me escapaba de entre los dedos.

—Hasta luego —musita.

—Hasta luego —digo, y la beso. Me aparto y la escudriño. Tiene líneas de expresión en el rostro que no estaban ahí hace años y sus ojos reflejan cansancio, pero sigue siendo hermosa. Por lo menos a mí me lo parece más que nunca, de verdad, ahora que la he recuperado.

Camino a grandes zancadas por la calle principal en dirección a la estación y el sol brilla. Los árboles están frondosos de exuberantes hojas verdes y el cielo está azul y despejado. Es un decorado de cine, una estampa perfecta. Pienso en Caroline y en la fragancia de su perfume al rodearme el cuello con sus brazos. Algo tiembla en el contorno de la imagen. Dejo que permanezca ahí, consciente de que no debería ignorarlo. Estos recuerdos siguen latentes, y es inútil oponer resistencia. De vez en cuando, continúa asaltándome de repente con amargura y sorpresa: la constancia de que otro hombre ha estado dentro de ella y la hizo creer que estaba enamorada de él. Cada vez que sucede tengo la sensación de que es la primera. No va a desaparecer. He de vivir con ello, igual que con todo lo demás.

Sigo caminando, y ahora me pongo a pensar en aquella noche de julio, hace tanto tiempo, cuando ella se presentó en casa llorando y se mostró renuente a decirme el motivo. Se apostó en medio de la sala de estar hecha un mar de lágrimas, sumida en un espacio privado que no lograba explicar y al que yo no tenía posibilidad de acceder en la bruma que me asfixiaba. Debería haberme servido de advertencia, pero me hundió aún más. Las semanas siguientes fueron un sinvivir de sueño interrumpido, insultos pronunciados arrastrando las palabras, intentos frustrados de reconciliación alternados con la ingesta de pastillas cada hora, hasta que perdí por completo la noción de quién era o dónde me encontraba. Y finalmente, la absoluta quietud de la noche de septiembre en la que me abordó para decirme que me abandonaba. «Voy a llevar a Eddie a casa de mis padres por la mañana, y te dejo. No aguanto más. No quiero seguir viviendo así».

Lo que reflejó fue alivio. Latente bajo la tenue y tensa mueca de su boca, su barbilla levantada, con ademán casi desafiante. Ella había tomado una decisión, y en cierto modo estaba contenta. Qué curioso que fuera eso lo que yo necesitaba para darme cuenta de que no podía dejarla marchar. Me pasé toda la noche en vela sin tomar pastillas. Fue la primera vez que pasé más de un par de horas sin ellas desde hacía semanas. Jamás olvidaré la extraña y surrealista sensación de salir a flote: las primeras burbujas de aire bombeando en mi cuerpo y sacándome a la superficie, despellejado y renacido.

Tardé horas en disuadirla de la idea. Horas de conversación al apuntar el alba, convenciéndola de que había llegado el momento de cambiar. Pero nada más comenzar la conversación intuí que, aunque la decisión estaba tomada, aún estaba a tiempo de remediarlo. Ella no se había desmarcado del todo de la relación como pensaba, y me di cuenta casi enseguida de que, a pesar de que ella no me creía, deseaba hacerlo, y con eso yo ya había ganado media batalla.

Las seis de la mañana, y me había explayado lo máximo que podía aguantar físicamente. El martilleo de mi cabeza, la extraña crudeza de los objetos de la habitación, revelándose ante mí tras pasar semanas sentado entre ellos y no ver más que sombras. Y, cuando terminé de hablar, comenzó ella. «Si tenemos alguna posibilidad, entonces también tengo algo que decirte».

Le costó hablar de su aventura con Carl. Jamás había visto semejante tristeza en sus ojos, semejante renuencia. Tenía un cariz más serio de lo que yo imaginaba. Habían pasado meses, y ella lo había convertido en una gran pasión en su cabeza. Yo no sabía —sigo sin saberlo— hasta qué punto fue real. Pero sí sabía que para ella lo fue, y eso me bastaba. Había terminado, aunque no me contó cómo, pero estaba claro que no lo había superado. Daba igual. No había dolor, ni rabia. Eso llegó después, pero, en ese momento, la dulzura de su revelación lo impregnó todo. Pasamos más tiempo conversando en aquellas pocas horas que en meses, quizá años. Las cartas estaban sobre la mesa y nuestro matrimonio era un puto desastre. No obstante, yo respiraba aire fresco y limpio y ambos seguíamos vivos.

Estaba tan ensimismado que me sorprende comprobar que voy sentado en el tren y que estamos saliendo del andén. El sol que se filtra por la ventana se refleja en mis manos, entrelazadas sobre mi regazo. Mi alianza de bodas ahora está mucho más floja, pero sigo llevándola. Parece ser que hemos sobrevivido, al menos de momento.

La mujer que entra en la sala de consultas tiene de cuarenta y cinco a cincuenta años: pelo oscuro a la francesa, constitución menuda y esbelta, ropa elegante, discreta. Apenas he tenido ocasión de echar una ojeada a las notas que me han mandado para su valoración. Al parecer se trata de una depresión bastante corriente. Y, sin embargo, nada más verla tengo el extraño presentimiento de que nada de esto va a ser corriente en absoluto.

A lo mejor es por su manera de detenerse cuando está a punto de cruzar el umbral, de fijarse en mí con atención, y luego en el resto de la habitación. Por lo general, la gente no presta atención a estas cosas. Están sumidos en sus propias preocupaciones, agobiados: por eso acuden aquí. Pero ella observa detenidamente a su alrededor, y su mirada se posa en mi escritorio: en la pequeña maceta con flores rojas, en el portarretratos con la foto de Caroline y Eddie. La tengo colocada hacia mí, de modo que lo único que aprecia es el dorso del marco, pero da la impresión de que le despierta verdadero interés saber quién hay al otro lado. Tiene las manos entrelazadas por delante y percibo la tensión de su mandíbula, como si estuviera apretando los dientes.

—Buenos días —digo—. Sandra, ¿verdad? Adelante. Siéntese.

Ella avanza con vacilación y su mirada revolotea entre las dos sillas que hay junto a la mesa. Al final, se decanta por la más próxima a la mía, la de la manta morada, junto a la ventana. Toma asiento en silencio. Tiene los ojos azul oscuro y la expresión impasible, vidriosa.

—Si le parece bien —prosigo—, a mí me gusta comenzar dejando hablar. Hábleme un poco sobre usted y sobre lo que está ocurriendo.

Ella asiente con la cabeza casi imperceptiblemente, como si esto confirmara lo que esperaba escuchar. Cuando comienza a hablar, al principio me cuesta oírla. Su voz es serena y suave, casi hipnótica. Resume a grandes rasgos una vida bastante corriente. Su marido y ella se divorciaron hace varios años, pero lo explica sin pasión ni pesar. Desde entonces han estado solas ella y su hija, Robyn.

Tardo un rato en percatarme de la extraña manera en la que habla de su hija. Unas veces alude a ella en presente, otras en pasado. Salta de un recuerdo a otro, mezclando los años. Cuando me dice que Robyn murió hace más de un año, lo menciona de pasada. Ella cree que no es preciso entrar en detalles, porque para ella forma parte de su ADN. Está escrito en cada segundo y cada aliento.

—Lo siento —digo, para romper el breve e incómodo silencio, pero ella no responde y se pone a contarme cómo murió su hija. La escucho, pero al mismo tiempo un escalofrío me recorre la nuca y me tensa los músculos. No

soy un terapeuta especializado en duelo. Mi especialidad son las relaciones personales, las tensiones familiares. ¿Cómo demonios me han asignado a esta mujer? Estoy casi convencido de que en las notas de valoración que he ojeado a toda prisa no había ninguna alusión a esto. Pero resulta prácticamente inconcebible que no lo mencionara en su primera cita. Está claro que ese es el motivo de su visita. ¿Por qué lo ocultaría?

—Pasé mucho tiempo buscándole explicación a lo ocurrido —señala. Con indiferencia, sin aparente dolor—. El coche tomó la curva demasiado rápido. Debió de ser eso. Pero Robyn no tenía motivos para estar allí en ese preciso instante. Es inexplicable que unos escasos momentos de despiste acabaran destruyendo su vida, y la mía. Esa calle no llega mucho más allá. No conduce a ninguna parte.

Asiento. Sopeso la posibilidad de apuntar algo sobre la idea de la aceptación y de que asumirlo puede formar parte de ello, pero algo me dice que guarde silencio. Además, sea lo que sea lo que siente, no es aceptación. Lo percibo en la tensión de sus músculos, en su extraña postura medio inclinada hacia delante, como si estuviera preparada para alzar el vuelo, y en la expresión angustiada de sus ojos, que parecen estar a kilómetros de mí, a pesar de que me observa fijamente.

—Me fijé en el hombre que fue responsable de ello, sentado en el banquillo —dice— y pensé: «Prácticamente tiene toda la vida por delante, y ya ha arruinado la mía». ¿Acaso suena injusto? —No contesto; inclino la cabeza hacia un lado para animarla a seguir hablando, sin comprometerme—. Era joven. Estaba arrepentido..., traumatizado, incluso. No parecía un desalmado. Yo deseaba odiarlo. En cierto modo, lo odiaba.

Se queda callada un minuto y mira fijamente por la ventana hacia las nubes en movimiento. Cuando retoma la conversación, lo hace con la mirada aún posada ahí; sus pensamientos salen a borbotones.

—Lo condenaron a seis meses, pero salió al cabo de tres. En realidad, no es de extrañar. Fue un accidente, un error. Pero aun así. Fue irrisorio. Como es obvio, nada podría haber compensado la pérdida, pero eso... ni siquiera mitigó una pizca el dolor que él causó. No me importa confesarle —señala, con una templanza que desarma— que me obsesioné un poco con él. Digamos que le he seguido la pista. Y he tardado mucho tiempo, pero he visto lo suficiente como para saber que dudo que sea feliz. No realmente. Eso me habría resultado insoportable. Empecé a plantearme que había llegado la hora de dejarlo correr. No me refiero a olvidarla, o a perdonarle. Pero me daba la

impresión de que no había vuelta de hoja, no había nada más que sentir. Había tocado fondo.

—Pero algo cambió —señalo, porque me está mirando de nuevo y percibo que su expresión expectante me insta a intervenir.

Por primera vez, esboza una tenue sonrisa. Es una extraña mueca que no encaja con ella, pero que la transforma brevemente e intuyo que en su día debió de ser atractiva, bonita.

—Efectivamente —confirma. Su voz revela un matiz de elogio; he captado su insinuación tácita. No es la primera vez que un nuevo paciente intenta ponerme a prueba así, pero sí es la primera vez que percibo semejante entusiasmo en otra persona por el hecho de que yo haya superado la prueba: una verdadera ansia de recompensarme confesando sus secretos—. Como le decía, la sentencia fue insignificante, pero al oírla pensé: «Bueno, algo es algo. Menos da una piedra». Sin embargo, hace poco descubrí que las apariencias engañan. Descubrí que todo el episodio se había basado en una mentira. El hombre al que imputaron los cargos no estaba solo. De hecho, ni siquiera era el que conducía el coche. Había una mujer. Su amante. Él mintió para protegerla, supongo. En realidad no me importa el motivo. Pero sí que me importa la justicia. Y por lo visto eso es algo que ni les va ni les viene a ninguno de los dos. Especialmente a ella.

Ha subido el tono de voz y se expresa con pasión, con agresividad; tiene la mirada enardecida, las manos apretadas con fuerza sobre las rodillas.

—¿En su opinión debería permitirse eso? ¿Dar la espalda a la desgracia que has provocado y retomar tu vida tan campante? ¿Entiende a lo que me refiero? ¿Entiende por qué está mal?

No son preguntas retóricas. Me las está lanzando como si fueran disparos, y me pregunto si realmente estará trastornada —si estará loca de remate— y qué habrá de cierto en lo que está contando, si es que hay algo.

—Entiendo a lo que se refiere —digo por fin—. Y comprendo perfectamente que se sienta así.

En cuanto intervengo, noto que se relaja visiblemente. La ira que la enardecía se mitiga y aplaca. Se reclina en la silla y toma una larga bocanada de aire.

—Me alegro —contesta—. Eso me figuraba. —Hay algo perturbadoramente personal en su manera de mirarme—. No creo que se merezca lo que tiene —añade—. Esa mujer. La tal Caroline.

Al oír su nombre noto esa leve sacudida refleja de familiaridad, la misma sensación que cuando alguien pronuncia un nombre que significa algo para ti,

que te toca de cerca. En boca de esta mujer, revela un poso de amargura. Se queda flotando en el ambiente hasta que vuelve a intervenir.

—Pienso en ella a menudo —continúa—. En ella, y en su amante. Carl Jackson.

Esta vez, el nombre me alcanza como un golpe en la cabeza. Con el paso de los años, he aprendido a mantener el gesto impasible ante los comentarios más descabellados y rocambolescos que han proferido los pacientes. He escuchado historias de obsesión y traición, desengaños y locura con una objetividad simulada. Pero ahora mismo no puedo evitar sobresaltarme, y su mirada furibunda me dice dos cosas. Primero, que sabe de sobra quién soy. Y segundo, que no miente. Esto es real.

En los escasos segundos de silencio que se palpan lánguidamente en el ambiente antes de tomar la palabra me viene a la cabeza un cúmulo de pensamientos. Pienso en aquellas semanas y meses en los que Caroline llegaba a casa llorando, en la cantidad de veces que se levantaba en mitad de la noche y me la encontraba como un alma en pena en el pasillo, con la mirada perdida. Pienso en la sensación de su cuerpo, febril y sudoroso, cuando se despertaba de sueños que no podía o no deseaba compartir. Pienso en cómo me dijo, en tono rotundo y sin dar explicaciones, que iba a vender su coche porque no quería volver a conducir. Y, efectivamente, me cuadra. Sin embargo, no tengo la más remota idea de lo que siento o de lo que implica. Lo único que sé es que hay que zanjar esto.

—Se ha acabado el tiempo —digo. Según el reloj, todavía quedan veinte minutos, pero ambos sabemos a qué me refiero. Me levanto y me dirijo hacia la puerta—. Si desea concertar otra cita, le ruego que lo comunique en recepción, pero me temo que no tendré hueco disponible. Tengo la agenda saturada.

Se levanta despacio, con elegancia y serenidad.

—No quiero otra cita —responde—. He hecho lo que he venido a hacer. —Su voz ya no refleja ningún afán de venganza. Únicamente una inmensa tristeza, como si, en este preciso instante, estuviera dándose cuenta de que la situación no ha estado a la altura de sus expectativas. Que jamás lo estará.

Se recoge su oscuro pelo detrás de las orejas y se dispone a marcharse en silencio. Al pasar por delante de mí, gira la cabeza rápidamente en dirección a mi mesa, y noto que busca la fotografía con la mirada y se fija en ella durante un frío instante. Mi última imagen de ella es de perfil, cuando se da la vuelta y echa a andar por el pasillo. Su tez pálida se tersa en sus prominentes pómulos y sus facciones poseen una singular belleza.

Al marcharse, cierro el pestillo del despacho y vuelvo a sentarme. Me quedo ahí un buen rato. Pensando en mi mujer y en la vida paralela que ha llevado. En los secretos que guarda porque no confía en mí para confesarlos. Planteándome si las cosas habrían sido diferentes si ella hubiera conducido en otra dirección aquella noche, y si eso la habría sacado de mi vida, la habría alejado de mí.

Deseo enojarme, pero no lo hago. Siento tristeza, y pena. Y hay algo más..., una súbita certeza que surge de un lugar demasiado oculto para ubicarlo con exactitud: la certidumbre de que lo que esta mujer creía que podría romper nuestra relación surte el efecto contrario. Ahora tengo la suficiente fortaleza. Puedo sobrellevar una carga sin venirme abajo. Soy capaz de entender a mi mujer mejor de lo que ella piensa. Y puedo esperar a que se sincere conmigo. Por mucho que tarde.

La madre de Caroline ha vuelto a la habitación y todo se precipita, como un rollo de película estropeado que avanza entrecortado delante de mis ojos. Se acerca a toda a prisa a Eddie, lo coge de la mano, le quita la jaula del hámster con la mano libre y a continuación se planta en la puerta con sus cosas, los ojos abiertos de par en par con estupor. Creo que pregunta si puede hacer algo. Yo soy incapaz de hablar por el llanto y, acto seguido, tira de Eddie y sale despavorida escaleras abajo. Cierra la puerta con suavidad, como si deseara huir con el máximo sigilo posible.

Me quedo inmóvil, expectante. A lo mejor está llamando a la policía en este preciso instante para decirles que vengan a detenerme. Qué curioso el tremendo alivio que me provoca la idea. Alguien que asuma el control y que se ocupe de todo. Ahora me imagino con Robyn, contemplando el desfile de la guardia en dirección al palacio de Buckingham cuando fuimos de visita por su cuarto cumpleaños. «¿Quiénes son estos hombres?», preguntó, y yo le dije que eran policías que estaban a cargo de todo. Su carita con gesto serio y conforme, su cabeza asintiendo bajo el gorro de lana, el leve vaho de su respiración en el frío ambiente.

Ojalá pudiera olvidarla. Deseo purgarme y despertar con la mente en blanco, renovada. En vez de eso, me he pasado dos años hurgando en las vidas de estas personas, acariciando fantasías que no se harán realidad. He observado a Carl y a su nueva novia en su vida cotidiana. Me he sentado frente al marido de Caroline en su consulta de terapia. Al principio esperaba que en cierto modo podría cambiar las cosas con el mero hecho de estar presente. Con el mero hecho de existir cerca de ellos. Pero no he podido, e incluso ahora, tras haber pasado este tiempo en su casa y haber lanzado en vano mi pequeña granada a su familia, sigo sin poder hacerlo.

No sé cómo, he recogido los montoncitos de papel fotográfico del dormitorio y estoy de rodillas en el suelo del cuarto de estar, contemplando los diminutos pedazos de su cara. Meto la mano en mi bolsillo y saco la manoseada carta de papel amarillo que llevo encima desde hace meses. Muevo la mirada de un lado a otro, de su boca sonriente a las palabras desconsoladas que le escribió a él, e intento establecer un vínculo. «Todos los

días pienso en lo que ocurrió —escribió— y me resulta casi insoportable, y sin ti dudo que pueda soportarlo en absoluto».

Solo es una mujer. No la arpía que yo imaginaba: calculadora, despiadada. La verdad es mucho más difícil de digerir. Observo atentamente sus ojos y pienso en la cantidad de veces que he imaginado lo que le diría si la tuviera cara a cara —la sarta de acusaciones hirientes, las palabras que recordaría durante el resto de su vida—, y ahora soy consciente de que, si me cruzara con ella algún día, dudo que fuera capaz de pronunciarlas, y a lo mejor resulta que al final no diría nada en absoluto.

La luz de esta habitación posee una cualidad intensa y extraña. El sol se filtra a través de las finas cortinas e ilumina el ambiente. Me duele la cabeza, pero noto las extremidades flácidas y relajadas, finalmente en paz, porque por fin me he dado cuenta de que había malinterpretado todo y ahora sé lo que debo hacer.

Allí

Caroline, mayo de 2015

Francis entra en la casa dando un portazo un segundo antes de que logre alcanzarlo, y, tras forcejear con la llave en la cerradura, irrumpo como una exhalación y me detengo en el vestíbulo tratando de averiguar hacia dónde ha ido. Me lo encuentro en la cocina, de espaldas a la puerta, los puños apretados sobre la encimera, la mirada clavada en la pared.

—Francis —digo, y el aire se me atasca en la garganta.

Él se gira en redondo y enseguida me doy cuenta de que está enfadado, quizá más que nunca; la mandíbula tensa y adusta, la boca retorcida en un gesto de asco y sospecha.

—¿Qué? —pregunta en tono áspero—. ¿Vas a decirme por fin que coño está pasando?

Cualquier mínima esperanza que en mi desesperación albergase de que no hubiera reconocido al hombre que había apostado al otro lado de la calle hace un momento se evapora. Te ha visto, y ya no tiene remedio.

—Francis —repito—, sé que debe de haberte causado un tremendo impacto. Te prometo que nada de esto ha sido a propósito para hacerte daño.

Impasible, me lanza una mirada asesina.

—¿Qué hace aquí, Caro? —pregunta, y acto seguido deja de hablar y niega con la cabeza bruscamente—. No —dice—. ¿Qué hacemos aquí? Eso es lo que realmente quiero saber. ¿Es esto una especie de juego macabro? ¿Lo de venir a pasar unos días frente de la casa de tu amante? ¿Para escabullirte a echar un polvo rápido en cuanto me despisto? ¿Es esto lo que te pone?

—Por supuesto que no —tartamudeo. Me sofoco y la cabeza me da vueltas—. Él no es mi amante, ya no. Y te prometo que no planeé esto. Yo no tenía ni idea de que vivía aquí, te...

—Qué interesante —me interrumpe Francis con desdén. Su tono es cortante, pero contenido. Preferiría que me gritara improperios, que se pusiera

como un energúmeno, pero no es su estilo—. De modo que el hecho de que salga un momento a tirar la basura y me tropiece con él no es más que una increíble coincidencia. Con la cantidad de casas en las que podíamos habernos alojado a lo largo y ancho del país, mira por dónde venimos a parar a escasos diez metros de la suya. Alucinante. Es de esas cosas que te hacen creer en el destino, ¿a que sí? Como si estuviera escrito en las estrellas que...

—Por favor, para.

Respiro hondo, preparándome para hablar, pero la magnitud de la situación —remover el pasado y confesar la terrible verdad de lo ocurrido aquella noche en Silver Birches, y todo lo acontecido desde entonces y lo que nos ha traído aquí— me sobrepasa, y cierro los ojos.

Al abrirlos, veo que le ha cambiado la expresión. Ya no es de sorna o desdén. Se le ha torcido el gesto por la preocupación y la confusión, porque se debate entre el dolor, el enojo o algo totalmente distinto, y refleja una vulnerabilidad que me duele.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, Caro —dice. Su tono sigue siendo de enfado, pero más tranquilo; está procurando brindarme la posibilidad de explicarme.

Me obligo a mirarlo con serenidad. Aunque me consta que no tendré más remedio que contárselo en un momento dado, ahora mismo no me veo con fuerzas. No puedo decirle la verdad cuando ya está al límite, cuando su mundo ha estallado tan violentamente.

—Yo tampoco lo entiendo —afirmo categóricamente.

Me observa durante largos instantes, escudriñándome.

—Entonces ha sido él —afirma—. Él lo ha urdido de alguna manera.

Niego con la cabeza.

—No.

Francis resopla de impotencia.

—No le encuentro otra explicación.

—No —insisto—. No tiene sentido. Él no desea que yo esté aquí. Lo acabas de ver: no deseaba hablar conmigo. Ha dado media vuelta y me ha ignorado sin más. —Noto una punzada de dolor, fugaz pero inconfundible. Hago caso omiso, pero por lo visto algo se refleja en mi cara, porque súbitamente su propio gesto se retuerce de dolor.

—¿Todavía lo quieres? —pregunta.

Medio lo esperaba, y me doy cuenta de que llevo días preguntándome lo mismo en mi fuero interno: dándole vueltas a nuestros recuerdos, removiéndolos para comprobar hasta qué punto me agujijoneaban,

permitiendo que me atormenten de nuevo. La negación que me consta que debería dar brota a mis labios, pero me contengo. Tiene razón: se merece que sea sincera, aun cuando yo no tenga clara la respuesta.

Tras un largo silencio, respondo:

—Todavía lo echo de menos. No estoy segura de poder discernir la diferencia. —Hago una pausa para reflexionar. Francis me escucha atentamente—. Ya no lo conozco —digo—. Pero por lo visto hay algo que no consigo dejar atrás.

Es imposible que a Francis le agrade oír esto, pero no parece enfadado. En todo caso, la expresión de sus ojos refleja compasión. No sé cómo, me he acercado más a él, he alargado las manos y he entrelazado mis dedos entre los suyos. Pego la cara a su pecho y escucho el rápido latido de su corazón contra mi frente.

—Te sigo queriendo —musito, pero no estoy segura de si me ha oído—. Lo sabes, ¿verdad?

Al cabo de unos instantes, se aparta.

—Es lo malo contigo, Caroline —dice a la ligera—. Nunca resulta fácil saber cuándo estás mintiendo.

Me muerdo el labio, pero tengo la prudencia de guardar silencio. Miro hacia la vitrocerámica y me doy cuenta de que la salsa para la pasta que estaba cocinando está echando humo, reducida a un pegote pegajoso y chamuscado. Francis alarga la mano y la apaga. Se pasa la mano por la frente y suelta un suspiro.

—Esta noche ya no estoy en condiciones de afrontar esto —dice—. Me voy a la cama. Necesito descansar.

Pienso en las maletas que he empezado a preparar, en la apremiante urgencia de marcharme que sentí hace un rato; en Sandra merodeando por nuestra casa. En ese momento soy consciente de que no puedo obligarlo a realizar el trayecto a Leeds esta noche, no después de todo lo ocurrido.

—Vale —digo en voz baja, al tiempo que reprimo mi desazón. Una noche más. Ya estoy contando las horas que quedan—. No tardaré en subir.

Asiente y seguidamente sale de la cocina.

La noche transcurre despacio, en un duermevela ligero y agitado. Observo tendida las sombras que oscilan al otro lado de la ventana, la creciente intensidad de la luz a través de las cortinas.

En esta quietud, es como si nada hubiera sucedido. Tú, Francis, Amber..., todos se han desvanecido y lo único que tengo en la cabeza son las imágenes que llevo años reprimiendo y que finalmente están minando mis defensas. Siempre que mi mente divaga aunque sea unos cuantos segundos, aparece la chica: caminando sigilosa por la habitación, difuminada en la fina línea entre la realidad y la ensoñación. Su larga melena oscura ondeando hacia atrás, el pañuelo verde cayéndole por el hombro. Se reproducen sin cesar esta escena y la fracción de segundo que nunca he estado segura de si es fruto de mi imaginación o no: el cruce fugaz de nuestras miradas atemorizadas cuando se gira bruscamente en el instante previo a la colisión, antes de que todo explote en un estallido de cristales. Y el impacto me despierta, me saca brutalmente de este extraño recoveco de la memoria para traerme a la habitación a oscuras, hasta la próxima vez. Sin cesar.

En un momento dado seguramente me he quedado dormida más de unos minutos, porque al abrir los ojos ya es de día y Francis ya no está en la cama. Ha dejado una nota sobre la almohada: «Voy a darme una vuelta para despejarme. Tardaré un par de horas como mucho. Es que necesito estar a solas un rato. Hasta luego». Se me cae el alma a los pies. No tengo ni idea de lo que tendrá en la cabeza o de lo que sentirá, ni en qué medida la larga noche ha podido distorsionar la conversación de anoche.

Salgo de la cama trabajosamente, me visto y bajo aturdida a la cocina. Me quedo inmóvil unos instantes, preguntándome qué hacer. Se respira un extraño silencio y quietud: los rayos del sol atraviesan el cristal de la ventana, minúsculas motas de polvo flotan suavemente en el haz de luz. Doy un respingo, sobresaltada, cuando mi teléfono pita. El mensaje es de un número que no figura en la agenda del móvil, pero en cuanto veo los números lo reconozco.

«Si quieres hablar, no hay inconveniente. Ahora mismo voy de camino al Garden Café de Castle Street. Ven si quieres».

En cierto modo, no me sorprende. Quizá porque el mensaje es tan típico de ti y el tono me resulta tan familiar que casi hasta podría haberlo esperado. No has cambiado; tu manera de redactarlo, en función de lo que yo podría desear, como si tus propios deseos fueran irrelevantes, o quizá inexistentes. En aquel entonces, al principio me parecía una actitud encantadora y considerada; luego, con el tiempo, esquivaba y frustrante. La verdad es que jamás supe —sigo sin saberlo— si tus deseos coincidían con los míos, o si eso no te importaba lo más mínimo.

Salgo disparada de la casa, enfilo la acera y tuerzo por la calle principal en dirección a la que has mencionado. Pasé por ese café hace un par de días, vi de pasada sus paredes verde oscuro e iluminación tenue. Recuerdo haberme fijado en dos sofás de piel, arrinconados al fondo y apartados del resto del local, y ya sé que allí es donde estarás.

Hasta que no me meto por Castle Street y atisbo el café al final de la calle no caigo en la cuenta de que no tenía obligación de venir..., de que no debería haber venido. Podría haber respondido con un mensaje amable rechazando la propuesta, dándote a entender que no hay nada que hablar porque no hay nada entre nosotros, o simple y llanamente haberlo ignorado. Cabían estas posibilidades, y sin embargo no lo he hecho.

Empujo para abrir la puerta del café con la intención de dirigirme hacia los sofás del fondo y, al verte —encorvado sobre un periódico, la cabeza gacha con aire concentrado sobre una página que sé que no estás leyendo—, me invade la sensación inevitable de que las piezas encajan en su sitio, la certeza de que esto tenía que suceder algún día, y ¿por qué no hoy?

Me quedo en la entrada un momento, observándote, escrutándote de cerca. No te recordaba tan alto, tienes la cara más afilada. Pareces más mayor, de alguna manera tus rasgos se han definido más. Tienes el pelo más corto que la última vez que te vi. Llevas una chaqueta verde oscuro que no te había visto antes y, a pesar de todas las diferencias, encajas perfectamente en la imagen que conservaba en mi cabeza y que se ha difuminado con el paso de los años. Todo se acopla a la perfección, como si jamás te hubieras alejado.

Me encuentro a menos de un metro de ti cuando levantas la vista y nos cruzamos la mirada. En un acto reflejo, sonrío, y tú me correspondes a la sonrisa. Es una extraña respuesta instintiva, una reacción del pasado. Por un momento, es como si se hubieran borrado los dos años que han transcurrido y hubiéramos retrocedido a aquel entonces, tal vez a junio de 2013, a una época en la que estar juntos era agradable y muy valioso.

Seguramente me cambia el gesto, porque parpadeas y adoptas rápidamente una expresión incómoda y confusa.

—Hola —dices, al tiempo que me indicas que tome asiento enfrente de ti y, como una tonta, noto el escozor y la picazón de las lágrimas junto al puente de mi nariz porque tu voz suena tal y como la recordaba.

Tomo asiento. Estamos sentados cara a cara, y la tenue luz crea sombras sobre ti, te hunde la piel bajo la prominencia de tus pómulos, le confiere un acusado relieve al contorno de tu mandíbula. Me doy cuenta de que casi no parpadeo. Un ansia se apodera de mí con una virulencia que me sorprende: el

deseo de no perderme un instante de esto, la certeza de que es importante y que llevo esperándolo tanto tiempo que no puedo permitirme el lujo de desperdiciarlo. Noto el temblor de la adrenalina; sin saber cómo asimilar esto, incapaz de apartar la mirada.

Permanecemos sentados en silencio unos instantes, y a continuación suspiras y plantas las manos sobre el tablero de la mesa, con las palmas hacia abajo; un gesto de derrota o súplica.

—Esto es surrealista, joder —dices como si tal cosa—. No sé qué demonios está pasando. Dime la verdad: ¿me has seguido hasta aquí?

—No —respondo en el acto—. Entiendo que te lo plantees, pero no, Carl, no te he seguido. No lo habría hecho aunque hubiera sabido dónde vivías. No después de tanto tiempo. —Jamás, pienso, pero me lo callo. Sabes tan bien como yo que por aquel entonces, medio enloquecida por tu ausencia, habría sido capaz de hacer cualquier cosa, y que únicamente me lo impidió el miedo.

Me miras con acritud, tu mirada reluciente y limpia con la tenue luz de la lámpara. Hasta ahora nunca había sido la destinataria de ello, de ese frío escrutinio que te he visto mostrar ante los demás en tantas ocasiones. No me gusta.

—Vale —comentas finalmente—. Parece una tremenda coincidencia, eso es todo.

—Yo no he dicho que se trate de una coincidencia. —Inhalo, y no sé por dónde empezar; no puedo hacerlo aquí, tan improvisadamente y con tan poca certidumbre de lo que deseo decir—. ¿Conoces a la persona que vive en la casa donde me alojo? ¿En el número 21?

Atónito, frunces el ceño.

—Bueno, no, la verdad es que no —contestas casi en el acto—. No conozco bien a nadie de la calle. ¿Por qué?

Respiro hondo, y llego a la conclusión de que no vale la pena responder con evasivas, que la verdad es lo único que hay ahora, y que no hay razón para ocultarla.

—Te diré por qué —respondo, y casi automáticamente me siento aliviada.

Te pongo al corriente del correo electrónico que recibí con una invitación de intercambio de casas; de la serie de señales y recuerdos que empezaron a asaltarme prácticamente desde el instante en que llegué; del cruce de correos electrónicos y de mi asombro al caer en la cuenta de que había supuesto una cosa y había resultado ser otra bien distinta. Te hablo de la mujer que hay en mi casa, y de por qué está allí. Te digo que ambos estábamos equivocados al pensar que podíamos cerrar capítulo y enterrar el pasado, porque no es solo a

nuestro pasado a lo que nos enfrentamos, y no somos únicamente nosotros los que hemos de enterrarlo.

Tú escuchas en silencio, me dejas hablar. Un par de veces me clavabas la mirada, con los ojos muy abiertos debido al temor o la perplejidad, pero no me interrumpes hasta que termino, e incluso entonces dejas que el silencio se prolongue durante casi un minuto.

—Cuesta asimilar esto —dices por fin, inexpresivo. Te rascas la barba de tres días con aire distraído, y conozco de sobra la sensación de ese roce contra tu mano, la memoria física se reaviva con una nitidez refleja—. Soy consciente de que me quedo corto. Pero así es.

Intento ponerme en tu lugar; imaginar lo que experimentaría al recibir la información que me han transmitido con cuentagotas en fases agónicas en el espacio de unas cuantas frases.

—Ya —contesto.

—No tengo ni idea de lo que hacer —continúas, como para tus adentros—. No puedo... —Resoplas, casi con impaciencia—. Ahora mismo no puedo pensar en esto. No he pensado en nada de esto desde hace meses. Años.

—No me lo puedo creer —replico, aunque nada más decirlo soy consciente de que no es así. Tú sabes cómo evadirte de las cosas: las empaquetas en su caja y tiras la llave. Es un don.

—No me refiero a que me trajera sin cuidado lo que sucedió —aclaras con brusquedad—. Pasé tres meses en la cárcel, ¿sabes? Tuve tiempo para pensar entonces. Y créeme, lo hice. La mente se centra estando en un sitio como ese. Fue... —Se te apaga la voz brevemente, frunces el ceño—. Fue como la peor variante del día de la marmota, la misma rutina deprimente repetida hasta la saciedad, así que no había gran cosa que hacer salvo reflexionar. Hasta solía soñar contigo, ya sabes..., el choque, la sangre. La imagen de ella en el suelo. Pero cuando finalmente salí, me dije para mis adentros: «Maldita sea, no voy a arruinar mi vida por algo que no puedo cambiar». Eso no significa que me trajera sin cuidado el asunto —repites, y haces una breve y brusca pausa antes de mirarme a los ojos, y sueltas las siguientes palabras como si no fueras mínimamente consciente de que tenías intención de pronunciarlas—: O tú —dices.

—Nunca respondiste a mis mensajes. —No puedo evitar decirlo. Pienso en aquella última y larga carta de amor que te escribí, y en todos los correos electrónicos que te envié en las semanas posteriores cuando fui consciente de que no había modo de saber si habías leído o no la carta. Los mandé con

confirmación de lectura, y me consta que los leíste. Leíste todos y cada uno de ellos. A veces, una y otra vez. Pero nunca respondiste.

—Precisamente porque lo dije en serio —explicas con tacto—. Tenía que acabar ahí. Ya lo sabes. Sé que pensabas que cambiaría de parecer, pero no podía hacer nada al respecto. Estaba seguro de que no lo haría. Y no lo hice.

Hablas a la defensiva, pero con un deje de orgullo. Siempre has considerado esta determinación, esta capacidad de mantenerte en tus trece, como una de tus virtudes más encomiables. Nadie te ha dicho nunca que el mero hecho de ser capaz de no dar tu brazo a torcer no significa que sea loable. O, si te lo han dicho, has hecho oídos sordos.

Me escuecen los ojos y, consciente de que si parpadeo se derramarán mis lágrimas, hago un sumo esfuerzo por mantenerlos abiertos. Estoy temblando, recordándome encorvada sobre la mesa en mitad de la noche, poniendo por escrito el relato de nuestra aventura en aquellas hojas amarillas de papel rayado, buscando con desesperación las palabras que te arrancasen una respuesta, que provocasen que me echases tanto de menos que te resultase insoportable. Algo bulle en los confines de mi mente, una vaga sospecha.

—¿Conservas la carta que te mandé? —susurro.

Se te apaga la expresión, y por un momento pareces violento.

—Sí, la conservo —contestas—. Incluso la traje al mudarme aquí, aunque la verdad es que ignoro por qué. Pero no sé dónde está. No la he visto desde hace meses. Supongo que estará por ahí entre mis cosas.

No puedo asegurar que estás equivocado, pero me lo dice mi instinto. Todos los pequeños detalles, los que es imposible que nadie supiera salvo nosotros. Las rosas del baño, la canción que estaba sonando en el equipo, la foto del parque donde nos tumbamos juntos. Cuando Amber me contó que habían desaparecido cosas de su casa, únicamente pudo mencionar las cosas que le constaba que había. Noto una especie de clic mental, un ajuste interno mientras la última pieza del puzle encaja suavemente en su sitio. Trato de imaginar esas hojas amarillas en las manos de Sandra, y lo único que siento es lástima.

—Yo jamás me he perdonado a mí misma —digo—, en primer lugar por ser tan estúpida y descerebrada, por empeñarme en conducir cuando había bebido y, por encima de todo, por irme de rositas después de lo que había hecho. Debería haber dado la cara. Se lo debía a esa chica. Me fui de rositas..., me fui de rositas como si ella no importara. —Es la primera vez que digo estas palabras en voz alta.

Niegas con la cabeza.

—Basta —replicas—. No vale la pena. No puedes cambiar lo ocurrido. Tienes razón, cometiste una estupidez, y yo también, por no impedirlo. No puedo hacer que te sientas mejor en ese sentido. Pero en cuanto a lo que sucedió después..., si te sirve de consuelo, todavía considero que hiciste bien en marcharte. Incluso ahora. No te digo que nunca me sintiera enfadado o resentido, pero la verdad es que jamás cuestioné que fuera mejor que yo pagase los platos rotos en tu lugar. —Hablas con una tremenda convicción. Siempre envidié eso de ti, esa aparente seguridad innata para tomar las decisiones correctas. Nunca parecían asaltarte las dudas que me atormentaban a mí casi constantemente, que me hacían replantearme mis propios criterios y motivaciones.

—Me alegro de que opines eso —digo lentamente, sin estar segura de ello.

Una parte de mí desea que te sientas igual que yo. En esa serena autocomplacencia no hay cabida para la duda o la añoranza. Y sin embargo pienso en Amber, y en su manera de hablarme de ti, antes de saber quién era yo —la imagen que describió de un hombre que le resultaba algo inaccesible, que se había atrincherado en su propio espacio—, y me pregunto si los pensamientos que te vienen a la cabeza a solas serán del mismo color y forma que los que estás expresando ahora mismo.

—¿Eres feliz? —pregunto. Sé que no viene a cuento, pero ya es demasiado tarde para suavizarlo o fingir que no me considero con el derecho a preguntarlo.

Frunces levemente el ceño y se te tensan los hombros, un rápido gesto de exasperación. Mueves la mano en el aire y durante una fracción de segundo roza mis manos, apoyadas encima de la mesa. La apartas bruscamente, como si te hubiera quemado. Me provoca un temblor de arriba abajo, y me pongo a pensar en lo curioso que es que antes te tumbases desnudo a mi lado, me apretases con tal fuerza contra ti que tu sudor calara en mi piel, y que ahora por lo visto no puedes permitir el menor roce de tu cuerpo con el mío.

—Claro —dices—. Más que nunca.

—¿Con ella? —pregunto—. ¿Con Amber?

La arruga de tu entrecejo se acentúa. No te agrada que la nombre. Por un momento, ella adquiere una presencia fantasmal entre nosotros, se cuela junto a ti en el sofá, arquea su esbelto cuerpo para formar un símbolo de interrogación. Alguien está de más en esta imagen. O ella, o yo.

—Sí —respondes—. Somos felices. —Ahora me observas con atención, tratando de calibrar mi reacción, para dilucidar el trasfondo de la pregunta. En

esos escasos segundos de silencio, algo se remueve. Es como si la barrera se resquebrajase y, de repente, no puedo dejar de pensar en lo que hubo entre nosotros y percibo en tu mirada que estás pensando lo mismo—. Es diferente a como fue contigo —añades en voz tan baja que tengo que hacer un gran esfuerzo para oírte—. Más... real —matizas—. Menos... —Te quedas callado—. No sé —dices—. Menos otra cosa.

Asiento, y yo tampoco logro atinar con la palabra, pero tengo un nudo en el pecho y me da por pensar en lo agradable que sería estrecharte entre mis brazos y que tus labios se posaran en los míos, y sé que, lo que quiera que esta otra cosa sea, no se repetirá. Ni para ti ni para mí, independientemente de lo que pudiera reemplazarlo.

—De modo que Francis y tú arreglasteis las cosas —dices. Suenas como una incongruencia, pero ambos sabemos que no lo es, y ni siquiera a estas alturas eres capaz de eliminar totalmente de tu voz el deje seco y desdeñoso, que en realidad ya está de más.

—Todavía estamos en ello —respondo con cautela. Me embarga un apremiante deseo de hacerte creer que mi matrimonio es feliz. Me dan ganas de ponerte al tanto de todos los aspectos en los que Francis ha cambiado, del empeño que le ha puesto, de las experiencias que hemos vivido. Quiero demostrar que él vale la pena. Pero dudo que te importe. ¿Por qué iba a importarte?—. No es fácil —añado, lo cual también es verdad—. Hay momentos buenos y momentos malos. —Los días que al despertar me encuentro a un extraño con la cara de mi marido merodeando por la sala de estar, presa de una ansiedad y neurosis que ni siquiera es capaz de expresar. Sus raros y volubles subidones y bajones, imposibles de prever o manejar. La certidumbre de que cada día es una hoja en blanco, y de que todavía no tiene ni remota idea de cómo se desarrollará cada uno. Al pensar en estas cosas siento una extraña sacudida de vértigo que me hace aferrarme al borde de la mesa y cerrar los ojos durante unos instantes.

Al abrirlos, continúas observándome.

—Bueno —dices—, ya eres mayorcita, Caro. Tomas tus propias decisiones.

Asiento con la cabeza, sin atreverme a contestar. Es imposible expresar estos pensamientos con palabras y, en cualquier caso, no te incumben, ya no.

Te pasas la mano despacio por el pelo para retirártelo de la frente. Las luces que hay sobre nosotros parecen atenuarse, y soy consciente de la escasa distancia que nos separa, de lo fácil que me resultaría alargar las manos y posarlas en tu cara.

—Yo te quería —dices por fin—. Quiero que lo sepas.

—Lo sé —contesto en voz baja, y de pronto todas las semanas y meses que he pasado dándole vueltas a esta pregunta parecen un auténtico desperdicio, porque siempre lo he sabido a ciencia cierta, tal vez con más certidumbre que tú hasta este preciso instante aquí y ahora.

Haces amago de levantarte y, con una angustiosa sacudida, me doy cuenta de que la conversación se ha acabado y que te dispones a marcharte. Me tiemblan las piernas, pero me obligo a levantarme. Sonríes, alargas la mano y la posas en mi hombro para tirar de mí y darme un abrazo. Tengo la cara pegada a tu cuello y aspiro el olor de tu loción para después del afeitado; el roce de tu piel contra la mía me resulta tan familiar y extraño que me echo a llorar porque sé que esta es la despedida definitiva.

—Me alegro de haber quedado —señalas, tus palabras amortiguadas contra mi pelo.

—Yo también —digo, y nos abrazamos, tu cuerpo firmemente apretado contra el mío. Nuestros labios se encuentran a escasos milímetros de distancia y, por un momento, me da la impresión de que vamos a fundirnos el uno con el otro con la soltura y naturalidad con la que siempre lo hacíamos. Recuerdo tan claramente la sensación que experimentaba al besarte como si hubiera sido ayer mismo, y la posibilidad es tan sumamente factible que me mareo. De repente tus brazos se ponen rígidos, aferrados a mí, tu respiración se agita y acelera. Y entonces tragas saliva y nos separamos y no tengo la menor idea de quién ha dado el primer paso.

—Adiós. Cuídate —dices, y acto seguido te marchas rápidamente.

No quiero ver cómo te vas. Me quedo mirando fijamente la mesa, con los ojos aún empañados de lágrimas. En el último minuto, cambio de opinión. Alzo la vista bruscamente, pero es demasiado tarde.

Te has marchado, y el sentimiento de determinación y serenidad que he experimentado durante unos fugaces segundos ya se está apagando. Porque así es la vida, concluyo. Jamás existirán palabras para poner fin a esta historia. Podríamos vernos todos los días y conversar hasta altas horas de la noche, y yo seguiría sin encontrarle explicación. Estoy harta de buscar respuestas inexistentes, de quebrarme la cabeza para definir el amor que sentí o siento por ti o el alcance del mismo. Da igual. Es lo que hay.

De vuelta a casa

Caroline, mayo de 2015

Probablemente solo me haya quedado cinco minutos más sentada en el café después de marcharte, pero, al hacer un esfuerzo para levantarme y caminar hacia la puerta, la intensa luz que percibo del mundo exterior me deslumbra. Mientras camino por la calle sopla una suave y fresca brisa.

Todavía estoy temblando ligeramente, y tengo las extremidades algo entumecidas. Casi lo agradezco. Estoy mitigando los últimos coletazos de un ardor tan virulento que me resulta casi increíble haber sobrevivido. Me invade una absurda euforia conforme recreo los últimos minutos mentalmente. Los pensamientos se me agolpan hasta tal punto en la cabeza que se empujan los unos a los otros, dejando un mero ruido blanco.

Continúo recorriendo la calle principal, y al torcer a la izquierda por la calle que conduce a Everdene Avenue, noto que mi móvil vibra. Al cogerlo compruebo que se trata de un mensaje de voz dejado hace escasos diez minutos. Marco el número de mi buzón de voz y escucho. El mensaje comienza a reproducirse tras un par de segundos de silencio —una leve inhalación de impotencia— y a continuación oigo la voz de mi madre. «Hola, Caroline».

Nada más escucharla, sé que algo va mal. Me paro en seco en la acera, petrificada. Seguramente solo transcurre una milésima de segundo hasta que su voz vuelve a oírse, pero en ese minúsculo intervalo de tiempo pienso: Eddie. Algo ha sucedido. Mi madre me ha llamado para decirme que mi hijo ha muerto. Y esta idea es tan abrumadora que borra de un plumazo absolutamente todo lo que bulle en mi cabeza, me taladra el cerebro y he de apoyarme contra la pared y cerrar los ojos.

«No quiero preocuparte —continúa el mensaje de mi madre y, a pesar de que su tono revela tensión e inquietud, sé que esta no es la manera de comunicar una desgracia. Tomo una brusca bocanada de aire, y el aire se abre

paso entrecortadamente en mis pulmones, como si me hubieran rescatado mientras me ahogaba—. Eddie y yo hemos ido a tu piso esta tarde; es una larga historia, pero el caso es que hemos conocido a la mujer que se aloja allí y, sinceramente, parece muy perturbada. No estoy segura de lo que ocurre, pero me da mala espina, Caroline, y quería comentártelo. Estamos bien, no te preocupes, pero..., en fin, llámame cuando puedas».

El corazón me late a mil por hora mientras marco el número. Ella responde en el acto y, sin andarme por las ramas, suelto a bocajarro:

—¿Qué ha pasado?

Mi madre suspira.

—No sé cómo explicarlo —responde—. Esta mujer... Nos tropezamos con ella por casualidad y nos invitó a que fuéramos a ver a Paddy. Parecía de lo más encantadora, pero, mientras estábamos allí hoy, ella... se vino abajo de repente. Se echó a llorar, y no le encontré explicación a nada de lo que decía. No tengo ni idea de lo que le estaba pasando por la cabeza. A lo mejor es una tontería, pero no me quedo tranquila sabiendo que está en tu casa. Sé que regresáis esta noche, pero de todas formas he pensado que deberíais estar al tanto, y...

—Voy a volver ya —digo—. Estoy recogiendo mis cosas para regresar cuanto antes. Calculo que estaré allí en tres o cuatro horas.

—Bueno, a lo mejor no es mala idea —señala mi madre con patente alivio—. Lo siento, no quería molestaros en vuestras vacaciones. ¿Lo habéis pasado bien?

Se me hace un nudo en la garganta y me doy cuenta de que no puedo hablar; las lágrimas contenidas hace escasos minutos vuelven a brotar para ahogarme. Cojo el teléfono con fuerza mientras escucho el tenue zumbido de la línea. Sin darme tiempo a contestar, oigo un ruido amortiguado y la repentina y fuerte respiración de mi hijo al otro lado de la línea.

—Mami —dice, y la palabra diluye mis lágrimas y me da por pronunciar su nombre en voz alta y clara para corresponderle—. Te echo de menos —susurra.

—Voy a volver —contesto—. Papá y yo. Volveremos hoy.

—Qué bien. —Su voz posee un peculiar tono adulto, reflexivo y serio—. Porque así puedes acostarme.

—Claro —respondo. Me invade el deseo de decirle algo que no olvide, de hacerle entender que sé que es lo que de verdad importa, aunque haya perdido el norte durante tanto tiempo—. Te quiero —comienzo a decir, pero sin dejarme continuar, pulsa el botón equivocado y cuelga.

Me planteo volver a llamar, pero termino metiéndome rápidamente el teléfono en el bolsillo y echando a correr; mis pasos resuenan en mi cabeza. No puedo esperar ni un minuto más. Recorro la calle a la carrera hasta el número 21, busco atropelladamente las llaves y forcejeo para abrir la puerta. Nada más poner el pie en la entrada, veo a Francis en la sala de estar. Está agachado sobre la maleta, cerrando la cremallera. Al oírme se endereza y se sacude las manos. Me mira fijamente a los ojos y siento una punzada de complicidad al sostenerle la mirada. Nos entendemos mutuamente.

—Tenemos que volver —dice, y yo asiento en silencio, sobrepasada por este peculiar sentimiento compartido, por la manera en la que ambos hemos llegado a la misma conclusión desde polos opuestos.

Echo un vistazo a la habitación y me fijo en las paredes desnudas, en las relucientes superficies lisas. No hace falta que trate de grabar estas cosas en mi memoria. Ya sé que permanecerán conmigo durante muchísimo tiempo. Me pregunto si debería dejar alguna nota o detalle para la dueña de la casa, pero no tengo ni idea de qué. De modo que me limito a coger el bolso, seguir a mi marido hasta la entrada y cerrar la puerta al salir, sin volver la vista atrás.

Francis cruza el camino de entrada hasta el coche, lo abre y se dispone a sentarse en el asiento del conductor. Aunque no lo tenía previsto, las palabras me salen sin que pueda detenerlas.

—No —digo—. Conduzco yo.

Él se queda inmóvil, con la mano inerte sobre el tirador de la puerta.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí.

Me acerco y cojo las llaves que sujeta entre las yemas de los dedos. Noto el roce fresco y suave contra mi piel. Me siento al volante y arranco el motor. Poso las manos en el volante. Miro al frente de la calzada a través del parabrisas.

Y a continuación avanzo con el coche, y me resulta fácil. Raro, pero fácil.

Al principio conduzco despacio, pendiente de la carretera, sin fijarme en nada más. Salvo en mis sueños, es la primera vez que me pongo al volante desde hace casi dos años. En esas pesadillas, de mis manos caían gotas de sudor y me estallaba la cabeza, y hasta dormida sabía que acabaría mal. Ahora no es así. Estoy conduciendo, y todo está nítido y sereno, como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

No vuelvo a hablar hasta que nos incorporamos a la autopista, y al hacerlo no vuelvo la cabeza, pues no deseo apartar la vista de la calzada ni mirarlo a los ojos.

—Tengo que contarte una cosa. —No tengo ni idea de por dónde empezar—. Algo que sucedió cuando Carl y yo cortamos —digo. Inhalo y me aferro al volante. Al frente se extiende un horizonte inmenso y vacío, salpicado de nubes grises en movimiento.

—Caro —dice—. No hace falta que me lo cuentes.

Entonces lo miro, echo un rápido vistazo al espejo retrovisor y acto seguido vuelvo la vista hacia la carretera. Él me observa con tristeza y ternura.

—Ya lo sé —añade—. Lo del accidente.

Incapaz de asimilar las palabras, niego con la cabeza.

—No —exclamo—. ¿Cómo es posible?

—Lo sé desde hace tiempo —señala—. Mira, lo importante es irse a casa. Ya sacaremos los trapos sucios más tarde. El caso es que hace unos meses recibí la visita de una nueva paciente. La chica... era...

—Su madre —termino la frase, porque desde el instante en que comenzó a hablar me di cuenta de que solamente hay tres personas en el mundo aparte de mí que están al corriente de la verdad de lo sucedido, y que ella es la única que ha podido acceder a él, la única que lo habría deseado.

Cojo el volante con más firmeza.

—Tenemos que hablar de esto —digo en voz baja—. Tenemos que...

Me muerdo el labio con fuerza, al tiempo que me devano los sesos buscando una respuesta, y seguidamente me invade un repentino sosiego al darme cuenta de que no es necesario, ahora no. Lo único que tengo que hacer es conducir.

«Confía en mí». Las palabras resuenan en mi cabeza conforme me inclino hacia delante en el asiento y sigo conduciendo en línea recta. Pedir confianza no tiene ni pies ni cabeza: o se tiene o no. Y ahora la tenemos, flotando en el silencio entre nosotros, templando esta pequeña burbuja íntima. Hemos pasado prácticamente todos los días el uno en compañía del otro durante los dos últimos años y es la primera vez que siento realmente esta intimidad.

La realidad me golpea con virulencia y tristeza. Me pongo a pensar en que hace menos de una hora me encontraba en los brazos de otro hombre, y sé que no vale la pena aferrarse a un sueño si pretendo conservar lo que tengo justo delante de mí. No sé qué sucederá dentro de cinco años, ni siquiera dentro de cinco semanas, pero quiero vivir el ahora, con mi familia. Estoy cansada de vivir mi día a día como un fantasma, de cuerpo presente pero con la cabeza en otra parte.

No volvemos a hablar durante el resto del viaje. Perdemos la noción del tiempo, recorremos los kilómetros en silencio. Para cuando llegamos a casa son casi las tres de la tarde. Maniobro con cuidado en la plaza de aparcamiento y apago el motor. Me tiemblan las manos. Lo he conseguido, pero la cosa no acaba aquí. Escudriño las ventanas de la tercera planta del edificio tratando de averiguar si todavía se encuentra ahí.

La idea me angustia, pero ya no hay vuelta atrás. Me giro hacia Francis y alargo la mano para posarla sobre la suya.

—Necesito entrar primero —digo—. Por lo que más quieras, espérame aquí.

Él abre la boca haciendo amago de protestar, pero inmediatamente la cierra y asiente. Apoya la cabeza en el asiento, con gesto intenso y meditabundo. Él sabe tan bien como yo que aquí se va a poner punto y final a algo. Que una vez que pase nos quedaremos con una vida cuyas circunstancias habrán cambiado, y que empezaremos a descubrir si merece la pena vivirla.

Salgo del coche, cierro la puerta de un portazo, cruzo los brazos sobre el pecho y me dirijo al edificio. Subo los tres tramos de escaleras hasta nuestro piso y escucho el sonido de mis pasos en el silencio de la planta. En parte espero encontrarla apostada ahí, esperándome, pero la puerta está cerrada. Saco las llaves de mi bolsillo, abro la puerta y dejo que se deslice suavemente.

Nada más poner los pies en el recibidor lo noto: la sensación de que hay alguien, una presencia que se me antoja intensa y extraña, y sin embargo totalmente irreal. El aire está denso y cargado, como impregnado de humo invisible.

La puerta del cuarto de estar está entornada. Avanzo hacia ella con sigilo. Mis labios se fruncen en una pregunta. «¿Estás ahí?». Pero apenas me da tiempo a decirlo cuando atisbo algo a través de la rendija de la puerta que me llama la atención —un destello verde, que oscila por el resquicio y luego desaparece— y al empujar la puerta con la palma de la mano la habitación se abre ante mí.

Está colgada de la lámpara del techo, meciéndose levemente con la brisa que sopla por la puerta del balcón. El pañuelo que vi por última vez iluminado por los faros delanteros, aleteando hacia atrás con el viento en la oscuridad, está firmemente enrollado alrededor de su cuello.

Ronda los cincuenta años y tiene el pelo castaño a la altura de los hombros y las extremidades delgadas. Lleva puesto un discreto y estiloso

vestido camisero, azul claro, del mismo color que sus ojos, abiertos.

Me quedo paralizada durante un minuto, y después me siento en la moqueta cerca de ella y la observo. Busco un atisbo de movimiento en las yemas de sus dedos, un mínimo temblor en sus párpados que me indique que no es demasiado tarde. No encuentro nada. Me ha dejado su último mensaje.

Entonces lo digo.

—Lo siento muchísimo.

Las palabras suenan baldías y claras en el silencio. No es suficiente, pero es necesario decirlo. Me quedo a su lado un rato —contemplando su cara, el rictus de su boca— y me pregunto quién sería antes. Antes de convertirse en una madre sin su hija. En su lugar, no puedo decir que no habría hecho todo lo que ha hecho ella. No tengo ni idea de a qué me habría conducido.

Me incorporo y me acerco a la ventana para asomarme al coche. Me planteo llamar a Francis, llamar a mi madre, llamar a la policía. Sé que, cuando lo haga, estos momentos de silencio se interrumpirán de golpe y que la calma de esta conmoción se desvanecerá. Todo cambiará. Todavía no sé de qué manera. Lo único que veo delante son tinieblas y bruma, y me interno en la oscuridad y en la extraña libertad que proporciona; me abro a ella, y me entrego a mi futuro con confianza.

La partida

Caroline, septiembre de 2015

El agente de la inmobiliaria llega a las doce en punto —traje impecable y corte de pelo re peinado hacia atrás, con aspecto de no rozar ni los veinte años — y, a la zaga y con aire vacilante, una joven pareja que sonrío con timidez; la mano de la mujer descansa sobre su tripa de embarazada.

—¿Le importa que echemos un vistazo? —Se abre paso y extiende la mano con un ademán para mostrar la sala de estar, como si fuera el dueño de la casa.

—Adelante —digo—. Si quieren saber algo —añado, dirigiéndome a la pareja—, no tienen más que preguntarme.

Me quedo remoloneando en el pasillo, escuchando la cháchara del comercial: magnífica luz de orientación sur, detalles originales, cimientos sólidos. No tengo ni remota idea de si está al corriente de lo ocurrido aquí, pero, de estarlo, no deja entrever nada. Un suicidio no es precisamente un gancho para una venta, a pesar de haber sido silenciado tan pulcra y elegantemente por parte de las autoridades; archivado y cerrado, sin necesidad de hurgar más allá de las apariencias. No hay ni rastro.

Desde donde estoy, veo a la pareja moverse de habitación en habitación, y me fijo en la cara de la mujer y en las expresiones que refleja: la mirada atenta y reflexiva, examinando minuciosamente el espacio, como si se lo estuviera imaginando desprovisto de todo lo que contiene y lleno de sus propias cosas, transformado en algo nuevo.

Terminan en la sala de estar de nuevo: el agente de la inmobiliaria se retira para responder a una llamada en su móvil y le ladra instrucciones a un compañero aún más novato que él. La pareja está cuchicheando, gesticulando y deliberando, calibrando sus respectivas reacciones. Observo a la mujer acercarse a la puerta del balcón y detenerse bajo la lámpara del techo y, por

un momento, le cambia la expresión y casi se estremece, como si le hubiera dado un escalofrío.

—Yo creo que pintaría este lado de la habitación más claro —comenta—. Para darle un poco de vida. —Conforme habla, echa un vistazo hacia la puerta y, al verme en el pasillo, se pone colorada porque la he pillado criticando—. Es una casa preciosa —dice más fuerte, al tiempo que esboza una sonrisa de compromiso.

—Gracias. —Doy unos pasos al frente, abrazándome la cintura.

—¿Se quedan por la zona? —pregunta la mujer.

Hago un asentimiento de cabeza casi imperceptible.

—Alquilaremos algo por aquí una temporada —respondo—. A ver qué tal.

—Entiendo —dice, aunque lógicamente no entiende nada en absoluto.

Se oye un ruido procedente de fuera; Eddie hablando con excitación en tono alto y atropellado, aporreando con los puños la puerta. La llave gira en la cerradura y Francis deja que Eddie eche a correr delante de él para abrazarme. Me agacho y al atraerlo hacia mí siento la firme calidez de su cuerpo, su pelo suave contra mi mejilla.

El agente de la inmobiliaria entra como una flecha en la habitación, metiéndose el teléfono en el bolsillo.

—Perdonen —dice—. ¿Listo?

La pareja asiente con un murmullo, se despide de nosotros y nos da las gracias al salir. Francis se vuelve hacia mí con las cejas enarcadas.

—¿Qué opinas? —pregunta—. ¿Les habrá gustado?

—Creo que sí —respondo—. No sabría decirte.

—Me figuro que ya nos enteraremos. —Tras un leve titubeo, se echa hacia delante, tira de mí y me besa en la comisura de la boca para decirme hola a destiempo. Yo le correspondo al beso sin apenas rozar nuestros labios. Después de tres meses, seguimos actuando con prudencia el uno con el otro; con tanta prudencia que roza ligeramente la incomodidad. Todavía no encajamos del todo, pero da la impresión de que estamos limando asperezas, atenuándolas y moldeando algo fructífero.

Tras otra breve pausa, hace un ademán con la cabeza hacia el teléfono que asoma del bolsillo de mi camisa.

—¿Alguna novedad hoy? —pregunta en tono desenfadado.

Niego con la cabeza.

—No. Desde hace casi una semana. —Pienso en la cantidad de mensajes que me ha enviado Amber a lo largo de los últimos meses; decenas, tal vez

hasta cientos. Al principio pensé que estaba poniendo en práctica la premisa de mantener cerca al enemigo, pero últimamente he empezado a plantearme si la razón por la que desea mantener estos vínculos es porque, del mismo modo que yo me vi reflejada en ella en su momento, ahora ella se ve reflejada en mí. Yo soy la única aparte de ella que ha intimado con la persona a la que ama, y está empezando a darse cuenta de que lo que ha emprendido no es nada fácil. Yo nunca contesto a sus mensajes, pero tampoco la he bloqueado, y sé de sobra por qué. Creo que, algún día, me armaré de valor. Que no desearé seguir manteniendo el contacto.

Francis lo deja correr sin hacer ningún comentario.

—Voy a ponerme a hacer la comida —dice, al tiempo que me enseña la bolsa de la compra—. Eddie, ¿quieres venir a echarme una mano?

Eddie se va correteando detrás de él a la cocina, sin interrumpir su cantinela sobre la película que han visto. Mientras escucho noto que las comisuras de mi boca se elevan en una sonrisa, colmada de amor por él, e inmediatamente después me remuerde la conciencia como una reacción en cadena; el temor de que lo que tengo supera con creces lo que me corresponde y que esta suerte pende de una precaria cuerda floja por la que no merezco caminar. Ya me he acostumbrado a esto. Cierro los ojos, respiro hondo y espero a que pase.

Después, voy hacia la puerta del balcón y me asomo a la calle. La joven pareja aún está esperando el autobús en la parada, frente a frente, charlando animadamente. La mujer mueve las manos en el aire, como si estuviera colocando las piezas de un puzle en su sitio.

Pienso en su cara mientras estaba aquí en medio, súbitamente carente de expresión, y en cómo se estremeció. Pudo haber sido fruto de la casualidad, pero en el fondo creo que ha quedado alguna huella, algún rastro que no se ocultará bajo capas de pintura o pantallas de lámpara bonitas. A menudo lo percibo en mitad de la noche, este campo de fuerza. La presencia de la mujer que estuvo aquí, su magnetismo atrayéndome hacia esta ventana desde mi cama a oscuras. Y, a veces, me pregunto si ocurrirá lo mismo en aquella otra casa, a cientos de kilómetros de distancia, justo enfrente de donde aún te encuentras; si conserva algún indicio de los pocos días que pasé allí, y si mi presencia fantasmal despierta de repente a quienquiera que viva allí durante sus agitados sueños, llenos de amor y pérdida.

Agradecimientos

Escribir *El intercambio* fue una especie de salto al vacío para mí, y he tenido la gran suerte de encontrar en el camino a muchas personas que se han mostrado deseosas de dar el salto conmigo. La primera fue mi magnífica agente, Caroline Wood, de Felicity Bryan Agency, que enseguida vio el potencial del libro, me ayudó a darle forma y pulirlo, y se ocupó de la complicada tarea de «moverlo» con perspicacia y aplomo para garantizar que cayera en las mejores manos. Mi agradecimiento también al increíble equipo de Transworld, que apostó por el libro con un tremendo espíritu de equipo, energía y pasión desde el principio, y sobre todo a mi editora, Frankie Gray, que ha aportado su excepcional visión editorial y al mismo tiempo ha entendido realmente mis pretensiones con la novela. *El intercambio* también ha encontrado un hueco en varios países del mundo, y he de transmitir un especial agradecimiento a Pam Dorman y Jeramie Orton, de Estados Unidos, por su colaboración y entusiasmo en este proyecto.

En un ámbito más cercano, estoy muy agradecida a todos los amigos y familiares que me han ayudado a mantener una actitud positiva ante los frecuentes altibajos que entraña la escritura. Quiero hacer una mención especial a Charlotte Duckworth por sus aportaciones y empatía a raudales; a Jenny Duggin por su ánimo y confianza ciega; al equipo de Book Frisbees por aportar su experiencia y buen juicio en el caos; a mis padres, Nigel y Elaine, por su apoyo incondicional; y a mi marido, Daniel, por no dejar que en ningún momento perdiera el norte. Por último, gracias a Saskia por recordarme que vivir es tan importante como escribir.



REBECCA FLEET estudió en Oxford y trabaja en marketing.
Vive en Londres con su marido y su hija.